

EDAD DE OPORTUNIDAD

Una Guía Bíblica para educar a los adolescentes

Paul David Tripp

Capítulo 1

¿Edad de Oportunidad o tiempo de supervivencia?

Está por todos lados a nuestro alrededor – en las comedias de televisión, en las revistas del mostrador del supermercado, en los anaqueles de la librería local, en los programas televisivos y radiales de entrevistas, y por supuesto, aun en un número de libros cristianos sobre la familia. Los padres están temeroso por sus adolescentes. Aun al estar disfrutando los primeros años de la infancia, miran son sus hombros con pavor, esperando lo peor, sabiendo que en unos cuantos años este pequeño precioso se convertirá en un monstruo de la noche a la mañana. Han escuchado suficientes historias de padres que han atravesado el valle oscuro de los años de la adolescencia, como para saber los peligros que les aguardan más adelante. Les dicen que esperen lo peor y que estén agradecidos si salen del valle sanos, con sus adolescentes vivos y sus familias intactas.

Recientemente encontré en una conferencia de matrimonios esta perspectiva de los años de la adolescencia. Había sido un gran fin de semana en todos los sentidos. La enseñanza había sido atractiva, persuasiva y edificante. La comida y las instalaciones habían sido espléndidas, y la conferencia se había desarrollado en un local junto al mar. Casi al final del fin de semana, estaba mirando el sol brillando sobre las aguas de la bahía cuando noté a una pareja que estaba sentada cerca. Se veían muy descontentos.

Sentí curiosidad, así que les pregunté si habían disfrutado el fin de semana. Todo ha estado fabuloso, me respondieron. Comenté que no se veían muy felices. La mujer respondió, “tenemos dos adolescentes y tenemos pavor de regresar a casa. ¡Desearíamos que este fin de semana durara para siempre!” El esposo agregó, “Tienes que tener la expectativa de que tu adolescente será rebelde; todos nosotros lo fuimos”. “Simplemente tienes que luchar con eso”. Ella lamentó “Además, ¿no puedes argüir con las hormonas!”

Me fui con la impresión de que hay algo fundamentalmente equivocado con la manera en la que pensamos acerca de esta época de la vida de nuestros hijos. Algo está mal inherentemente con la epidemia cultural de temor y cinismo con respecto a nuestros adolescentes. Algo está mal cuando la meta más alta de los padres es la supervivencia. Necesitamos considerar esto de nuevo: ¿Es ésta una perspectiva bíblica de este período de la vida de nuestros hijos? ¿Nos conduce esta perspectiva hacia estrategias bíblicas de educación y a una esperanza bíblica?

Necesitamos examinar qué está mal con el cinismo con respecto a los adolescentes que es endémico en nuestra cultura.

Una Perspectiva Biológica de la Adolescencia

A menudo nos referimos a nuestros adolescentes como si fueran nada más que una colección de hormonas furiosas y rebeldes encerradas en una piel en desarrollo. Consideramos que nuestra meta es soportar estas hormonas para que podamos sobrevivir hasta que el adolescente haya cumplido los veinte años. Recientemente, un padre con regocijo me dijo que su hijo había cumplido veinte años, como si hubiera atravesado algún portal mágico del peligro a la seguridad. Me dijo “¡Lo logramos!”

La mentalidad de supervivencia expone la pobreza de esta perspectiva de la adolescencia. Muchos padres que me platican de sus adolescentes, hablan sin esperanza; los consideran como víctimas de hormonas que los llevan a hacer cosas descabelladas. Aunque nunca lo dirían, la teología operativa que se esconde detrás de esta perspectiva es que las verdades de la Escritura, el poder del Evangelio, la comunicación bíblica y una relación piadosa no pueden competir contra los años de la adolescencia. Sí, creemos que la Palabra de Dios es poderosa y efectiva – ¡excepto cuando una pobre alma está tratando de aplicarla a un hijo entre los trece y diecinueve años! Inclusive ahora tenemos una categoría para los muchachos llamada “pre-adolescentes”. Estos son los años cuando las características monstruosas de la adolescencia comienzan a desarrollarse y erigen sus cabezas horribles.

¿Nos sentimos cómodos con la perspectiva de la adolescencia que dice que debido a los cambios biológicos significativos que están ocurriendo en su interior, son esencialmente inalcanzables? ¿Nos sentimos cómodos con una perspectiva hormonal de los adolescentes que los reduce a ser víctimas de las fuerzas biológicas, liberándolos de la responsabilidad de sus propias elecciones y acciones? ¿Realmente deseamos una perspectiva de los adolescentes que nos haga creer que las verdades que dan vida y esperanza a cualquiera que las cree, no pueden alcanzar a un adolescente? No podemos persistir en una fe robusta en el poder del Evangelio si continuamos aceptando el cinismo de nuestra cultura con respecto a los años de la adolescencia.

¿Sacrificio y Sufrimiento particulares?

En 2 Timoteo 2:22, Pablo exhorta a Timoteo a huir de las “pasiones [deseos] de la juventud”. Esta frase interesante nos llama a tener balance en la manera en que pensamos acerca de los adolescentes y la manera en la que definimos esta etapa de la vida. Por un lado, la Biblia nos desafía a no ser ingenuos acerca de este período de la vida. Existen deseos que de manera sin igual plagan a los jóvenes, tentaciones que son particularmente poderosas. Esto debe enfrentarse. La Escritura nos encarga que seamos estratégicos, que nos hagamos la pregunta, “¿Cuáles son los deseos malos que aprietan a una persona durante esta fase de la vida?”

Al mismo tiempo usa el adjetivo “juveniles”, porque cada fase de la vida tiene su propio conjunto de tentaciones. Las tentaciones del niño, del joven y del viejo no son idénticas. Las tentaciones de los adolescentes no son de manera particular salvajes y severas. Toda persona en cada época de su vida, si busca agradar a Dios, debe estar vigilante, orar y estar firme, para que caer en la tentación. El adolescente es llamado a guardarse de las tentaciones que son peculiares de la juventud, en tanto que las personas más grandes son llamadas a guardarse de las tentaciones peculiares de esa edad. Cada persona, cualquiera que sea su edad, debe aceptar cada etapa de la batalla como un cristiano viviendo en un mundo caído.

¿Batalla biológica o batalla del corazón?

El pasaje de 2 Timoteo también es útil por la manera en la que localiza y define la batalla de la juventud. Existe una batalla rugiente en las vidas de los

jóvenes, pero no es la batalla biológica. Es una batalla intensamente espiritual, una batalla para conquistar el corazón. Esto es precisamente de lo Pablo quiere que seamos conscientes al exhortar a Timoteo a no permitir que su corazón sea controlado por los malos deseos. Esta batalla no es peculiar de los adolescentes. Tiene cierta forma durante los años de adolescencia, pero es la batalla de todo pecador.

La tendencia de todo pecador, sin importar su edad, es capturada muy bien por Pablo en Romanos 1:25, es decir, la tendencia de intercambiar la adoración y servicio al Creador por la adoración y el servicio a las cosas creadas. Sí, está presente en la vida del adolescente que abandona sus convicciones para lograr la aprobación de sus coetáneos, pero está igualmente presente poderosamente en el adulto que sacrifica a la familia y las prioridades espirituales con tal de lograr éxito profesional. La batalla, según Pablo, es una batalla del corazón, y es dramáticamente importante porque lo que controle el corazón dirigirá la vida.

Existen tentaciones importantes del corazón que saludan a los adolescentes, llamándolos a creer que no pueden vivir sin algún aspecto de la creación. Estas voces los llaman a creer que la identidad, el significado y el propósito puede ser encontrado en la criatura en vez de en el Creador. Estos son conflictos que alteran la vida en los años de la adolescencia. No nos atrevamos a pasarlos por alto debido a nuestros temores orientados a lo biológico y nuestra mentalidad de supervivencia. Debemos creer que Jesús vino para que cada uno de nosotros pudiera ser libre de los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa, para poder servirle a él y sólo a él. Esto también incluye a nuestros adolescentes.

Las batallas de los Padres

El tumulto de los años de la adolescencia no sólo se trata de las actitudes y acciones de los adolescentes, sino también de los pensamientos, deseos, actitudes y acciones de los padres. Los años de la adolescencia son difíciles para nosotros porque tienden a hacer evidente lo peor de nosotros. Es en estos años cuando los padres se escuchan a sí mismos diciendo cosas que nunca pensaron que dirían. Los padres se encuentran a sí mismos reaccionando con acusaciones, manipulación por medio de la culpa, y ultimátums, respondiendo con un nivel de enojo que nunca pensaron que fuera posible. Es en estos años que los padres batallan con la vergüenza de estar relacionado con el adolescente que alguna vez, cuando era niño, fue la fuente de gran orgullo y gozo.

Es vital para nosotros confesar que la lucha de los años de la adolescencia no es sólo acerca de la biología y la rebelión adolescente. Estos años son difíciles para nosotros porque exponen los malos pensamientos y deseos de nuestro *propio* corazón. Hay un principio aquí que necesitamos reconocer. Mi madre lo dice así: "Nada hay que salga de un borracho que no estuviera allí desde el principio". Estos años son difíciles para nosotros porque rasgan la cortina y nos exponen. Es por eso que las pruebas son tan difíciles, no obstante son tan útiles en las manos de Dios. No es que cambiamos radicalmente en un tiempo de prueba. ¡No! Las pruebas exponen lo que siempre hemos sido. Las pruebas desnudan las cosas para las cuales, de otra manera, seríamos ciegos. Así también los años de la adolescencia exponen nuestra autojusticia, nuestra

impaciencia, nuestro espíritu no perdonador, nuestra falta de amor servicial, la debilidad de nuestra fe, y nuestro deseo de comodidad y una vida fácil.

Por qué perdemos las oportunidades

Recientemente estaba sentado en mi oficina con un padre que estaba tan enojado con su hijo que era todo lo que podía hacer para ser civilizado. No podía ver las tremendas necesidades espirituales de su hijo, para las cuales él, particularmente, había sido puesto por Dios para suplirlas. No había dulzura en su relación; ni siquiera había cordialidad. Había un distanciamiento tenso. En cierto punto el padre se puso de pie para hablar a su hijo acerca de su reporte de calificaciones. Caminó hacia la silla de su hijo y poniendo el reporte frente a su cara le dijo, “¿Cómo te atreves a hacerme esto después de todo lo que he hecho por ti!” Para él, las calificaciones malas eran una afrenta personal. No pensaba que esta era la manera en que debían ser las cosas. Estaba enojado con su hijo, pero no por su pecado en contra de dios. Estaba enojado porque su hijo había quitado cosas de *él*, que como padre valoraba mucho: su reputación como padre cristiano exitoso, el respeto que pensaba merecer, y la vida más fácil que pensaba lograr teniendo hijos más grandes.

No tenía ninguna actitud de querer ministrar, no percibía la oportunidad que tenía, no estaba buscando ser parte de lo que Dios estaba haciendo en la vida de su hijo. En vez de esto, estaba lleno de la ira descrita en Santiago 4:2: “Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis”.

El cinismo cultural del que hemos hablado está basado en lo que nosotros pensamos que son los adolescentes y en lo que pensamos que está pasando en ellos. Tendemos a creer que hay poco que podamos hacer para lograr que estos años sean más productivos. En vez de eso, la cultura diría, necesitamos idear estrategias positivas de supervivencia que preserven la sanidad de los padres y la estabilidad del matrimonio, y que, en la medida de lo posible, mantenga al adolescente fuera de peligro causado por él mismo.

Sin embargo, ha sido mi experiencia que cuando los padres comienzan a reconocer, a tomar responsabilidad, a confesar y a arrepentirse de sus propias malas actitudes de su corazón y de las acciones que emanan de él, el resultado es una diferencia notoria en la relación con sus adolescentes y en la manera en la que perciben las luchas de los años de la adolescencia. Cuando vemos con preocupación los inminentes años de la adolescencia, necesitamos ver no sólo a nuestros hijos, sino también a nosotros mismos. Los padres que con humildad están dispuestos a cambiar, se ponen en posición de ser instrumentos de Dios para el cambio.

Una mejor Manera

Ya es tiempo que rechacemos venta al por mayor del cinismo de nuestra cultura respecto a la adolescencia. En vez de ser años de luchas sin dirección ni productividad, estos son años de oportunidad sin precedente. Son los años de oro de la educación de los hijos; es cuando comienzas a cosechar todas las semillas que has sembrado en sus vidas; es cuando puedes ayudar a tu adolescente a

internalizar la verdad, preparándolo para una vida adulta productiva y que honre a Dios.

Estos son los años de las preguntas penetrantes, los años de discusiones maravillosas que nunca antes fueron posibles. Estos son los años de fracaso y lucha que ponen sobre la mesa el corazón verdadero de los adolescentes. Estos son los años de ministerio diario y de gran oportunidad.

¡Estos no son años para meramente sobrevivir! Deben ser vistos con un sentido de esperanza y misión. Casi cada día trae una nueva oportunidad para entrar en la vida de tu adolescente con ayuda, esperanza y verdad. No debemos resignarnos a tener una relación cada vez más distante. Este es un tiempo para relacionarnos con nuestros hijos como nunca antes. Estos son años de gran oportunidad.

De esto trata este libro. Es un libro acerca de oportunidades y esperanzas. Es tiempo de que salgamos del foso del cinismo y el temor para entrar a la luz, examinando el plan de Dios para nosotros al educar a nuestros adolescentes. Este es un libro acerca de actividad, metas y estrategias prácticas. Este es un libro que cree que las verdades de la Escritura se aplican tan poderosamente a los adolescentes como a cualquier otra persona.

Al mismo tiempo, este libro no será ingenuo. Los años de la adolescencia a menudo son años de cataclismo, conflicto, lucha y sufrimiento. Son años de nuevas tentaciones y pruebas. No obstante, estas mismas luchas, conflictos y pruebas son lo que produce tales oportunidades maravillosas para los padres.

Reconociendo los momentos que Dios usa para el cambio

Ya era de noche un martes invernal. Había tenido citas de consejería todo el día y había enseñado por tres horas en la noche. Estaba conduciendo rumbo a casa cerca de las diez de la noche, soñando con un hora más o menos de relajamiento antes de ir a la cama. Silenciosamente esperaba que por alguna razón toda la familia se hubiera ido a dormir a las nueve de la noche. O si estaban despiertos, esperaba que instintivamente supieran que estaba cansado y no quería ser molestado. Pensaba que había servido fielmente a Dios ese día. Con seguridad, Dios estaría de acuerdo de que tenía el derecho de disfrutar un poco la vida. Soñaba con una sala vacía, una coca cola dietética bien fría, el periódico y el control remoto. Estaba totalmente exhausto y tenía el derecho de relajarme. (Pueden notar que me estaba acercando al hogar con una actitud “nada egoísta” para ministrar a mi familia).

Calladamente abrí la puerta con la esperanza vana de que pudiera entrar sin ser notado. Las luces de la sala estaban apagadas y la casa estaba en quietud. Me llené de esperanza. Quizá mis sueños se harían realidad; ¡Un noche de relajamiento! Había puesto tan sólo un pie en la puerta cuando escuché una voz airada. ¡Mi corazón se fue a pique! Quería hacer como si no la hubiera escuchado. Era la voz de Ethan, mi hijo adolescente. Mi decepción pronto se convirtió en enojo. Quería asirlo y decirle, “¿No sabes que tipo de día he tenido? ¿No sabes que tan cansado estoy? Lo último que necesito ahora es lidiar con tus problemas. Vas a tener que resolverlos tú mismo. Deseo que por una vez pienses en alguien aparte de ti mismo. Yo hago y hago las cosas para ti, y este es

el agradecimiento que recibo. ¿No puedes dejarme tranquilo ni siquiera una noche?"

Todos estos pensamientos rugieron dentro de mí, pero no dije palabra alguna. Escuché a Ethan derramar su queja. Estaba enojado, como de costumbre, con su hermano mayor. Estaba maldiciendo el hecho de tener un hermano mayor que lo único que parecía hacer era perjudicar su vida. Ya eran más de las diez. El asunto que había iniciado esta cosa era trivial. Tuve la tentación de decirle que madurara y lidiara con ello, pero otro pensamiento me cautivo. Aquí tenía uno de esos momentos inesperados de oportunidad, uno de esos momentos cotidianos ordenados por un Dios soberano y amoroso en el que el corazón de mi hijo estaba siendo expuesto. Este era más que un momento de papá e hijo. Este era el momento de Dios, un momento dinámico de redención en el que Dios estaba continuando la obra de rescate que había comenzado en la vida de mi hijo. La única pregunta en el momento era si yo iba a seguir el plan de Dios o mi propio plan. ¿Crearía el evangelio en ese momento, confiando que Dios me daría lo que necesitaba para hacer lo que me llamaba a hacer en la vida de mi hijo?

Le pedí a Ethan que nos sentáramos en la mesa del comedor y me dijera lo que estaba pasando. Estaba lastimado y enojado. Su corazón estaba sobre la mesa. Hablamos de su enojo y estuvo listo para escuchar. Una pelea trivial con su hermano abrió la puerta para discutir cosas que para nada eran triviales. Dios me dio la fortaleza y la paciencia. Llenó mis labios de las palabras correctas. Ethan se vio a sí mismo en nuevas maneras aquella noche y confesó cosas que nunca antes había reconocido.

Era casi la media noche cuando le dije “buenas noches” a Ethan. Nos abrazamos y nos fuimos a dormir. Lo que primero parecía un momento de irritación por un asunto obviamente trivial fue, de hecho, una oportunidad maravillosa de ministerio, ordenado por un Dios de amor. Fue muy claro que Dios no sólo estaba obrando para cambiar a Ethan; él también estaba obrando para cambiarme a mí. El egoísmo de *mí* corazón fue revelado aquella noche, el mismo egoísmo que causa que los padres prorrumpen en ira hacia sus adolescentes que los necesitan. También fue evidente mi necesidad de Cristo. No había manera de que yo funcionara como su instrumento sin Su fortaleza.

Momentos pequeños, Alto Llamamiento

Escogí escribir sobre este momento porque fue uno de momentos notables que no sólo pasan a diario, sino muchas veces en un día. Cada uno de estos momentos está cargado de oportunidades. Hay muchos, muchos más de estos momentos que los momentos dramáticos de la adolescencia – tales como el embarazo, drogas y violencia - que reciben tanta atención. Ninguno de nosotros vive constantemente en los grandes momentos de decisiones significativas; no muchas de éstas en la vida. ¡No! Nosotros vivimos en el mundo de lo increíblemente cotidiano. Es aquí que necesitamos ver a nuestros adolescentes con ojos de oportunidad en vez de que con ojos de pavor y temor.

La discusión por la última pieza de pan, el lloriqueo por no tener nada que ponerse media hora antes de ir a la escuela, el reporte de calificaciones arrugado en el bolsillo del pantalón rumbo hacia la lavadora, la boca torcida al recibir un “no”

por parte de los padres, el tercer raspón del carro en un mes, las palabras constantes de descontento, el argumento “todos lo hacen”, y el “soy el único a quien sus padres le hacen . . .” Todo esto debe ser visto como algo más que dificultades que estorban el camino de una vida agradable. Estos son los momentos que Dios da para los padres. Tú eres el agente de Dios que está de guardia. Se te ha dado un llamado increíblemente alto. Eres el instrumento de Dios de ayuda y preparación mientras este hijo da sus pasos finales fuera del hogar para entrar al mundo de Dios. Estos momentos hacen que tu vida valga la pena. Es aquí donde haces una contribución que infinitamente más valiosa que cualquier logro profesional o financiero.

Reconociendo las Oportunidades

Mientras más vivo con mis propios hijos adolescentes, observo a sus compañeros e comparto con otros padres de adolescentes, más me convengo de que este es un tiempo de oportunidad extrema. Hay asuntos que se ven expuestos en este período de desarrollo delicado, atemorizante, difícil y volátil, que lo hacen estar tan lleno de oportunidades. No es un tiempo para irse al precipicio. No es un tiempo para temer una situación de caos total en el hogar. No es un tiempo para aceptar el famosa “brecha generacional” dictada por la cultura. Este es un tiempo para entrar en la batalla y dirigirte hacia tu adolescente. Es un tiempo para involucramiento, interacción, discusión y una relación con compromiso. No es un tiempo para dejar que un adolescente esconda sus dudas, temores, y fracasos, sino un tiempo de propósito, amor, ánimo, enseñanza, perdón, confesión y aceptación. Es un tiempo maravilloso.

Ahora que estoy escribiendo este libro, mi esposa y yo tenemos tres adolescentes. Nunca antes habíamos tenido más convencimiento de nuestro llamamiento. Hemos reído, llorado, discutido y orado por nuestros adolescentes. Hemos luchado por ellos y con ellos. Hemos visto fracaso y prueba así como oportunidades. No siempre hemos respondido en fe, y hemos tenido que confesar nuestro propio pecado, pero hemos comentado entre nosotros que este es un período maravilloso en la vida de nuestra familia. Estamos tan felices de hacer lo que estamos haciendo. Vemos la gloria de Dios revelada aun en medio de nuestros esfuerzos lánguidos y fe débil.

Existen tres puertas de oportunidad fundamentales por las que todo padre de adolescentes puede entrar. Cada uno de estos problemas se convierte en un medio para ayudar al adolescente a internalizar las verdades a las que ha sido expuesto por años. Los problemas de la inseguridad, la rebelión y la ampliación del mundo del adolescente en realidad son puertas de oportunidad provistas por Dios por las que los padres pueden tener acceso a los asuntos centrales de la vida de sus adolescentes.

La Inseguridad del Adolescente

¡Los adolescentes no son personas seguras! El adolescente que se ve seguro en el desayuno puede fácilmente desmoronarse en la cena. La adolescente que va a la cama pensando que se ve bien, despierta, se ve en el espejo antes del desayuno, y se convence de que su cabeza está demasiado grande en proporción con su cuerpo. El adolescente que está seguro porque

piensa que finalmente entiende suficientes reglas como para ser considerado un humano casi normal, se convencerá de que es un fracaso social por un momento embarazoso en una fiesta.

Nuestro hijo Ethan tenía como quince años cuando una tarde entró a la casa visiblemente desanimado. Le pregunté que le pasaba. Me dijo que cada día, la gente se burlaba de él cuando iba o venía de la escuela. Me dijo, “Los veo mirándome, hablando y riéndose”. Fue un período difícil para él. Estaba creciendo rápidamente. Estaba inseguro de él mismo, su cuerpo y su apariencia. Estaba en el limbo entre ser niño y hombre, y proyectaba su inseguridad a todos a su alrededor. Este tiempo de inseguridad física proveyó muchas oportunidades para escuchar, amar, animar y hablar del Evangelio.

Este es un período cuando el adolescente está plagado de preguntas. ¿Quién soy? ¿Me veo bien? ¿Por qué la vida es tan confusa? ¿Alguna vez aprenderé todas las reglas? ¿Qué está bien y qué está mal? ¿Qué le está pasando a mi cuerpo? ¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Seré exitoso o fracasado? ¿En verdad le agrado a la gente? ¿Soy normal? ¿Es normal mi familia? ¿En verdad existe Dios?

El mundo de la apariencia física, el mundo de las relaciones, el mundo de las ideas, el mundo de las responsabilidades, y el mundo del futuro son asuntos que asustan y son inciertos para los adolescentes. Es esta realidad lo que hace que este tiempo sea de tal oportunidad. En medio de estas preguntas, se pueden discutir temas bíblicos importantes, tales como la doctrina de la creación, el temor al hombre, la soberanía de Dios, la naturaleza de la verdad, la identidad en Cristo, la guerra espiritual y la tentación – por mencionar algunos. En el contexto de las inseguridades diarias tenemos una oportunidad de ayudar a los adolescentes a hacer que la teología conceptual se convierta en teología funcional y forjadora de la vida. Cada una de estas preguntas provee una oportunidad para discutir, probar, experimentar, aplicar e internalizar verdades bíblicas importantes.

La Rebelión del Adolescente

Las historias de rebelión crasa y flagrante son una de las razones por las que los padres temen los años de adolescencia. La peor pesadilla de los padres es el pensamiento de que el niño precioso se convierta en el líder de la pandilla violenta del vecindario. Tenemos que evaluar de nuevo nuestra expectativa de rebelión adolescente automática. Al mismo tiempo, tenemos que reconocer que esta es una edad en la que los hijos empujan los límites, la tentación abunda, y las amistades no siempre fomentan el comportamiento correcto.

Un domingo por la tarde recibimos una de esas llamadas pavorosas. Un domingo por la tarde recibimos una de esas llamadas pavorosas. A una madre de nuestra iglesia diciéndonos que nuestro hijo no había pasado la noche en su casa como pensábamos. Nos dijo que nuestro hijo le había pedido a su hijo que lo encubriera, pero que tuvo remordimiento de consciencia y acudió a su madre por ayuda. Ella nos llamó. Estábamos temerosos y decepcionados. Por un momento nos dejamos llevar pensando lo peor. ¿Cuántas mentiras más había habido? ¿Habíamos vivido con un hijo que no conocíamos? Al mismo tiempo, estábamos profundamente agradecidos por la misericordia rescatadora del Señor. Cuestionamos a nuestro hijo y él confesó. Fue un momento parte aguas para

escoger a quién serviría. Salimos de cuarto tan agradecidos de que un evento que esperábamos nunca pasara, en el plan misericordioso de Dios, había ocurrido.

Hay deseos que hacen que el adolescente sea susceptible a la tentación de rebelarse: el deseo de ser un individuo y pensar por sí mismo, el deseo de libertad, el deseo de intentar cosas nuevas, el deseo de desafiar los límites, el deseo de control, el deseo de tomar sus propias decisiones, el deseo de ser diferente, el deseo de encajar en su medio y el deseo de ser aceptado. Todos éstos, al igual que otros tantos deseos que son impulsados por la autonomía y egocentrismo de la naturaleza pecaminosa, con seguridad pueden dirigir al adolescente a la perdición.

Al mismo tiempo, estas luchas de rebelión y sumisión se convierten en el contexto en el que otro conjunto de asuntos bíblicos importantes pueden ser discutidos, aplicados e internalizados. En estos momentos cruciales de sumisión y rebelión se puede lograr que sean puestas sobre la mesa las verdades bíblicas que tienen que ver con la autoridad, sembrar y cosechar, la naturaleza de la verdad y la falsedad, la sabiduría y necedad, la ley y la gracia, confesión, arrepentimiento, perdón, y la naturaleza y función del corazón. Los padres con ojos hacia la oportunidad tendrán muchas aperturas para tratar asuntos centrales de la fe bíblica en la vida de sus adolescentes.

La Ampliación del Mundo del Adolescente

La repentina explosión del mundo del adolescente es una de las cosas que asustan a los padres y una fuente de inseguridad para los adolescentes. De la noche a la mañana, parece como si el mundo se engrandeciera. El niño o niña que jugaba horas en el columpio del patio ahora conduce a millas de distancia a lugares nuevos, experiencias nuevas y amigos nuevos.

Este mundo no siempre es emocionante para el adolescente. Algunas veces asusta y se ve abrumador. Hay momentos en los que el adolescente es avivado con el gozo del descubrimiento, y hay otros momentos cuando es tímido y evasivo. Algunas veces disfruta el ser un adolescente, mientras que otras, parece temeroso de las nuevas expectativas impuestas sobre él.

Su mundo no deja de crecer. Es un mundo de nuevos amigos, nuevos lugares, nuevas oportunidades y responsabilidades, nuevos pensamientos, nuevos planes, nuevas libertades, nuevas tentaciones, nuevos sentimientos, nuevas experiencias y nuevos descubrimientos. Todos los goces e inseguridades de este mundo creciente proveen oportunidades para ayudar a tu adolescente a entender realmente y a internalizar personalmente verdades fundamentales. Éstas incluyen la soberanía y providencia de Dios, la ayuda constante de Dios, la naturaleza de las relaciones bíblicas, la guerra espiritual, la disciplina, el dominio propio, el contentamiento, la fidelidad, la integridad, la naturaleza del cuerpo de Cristo, el mundo, la carne y el Diablo, el principio de responsabilidad y estar bajo supervisión, las prioridades bíblicas, el descubrimiento y mayordomía de los dones, y muchas otras verdades y principios bíblicos. ¡Esta es una lista interesante! Pero este mundo que se amplía provee oportunidades maravillosas para que los padres preparen a sus adolescentes para una vida efectiva y productiva en el mundo de Dios.

Rechazando del Cinismo

El lugar para comenzar a edificar un entendimiento bíblico de la educación de los adolescentes es rechazar el cinismo oscuro de nuestra cultura. ¡Sí! los años de la adolescencia son años de cambio, inseguridad y tumulto, no obstante estas son las mismas cosas que Dios usa para traer la verdad para iluminar los ojos de nuestros hijos. Si es que vamos a ser Sus instrumentos, debemos lidiar con nuestra propia idolatría y traer una fe bíblica robusta a cada momento escabroso, una fe que cree que Dios rige sobre todas las cosas para nuestro bien, que él es nuestro pronto auxilio en las tribulaciones, que está obrando en cada situación para lograr su propósito redentor, y que su Palabra es poderosa, activa y eficaz.

No queremos ser llevados a los fosos de supervivencia por la inseguridad, rebelión y ampliación del mundo del adolescente. En vez de eso, queremos tomar el llamado que Pablo hizo a Timoteo como el plan de Dios para nuestro trabajo con nuestros adolescentes. “Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Tim. 4:2). Queremos acercarnos a estos años importantes con esperanza; no esperanza en nuestros adolescentes o en nosotros mismos, sino esperanza en Dios quién es capaz de hacer más de lo que podamos esperar o pedir al estar aprovechando las oportunidades que él pone en nuestro camino. Queremos acercarnos a estos años con un sentido de propósito y llamamiento.

Cuando la gente te pregunte a qué te dedicas, responde, “Soy padre o madre de un adolescente. Es el trabajo más importante que he tenido. Todo lo demás es secundario.” Luego di, “¡Nunca he tenido un trabajo más emocionante. Nunca he tenido un trabajo tan lleno de oportunidades. Cada día soy necesitado. Todos los días hago cosas que son importantes, valiosas y duraderas. ¡No dejaría este trabajo por nada del mundo!”

Capítulo 2

¿Los ídolos de quién están estorbando?

Si es que vamos a ser efectivos para Cristo en las vidas de nuestros adolescentes, es importante ser honestos acerca de nuestros propios ídolos – los lugares en los que *nosotros* tendemos a intercambiar la adoración y servicio del Creador por la adoración y el servicio de las cosas creadas., Muy a menudo, cuando buscamos entender las luchas de la adolescencia, sólo vemos al adolescente y sus problemas. En realidad, es tiempo que demos una mirada al interior y nos preguntemos, “¿Qué rige realmente *nuestros* corazones?” Ahora bien, seguramente, todo padre cristiano daría espontáneamente la respuesta teológica correcta. Somos hijos de Dios. Él es quien rige nuestros corazones. ¿O no es así? Esto no se trata de dar una afirmación teológica, sino de hablar de nuestra adoración de todos los días. A la hora de la hora – en la recámara, la sala, la cocina y los pasillos de la vida - ¿qué controla realmente nuestros corazones?

Comienza con tu corazón

Es una pérdida de tiempo para nosotros como padres pensar acerca de estrategias de educación para nuestros adolescentes sin antes examinarnos primero. Si nuestros corazones están controlados por algo distinto a Dios, no veremos como oportunidades las oportunidades de oro de los años de adolescencia. En vez de eso, serán un torrente continuo de conflictos irritantes traídos por una persona increíblemente egocéntrica que ni niño ni adulto, pero que tiene la horrorosa habilidad de volver caóticos aun los momentos más importantes de nuestras vidas. El cinismo de nuestra cultura hacia los adolescentes no sólo revela algo que son los adolescentes, sino también revela lo que nosotros como padres estamos sirviendo. Nuestros corazones nos ciegan a las oportunidades a nuestro alrededor durante los años de la adolescencia.

Hay un principio importante que se enseña por toda la Escritura, pero que se enuncia más claramente en Ezequiel 14:4: “Así ha dicho Jehová el Señor: Cualquier hombre de la casa de Israel que hubiere puesto sus ídolos en su corazón, y establecido el tropiezo de su maldad delante de su rostro, y viniere al profeta, yo Jehová responderé al que viniere conforme a la multitud de sus ídolos”.

Permítanme decir este pasaje con mis propias palabras. Los líderes de Israel han venido a Dios para escuchar su palabra para ellos, pero al venir, Dios reconoce que sus corazones han sido capturados por los ídolos. Así que, Dios dice, “Puesto que hay ídolos en sus corazones, la única cosa en la que estoy interesado en hablar es acerca de su idolatría”. ¿Por qué? Hay una pequeña frase que nos da la clave. Dios dice que cuando una persona pone un ídolo en su corazón, también establece “el tropiezo de su maldad delante de su rostro”. El principio revelado aquí es el principio de la influencia ineludible. Aquello que controla mi corazón, controlará mi vida. Un ídolo de mi corazón siempre pondrá un tropiezo delante de mi rostro.

Imagina que colocas tu mano enfrente de tu rostro con los dedos a penas separados. Cuando intentas mirar a través de tus dedos, tu visión se ve obstruida.

Mientras tu mano esté enfrente de tu rostro, no importa vuelvas la mirada, tu visión será alterada por tus dedos. Así ocurre también con un ídolo de mi corazón. Ejerce influencia inevitable sobre mi vida. A donde vaya, haga lo que haga, el ídolo influirá en lo que hago y cómo lo hago. Por esta razón Dios dice, “No tiene sentido hablar acerca de otra cosa, porque cualquier cosa que diga, de algún modo, será usado para servir al ídolo que rige tu corazón. Por lo tanto, quiero lidiar con tu idolatría. Esa es mi prioridad”.

No podemos pasar por alto este asunto central. Estoy profundamente persuadido que nuestros ídolos han causado que veamos las oportunidades como pruebas, y causan que respondamos a nuestros adolescentes con palabras amargas de juicio, acusación y condenación, comportándonos hacia ellos con intolerancia y enojo. Mientras Dios nos llama a amar, aceptar, perdonar y servir, a penas somos capaces de ser amables.

Consideremos algunos ídolos paternos típicos y la manera en la que éstos dan forma a las respuestas a nuestros adolescentes.

El ídolo de la Comodidad

En lo secreto de nuestros corazones, muchos de nosotros deseamos que nuestra vida sea un centro vacacional. Un centro vacacional es un lugar en el que tú eres el que es servido. Tus necesidades son primero, y sólo haces lo que quieres hacer cuando quieres hacerlo. Las únicas demandas con las que lidias son las que tú mismo te impones. En un centro vacacional, vives con un sentimiento de que tienes derechos. Has pagado, y tienes el derecho de esperar ciertas cosas. Me temo que muchos de nosotros vivimos para la comodidad y traemos esta mentalidad cuando educamos a nuestros hijos. Pensamos que tenemos el derecho de tener calma, armonía, paz, y respeto, y respondemos con enojo cuando no lo obtenemos.

La Escritura nos advierte que la vida dista mucho de ser como un centro vacacional. La vida es una guerra. Esto queda claramente demostrado en los años de la adolescencia. Les he dicho muchas veces a mis adolescentes cuando salen de casa, “Allá afuera hay una guerra; se pelea en el campo de tu corazón. El objetivo de la pelea es ganar el control de tu alma”. El tumulto, caos y desasosiego de la adolescencia no sólo es el resultado de los cambios biológicos importantes que están ocurriendo, sino también se deben a una guerra espiritual dramática que se lleva a cabo.

Los padres que demandan comodidad, facilidad, regularidad, paz, espacio, quietud y armonía no estarán bien equipados para esta guerra. Comenzaran a ver a sus adolescentes como los enemigos. Comenzaran a pelear *con* ellos en lugar de *a favor* de ellos, y aun peor, tenderán a olvidar la verdadera naturaleza de la batalla y la identidad real del enemigo. Actuarán basados en deseos frustrados, haciendo y diciendo cosas que luego lamentarán, y fallarán en ser efectivos y productivos en esos momentos estratégicos de ministerio en los que Dios los ha colocado.

El ídolo del Respeto

El padre ha tropezado con cada uno de los Discos Compactos de su hija. La ha encerrado en su cuarto cada noche, y ha compartido públicamente sus

pecados con toda la iglesia en una reunión de oración. La ha abofeteado enfrente de sus amigos, y ha hecho de todo con tal de someterla. Nunca ha dejado de recordarle que él fue un adolescente ejemplar. En mi oficina, me dijo con gran energía y resolución, “Haré que me respete aunque sea lo último que haga”.

El respeto es lo que rige su corazón. Se ha convencido a sí mismo que se lo merece. Así pues, cualquier asunto se vuelve un asunto de respeto. Vio falta de respeto en lugares donde no había problema. La vida se convirtió en una serie de exámenes finales en los que nunca dio a su hija una calificación mejor que “5”. Consideraba como una afrenta personal todo el desarrollo, inseguridad y torpeza de su hija. No existía en su pensamiento ninguna dimensión vertical o espiritual. Veía a su hija no en términos de su relación con Dios, sino sólo en relación consigo mismo. No se veía a sí mismo como un agente para llevarla a un temor de Dios redentor de la vida. Su corazón estaba dirigido por la meta de que ella debía *temerle* y darle el respeto que pensaba merecer.

¿Es bueno el respeto? ¡Por supuesto! ¿Es algo que los padres deben buscar implantar en sus hijos? ¡Sí! Pero no debe ser lo que controle mi corazón o tomaré como personal lo que no lo fue, perderé de vista mi papel como representante de dios, y lucharé y demandaré lo que sólo Dios puede producir.

Tristemente, los ojos de este padre estaba ciegos al dios que lo regía y al hecho de que su búsqueda de respeto, fomentaba exactamente la respuesta opuesta.

El ídolo de la Apreciación

Hemos estado allí cuando nos llamaban de la escuela. Hemos estado allí en la madrugada cuando tenían pesadillas. Hemos cambiado las sábanas de la cama que amanecían mojadas de nuevo. Hemos salido en pijamas a la farmacia con servicio de 24 horas para comprar medicina. Hemos hecho el pastel especial de cumpleaños con forma de patineta. Hemos limpiado el vómito de la alfombra de la recámara. Hemos estado en reuniones con el director de la escuela. Hemos pasado horas haciendo un volcán de papel. Hemos ido a miles de eventos. Hemos escuchado varios recitales dolorosos, hemos pasado miles de vacaciones memorables. Hemos caminado miles y miles de pasillos del supermercado para que las bocas sean alimentadas y los estómagos llenos. Hemos caminado por horas en los centros comerciales buscando ropa que esté “a la onda”. Hemos lavado suficiente ropa como para llenar el Gran Cañón. Hemos renunciado a nuestros sueños para poder pagar los instrumentos musicales y los frenillos. ¿Acaso no es tiempo de que nos muestren un poco de apreciación por lo que hemos hecho?

No puedo decirles cuántas veces escuché a mis padres recitar partes de esta lista, siempre con la misma moraleja. Parece ser tan lógico, tan inofensivo, tan correcto. Los niños *deben* apreciar a sus padres. No obstante, no puede ser nuestra meta el ser apreciados. Cuando se convierte en el motivo de nuestra vida, sin darnos cuenta buscaremos ávidamente ser apreciados en cada situación.

Los adolescentes no muy seguido irrumpen en la puerta al final del día y dicen, “¿Sabes que estaba pensando cuando venía hoy casa, mamá? Estaba pensando acerca de cuánto tú y papá han hecho en todos estos años. Han estado conmigo desde el primer momento de mi vida hasta ahora. En el camión

estaba inundado de gratitud y sencillamente no podía esperar llegar a casa para agradecerle”. Si esto te ocurre, ¡erige un monumento de piedras como un memorial perpetuo, o enciende una flama eterna!

Muy pocos padres cuando iban a la cama escucharon llanto proveniente de la recámara de su hija adolescente y han tenido esta conversación. “¿Qué pasa mi amor?” “Oh, Estaba pensando en ti y en mamá, y en cuán ingrata he sido. Me siento tan culpable de no haberles apreciado más, y me he comprometido a demostrarles cada día que les aprecio”. Por el contrario, la tendencia de los adolescentes es estar mucho más llenos de orientación e interés hacia ellos que estar llenos con asombro y apreciación por otros.

Si los padres han olvidado su propia relación vertical con Dios al estar ministrando a sus adolescentes, si piensan que entre los padres y los hijos todo debe ser un contrato del tipo “yo sirvo, tu aprecias lo que hago”, tendrán muchas luchas con el desánimo y el enojo durante los años de la adolescencia. Justamente cuando los padres esperan que su hijo les de un poco a cambio, éste parece ser más egoísta y falto de gratitud que antes. De nuevo, cada padre necesita preguntarse, ¿Por qué estoy haciendo lo que hago? ¿A quién estoy sirviendo? ¿Cuáles son las cosas que llegado a esperar y a demandar? ¿El deseo de quién rige los momentos de oportunidad con mis adolescentes – el mío o el de Dios?

El ídolo del Éxito

Escuché mientras aquel padre me decía en presencia de su hijo adolescente, “¿Sabe usted cómo se siente ir a la iglesia y saber que todos han estado hablando y orando por tu hijo rebelde? ¿Sabe qué se siente entrar al servicio y tener la mirada de todos puesta en uno, sabiendo que la gente se pregunta cómo están yendo las cosas y cómo tú y tu esposa lo están enfrentando? No es la manera como se supone que deberían ser las cosas. Tratamos de hacer fielmente todo lo que Dios nos llamó a ser como padres, y mire con qué hemos terminado. Me pregunto que si hubiéramos sabido que así íbamos a terminar, ¿hubiéramos decidido tener hijos? No puedo describir cuán desanimado y apenado estoy”.

Aquella tarde, teniendo a su hijo escuchando, este padre dijo lo que muchos padres han sentido pero nunca han expresado. Tendemos a entrar a la educación de nuestros hijos con expectativas como si tuviéramos una garantía sólida y rápida. Pensamos que si hacemos nuestra parte, nuestros hijos serán ciudadanos modelos. Sin embargo, en un mundo caído, las cosas no funcionan así. Tendemos a ver nuestra paternidad con un sentido de propiedad, que estos son nuestros hijos y su obediencia es nuestro derecho.

Estas suposiciones preparan el terreno para que nuestra identidad quede envuelta en nuestros hijos. Comenzamos a necesitar que sean lo que deben ser para que nosotros podamos tener un sentido de logro y éxito. Comenzamos a ver a nuestros hijos como nuestros trofeos en vez de verlos como creación de Dios. Secretamente queremos mostrarlos en las repisas de nuestras vidas como testimonios visibles de una labor bien hecha. Cuando ellos no llegan a la medida de nuestras expectativas, no nos ponemos a llorar y a luchar por ellos, sino nos enojamos con ellos, luchamos en contra de ellos, y de hecho, lloramos por

nosotros y nuestra pérdida. Nos molestamos porque se han llevado algo que valorábamos mucho, algo que hemos llegado a atesorar, algo que ha llegado a regir nuestros corazones: una reputación de éxito.

Es tan fácil perder de vista el hecho de que estos son hijos de Dios. No nos pertenecen. Nos los da no para traer gloria a *nosotros*, sino a *Él*. Nuestros adolescentes vienen de *Él*, existen por *Él*, y la gloria en sus vidas apunta a *Él*. Nosotros somos agentes para cumplir Su plan. Somos instrumentos en sus manos. Nuestra identidad está arraigada en *Él* y en su llamamiento, no lo está en nuestros hijos y su desempeño. El rechazo esencial que nos debe poner a llorar no es que nos rechacen a nosotros, sino a *él*.

Como padres, estamos en problemas cuando perdemos de vista estas “realidades verticales”, cuando perdemos de vista a Dios, su propiedad de nuestros hijos, y su llamamiento a ser padres fieles sin importar el resultado. Cuando la educación de nuestros hijos se reduce a nuestro trabajo arduo, el desempeño del adolescente y la reputación de la familia, será muy difícil responder ante las fallas de nuestros hijos con fidelidad sin egoísmo. Los momentos ordenados por Dios para ministrar se convertirán en momentos de confrontación airada llena de palabras de juicio. En vez de dirigir de nuevo a Cristo al adolescente necesitado, lo golpearemos con palabras. En vez de amar, rechazaremos. En vez de decir palabras de esperanza, condenaremos. Nuestros sentimientos estarán inundados mucho más con nuestra propia vergüenza, enojo, y dolor, que con el dolor porque nuestro hijo es rebelde delante de Dios.

Necesitamos comenzar con un examen de nuestro propio corazón. ¿Tenemos una actitud de pertenencia y de tener derechos? ¿Hemos llegado a ser dominados sutilmente por la reputación? ¿Hay dentro de nosotros alguna lucha por amar a nuestro adolescente? ¿Existe distanciamiento entre nosotros que es el resultado de esa lucha? ¿Nos oprime la idea de lo que puedan pensar los demás? ¿Hemos dudado de los principios de la Palabra y por qué no “funcionaron” en nuestro caso? Estas preguntas necesitan ser enfrentadas si es que deseamos ser lo que Dios nos manda que seamos en las vidas de nuestros adolescentes, que son pecadores viviendo en un mundo caído.

El ídolo del Control

Cada vez más me convengo de que sólo hay dos maneras de vivir: (1) confiando en Dios y viviendo en sumisión a su voluntad y su señorío, o (2) tratando de ser Dios. Hay muy poco en medio de estas dos opciones. Como pecadores parece que somos mejores en la última que en la primera opción.

Esta dinámica espiritual pega justo en el corazón de la educación de los hijos. La paternidad exitosa es la pérdida de control justa y ordenada por Dios. La meta de la educación de los hijos es lograr que, al final de cuentas, nos quedemos sin este trabajo. La meta de la educación de los hijos es que se conviertan, de personas que solían ser totalmente dependientes de nosotros, en personas independientes y maduras quienes con la confianza en Dios y con la conexión apropiada a la comunidad cristiana, sean capaces de pararse sobre sus propios pies.

En los primeros años de la paternidad, nosotros tenemos el control de todo, y aunque nos quejamos del estrés que esto acarrea, ¡nos gusta tener el poder! Un

infante tiene muy poco para escoger, a parte de las funciones corporales. Nosotros escogimos su comida, su tiempo de descanso, la manera del ejercicio físico, lo que veían y escuchaban, a donde iban, quienes eran sus amigos, y la lista puede continuar y continuar. Sin embargo, la verdad es que desde el primer día nuestros hijos van creciendo en independencia. El bebé que antes no era capaz de dar vuelta a su cuerpo sin ayuda ahora puede gatear al baño sin nuestro permiso y jalar todo el rollo de papel. Este mismo niño pronto estará conduciendo lejos de casa hacia lugares muy fuera del alcance de los padres.

Esperamos que nuestros hijos sean como nosotros. A mí me gustan los deportes, jugaba en la escuela, y me gusta también verlos. Recuerdo la primera vez que mi hijo mayor Justin dijo que no quería ver un partido de fútbol americano conmigo. ¿Qué? ¿No te gusta el fútbol? Tenía ganas de decir, “¡Esto no está bien! ¡Te he enseñado para ser un aficionado de los deportes organizados! ¿Acaso no quieres ser como yo?”

O recuerdo cuando mi hija Nicole anunció por primera vez que no le gustaba la crema de maní. Casi era como si hubiera dicho que no le gustaba la Navidad o las vacaciones de verano. ¡Casi era como si hubiera algo mal teológicamente con ello! Determiné que la convencería de que la crema de maní era fantástica. ¡Antes de salir de esta casa ella tendría un compromiso profundo y duradero con el maní para untar!

¿Cuántos padres han luchado con los amigos que sus hijos han escogido? Sí, la elección de la compañía es un asunto muy serio, pero también es un lugar en que queremos ejercer control sobre nuestro hijo en proceso de madurez. La meta de la educación de los hijos no es mantener un control con mano dura sobre nuestros hijos en un intento de garantizar su seguridad y nuestro sano juicio. Sólo Dios es capaz de ejercer ese tipo de control. La meta es ser usados por él para establecer en nuestros hijos un dominio propio creciente a través de principios de la Palabra y permitirles que ejerzan círculos de elección, control e independencia cada vez más crecientes.

Con regularidad trabajo con padres que quieren retroceder el reloj. Piensan que la única esperanza es regresar a los días antiguos de control total. Intentan tratar a sus adolescentes como niños pequeños. Terminan siendo más como carceleros que como padres, y se olvidan de ministrar el Evangelio que es la única esperanza en esos momentos cruciales de lucha.

Es vital que recordemos que las verdades del Evangelio: Primero, no hay situación que no esté “bajo control”, porque Cristo rige sobre todas las cosas para el bien de su cuerpo, la iglesia (Ef. 1:22). Segundo, no sólo la situación está bajo control, sino que Dios está obrando en ella haciendo el bien que ha prometido hacer (Rom. 8:28). Así es que no necesito controlar cada deseo, pensamiento, y acción de mi adolescente. En cada situación él está bajo el control soberano de Cristo, que logra lo que yo no puedo lograr. Tercero, necesito recordar que la meta de mi paternidad no es conformar a mi hijo a mi imagen, sino a la imagen de Cristo. Mi meta no es clonar mis gustos, opiniones y hábitos en mis hijos. No estoy buscando que ellos tengan mi imagen, sino la de Cristo.

No podemos considerar los años de la adolescencia, con sus tumultos y luchas, sin antes mirar honestamente a lo que nosotros, como padres, traemos a la lucha. Si nuestros corazones están regidos por la comodidad, respeto,

apreciación, éxito y control, sin darnos cuenta desearemos que nuestros adolescentes alcancen nuestras expectativas en vez de ministrar a sus necesidades espirituales. En vez de ver los momentos de lucha como puertas de oportunidad dadas por Dios, los veremos como irritantes que frustran y desaniman, y experimentaremos un enojo creciente hacia los mismos hijos a quienes estamos llamados a ministrar.

Capítulo 3

¿Qué es una Familia? Una Definición

La pregunta “¿Qué es una familia?” se ha debatido a través de la historia de la humanidad y será el tema de debate de las generaciones futuras. Cada generación reconoce la importancia de la familia y el hecho de que ha cambiado de lo era en las generaciones previas. La naturaleza de la familia es un debate acalorado en nuestra cultura hoy en día que se discute bajo el título político de “valores familiares”.

Nuestro propósito aquí no es entrar a un debate cultural tratando de dar una definición bíblica exhaustiva de lo que es la familia. Nuestra meta es definir la familia de una manera muy diferente, es decir, responder a la pregunta “¿qué es la familia?” de una manera funcional. Lo que realmente nos estamos preguntando es “¿Cuál fue la intención de Dios al crear la familia?” Esto es importante porque nuestra definición funcional de la familia dará forma a nuestras metas para nuestros hijos y nuestras acciones hacia ellos. La pregunta “¿Cuál fue la intención de Dios al crear la familia?” es la base para preguntarnos “¿Qué es lo que Dios quiere que hagamos con nuestros adolescentes?” Nunca tendrás un entendimiento apropiado de tu descripción de labores como padre de adolescente a menos que primero entiendas tu descripción de labores como padre en general.

He escuchado a demasiados de mis hermanos y hermanas contar historias de sus vacaciones y los planes elaborados que hicieron por muchos meses para asegurarse de que su familia pasara un buen tiempo. Al estar escuchando un relato más acerca de un paquete vacacional bien investigado a Orlando, me di cuenta un día que muchos padres están más organizados, son más activos, investigan mejor y son más guiados por metas cuando planean sus vacaciones que cuando están creciendo a sus hijos.

Imagínense como serían unas vacaciones si tuviera una idea somera de lo que se supone que deben ser unas vacaciones, pero realmente no estuviera completamente seguro. Imagínense como sería si tuviera una idea vaga de hacia donde quisiera ir de vacaciones con mi familia, pero no estuviera realmente decidido a ir algún lugar en específico. ¿Cómo sería si tuviera un poco de sentido de orientación, pero no hubiera sacado tiempo para estudiar realmente los mapas? ¿Qué pasaría si supiera que las vacaciones tienden a ser costosas, pero no me hubiera realmente preparado en lo económico? ¿Qué posibilidad tendría de que mi familia, de hecho, tuviera vacaciones, y ni se diga unas vacaciones exitosas? Así ocurre con la vida familiar. Es vital que estemos informados, preparados y actuemos bíblicamente.

La Familia: La comunidad principal de aprendizaje establecida por Dios

Jueces 2:6-15 describe una de las situaciones más tristes de toda la Escritura. Es una descripción que proclama la importancia de la familia en lo que Dios está haciendo en la tierra. En este relato se nos dice que la primera generación de Israelitas que crecieron en la Tierra Prometida “no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel” (v.10). Deja que las palabras hagan mella. ¡Deben hacer mella en nosotros! La *primera* generación de los hijos

que crecieron en Palestina no conocían a Dios y no sabían las cosas maravillosas que había hecho para liberar y sostener a su pueblo.

¿Qué ocurrió? ¿Cómo pudo pasar esto? ¿Cómo es que los hijos de los Israelitas no conocían del Señor? ¿Cómo es que no sabían acerca de las plagas, del Mar Rojo, del Monte Sinaí, del agua de la roca y del maná del cielo? ¿Qué salió mal? ¿Cómo es que los hijos de los israelitas crecieron cómodamente adorando a otros dioses?

¿Será que los profetas de Israel no hicieron bien su trabajo? ¿Será que los sacerdotes fueron negligentes? ¡No! El error no estuvo allí. La falla fundamental fue que la familia falló en hacer lo que Dios quería que hiciera.

Cuando Israel se estaba preparando para entrar a la tierra prometida, Dios separó tiempo para hablar acerca de Su propósito para la familia. Deuteronomio 6 levanta el registro del plan de Dios. Dios dice esto esencialmente: “He diseñado la familia para que sea mi comunidad primaria de aprendizaje. No existe un mejor contexto para enseñar las verdades que necesitan ser enseñadas para que la gente viva de la manera como debe vivir” Dios dice, “Ustedes viven con sus hijos. Están allí cuando se acuestan, están allí cuando se levantan. Están allí durante los muchos días de la vida de sus hijos. Enséñenle a sus hijos; la familia es su salón de clases”.

Los padres tienen oportunidades únicas de instruir a sus hijos, oportunidades que nadie más tiene, porque los padres viven con ellos. Dios nos ordena que saquemos el mayor provecho de las oportunidades. Capitaliza la pregunta de investigación que se hace justo cuando estás acostando a tu hijo en la cama. Aprovecha al máximo la queja matutina que sientes que no tienes tiempo de atender. Pregunta a tu hijo en edad escolar cómo le fue en el día, pero hazlo en la mesa de la cocina a la hora de la merienda para que sea una conversación, y no un saludo rápido cuando el niño entra a la casa. Apaga el radio del automóvil e involúcrate en una plática con tu hijo. La familia es el comunidad primaria de aprendizaje. Los padres tienen una plataforma para instruir que nadie más posee.

Como puedes ver, la familia es diferente radicalmente al salón de clases como escenario de aprendizaje. El salón es un vacío, que está separado de la vida. Al salón vamos a longitudes elaboradas para recrear la vida para poder estudiarla. Pero la vida familiar es la vida misma. En la familia, la vida no sólo es traída hasta nuestra puerta, sino a nuestras cocinas, recámaras y guardias. En la familia, la vida está ocurriendo a nuestro alrededor, y ruega el ser cuestionada evaluada, interpretada y discutida. No existe un foro más consistente, fértil y dinámico para instruir acerca de la vida que la familia, porque ese es exactamente el diseño de Dios para la familia, que sea una comunidad de aprendizaje.

Dios, el Creador, que reina sobre todas las cosas, en quien están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento, que se revela a sí mismo en el mundo que hizo y en la Palabra que inspiró, ha llamado a los padres para que sean sus maestros principales. Es nuestra responsabilidad asegurarnos que la familia, sin importar que más haga, esté funcionando como una comunidad efectiva de aprendizaje. Esto significa que cada momento de problema, conflicto, duda, pregunta, confusión, dificultad, unidad, división, gozo, tristeza, trabajo, ocio, relación, obediencia, rebelión, esperanza, temor, risa, autoridad, y sumisión que forman los momentos multicolores de la vida familiar, deben ser vistos como

momentos de enseñanza. Esto es lo que hace de la familia una herramienta vital para la obra que el Redentor está haciendo en la tierra.

A diferencia del salón de clases, la enseñanza en la familia ocurre espontáneamente. No hay planes de lección, libros de trabajo, o filas de pupitres. Tienes que vivir preparado, con los ojos abiertos. El momento puede venir al estar yendo a la ferretería cuando el niño pequeño pregunta si Dios hizo los postes de teléfono. O puede venir inesperadamente cuando la adolescente murmura en el baño que odia tanto su rostro que le avergüenza salir de la casa. Dios nos llama a tomar las oportunidades y a enseñar, enseñar, enseñar.

Llegando a conocer a los Estudiantes

Si vas a funcionar como el instrumento de Dios en la vida de tu adolescente, necesitas saber que Dios tiene la intención de que la familia sea su comunidad primaria de aprendizaje, que los padres sean los maestros principales, y que la vida familiar sea el contexto correcto para efectuar la instrucción para la vida. Una vez que has comprendido que eres uno de los maestros de Dios, la siguiente pregunta es “¿Quiénes son mis estudiantes?” No basta con decir que los estudiantes son tus hijos. Necesitamos tener una descripción bíblica acerca de quiénes son esos hijos. Un buen maestro no sólo conoce bien su material, sino también conoce bien a sus estudiantes. Así también ocurre con nosotros como padres. Mientras más preciso sea nuestro entendimiento de nuestros hijos, más exitosos seremos para entender lo que Dios nos llama a hacer.

Existen muchas maneras en las que la Biblia describe a nuestros hijos, pero cuatro cosas que la Biblia dice acerca de ellos son las más esenciales. Una vez que he entendido éstas como padre, mi labor de enseñanza comenzará a tener forma.

Los Hijos son seres del pacto

Tal vez estés pensando, *¿qué quiere decir todo esto, y cómo el hecho de saber esto me ayuda a ser un mejor padre de mi adolescente?* Permíteme explicarte. Cuando la Biblia declara que los hijos son seres del pacto, significa que los hijos fueron hechos para tener una relación con Dios. Fueron hechos para conocer, amar, servir y obedecer a Dios. Los hijos no fueron hechos para vivir vidas autónomas, centradas en ellos mismos y autosuficientes. Todo lo que un hijo piensa, hace y dice fue puesto por Dios para hacerse en amor sumiso hacia Él. Este es el primer y más grande mandamiento según Cristo (Mat. 22.37-38). Este es la cosa más fundamental que puede decirse acerca de la identidad de los hijos.

La Biblia dice algo más. Dice que si los hijos no están viviendo en una sumisión gozosa hacia Dios, estarán viviendo en sumisión hacia alguien o algo más. Los hijos servirán y adorarán a Dios o servirán y adorarán a alguien más. No puedes dividir a los hijos en dos grupos, los que adoran y lo que no. *Todo* hijo es un adorador. La pregunta es, ¿a quién o qué va adorar? (ver Rom. 1:18-32) Todo lo que un hijo hace, todo lo que un hijo desea, todo pensamiento que piensa y cada decisión que toma, cada relación que busca, y cada acción que emprende, de alguna manera, es una expresión de adoración. Cuando un hermano y una hermana pelean agresivamente por el teléfono, o cuando un adolescente quiere

morir por la falta de aceptación por parte de sus coetáneos, es importante recordar que la adoración se está expresando. Existe una dimensión vertical hacia Dios por cada acción interpersonal horizontal.

Los hijos son adoradores, y sus vidas son forjadas y controladas por aquello que adoren. Esto significa que cada momento es un momento de Dios. En cada momento, un hijo está aceptando su papel como criatura viviendo en una adoración obediente a Dios, o intercambia a Dios por algún aspecto del mundo creado que busca obtener. Los hijos, típicamente, no piensan de esta manera respecto a ellos mismos (tampoco sus padres), así que necesitan que nosotros fielmente les señalemos que sus acciones tienen una naturaleza de pacto. No hay ninguna otra parte de la descripción bíblica del trabajo de los padres que ésta.

Los hijos son seres sociales

Los hijos no sólo fueron creados para tener una relación con Dios; fueron creados para tener relaciones con otras personas. Est es el segundo gran mandamiento (Mat. 22:39). Los hijos fueron hechos para estar en comunidad. Dios siempre habla de la gente como gente en relaciones. El individualismo autosuficiente de la cultura occidental es ajeno a la Escritura. La meta de la vida de una persona no es ser un individuo saludable; ¡la meta es ser una persona viviendo en comunidad con otras personas que están viviendo en comunidad con Dios!

Desde el primer momento de su vida, un niño tiene una responsabilidad moral por la gente a su alrededor. Es llamado a amar a otros como a sí mismo. Todo lo que niño haga expresará, ya sea sumisión al llamado a Dios a la comunidad o el rechazo del mismo. Los pecadores no viven bien en comunidad. Por su misma naturaleza están orientados hacia ellos mismos. El pecado fluye de la adoración de uno mismo. Así es que los hijos viviendo en un mundo caído batallarán con el diseño de Dios para la comunidad.

Nunca he visto a alguno de mis hijos mirar la última dona de chocolate y decir a su hermano, “Tú sabes que me encantan las donas de chocolate, pero hay una cosa que me daría más placer que comérmela. Gozaría tanto saber que comiste la última dona y te trajo placer”. ¡No! Observo a mis hijos poniéndose nerviosos a medida que la pila de dones va desapareciendo. Los escucho preguntar, “¿Todavía alguien tiene hambre?” “¿Quién se comió la otra dona de chocolate?” “¿Cuántos ya comieron tres donas?” Cada pregunta nace del interés en uno mismo, del temor de que alguien más obtenga lo que ellos quieren.

Finalmente, la última dona llega al plato de alguien y comienza el tumulto. Hay un hijo autocompasivo que llora que nadie lo quiere y que no es justo. Hay un hijo abogado que argumenta en contra de lo injusto de la situación, dadas las cuatro últimas veces que hemos comido donas. (¿Quién se acuerda de eso?) Hay un hijo fatalista que dice que odia comer donas porque siempre pasa lo mismo. Los pecadores luchan con el llamamiento que Dios hace a amarnos, así que la comunidad debe ser un énfasis consistente en nuestros hogares.

Los hijos fueron creados por Dios para estar en comunidad, pero debido a su pecado, esta es una de sus luchas más grandes. El amor al prójimo como a uno mismo parece un mandamiento radical para el pecado (¡Y en verdad lo es!) Es un argumento en contra de todo lo que hay dentro de él. La orientación hacia

ellos mismo es tan natural para nuestros hijos como la respiración. Recuerdo que entendí esto hace algunos años cuando daba clases en el kínder. Nunca tuve que enseñar a mis niños a pegarle al compañero, a ser celosos, a hablar ofensivamente, a empujar hacia el frente de la fila, a anunciar que su almuerzo estaba mejor que el del vecino, a presumir sus logros y a convertir todo en una competencia. Pero pasé horas tratando de convertir ese cuarto de pecadores egoístas en una comunidad amorosa en la que pudiera prosperar el aprendizaje. Así es la vida de un padre. Mucho de tu trabajo será el resultado de reconocer también que los niños fueron creados por Dios para ser seres sociales, para vivir en una comunidad amorosa unos con otros, y reconociendo que el pecado reemplaza el amor por los demás por un amor idólatra hacia uno mismo.

Los hijos son Intérpretes

La Biblia tiene mucho que decir acerca de la manera en que pensamos porque es una parte tan importante de lo que somos como criaturas hechas a la imagen de Dios. Permítanme proponer algo que quizá les sacuda: todos los hijos piensan. Algunos lo demuestran más que otros, pero todos nuestros hijos piensan, y los pensamientos de sus corazones dan forma a la manera en la que viven sus vidas. Por esa razón, la Biblia subraya la importancia de lo que estamos pensando. La Biblia habla acerca de la verdad y la falsedad, acerca de la sabiduría y la necedad, acerca de la fe y la incredulidad, acerca de la revelación y la tradición humana, acerca de la luz y las tinieblas, y acerca del bien y el mal. Dios dice que hay una manera correcta y otra incorrecta de pensar acerca de la vida, y lo que sea que pienses acerca de la vida forja la manera en la que actúas.

¿Qué se quiere decir cuando decimos que los hijos piensan? Significa que los hijos buscarán encontrar sentido a la vida. Tratarán de organizar, interpretar, y explicar las cosas que giran a su alrededor y en su interior. Los hijos son intérpretes incesantes, y responden a la vida no con base en los hechos, sino con base en el significado que le han dado a esos hechos.

Recientemente, mi hija adolescente gritó desde la puerta de su habitación, “Alguien robo mi bolsa de libros”, Ahora, lo primero que necesitas saber es que esta no es una declaración de los hechos, sino una interpretación de los hechos. En este caso se trataba de una interpretación de los hechos maravillosamente ventajosa para ella. Fue más fácil para ella creer que había alguna conspiración para robar bolsas en nuestra casas que enfrentar la posibilidad de que ella era responsable de la desaparición. Le ayudé a entender que estaba interpretando y le expliqué cómo esa interpretación estaba a su servicio. Luego encontramos la bolsa como a tres pies de donde estaba parada, debajo de ropa tirada por siglos.

La Biblia no sólo dice que los seres humanos son intérpretes sino que para interpretar la vida correctamente, necesitamos la revelación de Dios, Su verdad. Fue por eso que nos dio Su Palabra. Inmediatamente después de crear a Adán y a Eva, lo primero que Dios hizo fue hablar con ellos, explicarles el significado y el propósito de sus vidas. ¿Por qué hizo esto Dios? Porque aunque sabía que eran personas perfectas viviendo en un mundo perfecto en una perfecta relación con él, ellos no podrían entender la vida por ellos mismos. Adán y Eva necesitaban las palabras de Dios para comprender su mundo. Lo mismo pasa con nuestros hijos.

En Génesis 3 otro intérprete aparece en la escena, la serpiente. Es importante entender lo que está pasando allí. Lo que la serpiente hizo fue tomar el mismo conjunto de hechos de los que Dios habló a Adán y a Eva, y les dio una interpretación muy diferente. Si Adán y Eva decidieran creer la interpretación de la Serpiente, serían muy tontos de continuar obedeciendo a Dios. Ellos sí la escucharon, sí le creyeron, y el resultado fue la caída del mundo en pecado. Como sus primeros padres, los hijos están interpretando incesantemente. El entendimiento que están teniendo de la vida siempre es importante. Está basado en la verdad o la falsedad, y dará forma a todo lo que hagan.

Los padres que entienden que sus hijos son intérpretes hacen todo lo que pueden para lograr que ellos piensen en voz alta y establecen en ellos una perspectiva de la vida distintivamente bíblica. Se darán cuenta que esto usualmente no se hace en los tiempos formales de instrucción como los devocionales familiares, sino espontáneamente a medida que los asuntos surjan en el curso de la vida familiar. No logras esto teniendo devocionales familiares a diario. Aunque esto es muy importante, no es suficiente. Es vital que al vivir los momentos cotidianos de la vida con nuestros hijos, les enseñamos a ver la vida desde la perspectiva de Dios. Los padres que entienden que sus hijos no están reaccionando simplemente a los hechos, sino que están interpretando los hechos de tal manera que les dan una forma y significado particular, harán buenas preguntas y serán buenos escuchando. Para ellos, la conversación en familia tomará totalmente un nuevo significado y propósito.

Los hijos se comportan de acuerdo con su corazón

La mayoría de los padres con los que he trabajado tienen esta meta: lograr que sus hijos hagan lo correcto. Su meta es controlar, dirigir o guiar la conducta de sus hijos. Para ellos, este es el corazón de la educación cristiana de los hijos. Así es que a Juan, que sacó bajas calificaciones, se le prohíbe ver televisión hasta que sus calificaciones mejoren, y a Sue, que no devolvió la blusa de su hermana después de haberla usado sin permiso, se le dice que no puede pedir prestada la ropa de nadie por seis semanas. ¿Soluciones? Sí, externamente, pero no hay un cambio del corazón.

Necesitamos preguntarnos porqué Sue piensa que es correcto tomar las posesiones de los demás sin permiso y sin un sentido de obligación para devolverlas. ¿Qué hay acerca de la manera en la que ella piensa de sí misma y de los demás que hace esto aceptable para su consciencia? No es suficiente establecer límites de conducta a su alrededor. Nuestra meta es ser usados por Dios para exponer y nutrir los corazones de nuestros hijos para que ellos deseen comportarse de maneras que agraden al Señor.

Superficialmente, el énfasis en el comportamiento parece ser correcto y bíblico. ¿No es acaso importante el comportamiento? ¿Acaso no nos llama Dios a ser santos como él es santo? ¿Acaso no somos llamados a obedecer? La respuesta obvia para cada una de estas preguntas es sí, pero necesitamos decir más. La Escritura no sólo nos llama a obedecer, sino también nos dice qué es lo que controla nuestro comportamiento – el corazón.

Lucas 6:43-45 dice,

No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca.

Como todos nosotros, nuestros hijos se comportan de acuerdo con su corazón. El comportamiento particular del que se habla en Lucas 6 es la comunicación de una persona, pero el principio se aplica a todo comportamiento humano, inclusive el comportamiento de un niño. Los pensamientos y los motivos del corazón dan forma a la manera en la que un niño responde. Si el niño está creyendo que no son ciertas y está deseando lo malo, no hay forma en que pueda hacer lo correcto. Así pues, la meta de la educación de los hijos no es enfocarse en lograr el comportamiento correcto, sino pastorear el corazón de nuestros hijos. Debemos buscar siempre ser usados por Dios para exponer el corazón. ¿Por qué Juan, un adolescente brillante, está sacando bajas calificaciones? Necesitamos darnos cuenta que estas calificaciones son una ventana a los pensamientos y motivos de su corazón. Necesitamos considerar qué deseos del corazón le están llevando a usar el tiempo que necesita para estudiar en cosas de mucha menor importancia. Necesitamos examinar cómo se justifica por su falta de responsabilidad. La respuesta del corazón y el cambio de corazón son nuestro enfoque porque sabemos que lo que controle el corazón controlará la vida.

Permítanme usar la metáfora del árbol, usada por Jesús, para subrayar la importancia de esta verdad para entender nuestra labor con nuestros adolescentes.

Imaginemos que tengo un manzano grande en mi casa y que cada año produce manzanas. Pero justamente cuando las manzanas están listas para ser cosechadas, se pudren y caen al suelo. Después de varias temporadas así, mi esposa se me acerca y me dice, “Sabes, Paul, no tiene mucho sentido tener un manzano y nunca poder comer las manzanas. Todo lo que nos queda es esta basura sobre nuestro césped. ¿Puedes hacer algo con nuestro manzano?” Así que pienso y tengo una idea. Le digo a mi esposa que voy a arreglar nuestro árbol y que me iré por una hora para recoger las cosas que necesitaré.

Al rato regreso al patio trayendo una escalera, unas tijeras para cortar ramas, una engrapadora industrial, y dos canastas de manzanas. Con mucho cuidado corto las manzanas podridas del árbol y le engrapo manzanas rojas deliciosas. Con mucho deleite por haber resuelto el problema, llamo a mi esposa para ver el árbol.

¿Es esto ridículo? ¡Sí! Es ridículo porque no he resuelto el problema. El problema era más que un problema con los frutos. Hay algo que fundamentalmente está mal con el árbol en sí que necesita ser cambiado, inclusive al nivel de las raíces. He cambiado fruto malo por fruto bueno, pero el árbol en sí mismo no es capaz de producir frutos saludables. Lo que es más, el fruto que artificialmente adherí al árbol no puede durar porque no tiene nada que le dé vida, no tiene raíces saludables que puedan alimentarlo.

Estoy convencido que mucho de lo que hemos llamado educación de los hijos cristiana no es más que “engrapar frutos”. Es un intento artificial de reemplazar un fruto por otro. Se enfoca sólo en maneras de cambiar el

comportamiento. No tiene hambre de conocer y pastorear los corazones de nuestros hijos. La escuela de educación que dice “el pecado es malo, no lo hagas” se olvida que el pecado no sólo es un asunto de conducta, sino también es un asunto de pensamientos y motivos del corazón. Falla en reconocer que si el corazón no cambia, cualquier cambio de comportamiento será temporal y cosmético, porque no estará ligado a la raíz en el corazón.

Cristo reconoció esto cuando habló de la naturaleza del adulterio en el sermón del monte, registrado en Mateo 5:27-28. Cristo le dio a los pensamientos y los deseos el valor moral de las acciones cuando declaró que el adulterio no sólo es el acto sexual físico de infidelidad, sino que incluye también los deseos del corazón. Cristo puso los límites no al nivel de la conducta, sino al nivel del corazón. Como padres debemos hacer lo mismo. Nuestra meta suprema es que Dios rija, efectiva y funcionalmente, los corazones de nuestros hijos. En cada encuentro paternal estamos obrando como sus instrumentos para hacer que esto suceda. No podemos estar satisfechos con controlar la conducta.

El padre exitoso entiende que la familia es la comunidad primaria de aprendizaje. Ha sido colocada singularmente por Dios para comunicar la verdad de una manera consistente y efectiva. Los padres son los maestros principales de Dios. Si quieres hacer bien tu trabajo asignado por Dios, entonces debes conocer a tus estudiantes, es decir, a tus hijos. Debes tomar con seriedad la descripción bíblica de tus hijos y buscar entender cómo esa descripción forja la manera en la que te acercas a tu labor educativa. Esto es lo que haremos en el capítulo siguiente.

Capítulo 4

¿Qué es una Familia? Una Descripción de Trabajo

Si vas a emprender un largo viaje, necesitas saber mucho más que simplemente a donde ir y cómo llegar. Necesitas saber mucho acerca del vehículo que te transportará. Si por alguna extraña razón supieras que vas de viaje a California, pero no supieras cómo avanzar y detener el automóvil, tampoco que éste necesita combustible, de ninguna manera llegarías a tu destino. Lo mismo pasa al educar adolescentes. Si es que vamos a alcanzar la meta de Dios para nosotros como padres de adolescentes, necesitamos un entendimiento correcto de su vehículo para realizar esa tarea: la familia.

En el capítulo anterior definimos a la familia como la comunidad primaria ordenada por Dios para el aprendizaje. Reconocemos que la familia provee el contexto más consistente e integral para enseñar a los hijos una perspectiva de la vida distintivamente bíblica. Como padres debemos entender las implicaciones de aceptar nuestros papeles como los educadores principales de Dios.

Quizá estás pensando que entiendes el concepto de la familia como comunidad de aprendizaje, pero no estás seguro de saber cómo enseñar las verdades de Dios a la vida cotidiana. Cuando se burlan de Joey por sus tenis anticuados, ¿cómo vuelves esto un momento de enseñanza? Cuando Sara dice a las 9:45 PM que necesita un marco de madera para un proyecto que debe entregar al día siguiente, ¿cómo aprovechar al máximo esta oportunidad de enseñanza? Cuando Josh se detiene enfrente de la puerta abierta de un refrigerador bien surtido y dice que no hay nada para comer, ¿cómo capitalizar ese momento? Cuando Pete entra con el cabello color verde que acaba teñirse con gelatina de limón en la casa de un amigo, ¿qué verdades debes enseñar?

Estoy convencido que nos perdemos estos momentos dinámicos porque no sabemos qué decir. Nuestro cristianismo a menudo se vuelve menos definido a medida que nos acercamos a la experiencia cotidiana de la vida real. De esta manera, de una manera torpe proferimos pasajes bíblicos fuera de contexto a nuestros hijos con la esperanza de que, de alguna manera, serán motivados a hacer lo que es correcto. Sin embargo, existen tres temas fundamentales que están de alguna manera en toda situación humana. La Biblia tiene mucho que decir acerca ellos, y esto temas deben formar el contenido de nuestras interacciones de enseñanza con nuestros hijos.

La Familia como Comunidad Teológica

¿Qué es la teología? Es el estudio de Dios, su existencia, su naturaleza y sus obras. El plan de Dios para la familia es que ésta funcione como una comunidad teológica. Lo que esto significa es que dato más importante de la vida familiar es que Dios existe y que nosotros somos sus criaturas. Todo lo que hacemos, pensamos y decimos está ligado a esa realidad. Nunca debemos permitirnos ver la vida horizontalmente, es decir, sólo en términos de las relaciones y circunstancias terrenales. Siempre debemos hacernos preguntas acerca de Dios, su voluntad y su obra sin importar qué tema o situación se está discutiendo.

la meta de todo esto es enraizar la identidad de nuestros hijos en la existencia y gloria de Dios. Deseamos que ellos entiendan que fueron hechos para él, que pertenecen a él, y que son llamados a vivir para su gloria. Somos llamados por Dios para *hacer* teología, es decir, para vivir nuestras vidas con una consciencia permanente de Dios. Él es la realidad que da sentido y forma a cada cosa que discutimos y consideramos.

En Deuteronomio 6:20-25 la tarea de enraizar la identidad de nuestros hijos en la existencia y obra de Dios es colocada en el contexto de la vida diaria. El hijo viene a su padre y le dice, “Papá, ¿por qué tenemos que obedecer todas estas reglas?” Muchos padres han dado respuesta a esta pregunta de esta manera: “¡hazlo porque yo lo digo!” o “¡Hazlo o ya verás!” Moisés nos llama a hacer algo muy diferente. Nos llama a ver la oportunidad que presenta la pregunta. Nos instruye que digamos al niño que él es un hijo de un Dios de redención. Dile cómo Dios represó las fuerzas de la naturaleza para cumplir sus promesas a su pueblo. Dile que Dios nos dio sus reglas para nuestro bien, que su camino es un sendero de bendición. Establece la raíz de su identidad en el terreno de la gloria y bondad de Dios.

El Predicador en Eclesiastés lo dice de esta manera: “¡Vanidad! ¡Todo es vanidad! Todo es vanidad debajo del sol”. Estas son palabras poderosas que todo padre necesita considerar. Si haces a un lado los cielos, si actúas como si Dios no existiera, todo pierde significado. Si sólo vez la vida horizontalmente, todas las cosas pierden su significado. El Predicador en Eclesiastés dice que toda labor, toda sabiduría, todo logro, todo placer, todo éxito, todo trabajo es totalmente vano y sin sentido a menos que estén conectados con Dios. Nada tiene una razón de ser si no existe un Dios glorioso y bueno, que rija sobre la tierra, que tiene un plan y cuya voluntad debe ser cumplida. ¿Por qué debemos pensar, trabajar, obedecer, amar, estudiar, discutir, servir y dar? ¿Por qué? ¿Por qué? Toda la vida se convierte en una masa caótica de elecciones sin sentido a menos que esté enraizada en la única realidad que hace que todas las cosas tengan sentido – Dios. Esta verdad debe teñir cada encuentro con nuestros hijos como el tinte rojo penetra cada fibra de una tela remojada en él.

Decir que la familia es una comunidad teológica significa que siempre estamos teologizando. Siempre estamos viendo cada cosa en referencia a Dios: quién es él, qué hace y qué quiere que seamos y hagamos. No existen momentos independientes. Todo lo que ocurre en nuestras vidas tiene cuerdas que nos unen a Él. Hablemos de lo que debemos decir al teologizar con nuestros hijos.

Cada Momento es el Momento de Dios.

Nunca debemos permitir que nuestros hijos creen en un Dios que está distante e indiferente, que viene en nuestro rescate sólo cuando escucha nuestro clamor al orar. La Biblia presenta a Dios como alguien que está cercano y activo en nuestras vidas. El Salmista dice que él es un “pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal. 46:1). No existe un número telefónico de emergencia porque Dios ya está aquí y ya está activo. Nunca hay un momento en el que Dios esté ausente e inactivo. Nunca hay una situación, lugar o relación que no rija Él.

Pablo le dijo a los Atenienses que Dios rige su mundo de tal manera que “no está lejos de cada uno de nosotros” y que lo hace para que le busquemos y

quizá palpando podamos hallarle (Hechos 17:27). Dios está cercano. Dios está involucrado. Este momento es su momento, en el que activamente está cumpliendo su voluntad. La cosa que es la más importante es que este momento no es lo que deseamos, sino lo que él está haciendo. Los adolescentes equivocadamente creerán que lo que desean es lo más importante. Verán sus deseos como necesidades y expresarán estas “necesidades” como exigencias, dudando de nuestro amor si no accedemos a complacerlos. Debemos ser fieles en llevar sus ojos de lo que desean a lo que Dios requiere.

Pablo le dice a los Romanos que “a los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien” (Romanos 8:28). Dios está obrando en cada situación, en cada problema, en cada lugar, en cada relación, en cada momento. Cada momento es el momento de Dios.

Mi hijo se detuvo enfrente de un aparador y dijo, “¡Tengo que tener esos zapatos! Papá, ¡Los necesito!” Miré sus pies y me cercioré que no estuviera descalzo. Sabía que tenía más zapatos en casa. ¿Qué quería decir cuando expresó que necesitaba esos zapatos?

Los adolescentes tienden a vivir con una consciencia funcional de Dios. Están llenos de un sentido de su “yo”. Saben bastante bien lo que quieren sacar de los momentos de la vida, y tienden a revolcarse en autocompasión, rezongan y se quejan o irrumpen en ira cuando no se hace su voluntad. Tienden a olvidarse de Dios y su voluntad. Tienden a reducir la vida a este momento de deseo. Los adolescentes no tienden a manejar bien la decepción; tienden a vivir con un sentido de que tienen derechos exigibles. Lo que todo esto significa es que los adolescentes tienden a estar increíblemente enfocados en lo horizontal y en el presente. Necesitan que los dirijamos hacia Dios, su existencia, su carácter y su voluntad.

Siempre un Plan Superior

En cada situación de la vida familiar, hay siempre algo más importante que lo que planeamos, lo que deseamos, lo que queremos o por lo que trabajamos. Siempre hay un propósito superior y un plan superior. El propósito superior es la voluntad de Dios y el plan superior es que vivamos para agradarle. Esto significa que Él debe ser el enfoque y la razón de todo lo que hacemos, en vez de nosotros mismos y nuestra felicidad.

Si le preguntaras a la mayoría de los adolescentes qué es lo que desean en la vida, la mayoría de ellos te dirían que simplemente quieren ser felices. Lo que asusta no es sólo que su definición de felicidad cambia casi cada hora, sino también que no hay enfoque superior que el de su propio placer. Los padres, en cada situación, necesitan hacer la pregunta “¿el placer de quién buscas?” hasta que sea la respuesta instintiva del corazón del adolescente.

Un día, mi hijo llegó cabizbajo de la escuela. Le pregunté qué le pasaba y me respondió, “nada”. Le dije que no lo decía convincentemente, que a todas luces algo le estaba molestando. Le expresé mi amor y le dije que me encantaría hablar con él cuando estuviera listo. Más tarde aquella noche me acerqué a él. Le pregunté cómo estaba y le dije que realmente se había visto muy desanimado anteriormente. Entonces explotó, “¡Nadie quiere ser amigo de un muchacho de buen carácter! Todos los muchachos populares de la escuela, todos los líderes

son necios. Ellos son el centro de atención, se llevan a todas la muchachas y aquí estoy yo, un buen chico en quien se puede confiar, y no tengo amigos! ¡Me iría mejor si fuera un sinvergüenza! ¿De qué sirve ser bueno si nadie lo nota?”

¡Qué gran momento para hablar acerca de un plan superior! Hablamos acerca de vivir para agradar a Dios. Miramos el Salmo 73, en el cual, el salmista también estaba convencido de que los malos estaban ganando. Hablamos del hecho de que alguien sí lo notó. Hablamos de nuestro mundo caído y cómo lo malo se aplaude y lo bueno es motivo de burla o se ignora. Realizamos conexiones entre la existencia, gloria y plan de Dios y la experiencia de mi hijo. Hablamos acerca del propósito de Dios al ponerlo en esa prueba. Hemos tenido la misma plática, en diferentes situaciones, una y otra vez. Necesitamos alejar a nuestros adolescentes de su propia gloria y dirigirlos a un entendimiento concreto de lo que significa vivir para la gloria de Dios.

Su historia es la historia de Dios

Los cristianos modernos han intentado equivocadamente manejar la Biblia como si fuera una enciclopedia de pensamiento religioso. Tendemos a acercarnos a la Biblia pensando “dónde puedo encontrar un versículo acerca de . . .”. Este tipo de acercamiento le roba a la Biblia su vitalidad, su carácter. La Biblia no se presenta como una enciclopedia organizada por temas. Por ejemplo, no entenderás lo que dice la Biblia si separas todos los versículos sobre el matrimonio, el gobierno, el sexo, la paternidad, la comunicación, el trabajo, el dinero, la iglesia, etc. Cualquier cosa que aprendas de estos versículos estará distorsionada y fuera de contexto porque estarían siendo entendidos en separación de lo que la Biblia dice en verdad. La Biblia no es un índice de temas, un diccionario o una enciclopedia. La Biblia es un libro de historias. Es la historia de Dios, la historia de su carácter, su creación, su redención para este mundo caído, y su plan soberano por las edades. Es una historia verdadera e inalterable. Es *la* historia. Todas las demás historias de la gente y las naciones encuentran su vida, significado y esperanza en esta historia. Esta historia grande y universal es lo que nos da una razón para levantarnos en la mañana y hacer lo que hemos sido llamados a realizar.

Teologizar con tu adolescente no significa que vas a mencionar ocasionalmente un versículo de la Escritura que se relacione con el tópico de discusión. En vez de eso, significa que cada día, de cada manera posible, enclaves la historia de tu adolescente en la amplia historia de Dios. Los adolescentes viven abrumados por su propia historia. Tienden a vivir con mucha ansiedad. El drama del momento particular pareciera ser la cosa más importante en la historia. Cuando procuramos ayudarles a entender que esto no es tan importante como ellos creen, contraatacan con el quintaesenciado “¡Tú no me entiendes!”

El poder presente de su historia es lo que a menudo mete en tantos problemas a los adolescentes. Pierden el enfoque. Viven solamente por aquello que puedan obtener de este momento. Tienden a vivir motivados por sus propios deseos y esclavizados por una búsqueda de la felicidad personal. En esta búsqueda de satisfacción de sus deseos y placer personal, a menudo toman decisiones que luego lamentan toda la vida. Los adolescentes desesperadamente

necesitan ver la historia más amplia. Necesitan ver sus vidas como parte de algo que es más grande y más importante que su propia felicidad. Necesitan una gloria a la cual conectarse y vivir por aquello que es más grande que su propia gloria. Necesitan ver su historia enclavada cada día en la historia de Dios. Esto les dará una razón para hacer lo que es correcto. Esto les dará esperanza. Esto les dará la fortaleza para soportar lo que Dios les llama a soportar.

La Biblia tiene mucho que decir acerca de todos los tópicos mencionados anteriormente, pero lo que dice sólo tiene sentido cuando es visto desde el punto de vista de la gloriosa historia de Dios y su obra. Tenemos que ser muy cuidadosos de no separar a Dios de los mandatos y principios de la Escritura. Él está en poder y gloria detrás de cada uno. Cada mandato se dirige a él para obtener fortaleza para obedecer, cada principio le mira para obtener sabiduría, y cada promesa le mira para obtener su cumplimiento. El sistema total depende de la veracidad de la historia.

Esto es lo que los adolescentes necesitan entender acerca de la vida. Existe un Dios. Él vive y está activo. Su historia y su obra están registradas en la Biblia. La cosa más importante de la vida es vivir en sintonía con lo que él está haciendo. Como hijo de Dios vengo a formar parte de su gran plan universal. Vengo a ser parte de lo que Dios está haciendo en la tierra. Esto es lo que le da significado y propósito a cualquier drama que esté viviendo ahora mismo. Como padres necesitamos ser fieles cada día, para enclavar la historia de nuestros adolescentes en la historia de Dios. Necesitamos enseñarles a preguntarse siempre, “¿Quién es Dios?” “¿Qué es lo que hace?” “¿Qué ha prometido?” “¿Qué ordena?” “¿Cómo forjan estos hechos la manera en la que pienso y respondo a las situaciones diarias de la vida?”

Confía y Obedece

Finalmente, considerar la familia como una comunidad teológica significa volverse muy práctico acerca de lo que significa seguir a Dios en las situaciones cotidianas de la vida. No hacemos cosas muy grandes y significativas en nuestras vidas. La mayoría de nosotros no seremos mencionados en los libros de historia. La mayoría de nosotros seremos recordados sólo por la familia y quizá unos cuantos amigos. La mayoría de nosotros seremos olvidados en dos o tres generaciones posteriores a nuestra muerte. Simplemente no hay mucho momentos grandiosos en la vida, y con toda seguridad, no vivimos la vida en esos momentos. ¡No! Nosotros vivimos en lo que es supremamente cotidiano. Existimos en los baños, recámaras, salas, y pasillos de la vida. Allí es donde se establece el carácter de nuestra vida. Aquí es donde vivimos la vida de fe. Por lo tanto, necesitamos enseñar a nuestros hijos a tener este enfoque hacia Dios en los momentos más cotidianos de la vida.

Necesitamos enseñar a nuestros adolescentes lo que significa vivir para Dios en donde viven cada día, en todos esos momentos nada espectaculares en el hogar, la escuela o estando con amigos. Hay dos preguntas que si las hacemos con regularidad incluirán a Dios en cada uno de esos momentos. Debemos hacerles estas preguntas hasta que aprendan a hacérselas ellos mismos. Podemos resumirlas con estas dos palabras: *confía* y *obedece*.

Permítanme comenzar con la segunda palabra. En cada situación queremos que nuestros adolescentes tengan un corazón para Dios. Queremos que tengan la meta de vivir para agradarle. Por lo tanto, debemos animarlos a preguntarse en cada situación, *“En esta situación, ¿Qué cosas me está llamando Dios a hacer que no puedo pasárselas a otra persona?”*

Esta pregunta requiere que ellos sean concretos y específicos en su manera de pensar acerca del llamamiento de Dios. Una vez que el adolescente ha clarificado bíblicamente esas responsabilidades, entonces la única respuesta apropiada es la obediencia.

La palabra *confía* le señala al adolescente el hecho de que él tiene límites. Hay cosas importantes en toda situación que necesitan cambiar, no obstante están fuera del control del adolescente. No son su responsabilidad porque están más allá de su habilidad para producirlas. Estas áreas deben ser encomendadas a Dios. Por lo tanto, necesitamos que nuestro adolescente se pregunte: *“En esta situación, ¿Qué cosas necesito encomendar en las manos capaces y amorosas de Dios?”*

Los adolescentes tienden a confundir estas áreas (igualmente los adultos). Tratan de hacer cosas que son de la incumbencia de Dios y se olvidan de hacer las cosas que él les ha llamado a hacer. La hija le dice a la madre, “Aunque sea lo último que haga en la vida, pero voy a enseñarle (su hermano menor) que mejor permanezca fuera de mi cuarto. Haré que me respete a mí y a mis cosas de una manera u otra”. Aunque no se da cuenta, aquí tenemos a una adolescente tratando de hacer el trabajo de Dios y olvidándose de hacer las cosas sencillas que Dios le ha llamado a hacer en tiempos de maltrato. Ella cosechará el desastre de intentar hacer lo que sólo Dios puede hacer.

La familia es una comunidad teológica, así que necesitamos enseñar a nuestros que cada momento es el momento de Dios. Siempre hay un plan superior que la felicidad personal, hay una historia más grande e importante que su historia en el momento, y en cada situación, son llamados a confiar y a obedecer a Dios. La familia cristiana no sólo los domingos piensa teológicamente; sino *hace* teología de domingo a domingo.

La Familia como una Comunidad Social

Tal y como un adolescente necesita que enraicemos su identidad en el carácter y la existencia de Dios, también necesitan que enraicemos su identidad en la comunidad. Los pecadores son individualistas empedernidos. Los pecadores quieren cantar con Frank Sinatra, “A mi manera”. Están llenos de egocentrismo. Sus pensamientos están dominados por lo que necesitan y lo que desean. Los pecadores, de acuerdo con Pablo en Efesios, son personas que son llevadas por los deseos de su naturaleza pecaminosa (Ef. 2:3). Los pecadores quieren que se haga su voluntad, y pelearán contra quien se interponga en el camino. En consecuencia, los pecadores son mejores para hacer la guerra que para hacer la paz (ver Santiago 4:1-10), son mucho mejores para odiar que para amar. Son mucho mejores para causar división que para crear unidad.

Todos hemos experimentado esto en nuestros hogares. Se ha dicho que si tienes más de una persona en un cuarto, probablemente tendrás conflicto en cierto momento, y algunas veces ¡aunque sólo tengas a una persona en el cuarto!

Tristemente, debido al pecado, el conflicto es la norma en nuestros hogares. No me refiero a golpes o empujones, sino a personas teniendo problemas para llevarse bien. Vemos competencia en donde no debería haber, escuchamos palabras crueles, presenciamos actos egoístas y expresiones de enojo. El conflicto infecta muchos de nuestros momentos en familia. El conflicto existe porque, como pecadores, tendemos a vivir para nosotros mismos. Nuestro propio bien se convierte en el bien supremo y la gente a nuestro alrededor parece estar siempre estorbándonos en el camino.

¡Cuán diferente es la vida cuando la consideramos desde la perspectiva bíblica! La historia de Dios no es simplemente la historia de su carácter y su obra de redención; también es la historia de cómo llama a un pueblo para que sea el pueblo de Dios. Es la historia de cómo forma una comunidad de amor en donde se rompen todas las antiguas líneas divisoras de raza, género, nación y clase económica y el pueblo de Dios vive como “un nuevo hombre en Cristo” (Efesios 2:11-22). Una persona de éxito a los ojos de Dios no es sólo una persona que le ama, sino también alguien que realmente ama a su prójimo como a sí mismo.

No existe otro contexto más fundamental, disponible y consistente que la familia para enseñar lo que significa vivir en comunidad. La familia es una comunidad, y moldeará, consciente o inconscientemente, una perspectiva de lo que es una comunidad. La familia enseñará y modelará lo que significa amar al prójimo como a uno mismo o violará dicha norma en cada punto y enseñará a ser un individualista egocéntrico. Los mensajes poderosos acerca de la naturaleza de las relaciones serán enseñados a través de la manera en la que papá y mamá hablen entre sí, se sirvan el uno al otro, tomen decisiones y resuelvan sus diferencias. Es imposible que una familia se escape de enseñar y modelar a sus hijos alguna filosofía funcional de las relaciones.

La familia es llamada a ser el contexto en el cual se enseñe conscientemente a cada momento lo que significa amar al prójimo como a uno mismo. Hay oportunidades a diario para enseñar no sólo a cumplir el primer gran mandamiento sino también el segundo. Al mismo tiempo, en el apuro frenético de nuestros itinerarios es muy fácil pasar por alto las oportunidades, imponiendo soluciones a la fuerza en vez de atender los asuntos del corazón.

Una madre y un padre me contaban cómo sus dos hijos adolescentes estaban peleando constantemente por estéreo en el cuarto familiar. Estas peleas se habían puesto tan feas que inclusive habían roto un mueble mientras luchaban por quien escucharía su disco compacto. La solución de los padres, la cual compartieron orgullosamente conmigo, fue establecer un horario semanal para que cada hijo use el estéreo. Ya no tenían ningún conflicto, y de esa manera se había resuelto el problema. Pero se habían perdido una oportunidad dada por Dios para hablar acerca de un asunto del corazón importante: amar a tu prójimo como a ti mismo. Al llegar a una solución humana y secundaria, estos padres se perdieron la oportunidad dada por Dios de iluminar el momento con la luz del segundo gran mandamiento.

Cristo, en Mateo 23, así llamó uno de los asuntos de mayor peso de la ley. Reprendió a los Fariseos por enfatizar los asuntos secundarios de la conducta mientras descuidaban los asuntos más fundamentales del corazón, como la justicia, misericordia y fidelidad. No obstante, los padres a menudo responden a

una situación causada por problemas del corazón por medio de la imposición de alguna regla práctica. Esto crea una solución instantánea y situacional, no obstante, deja sin ser expuestos y sin cambio los asuntos más importantes del corazón.

Proverbios 20:5 dice, “Los pensamientos humanos son aguas profundas; el que es inteligente los capta fácilmente”. Debemos estar comprometidos a esto en nuestras relaciones. Cuando el egoísmo, el individualismo y las demandas crean conflicto, lucha y tensión en nuestros hogares, debemos agradecer a Dios por la oportunidad de tratar algo que él ha dicho que es secundario en importancia comparado con nuestra relación con él. Si en realidad estamos agradecidos, no optaremos por soluciones rápidas y superficiales, sino que laboraremos para poner al descubierto los asuntos del corazón que son la razón real del conflicto.

No existe un mejor lugar para hacer esto que la familia. Aquí los hijos son llamados por Dios para amar a la gente con quien viven y a quienes ellos no tuvieron la opción de elegir. Aquí no pueden escapar de las responsabilidades diarias de dar, amar y servir. Casi todo a su alrededor debe ser compartido. Así sus deseos estarán en conflicto con los planes de otro. Aquí enfrentarán la total imposibilidad de amar al prójimo como a uno mismo sin contar con la ayuda de Cristo.

¿Regla de amor o Regla de deseo?

La reacción de un adolescente hacia otros estará forjada por la *regla de amor*: “Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Mat. 7:12). O su reacción será forjada por la *regla del deseo*. “De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Sant. 4:1-2)

La familia es el contexto en donde el corazón verdadero del adolescente hacia las relaciones es expuesto consistentemente. Provee situación tras situación en las que se revela lo que rige al corazón. La pelea por la última gota de leche en el desayuno, el empujón en reacción al choque accidental en el pasillo, la discusión por el tiempo que se tarda en el baño, la discusión por la ropa prestada y nunca devuelta, el debate por quién usará el carro, la disposición para participar en el humor humillante, las demandas por ser ayudado acompañadas con una falta de disposición por ayudar a otros, la falta de disposición y participación espontánea en las tareas del hogar, la disposición de participar en un duelo de palabras crueles, y una millar de otras situaciones no deben ser vistas como las luchas crujientes de la vida familiar. Estos son momentos en los que Dios nos está llamando a hacer algo más grande que nuestra propia comodidad y tranquilidad. Estos son los momentos en los que Dios nos llama a amar a nuestros hijos con un amor del tipo del segundo gran mandamiento, para que estemos dispuestos a tomar el tiempo para darles la educación sobre el segundo gran mandamiento que necesitan tan desesperadamente. En tales momentos, necesitamos ser gobernados no por la regla del deseo, sino por la regla del amor, no entregándonos a soluciones rápidas y superficiales que nos darán la

tranquilidad que deseamos, pero que no forman en nuestros hijos el corazón de amor semejante a Cristo el cual Dios requiere de ellos.

La Familia como una Comunidad Redentora

En el contexto de la familia se vive la vida con todas sus crudas realidades. Debido al pecado, la familia es un lugar de promesas incumplidas, sueños rotos y expectativas desilusionadas. El novio que parecía ser tan sensible y atento se convierte en el esposo distante y apático. La novia que parecía tan alegre y feliz se vuelve la esposa amargada y descontenta. El niño que parecía tan dulce y sensible se vuelve rebelde y distante. La pareja que juró que nunca repetirían las fallas de sus padres se dan cuenta que están diciendo y haciendo las mismas cosas que repudiaban.

Necesitamos afrontar el hecho de que las crudas realidades de la Caída son retratadas en la vida diaria familiar. Admitir humildemente esto nos abre a una de las funciones más maravillosas de la familia cristiana. Cuando con humildad enfrentamos la realidad de nuestra falsedad es cuando comenzamos a buscar y atesorar las riquezas de la gracia del Señor Jesucristo. A medida que enfrentamos nuestra necesidad como pecadores, la familia comienza a ser una comunidad verdaderamente redentora donde los temas de la gracia, perdón, liberación del pecado, reconciliación, vida nueva en Cristo y esperanza, se convierten en los temas centrales de la vida familiar.

Mientras escribía un capítulo de este libro, experimenté los temas de mi propio pecado: patrones de irritabilidad y comunicación áspera hacia mi hija adolescente. Cuando Dios revela el pecado, sólo existen dos reacciones para el cristiano. Una es generar algún tipo de sistema de autojustificación para hacer que nuestros deseos y conducta equivocados sean aceptables para nuestra propia consciencia. La otra es admitir tu pecado, confesarlo a Dios y al hombre, y colocarte de nuevo debajo la gracia justificadora de Cristo. Los padres que hacen lo primero no tendrán un hogar que funcione como una comunidad redentora. Inadvertidamente le enseñarán a sus hijos a esconder su pecado, a dar justificaciones de él, a negar su existencia, o culpar a otros. Los padres que hacen lo último enseñarán a sus hijos a descansar en Cristo, a confesar sus pecados y a creer que donde el pecado abunda, la gracia abunda aun más. Le enseñarán a sus hijos a crecer para ser gente de esperanza que han visto y creen que no hay foso tan profundo al cual la gracia de Cristo no pueda llegar.

La clave para tener familias funcionando como una comunidad redentora, donde el evangelio es el pegamento que une a la familia, son padres que confían en Cristo de tal manera que están listos y dispuestos a confesar sus faltas a sus hijos. A menudo, inclusive la manera en la que los padres hablan acerca de su niñez es alarmantemente farisaica. Ellos dicen, “En mi época, ni siquiera hubiera yo considerado . . .” Es fácil para los padres relacionarse con sus hijos como el fariseo orando en el templo diciendo, “Te doy gracias Dios que no soy como los otros hombres . . .” (Ver Lucas 18:9-14). Sin embargo, los padres que admiten su pecado se establecen como un modelo del Evangelio para sus hijos diariamente.

La ley de Dios revelará el pecado si no transigimos las normas de Dios al aceptar una norma humana y secundaria. La Escritura habla de la Palabra como una luz, como un maestro que nos guía a Cristo, como un espejo en el que nos

vemos a nosotros mismos. A medida en que los padres fielmente mantengan la norma suprema de Dios, sus hijos comenzarán a ver su necesidad total de Cristo.

Recuerdo una noche que pase junto al cuarto de mi hija y la escuché llorando. Entré y le pregunté qué le pasaba. Con lágrimas me dijo, “papá, no puedo hacerlo, no puedo hacer lo que me pides. Simplemente es imposible”. Le pedí que me explicara lo que quería decir. Me dijo, “Me dices que debo querer compartir con mis hermanos, pero no lo hago. Cuando me dices que les de algo mío, lo hago, pero lo odio y me molesto contigo por pedírmelo y con ellos por tomarlo. No quiero compartir, ¡lo odio! No es posible disfrutarlo”. Cuando dijo estas palabras irrumpió en llanto otra vez.

En su cuarto aquella noche estaba comenzando a experimentar algo maravilloso – el hecho de que no hay posibilidad de ser justos por medio de cumplir la ley. Comenzó a darse cuenta que en su propia fuerza, por el ejercicio de su propia voluntad, no podía obedecer a Dios. En su cuarto aquella noche comenzó a clamar a Cristo. Comenzó a ver que él era su única esperanza. Una lucha con el compartir que no fue cubierta por una solución cosmética se convirtió en el contexto en el cual fue revelado Cristo el redentor.

Cuando se mantiene en alto la Palabra como la norma para la familia, el pecado comenzará a ser revelado por lo que realmente es. Solamente entonces el mensaje de redención en Cristo tiene sentido. Los hijos orgullosos, que están a la defensiva, que buscan excusas y autojustificarse se convertirán en buscadores de la gracia, a medida que el Espíritu Santo obre a través del ministerio fiel de los padres que abandonan su propio deseo de comodidad y tranquilidad.

La Vida en el Mundo Caído

Hay cosas que sabemos que nuestros hijos experimentarán en nuestros hogares. Experimentarán el ser objeto del pecado de otro. Están en una familia poblada de pecadores que no están totalmente santificados. Escucharán palabras ofensivas, y verán cosas que no provienen del amor. Experimentarán el egoísmo de otros, y serán el objeto de la irritación y enojo de otro. Necesitamos afrontar estas experiencias con el mensaje de redención. Debemos enseñar a nuestros hijos que hay un Redentor que ha venido, que perdona, libera, reconcilia y restaura. Presentas un modelo de esto cuando haces más que enviar a tus hijos en conflicto a su cuarto para que se dejen en paz el uno al otro. Presentas un modelo de esto cuando requieres que estén uno frente al otro para lidiar con sus diferencias, para confesar pecado, para pedir perdón y para restaurar la relación. Al hacerlo así estás enseñando el Evangelio, estás testificando de la presencia y el poder del Redentor, y estás enseñando a tus hijos a ser gente de esperanza en medio de un mundo caído.

También sabes que tus hijos experimentarán su propio pecado. Saldrán volando de sus bocas palabras hirientes y cortantes. Se revelará la pereza y la irresponsabilidad. Reaccionarán en egoísmo en vez de amor. Se rebelarán en vez de someterse, y tomarán en vez de dar. Cada una de estas experiencias es una oportunidad para *redimir*, es decir, llevar a tus hijos al único lugar de esperanza y ayuda, el Señor Jesucristo.

A menudo nos perdemos estas oportunidades porque estamos muy ocupados resolviendo los problemas inmediatos. Ocupamos nuestras energías en

evitar que los hermanos peleen, en vez de exponer el pecado que está detrás de la disputa, llevando a los individuos involucrados a Cristo, para experimentar su perdón y ayuda al buscarle en confesión y arrepentimiento. También perdemos esta oportunidad porque vemos los pecados de nuestros hijos como afrentas personales. Quedamos atrapados en nuestras propias heridas y enojo. En vez de decir palabras de esperanza y gracia, prorrumpimos con palabras airadas de lamento (“Cómo deseo que ya te portes bien”) o palabras de condenación (“Nunca vas a cambiar”).

No debemos distanciarnos de los pecados de nuestros hijos como si tuvieran un problema con el cual no podemos identificarnos. Necesitamos identificarnos con ellos. También nosotros somos pecadores. El pecado es una condición humana. Es un problema que reside en nuestra propia naturaleza. Nadie se salva de esta enfermedad. No hay algún pecado que nuestros hijos cometan que nosotros no seamos capaces de cometer también. A medida de que admitamos que somos semejantes, demostramos una emoción personal hacia el evangelio, porque también es nuestra sola esperanza. No respondemos con un “¿Cómo pudiste?” o “¿Por qué lo hiciste?” Sino que educamos con un reconocimiento humilde de nuestro propio pecado. Entendemos el cómo y el porqué del pecado porque lo conocemos y seguiríamos en él de no ser por la gracia gloriosa del Señor Jesucristo.

NO debemos comunicar a nuestros hijos que ellos serían mejores si pudieran ser, de alguna manera, como nosotros. ¡Ni Dios lo quiera! En vez de eso necesitamos decir que sólo es a través de Cristo que hemos experimentado la libertad de las cosas con las cuáles ellos batallan ahora. Estamos dispuestos a compartir nuestras luchas con el pecado con ellos para que la misericordia de Cristo sea revelada a través de nuestra historia (ver el ejemplo de Pablo en 2 Cor. 1:8-11).

Sabemos también que nuestros hijos enfrentarán lo caído e imperfecto que es el mundo. Pablo dice en Romanos 8 que el mundo entero gime esperando la redención (v.22). Nuestros hijos experimentarán un mundo de promesas incumplidas, relaciones destrozadas, instituciones fallidas, gobiernos corruptos, ambiciones egoístas, violencia desenfrenada y familias destruidas. Experimentarán la tentación, las mentiras y las estrategias del enemigo. Viven en un mundo donde en realidad existe un Diablo que busca devorarlos. Se verán sorprendidos y engañados. Batallarán con el dolor, el temor, la decepción y el desánimo. Tendrán un millón de razones para ser sentirse cínicos y desesperanzados.

No podremos protegerlos de la naturaleza caída del mundo. No podemos actuar como si esto no existiera, porque a dondequiera que miren, ellos verán imperfección. Aquí también debemos traer el evangelio. Este mundo no es un lugar de caos absoluto. Sobre todas las imperfecciones rige Cristo quien reina sobre todas las cosas por amor de su pueblo. Él está llevando a su fin el pecado, el dolor y el sufrimiento. Lo que enfrentamos aquí no se compara con las glorias de la eternidad. ¡Hay esperanza! Necesitamos encontrar maneras prácticas de comunicar esta esperanza a nuestros hijos. Todavía hay más cosas mejores por venir. Hay razón para continuar.

Enfrente del pecado interno y externo, enfrente del mundo, la carne y el Diablo, la familia necesita funcionar como una comunidad redentora, humildemente admitiendo la realidad del pecado. También debemos consistente y expectantemente apuntar hacia la realidad asombrosa de la gracia del Cristo resucitado, quien reina sobre todas las cosas para la salvación de su pueblo. Cada situación en la que el pecado levanta su cabeza es una oportunidad para enseñar la gracia. Cada situación en la que el tentador es revelado es una oportunidad para señalar a Cristo quien es más grande que él. Cada circunstancia de fracaso es una puerta abierta para el mensaje de perdón y liberación.

No existe otra comunidad de aprendizaje más consistente y efectiva que la familia. La existencia y la gloria de Dios, la responsabilidad moral de amar al prójimo, y la esperanza del evangelio al enfrentar nuestro pecado deben ser los temas constantes que interpreten, definan, expliquen y organicen la vida familiar. Como padres debemos aceptar nuestra posición como los maestros principales puestos por Dios. Es un alto llamado que dura toda la vida. No nada más importante que esto en nuestra vidas enteras. Al seguir el llamado de Dios oraremos por nuestros hijos lo que Pablo oró por la iglesia de Efeso: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Ef. 1:17-19).

Capítulo 4

¿Qué es una Familia? Una Descripción de Trabajo

Si vas a emprender un largo viaje, necesitas saber mucho más que simplemente a donde ir y cómo llegar. Necesitas saber mucho acerca del vehículo que te transportará. Si por alguna extraña razón supieras que vas de viaje a California, pero no supieras cómo avanzar y detener el automóvil, tampoco que éste necesita combustible, de ninguna manera llegarías a tu destino. Lo mismo pasa al educar adolescentes. Si es que vamos a alcanzar la meta de Dios para nosotros como padres de adolescentes, necesitamos un entendimiento correcto de su vehículo para realizar esa tarea: la familia.

En el capítulo anterior definimos a la familia como la comunidad primaria ordenada por Dios para el aprendizaje. Reconocemos que la familia provee el contexto más consistente e integral para enseñar a los hijos una perspectiva de la vida distintivamente bíblica. Como padres debemos entender las implicaciones de aceptar nuestros papeles como los educadores principales de Dios.

Quizá estás pensando que entiendes el concepto de la familia como comunidad de aprendizaje, pero no estás seguro de saber cómo enseñar las verdades de Dios a la vida cotidiana. Cuando se burlan de Joey por sus tenis anticuados, ¿cómo vuelves esto un momento de enseñanza? Cuando Sara dice a las 9:45 PM que necesita un marco de madera para un proyecto que debe entregar al día siguiente, ¿cómo aprovechar al máximo esta oportunidad de enseñanza? Cuando Josh se detiene enfrente de la puerta abierta de un refrigerador bien surtido y dice que no hay nada para comer, ¿cómo capitalizar ese momento? Cuando Pete entra con el cabello color verde que acaba teñirse con gelatina de limón en la casa de un amigo, ¿qué verdades debes enseñar?

Estoy convencido que nos perdemos estos momentos dinámicos porque no sabemos qué decir. Nuestro cristianismo a menudo se vuelve menos definido a medida que nos acercamos a la experiencia cotidiana de la vida real. De esta manera, de una manera torpe proferimos pasajes bíblicos fuera de contexto a nuestros hijos con la esperanza de que, de alguna manera, serán motivados a hacer lo que es correcto. Sin embargo, existen tres temas fundamentales que están de alguna manera en toda situación humana. La Biblia tiene mucho que decir acerca ellos, y esto temas deben formar el contenido de nuestras interacciones de enseñanza con nuestros hijos.

La Familia como Comunidad Teológica

¿Qué es la teología? Es el estudio de Dios, su existencia, su naturaleza y sus obras. El plan de Dios para la familia es que ésta funcione como una comunidad teológica. Lo que esto significa es que dato más importante de la vida familiar es que Dios existe y que nosotros somos sus criaturas. Todo lo que hacemos, pensamos y decimos está ligado a esa realidad. Nunca debemos permitirnos ver la vida horizontalmente, es decir, sólo en términos de las relaciones y circunstancias terrenales. Siempre debemos hacernos preguntas acerca de Dios, su voluntad y su obra sin importar qué tema o situación se está discutiendo.

la meta de todo esto es enraizar la identidad de nuestros hijos en la existencia y gloria de Dios. Deseamos que ellos entiendan que fueron hechos para él, que pertenecen a él, y que son llamados a vivir para su gloria. Somos llamados por Dios para *hacer* teología, es decir, para vivir nuestras vidas con una consciencia permanente de Dios. Él es la realidad que da sentido y forma a cada cosa que discutimos y consideramos.

En Deuteronomio 6:20-25 la tarea de enraizar la identidad de nuestros hijos en la existencia y obra de Dios es colocada en el contexto de la vida diaria. El hijo viene a su padre y le dice, “Papá, ¿por qué tenemos que obedecer todas estas reglas?” Muchos padres han dado respuesta a esta pregunta de esta manera: “¡hazlo porque yo lo digo!” o “¡Hazlo o ya verás!” Moisés nos llama a hacer algo muy diferente. Nos llama a ver la oportunidad que presenta la pregunta. Nos instruye que digamos al niño que él es un hijo de un Dios de redención. Dile cómo Dios represó las fuerzas de la naturaleza para cumplir sus promesas a su pueblo. Dile que Dios nos dio sus reglas para nuestro bien, que su camino es un sendero de bendición. Establece la raíz de su identidad en el terreno de la gloria y bondad de Dios.

El Predicador en Eclesiastés lo dice de esta manera: “¡Vanidad! ¡Todo es vanidad! Todo es vanidad debajo del sol”. Estas son palabras poderosas que todo padre necesita considerar. Si haces a un lado los cielos, si actúas como si Dios no existiera, todo pierde significado. Si sólo vez la vida horizontalmente, todas las cosas pierden su significado. El Predicador en Eclesiastés dice que toda labor, toda sabiduría, todo logro, todo placer, todo éxito, todo trabajo es totalmente vano y sin sentido a menos que estén conectados con Dios. Nada tiene una razón de ser si no existe un Dios glorioso y bueno, que rija sobre la tierra, que tiene un plan y cuya voluntad debe ser cumplida. ¿Por qué debemos pensar, trabajar, obedecer, amar, estudiar, discutir, servir y dar? ¿Por qué? ¿Por qué? Toda la vida se convierte en una masa caótica de elecciones sin sentido a menos que esté enraizada en la única realidad que hace que todas las cosas tengan sentido – Dios. Esta verdad debe teñir cada encuentro con nuestros hijos como el tinte rojo penetra cada fibra de una tela remojada en él.

Decir que la familia es una comunidad teológica significa que siempre estamos teologizando. Siempre estamos viendo cada cosa en referencia a Dios: quién es él, qué hace y qué quiere que seamos y hagamos. No existen momentos independientes. Todo lo que ocurre en nuestras vidas tiene cuerdas que nos unen a Él. Hablemos de lo que debemos decir al teologizar con nuestros hijos.

Cada Momento es el Momento de Dios.

Nunca debemos permitir que nuestros hijos creen en un Dios que está distante e indiferente, que viene en nuestro rescate sólo cuando escucha nuestro clamor al orar. La Biblia presenta a Dios como alguien que está cercano y activo en nuestras vidas. El Salmista dice que él es un “pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal. 46:1). No existe un número telefónico de emergencia porque Dios ya está aquí y ya está activo. Nunca hay un momento en el que Dios esté ausente e inactivo. Nunca hay una situación, lugar o relación que no rija Él.

Pablo le dijo a los Atenenses que Dios rige su mundo de tal manera que “no está lejos de cada uno de nosotros” y que lo hace para que le busquemos y

quizá palpando podamos hallarle (Hechos 17:27). Dios está cercano. Dios está involucrado. Este momento es su momento, en el que activamente está cumpliendo su voluntad. La cosa que es la más importante es que este momento no es lo que deseamos, sino lo que él está haciendo. Los adolescentes equivocadamente creerán que lo que desean es lo más importante. Verán sus deseos como necesidades y expresarán estas “necesidades” como exigencias, dudando de nuestro amor si no accedemos a complacerlos. Debemos ser fieles en llevar sus ojos de lo que desean a lo que Dios requiere.

Pablo le dice a los Romanos que “a los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien” (Romanos 8:28). Dios está obrando en cada situación, en cada problema, en cada lugar, en cada relación, en cada momento. Cada momento es el momento de Dios.

Mi hijo se detuvo enfrente de un aparador y dijo, “¡Tengo que tener esos zapatos! Papá, ¡Los necesito!” Miré sus pies y me cercioré que no estuviera descalzo. Sabía que tenía más zapatos en casa. ¿Qué quería decir cuando expresó que necesitaba esos zapatos?

Los adolescentes tienden a vivir con una consciencia funcional de Dios. Están llenos de un sentido de su “yo”. Saben bastante bien lo que quieren sacar de los momentos de la vida, y tienden a revolcarse en autocompasión, rezongan y se quejan o irrumpen en ira cuando no se hace su voluntad. Tienden a olvidarse de Dios y su voluntad. Tienden a reducir la vida a este momento de deseo. Los adolescentes no tienden a manejar bien la decepción; tienden a vivir con un sentido de que tienen derechos exigibles. Lo que todo esto significa es que los adolescentes tienden a estar increíblemente enfocados en lo horizontal y en el presente. Necesitan que los dirijamos hacia Dios, su existencia, su carácter y su voluntad.

Siempre un Plan Superior

En cada situación de la vida familiar, hay siempre algo más importante que lo que planeamos, lo que deseamos, lo que queremos o por lo que trabajamos. Siempre hay un propósito superior y un plan superior. El propósito superior es la voluntad de Dios y el plan superior es que vivamos para agradarle. Esto significa que Él debe ser el enfoque y la razón de todo lo que hacemos, en vez de nosotros mismos y nuestra felicidad.

Si le preguntaras a la mayoría de los adolescentes qué es lo que desean en la vida, la mayoría de ellos te dirían que simplemente quieren ser felices. Lo que asusta no es sólo que su definición de felicidad cambia casi cada hora, sino también que no hay enfoque superior que el de su propio placer. Los padres, en cada situación, necesitan hacer la pregunta “¿el placer de quién buscas?” hasta que sea la respuesta instintiva del corazón del adolescente.

Un día, mi hijo llegó cabizbajo de la escuela. Le pregunté qué le pasaba y me respondió, “nada”. Le dije que no lo decía convincentemente, que a todas luces algo le estaba molestando. Le expresé mi amor y le dije que me encantaría hablar con él cuando estuviera listo. Más tarde aquella noche me acerqué a él. Le pregunté cómo estaba y le dije que realmente se había visto muy desanimado anteriormente. Entonces explotó, “¡Nadie quiere ser amigo de un muchacho de buen carácter! Todos los muchachos populares de la escuela, todos los líderes

son necios. Ellos son el centro de atención, se llevan a todas la muchachas y aquí estoy yo, un buen chico en quien se puede confiar, y no tengo amigos! ¡Me iría mejor si fuera un sinvergüenza! ¿De qué sirve ser bueno si nadie lo nota?”

¡Qué gran momento para hablar acerca de un plan superior! Hablamos acerca de vivir para agradar a Dios. Miramos el Salmo 73, en el cual, el salmista también estaba convencido de que los malos estaban ganando. Hablamos del hecho de que alguien sí lo notó. Hablamos de nuestro mundo caído y cómo lo malo se aplaude y lo bueno es motivo de burla o se ignora. Realizamos conexiones entre la existencia, gloria y plan de Dios y la experiencia de mi hijo. Hablamos acerca del propósito de Dios al ponerlo en esa prueba. Hemos tenido la misma plática, en diferentes situaciones, una y otra vez. Necesitamos alejar a nuestros adolescentes de su propia gloria y dirigirlos a un entendimiento concreto de lo que significa vivir para la gloria de Dios.

Su historia es la historia de Dios

Los cristianos modernos han intentado equivocadamente manejar la Biblia como si fuera una enciclopedia de pensamiento religioso. Tendemos a acercarnos a la Biblia pensando “dónde puedo encontrar un versículo acerca de . . .”. Este tipo de acercamiento le roba a la Biblia su vitalidad, su carácter. La Biblia no se presenta como una enciclopedia organizada por temas. Por ejemplo, no entenderás lo que dice la Biblia si separas todos los versículos sobre el matrimonio, el gobierno, el sexo, la paternidad, la comunicación, el trabajo, el dinero, la iglesia, etc. Cualquier cosa que aprendas de estos versículos estará distorsionada y fuera de contexto porque estarían siendo entendidos en separación de lo que la Biblia dice en verdad. La Biblia no es un índice de temas, un diccionario o una enciclopedia. La Biblia es un libro de historias. Es la historia de Dios, la historia de su carácter, su creación, su redención para este mundo caído, y su plan soberano por las edades. Es una historia verdadera e inalterable. Es *la* historia. Todas las demás historias de la gente y las naciones encuentran su vida, significado y esperanza en esta historia. Esta historia grande y universal es lo que nos da una razón para levantarnos en la mañana y hacer lo que hemos sido llamados a realizar.

Teologizar con tu adolescente no significa que vas a mencionar ocasionalmente un versículo de la Escritura que se relacione con el tópico de discusión. En vez de eso, significa que cada día, de cada manera posible, enclaves la historia de tu adolescente en la amplia historia de Dios. Los adolescentes viven abrumados por su propia historia. Tienden a vivir con mucha ansiedad. El drama del momento particular pareciera ser la cosa más importante en la historia. Cuando procuramos ayudarles a entender que esto no es tan importante como ellos creen, contraatacan con el quintaesenciado “¡Tú no me entiendes!”

El poder presente de su historia es lo que a menudo mete en tantos problemas a los adolescentes. Pierden el enfoque. Viven solamente por aquello que puedan obtener de este momento. Tienden a vivir motivados por sus propios deseos y esclavizados por una búsqueda de la felicidad personal. En esta búsqueda de satisfacción de sus deseos y placer personal, a menudo toman decisiones que luego lamentan toda la vida. Los adolescentes desesperadamente

necesitan ver la historia más amplia. Necesitan ver sus vidas como parte de algo que es más grande y más importante que su propia felicidad. Necesitan una gloria a la cual conectarse y vivir por aquello que es más grande que su propia gloria. Necesitan ver su historia enclavada cada día en la historia de Dios. Esto les dará una razón para hacer lo que es correcto. Esto les dará esperanza. Esto les dará la fortaleza para soportar lo que Dios les llama a soportar.

La Biblia tiene mucho que decir acerca de todos los tópicos mencionados anteriormente, pero lo que dice sólo tiene sentido cuando es visto desde el punto de vista de la gloriosa historia de Dios y su obra. Tenemos que ser muy cuidadosos de no separar a Dios de los mandatos y principios de la Escritura. Él está en poder y gloria detrás de cada uno. Cada mandato se dirige a él para obtener fortaleza para obedecer, cada principio le mira para obtener sabiduría, y cada promesa le mira para obtener su cumplimiento. El sistema total depende de la veracidad de la historia.

Esto es lo que los adolescentes necesitan entender acerca de la vida. Existe un Dios. Él vive y está activo. Su historia y su obra están registradas en la Biblia. La cosa más importante de la vida es vivir en sintonía con lo que él está haciendo. Como hijo de Dios vengo a formar parte de su gran plan universal. Vengo a ser parte de lo que Dios está haciendo en la tierra. Esto es lo que le da significado y propósito a cualquier drama que esté viviendo ahora mismo. Como padres necesitamos ser fieles cada día, para enclavar la historia de nuestros adolescentes en la historia de Dios. Necesitamos enseñarles a preguntarse siempre, “¿Quién es Dios?” “¿Qué es lo que hace?” “¿Qué ha prometido?” “¿Qué ordena?” “¿Cómo forjan estos hechos la manera en la que pienso y respondo a las situaciones diarias de la vida?”

Confía y Obedece

Finalmente, considerar la familia como una comunidad teológica significa volverse muy práctico acerca de lo que significa seguir a Dios en las situaciones cotidianas de la vida. No hacemos cosas muy grandes y significativas en nuestras vidas. La mayoría de nosotros no seremos mencionados en los libros de historia. La mayoría de nosotros seremos recordados sólo por la familia y quizá unos cuantos amigos. La mayoría de nosotros seremos olvidados en dos o tres generaciones posteriores a nuestra muerte. Simplemente no hay mucho momentos grandiosos en la vida, y con toda seguridad, no vivimos la vida en esos momentos. ¡No! Nosotros vivimos en lo que es supremamente cotidiano. Existimos en los baños, recámaras, salas, y pasillos de la vida. Allí es donde se establece el carácter de nuestra vida. Aquí es donde vivimos la vida de fe. Por lo tanto, necesitamos enseñar a nuestros hijos a tener este enfoque hacia Dios en los momentos más cotidianos de la vida.

Necesitamos enseñar a nuestros adolescentes lo que significa vivir para Dios en donde viven cada día, en todos esos momentos nada espectaculares en el hogar, la escuela o estando con amigos. Hay dos preguntas que si las hacemos con regularidad incluirán a Dios en cada uno de esos momentos. Debemos hacerles estas preguntas hasta que aprendan a hacérselas ellos mismos. Podemos resumirlas con estas dos palabras: *confía* y *obedece*.

Permítanme comenzar con la segunda palabra. En cada situación queremos que nuestros adolescentes tengan un corazón para Dios. Queremos que tengan la meta de vivir para agradarle. Por lo tanto, debemos animarlos a preguntarse en cada situación, *“En esta situación, ¿Qué cosas me está llamando Dios a hacer que no puedo pasárselas a otra persona?”*

Esta pregunta requiere que ellos sean concretos y específicos en su manera de pensar acerca del llamamiento de Dios. Una vez que el adolescente ha clarificado bíblicamente esas responsabilidades, entonces la única respuesta apropiada es la obediencia.

La palabra *confía* le señala al adolescente el hecho de que él tiene límites. Hay cosas importantes en toda situación que necesitan cambiar, no obstante están fuera del control del adolescente. No son su responsabilidad porque están más allá de su habilidad para producirlas. Estas áreas deben ser encomendadas a Dios. Por lo tanto, necesitamos que nuestro adolescente se pregunte: *“En esta situación, ¿Qué cosas necesito encomendar en las manos capaces y amorosas de Dios?”*

Los adolescentes tienden a confundir estas áreas (igualmente los adultos). Tratan de hacer cosas que son de la incumbencia de Dios y se olvidan de hacer las cosas que él les ha llamado a hacer. La hija le dice a la madre, “Aunque sea lo último que haga en la vida, pero voy a enseñarle (su hermano menor) que mejor permanezca fuera de mi cuarto. Haré que me respete a mí y a mis cosas de una manera u otra”. Aunque no se da cuenta, aquí tenemos a una adolescente tratando de hacer el trabajo de Dios y olvidándose de hacer las cosas sencillas que Dios le ha llamado a hacer en tiempos de maltrato. Ella cosechará el desastre de intentar hacer lo que sólo Dios puede hacer.

La familia es una comunidad teológica, así que necesitamos enseñar a nuestros que cada momento es el momento de Dios. Siempre hay un plan superior que la felicidad personal, hay una historia más grande e importante que su historia en el momento, y en cada situación, son llamados a confiar y a obedecer a Dios. La familia cristiana no sólo los domingos piensa teológicamente; sino *hace* teología de domingo a domingo.

La Familia como una Comunidad Social

Tal y como un adolescente necesita que enraicemos su identidad en el carácter y la existencia de Dios, también necesitan que enraicemos su identidad en la comunidad. Los pecadores son individualistas empedernidos. Los pecadores quieren cantar con Frank Sinatra, “A mi manera”. Están llenos de egocentrismo. Sus pensamientos están dominados por lo que necesitan y lo que desean. Los pecadores, de acuerdo con Pablo en Efesios, son personas que son llevadas por los deseos de su naturaleza pecaminosa (Ef. 2:3). Los pecadores quieren que se haga su voluntad, y pelearán contra quien se interponga en el camino. En consecuencia, los pecadores son mejores para hacer la guerra que para hacer la paz (ver Santiago 4:1-10), son mucho mejores para odiar que para amar. Son mucho mejores para causar división que para crear unidad.

Todos hemos experimentado esto en nuestros hogares. Se ha dicho que si tienes más de una persona en un cuarto, probablemente tendrás conflicto en cierto momento, y algunas veces ¡aunque sólo tengas a una persona en el cuarto!

Tristemente, debido al pecado, el conflicto es la norma en nuestros hogares. No me refiero a golpes o empujones, sino a personas teniendo problemas para llevarse bien. Vemos competencia en donde no debería haber, escuchamos palabras crueles, presenciamos actos egoístas y expresiones de enojo. El conflicto infecta muchos de nuestros momentos en familia. El conflicto existe porque, como pecadores, tendemos a vivir para nosotros mismos. Nuestro propio bien se convierte en el bien supremo y la gente a nuestro alrededor parece estar siempre estorbándonos en el camino.

¡Cuán diferente es la vida cuando la consideramos desde la perspectiva bíblica! La historia de Dios no es simplemente la historia de su carácter y su obra de redención; también es la historia de cómo llama a un pueblo para que sea el pueblo de Dios. Es la historia de cómo forma una comunidad de amor en donde se rompen todas las antiguas líneas divisoras de raza, género, nación y clase económica y el pueblo de Dios vive como “un nuevo hombre en Cristo” (Efesios 2:11-22). Una persona de éxito a los ojos de Dios no es sólo una persona que le ama, sino también alguien que realmente ama a su prójimo como a sí mismo.

No existe otro contexto más fundamental, disponible y consistente que la familia para enseñar lo que significa vivir en comunidad. La familia es una comunidad, y moldeará, consciente o inconscientemente, una perspectiva de lo que es una comunidad. La familia enseñará y modelará lo que significa amar al prójimo como a uno mismo o violará dicha norma en cada punto y enseñará a ser un individualista egocéntrico. Los mensajes poderosos acerca de la naturaleza de las relaciones serán enseñados a través de la manera en la que papá y mamá hablen entre sí, se sirvan el uno al otro, tomen decisiones y resuelvan sus diferencias. Es imposible que una familia se escape de enseñar y modelar a sus hijos alguna filosofía funcional de las relaciones.

La familia es llamada a ser el contexto en el cual se enseñe conscientemente a cada momento lo que significa amar al prójimo como a uno mismo. Hay oportunidades a diario para enseñar no sólo a cumplir el primer gran mandamiento sino también el segundo. Al mismo tiempo, en el apuro frenético de nuestros itinerarios es muy fácil pasar por alto las oportunidades, imponiendo soluciones a la fuerza en vez de atender los asuntos del corazón.

Una madre y un padre me contaban cómo sus dos hijos adolescentes estaban peleando constantemente por estéreo en el cuarto familiar. Estas peleas se habían puesto tan feas que inclusive habían roto un mueble mientras luchaban por quien escucharía su disco compacto. La solución de los padres, la cual compartieron orgullosamente conmigo, fue establecer un horario semanal para que cada hijo use el estéreo. Ya no tenían ningún conflicto, y de esa manera se había resuelto el problema. Pero se habían perdido una oportunidad dada por Dios para hablar acerca de un asunto del corazón importante: amar a tu prójimo como a ti mismo. Al llegar a una solución humana y secundaria, estos padres se perdieron la oportunidad dada por Dios de iluminar el momento con la luz del segundo gran mandamiento.

Cristo, en Mateo 23, así llamó uno de los asuntos de mayor peso de la ley. Reprendió a los Fariseos por enfatizar los asuntos secundarios de la conducta mientras descuidaban los asuntos más fundamentales del corazón, como la justicia, misericordia y fidelidad. No obstante, los padres a menudo responden a

una situación causada por problemas del corazón por medio de la imposición de alguna regla práctica. Esto crea una solución instantánea y situacional, no obstante, deja sin ser expuestos y sin cambio los asuntos más importantes del corazón.

Proverbios 20:5 dice, “Los pensamientos humanos son aguas profundas; el que es inteligente los capta fácilmente”. Debemos estar comprometidos a esto en nuestras relaciones. Cuando el egoísmo, el individualismo y las demandas crean conflicto, lucha y tensión en nuestros hogares, debemos agradecer a Dios por la oportunidad de tratar algo que él ha dicho que es secundario en importancia comparado con nuestra relación con él. Si en realidad estamos agradecidos, no optaremos por soluciones rápidas y superficiales, sino que laboraremos para poner al descubierto los asuntos del corazón que son la razón real del conflicto.

No existe un mejor lugar para hacer esto que la familia. Aquí los hijos son llamados por Dios para amar a la gente con quien viven y a quienes ellos no tuvieron la opción de elegir. Aquí no pueden escapar de las responsabilidades diarias de dar, amar y servir. Casi todo a su alrededor debe ser compartido. Así sus deseos estarán en conflicto con los planes de otro. Aquí enfrentarán la total imposibilidad de amar al prójimo como a uno mismo sin contar con la ayuda de Cristo.

¿Regla de amor o Regla de deseo?

La reacción de un adolescente hacia otros estará forjada por la *regla de amor*: “Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Mat. 7:12). O su reacción será forjada por la *regla del deseo*. “De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Sant. 4:1-2)

La familia es el contexto en donde el corazón verdadero del adolescente hacia las relaciones es expuesto consistentemente. Provee situación tras situación en las que se revela lo que rige al corazón. La pelea por la última gota de leche en el desayuno, el empujón en reacción al choque accidental en el pasillo, la discusión por el tiempo que se tarda en el baño, la discusión por la ropa prestada y nunca devuelta, el debate por quién usará el carro, la disposición para participar en el humor humillante, las demandas por ser ayudado acompañadas con una falta de disposición por ayudar a otros, la falta de disposición y participación espontánea en las tareas del hogar, la disposición de participar en un duelo de palabras crueles, y una millar de otras situaciones no deben ser vistas como las luchas crujientes de la vida familiar. Estos son momentos en los que Dios nos está llamando a hacer algo más grande que nuestra propia comodidad y tranquilidad. Estos son los momentos en los que Dios nos llama a amar a nuestros hijos con un amor del tipo del segundo gran mandamiento, para que estemos dispuestos a tomar el tiempo para darles la educación sobre el segundo gran mandamiento que necesitan tan desesperadamente. En tales momentos, necesitamos ser gobernados no por la regla del deseo, sino por la regla del amor, no entregándonos a soluciones rápidas y superficiales que nos darán la

tranquilidad que deseamos, pero que no forman en nuestros hijos el corazón de amor semejante a Cristo el cual Dios requiere de ellos.

La Familia como una Comunidad Redentora

En el contexto de la familia se vive la vida con todas sus crudas realidades. Debido al pecado, la familia es un lugar de promesas incumplidas, sueños rotos y expectativas desilusionadas. El novio que parecía ser tan sensible y atento se convierte en el esposo distante y apático. La novia que parecía tan alegre y feliz se vuelve la esposa amargada y descontenta. El niño que parecía tan dulce y sensible se vuelve rebelde y distante. La pareja que juró que nunca repetirían las fallas de sus padres se dan cuenta que están diciendo y haciendo las mismas cosas que repudiaban.

Necesitamos afrontar el hecho de que las crudas realidades de la Caída son retratadas en la vida diaria familiar. Admitir humildemente esto nos abre a una de las funciones más maravillosas de la familia cristiana. Cuando con humildad enfrentamos la realidad de nuestra falsedad es cuando comenzamos a buscar y atesorar las riquezas de la gracia del Señor Jesucristo. A medida que enfrentamos nuestra necesidad como pecadores, la familia comienza a ser una comunidad verdaderamente redentora donde los temas de la gracia, perdón, liberación del pecado, reconciliación, vida nueva en Cristo y esperanza, se convierten en los temas centrales de la vida familiar.

Mientras escribía un capítulo de este libro, experimenté los temas de mi propio pecado: patrones de irritabilidad y comunicación áspera hacia mi hija adolescente. Cuando Dios revela el pecado, sólo existen dos reacciones para el cristiano. Una es generar algún tipo de sistema de autojustificación para hacer que nuestros deseos y conducta equivocados sean aceptables para nuestra propia consciencia. La otra es admitir tu pecado, confesarlo a Dios y al hombre, y colocarte de nuevo debajo la gracia justificadora de Cristo. Los padres que hacen lo primero no tendrán un hogar que funcione como una comunidad redentora. Inadvertidamente le enseñarán a sus hijos a esconder su pecado, a dar justificaciones de él, a negar su existencia, o culpar a otros. Los padres que hacen lo último enseñarán a sus hijos a descansar en Cristo, a confesar sus pecados y a creer que donde el pecado abunda, la gracia abunda aun más. Le enseñarán a sus hijos a crecer para ser gente de esperanza que han visto y creen que no hay foso tan profundo al cual la gracia de Cristo no pueda llegar.

La clave para tener familias funcionando como una comunidad redentora, donde el evangelio es el pegamento que une a la familia, son padres que confían en Cristo de tal manera que están listos y dispuestos a confesar sus faltas a sus hijos. A menudo, inclusive la manera en la que los padres hablan acerca de su niñez es alarmantemente farisaica. Ellos dicen, “En mi época, ni siquiera hubiera yo considerado . . .” Es fácil para los padres relacionarse con sus hijos como el fariseo orando en el templo diciendo, “Te doy gracias Dios que no soy como los otros hombres . . .” (Ver Lucas 18:9-14). Sin embargo, los padres que admiten su pecado se establecen como un modelo del Evangelio para sus hijos diariamente.

La ley de Dios revelará el pecado si no transigimos las normas de Dios al aceptar una norma humana y secundaria. La Escritura habla de la Palabra como una luz, como un maestro que nos guía a Cristo, como un espejo en el que nos

vemos a nosotros mismos. A medida en que los padres fielmente mantengan la norma suprema de Dios, sus hijos comenzarán a ver su necesidad total de Cristo.

Recuerdo una noche que pase junto al cuarto de mi hija y la escuché llorando. Entré y le pregunté qué le pasaba. Con lágrimas me dijo, “papá, no puedo hacerlo, no puedo hacer lo que me pides. Simplemente es imposible”. Le pedí que me explicara lo que quería decir. Me dijo, “Me dices que debo querer compartir con mis hermanos, pero no lo hago. Cuando me dices que les de algo mío, lo hago, pero lo odio y me molesto contigo por pedírmelo y con ellos por tomarlo. No quiero compartir, ¡lo odio! No es posible disfrutarlo”. Cuando dijo estas palabras irrumpió en llanto otra vez.

En su cuarto aquella noche estaba comenzando a experimentar algo maravilloso – el hecho de que no hay posibilidad de ser justos por medio de cumplir la ley. Comenzó a darse cuenta que en su propia fuerza, por el ejercicio de su propia voluntad, no podía obedecer a Dios. En su cuarto aquella noche comenzó a clamar a Cristo. Comenzó a ver que él era su única esperanza. Una lucha con el compartir que no fue cubierta por una solución cosmética se convirtió en el contexto en el cual fue revelado Cristo el redentor.

Cuando se mantiene en alto la Palabra como la norma para la familia, el pecado comenzará a ser revelado por lo que realmente es. Solamente entonces el mensaje de redención en Cristo tiene sentido. Los hijos orgullosos, que están a la defensiva, que buscan excusas y autojustificarse se convertirán en buscadores de la gracia, a medida que el Espíritu Santo obre a través del ministerio fiel de los padres que abandonan su propio deseo de comodidad y tranquilidad.

La Vida en el Mundo Caído

Hay cosas que sabemos que nuestros hijos experimentarán en nuestros hogares. Experimentarán el ser objeto del pecado de otro. Están en una familia poblada de pecadores que no están totalmente santificados. Escucharán palabras ofensivas, y verán cosas que no provienen del amor. Experimentarán el egoísmo de otros, y serán el objeto de la irritación y enojo de otro. Necesitamos afrontar estas experiencias con el mensaje de redención. Debemos enseñar a nuestros hijos que hay un Redentor que ha venido, que perdona, libera, reconcilia y restaura. Presentas un modelo de esto cuando haces más que enviar a tus hijos en conflicto a su cuarto para que se dejen en paz el uno al otro. Presentas un modelo de esto cuando requieres que estén uno frente al otro para lidiar con sus diferencias, para confesar pecado, para pedir perdón y para restaurar la relación. Al hacerlo así estás enseñando el Evangelio, estás testificando de la presencia y el poder del Redentor, y estás enseñando a tus hijos a ser gente de esperanza en medio de un mundo caído.

También sabes que tus hijos experimentarán su propio pecado. Saldrán volando de sus bocas palabras hirientes y cortantes. Se revelará la pereza y la irresponsabilidad. Reaccionarán en egoísmo en vez de amor. Se rebelarán en vez de someterse, y tomarán en vez de dar. Cada una de estas experiencias es una oportunidad para *redimir*, es decir, llevar a tus hijos al único lugar de esperanza y ayuda, el Señor Jesucristo.

A menudo nos perdemos estas oportunidades porque estamos muy ocupados resolviendo los problemas inmediatos. Ocupamos nuestras energías en

evitar que los hermanos peleen, en vez de exponer el pecado que está detrás de la disputa, llevando a los individuos involucrados a Cristo, para experimentar su perdón y ayuda al buscarle en confesión y arrepentimiento. También perdemos esta oportunidad porque vemos los pecados de nuestros hijos como afrentas personales. Quedamos atrapados en nuestras propias heridas y enojo. En vez de decir palabras de esperanza y gracia, prorrumpimos con palabras airadas de lamento (“Cómo deseo que ya te portes bien”) o palabras de condenación (“Nunca vas a cambiar”).

No debemos distanciarnos de los pecados de nuestros hijos como si tuvieran un problema con el cual no podemos identificarnos. Necesitamos identificarnos con ellos. También nosotros somos pecadores. El pecado es una condición humana. Es un problema que reside en nuestra propia naturaleza. Nadie se salva de esta enfermedad. No hay algún pecado que nuestros hijos cometan que nosotros no seamos capaces de cometer también. A medida de que admitamos que somos semejantes, demostramos una emoción personal hacia el evangelio, porque también es nuestra sola esperanza. No respondemos con un “¿Cómo pudiste?” o “¿Por qué lo hiciste?” Sino que educamos con un reconocimiento humilde de nuestro propio pecado. Entendemos el cómo y el porqué del pecado porque lo conocemos y seguiríamos en él de no ser por la gracia gloriosa del Señor Jesucristo.

NO debemos comunicar a nuestros hijos que ellos serían mejores si pudieran ser, de alguna manera, como nosotros. ¡Ni Dios lo quiera! En vez de eso necesitamos decir que sólo es a través de Cristo que hemos experimentado la libertad de las cosas con las cuáles ellos batallan ahora. Estamos dispuestos a compartir nuestras luchas con el pecado con ellos para que la misericordia de Cristo sea revelada a través de nuestra historia (ver el ejemplo de Pablo en 2 Cor. 1:8-11).

Sabemos también que nuestros hijos enfrentarán lo caído e imperfecto que es el mundo. Pablo dice en Romanos 8 que el mundo entero gime esperando la redención (v.22). Nuestros hijos experimentarán un mundo de promesas incumplidas, relaciones destrozadas, instituciones fallidas, gobiernos corruptos, ambiciones egoístas, violencia desenfrenada y familias destruidas. Experimentarán la tentación, las mentiras y las estrategias del enemigo. Viven en un mundo donde en realidad existe un Diabolo que busca devorarlos. Se verán sorprendidos y engañados. Batallarán con el dolor, el temor, la decepción y el desánimo. Tendrán un millón de razones para sentirse cínicos y desesperanzados.

No podremos protegerlos de la naturaleza caída del mundo. No podemos actuar como si esto no existiera, porque a dondequiera que miren, ellos verán imperfección. Aquí también debemos traer el evangelio. Este mundo no es un lugar de caos absoluto. Sobre todas las imperfecciones rige Cristo quien reina sobre todas las cosas por amor de su pueblo. Él está llevando a su fin el pecado, el dolor y el sufrimiento. Lo que enfrentamos aquí no se compara con las glorias de la eternidad. ¡Hay esperanza! Necesitamos encontrar maneras prácticas de comunicar esta esperanza a nuestros hijos. Todavía hay más cosas mejores por venir. Hay razón para continuar.

Enfrente del pecado interno y externo, enfrente del mundo, la carne y el Diablo, la familia necesita funcionar como una comunidad redentora, humildemente admitiendo la realidad del pecado. También debemos consistente y expectantemente apuntar hacia la realidad asombrosa de la gracia del Cristo resucitado, quien reina sobre todas las cosas para la salvación de su pueblo. Cada situación en la que el pecado levanta su cabeza es una oportunidad para enseñar la gracia. Cada situación en la que el tentador es revelado es una oportunidad para señalar a Cristo quien es más grande que él. Cada circunstancia de fracaso es una puerta abierta para el mensaje de perdón y liberación.

No existe otra comunidad de aprendizaje más consistente y efectiva que la familia. La existencia y la gloria de Dios, la responsabilidad moral de amar al prójimo, y la esperanza del evangelio al enfrentar nuestro pecado deben ser los temas constantes que interpreten, definan, expliquen y organicen la vida familiar. Como padres debemos aceptar nuestra posición como los maestros principales puestos por Dios. Es un alto llamado que dura toda la vida. No nada más importante que esto en nuestra vidas enteras. Al seguir el llamado de Dios oraremos por nuestros hijos lo que Pablo oró por la iglesia de Efeso: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Ef. 1:17-19).

Capítulo 5 Padres, les Presento a su Adolescente

¿Te acuerdas como era ser un adolescente? ¿Te acuerdas como estabas tan consciente de ti mismo, de tu apariencia física y tu confusión general? ¿Recuerdas que un día te sentías bien acerca de ti mismo y al día siguiente te querías morir? ¿Te acuerdas que tratabas de verte “a la onda” y verdad te veías ridículo? ¿Te acuerdas que hacías cosas inmaduras e irresponsables justo en el tiempo cuando querías ganar el respeto de tus padres? Los padres efectivos de adolescentes son aquellos que son capaces de recordar cómo era vivir en el mundo atemorizante de los años de adolescencia.

Recuerdo que el día que finalmente logré que mis padres me confiaran el automóvil, se me acabó la gasolina y regresé a casa pidiendo aventones, y dejé las llaves puestas en el contacto de encendido. Me sentí aniquilado cuando mi mamá me dijo al detalle qué tontería había sido hacer eso.

Recuerdo una ocasión que estaba en un restaurante semejante a McDonald's. Había comprado un refresco embotellado. Al estar dirigiéndome hacia mi mesa, me di cuenta que las tres muchachas que estaban entrando al restaurante las había conocido a penas algunos días antes. Estaba emocionado porque estaban allí. Mientras me sentaba y trataba de llamar su atención, atropellé mi refresco y se derramó en mi regazo. Las muchachas me vieron y de pronto, irrumpieron en risas mientras me sentaba con un anillo café enorme de cerveza de raíz en mi regazo. Todo lo que deseaba hacer era salirme del restaurante tan pronto como pudiera, pero la única entrada parecía estar a trescientas yardas de distancia, y llegar hasta allí significaba pasar junto al trío de carcajadas. Nunca olvidaré aquella caminata hacia la puerta. Debí haberme llevado como tres meses. Estaba seguro que todos tenían la mirada clavada en el círculo café de cerveza de raíz que estaba al frente de mis pantalones kaki. Aquella noche tuve pensamientos suicidas al estar en el estacionamiento. Sabía que este era el final, todo se había acabado, ¡Nunca sería de nuevo un ser humano normal! ¡Ya había concluido la prueba, y todavía seguían riéndose!

Si los padre fallan en recordar momentos como este, si fallamos en reconocer cuán enormes son estos eventos para los adolescentes, entonces fallaremos al no tomarles en serio. Minimizaremos vez tras vez las cosas que son muy importantes para nuestros adolescentes. Perderemos la oportunidad de hacer de estos momentos más que momentos de vergüenza humana; no traeremos la presencia, el poder, el amor y la dirección del Redentor para una persona joven agobiada y confundida. Necesitamos ir más allá de decir, “¿Qué tiene eso de especial?” para realmente comunicar a nuestros hijos que los tomamos en serio a ellos y a su mundo. Queremos que ellos sepan en verdad que siempre estamos allí para escuchar, amar, apoyar y ayudar. Necesitamos comunicarles que nunca nos burlaremos de las cosas que ellos han tomado tan en serio.

El problema es que las crisis de los adolescentes te toman por sorpresa. Una mañana estaba pensando en mis asuntos cuando al dar vuelta me encontré a mi hijo parado enfrente de mí. Antes de que tuviera la oportunidad de saludarlo, me dijo, “Papá ¿qué piensas de mis orejas?” Pensé “¿Qué pienso de tus orejas?” Realmente no había estado pensando en sus orejas. Nunca había pensado acerca de sus orejas y sabía que tampoco había discutido al respecto con mi

esposa. Pero, de repente, él estaba considerando seriamente sus orejas. El podía darse cuenta que estaba titubeando así que quería decir algo cuasi-inteligente. Por lo que entonces dije, “Bueno, ¿Qué piensas tú de ellas?”

No creo que alguna vez haya estado particularmente interesado en las orejas. No las noto cuando voy al centro comercial. Nunca oro, “Dios, gracias por las orejas tan bonitas que has dado. No sé que hubiera hecho si fueran como las de fulano y mengano”. No obstante, de pronto, sin advertencia alguna, allí estaba involucrado en una discusión muy seria acerca de las orejas. Mi hijo había estado mirando el espejo aquella mañana esperando haber crecido para parecer un ser humano normal cuando vio sus orejas – y no parecían corresponder con el tamaño de su cabeza. Traté de hablar acerca de la majestad de la habilidad creativa de Dios y de la tecnología de las orejas, pero no estaba escuchando. Él dijo, “Pero papá, simplemente están como pegadas a los lados de tu cabeza. Están colgando nada más. ¿Qué haces con ellas? Las mías no van bien con mi cabeza; son tan desconcertantes y ¡las tengo que soportar toda la vida! Aquella mañana hablé más acerca de las orejas de lo que había hablado antes o he hablado hasta la fecha.

Quizá esta es la causa por la que los padres ven la adolescencia con tanto temor. No nos gusta lo que no se puede predecir, la espontaneidad. Nos ponemos nerviosos por cuán rápidamente las cosas se tornan serias, o cuán rápidamente las cosas pueden cambiar. Por lo tanto, tendemos a comprar la mentalidad de supervivencia de la cultura y buscamos otro libro que nos ayude a soportar el caos de la adolescencia. Vi una playera últimamente que decía, “¡Por supuesto que me veo cansado. Tengo un adolescente!”

Nunca seremos capaces de predecir lo que cada día nos traerá al estar creciendo a nuestros adolescentes, pero mientras más entendamos la edad, seremos más capaces de acercarnos a este tiempo con un espíritu de preparación en vez de un espíritu de temor. Debemos rechazar la mentalidad egocéntrica de supervivencia que considera como un éxito el concluir la adolescencia de nuestros hijos teniendo intactas nuestras facultades mentales y nuestros matrimonios. No debemos conformarnos con nada menos que ser instrumentos en las manos de Dios quien está haciendo cosas importantes en las vidas de nuestros hijos.

¿Qué dice la Biblia acerca de los adolescentes?

Necesitamos un entendimiento bíblico de los adolescentes, pero hay un problema. La Biblia no dice nada de los adolescentes. Si buscas en tu concordancia bíblica todos los versículos sobre la adolescencia, no encontrarás ninguno. El período de la vida que llamamos adolescencia es un invento bastante reciente. No obstante, la Biblia nos da descripciones maravillosas de las tendencias de la juventud. Muchas de éstas se encuentran en el libro de Proverbios.

Los primeros siete capítulos de proverbios son el registro de un padre sabio dando consejo práctico de la vida a su hijo. Al estar estudiando estos capítulos, he encontrado el tipo de cosas que encontramos con nuestros adolescentes. No obstante, ninguno de estos temas nos dirige a la desesperanza tan prevaleciente en el punto de vista de la adolescencia que tiene nuestra cultura. En vez de eso, simple y sabiamente comienzan a orientarte al tipo de luchas que encuentras al

estar viviendo con tu adolescente. Consideremos las tendencias reveladas en esta sección de Proverbios.

No tienen hambre de sabiduría o de corrección

Los proverbios enfatizan el valor de la sabiduría y la importancia de la corrección. El padre de Proverbios esencialmente le dice a su hijo, “Si vas a obtener algo en la vida, obtén sabiduría. Es más valiosa de lo que puedes imaginar”. Similarmente se enfatiza la importancia de escuchar y someterse a la corrección. Proverbios llega inclusive a decir, “el que aborrece la corrección es necio” (Prov. 12:1). Estos son los énfasis que revelan el corazón de los adolescentes (¡y el de sus padres!). La mayoría de los adolescentes sencillamente no tienen hambre de sabiduría. De hecho, la mayoría de ellos piensan que son más sabios de lo que son en realidad, y equivocadamente creen que sus padres tienen poco entendimiento práctico para ofrecer. Tienden a pensar que sus padres “no los comprenden en verdad” o que están “fuera de onda”. No obstante, la mayoría de los adolescentes carecen grandemente de sabiduría y necesitan desesperadamente corrección amorosa, bíblica y fiel.

La mayoría de los adolescentes no entran al cuarto familiar y dicen, “Sabes papá, estaba pensando cuán sabio eres, y qué bueno es que Dios que haya puesto en mi vida para que también obtenga sabiduría. Así que pensé venir aquí y hablar contigo por un tiempo para absorber toda la sabiduría que tanto tú como yo sabemos que necesito desesperadamente”. ¡No! Esto no ocurre. Los adolescentes no tienden a suplicar para recibir sabiduría. No obstante, no podemos darnos por vencidos y permitir que ellos establezcan el plan para nuestra relación con ellos.

Pregúntate, ¿Le respondo a mi adolescente en maneras que hagan que la sabiduría sea atractiva? ¿Hago que el sabor de la corrección sea dulce? Veo a padres hacer de la corrección algo amargo cuando golpean a sus hijos con palabras degradantes. Haz que la sabiduría sea atractiva. Haz que la corrección sea algo deseable. No permitas que tus temores causen que trates de producir con control humano lo que sólo Dios puede producir por medio de su gracia.

Conquista a tu hijo para la sabiduría. Se un vendedor de sabiduría. No lograrás esto con confrontaciones desagradables y acaloradas, ni con feas luchas verbales de poder. En tales momentos no se imparte sabiduría. Si golpeas a tu hijo con una lluvia de balas verbales, correrán a refugiarse o comenzarán a disparar también. Aquí hay una buena regla: lidia contigo mismo antes de lidiar con tu adolescente (Mat. 7:3-5). Algunas veces comienzo una conversación con alguno de mis hijos y noto a mi esposa, que está detrás de mi hijo, agitando las manos para que yo la vea. Ella no está dirigiendo un avión hacia el hangar. Lo que está diciendo es que yo no estoy listo para tener esa plática. Necesito tiempo para prepararme considerando los asuntos bíblicamente, discutiéndolos con mi esposa, y orando por mi hijo y por mi mismo. Al terminar de hacer todo esto, ya estoy en un marco mental completamente diferente y por lo tanto, estoy más preparado para funcionar como un instrumento de cambio ordenado por Dios.

Después de prepararte, habla con tu adolescente en el lugar correcto en el momento correcto. Ve a un cuarto tranquilo de la casa, preferentemente la habitación del adolescente en la que se encuentra cómodo. No fuerces estos

momentos importantes de sabiduría y corrección entre los momentos ocupados de tu día. No hagas esto a la carrera. No lo hagas enfrente de otras personas o cuando estás corriendo hacia tu automóvil para ir a la escuela o a la Iglesia. Separa el tiempo, y al hacerlo di, “Eres importante y lo que Dios dice es importante, por lo tanto estoy dispuesto a invertir el tiempo necesario para ser su instrumento de corrección”. Recuerda, dar sabiduría no es golpear en la cabeza a tu adolescente con palabras. Es poner una guirnalda de amor alrededor de su cuello. Es darle la joya más valiosa del mundo. Es oro del bolsillo de Dios para sus manos. Esto es radicalmente diferente a la manera como los adolescentes tienden a pensar acerca de la sabiduría y la corrección. No confirmes su perspectiva de las cosas, ni permitas que tu pecado le robe a estos momentos su valor y belleza.

Los adolescentes tienden a estar a la defensiva. A menudo tomarán nuestra preocupación amorosa y la ayuda paternal como una acusación por su fracaso. En reacción a esto, defenderán sus pensamientos y acciones, y nos meterán en un debate. Necesitamos ser muy cuidadosos de las palabras que usemos. Necesitamos estar seguros de que venimos a nuestros hijos con preguntas honestas, y no con acusaciones que vienen de conclusiones anticipadas. Necesitamos ejercitar el dominio propio que viene de Dios. Necesitamos estar lejos de discusiones ruidosas que tienen muy poco que ver con una perspectiva sabia de los asuntos, sino que tienen todo que ver con quién va a ganar o perder el debate. Proverbios dice, “La blanda respuesta quita la ira, mas la palabra áspera hace subir el furor” (Prov. 15:1). Debemos evitar deliberadamente dejarnos llevar a luchas acaloradas de poder.

He encontrado muy útil hacer tres cosas cuando mis adolescentes están a la defensiva. Primero, les clarifico mis acciones. Les digo, “No me mal entiendas, No te estoy acusando de nada. Te amo tanto que quiero hacer todo lo que pueda para ayudarte a medida que entras al mundo de los adultos. Nunca pienses que estoy en tu contra. Estoy a tu favor. Y quiero que hagas algo para mí: si alguna vez piensas que te he juzgado equivocadamente, si alguna vez piensas que no te entiendo, o si alguna vez piensas que he expresado un enojo pecaminoso hacia ti, por favor, de una manera respetuosa házmelo saber. Quiero ser usado por Dios para ayudarte y animarte. No quiero nunca hacerte daño”.

Segundo, les ayudo a examinar su propia actitud de defensa. Los adolescentes, al igual que todo pecador, sufren de ceguera espiritual. No se verán a si mismos tal y como son en verdad, por lo tanto, necesitan nuestra ayuda. Les digo, “¿Sabes? Hay mucha tensión en este cuarto. Sin embargo, no te he gritado, no te he hablado con palabras ofensivas, no te he acusado de nada, pero me parece que estás muy enojado conmigo. ¿Me podrías explicar por qué estás tan enojado? No quiero que esto sea un tiempo desagradable entre nosotros. No pedí hablar contigo porque tenía ganas de tener una buena pelea. Te amo y quiero ayudarte en cualquier manera posible”.

Tercero, busco ser fiel en confesar mis pecados cometidos en contra de mis adolescentes. La irritación, la impaciencia, la crítica de las intenciones, ofensas, palabras de condenación, elevaciones del tono de voz, cualquier situación en la que te has permitido estar fuera de control emocionalmente, y cualquier lugar en el que has golpeado, asido o empujado físicamente, todo esto cabe bajo la categoría

de “provocar a ira a tus hijos” y por lo tanto, debe ser confesado a Dios y a ellos. Tu humildad y ternura de corazón se erigen como modelos maravillosos para tus adolescentes. Declara con seguridad humilde tu confianza en el perdón de Cristo. Al hacer esto les permites saber que no están solos en la lucha contra el pecado, y le demuestras que la confesión produce resultados beneficiosos. Se lo suficientemente humilde como para admitir que tu adolescente te saca de control. Llega a conocer qué cosas te sacan de control. Antes de tener “la plática” con ellos ora para que seas el modelo del amor de Cristo ante tus adolescentes. Si comienzas a perder el control, salte momentáneamente de la escena, ora, recobra el control y luego regresa para terminar la charla.

Los adolescentes no sólo tienden a ponerse a la defensiva, sino también tienden a encubrirse a sí mismos. Los adolescentes no tienden a vivir abiertamente. Usualmente no están andando por la casa muriéndose de ganas de hablar con papá y mamá. A menudo son expertos en evitar dar respuestas. No es inusual que ellos pasen una cantidad de tiempo extrema en sus cuartos. Tristemente, me temo que muchos padres aceptan el foso que los adolescentes construyen a su alrededor. Se ajustan a la falta de tiempo y relación con sus adolescentes quienes, tan solo unos cuantos años atrás, deseaban estar con ellos a dondequiera que iban. Ellos renuncian a la conversación cuando los adolescentes renuncian a la conversación. No se puede encontrar a papá y a mamá por ningún lado, precisamente en el punto cuando las cosas importantes están pasando, para el cuál el adolescente no fue hecho para enfrentarlo a solas.

Busca a tu adolescente. Exprésale tu amor diariamente. No hagas preguntas que puedan ser contestadas con un sí o un no. Haz preguntas que requieran una descripción, explicación y autorevelación. No te relaciones con ellos únicamente en los momentos de corrección. No sólo los atrapes cuando están haciendo algo malo; atrápalos cuando estén haciendo algo bueno y anímalos. Oral diariamente con ellos aunque esto los incomode. Siempre búscalos en la casa y dales un caluroso “buenas noches” antes de que vayan a la cama. Debido a que éste ha sido nuestro hábito por años, nuestros adolescentes se esmeran en darnos las buenas noches. Entra al mundo de tu adolescente y permanece en él. No permitas que te vean como afuera de su mundo funcional. Los adolescentes rechazarán las granadas de sabiduría y corrección tiradas desde lejos por alguien que no ha estado adentro por bastante tiempo.

Cuando haces preguntas acerca de sus decisiones y acciones, los adolescentes tienden a responder echando la culpa a otro. Te dirán que no escucharon tus instrucciones o que no les diste suficiente tiempo. Tal vez culpen a su hermano. Se consciente que estas respuestas pueden llegar a ser muy frustrantes. Ten presente el hecho de que necesitarás el dominio propio que sólo el Espíritu Santo puede dar.

Una de las maneras en las que los adolescentes transfieren el peso de la culpa es acusándonos de ser demasiado duros con ellos y extremadamente laxos con sus hermanos. Nos acusan de dureza e inconsistencia. En estos momentos es importante mantener tu enfoque en el asunto que se esté discutiendo y no desviarte para elaborar justificaciones de tu manera de educar. De nuevo, intento responder a estos momentos con humildad y paciencia. Les digo, “Estoy seguro que hay momentos en los que dejo pasar cosas que debería atender. Pero creo

que sabes que les amo a cada uno de ustedes y que estoy buscando ser lo que Dios quiere que sea en sus vidas. Con mucho gusto hablaremos de mí en otro momento. Me encantaría saber como me ves desde tu perspectiva, pero ahora necesitamos hablar acerca de ti”.

Los adolescentes no tienden a ser buenos oyentes. Mantén la conversación interesante y concreta. No comiences a dar descripciones amplias de todas las maneras en las que “tus tiempos” eran diferentes. La manera de lidiar con el corto período de atención de tu adolescente es convertir estos momentos de sabiduría y corrección en interacciones en vez de sermones. Algunos cargamos con nosotros atriles invisibles que armamos en un instantes. Déjalos en el guardarropa. En vez de eso, haz preguntas estimulantes que causen que el adolescente examine sus acciones, sus suposiciones, sus deseos y decisiones. Ayúdales a alumbrar la luz de la Palabra sobre ellos. Sorpréndelos con la verdad. Permite que la sabiduría brille ante sus ojos. No caigas en soliloquios y diatribas. Involucra a tu adolescente en una conversación estimulante que no centellea tu autoridad o el derecho que tienes de decirle qué hacer. En vez de eso, háblale de tal manera que se exalte la verdad y su belleza sea señalada.

No te dejes absorber. No te dejes atrapar. No te involucres en una guerra interpersonal. Con fidelidad di palabras dulces de sabiduría y palabras amorosas de corrección. Afíanzate a lo que es valioso para tu adolescente y confía que Dios producirá en su corazón un amor por la verdad.

Una tendencia hacia el Legalismo

El libro de Proverbios no nos da una enciclopedia de “haz” y “no hagas”, o de bien y mal. Lo que Proverbios nos da son dos cosmovisiones, la sabiduría y la necedad. Aquí encontramos dos maneras de vivir: la manera del sabio que obtiene su dirección de la verdad de Dios, y la manera del necio que obtiene su dirección de la perspectiva y deseo humano. Dios está buscando más que el comportamiento externo. Está obrando para que seamos nada menos que participantes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4) No podemos y no debemos reducir la vida piadosa a un conjunto de reglas. La piedad es adoración humilde y agradecida que nos causa que deseemos lo que Dios dice que es valioso y que hagamos lo que Dios dice que le traerá gloria.

Sin embargo, los adolescentes tienden a ser legalistas. Tienden a enfatizar la letra en vez del espíritu. Los adolescentes tienden a empujar la reja mientras te dicen que todavía están en el patio. Tienden a llevarte a discusiones acerca de los límites. Te meten en conversaciones del tipo “qué tan lejos puedo llegar” y luego tienden a responderte más adelante que hicieron “exactamente lo que me dijiste”.

Necesitamos ser habilidosos para hablar con nuestros adolescentes acerca del espíritu de la ley. Necesitamos hablar acerca de los asuntos de corazón que están detrás de los mandamientos. Necesitamos mostrarles la diferencia entre la pureza interna y el desempeño farisaico del deber. Necesitamos ver el legalismo de los adolescentes como una oportunidad para hablar acerca de lo que significa tener un corazón para Dios y un corazón para hacer lo que es recto.

Mi hijo tendía a ser brusco cuando jugaba físicamente con su hermano. Disfrutaba estar en ventaja por su tamaño y fuerza. Había muchas ocasiones en

las que su hermano menor terminaba frustrado y llorando. Así que fui con mi hijo y le pedí que no juegue físicamente con su hermano menor. Al hacer esta petición, en realidad estaba resumiendo muchas cosas que estaban en la categoría de intimidación usando su tamaño para aprovecharse de su hermano menor. Unos días después escuché que su hermano lloraba otra vez en el cuarto familiar. Dije, “Pensé que pedí que no volvieras a hacer esto con tu hermano?” Su respuesta fue, “No lo toqué”. ¿Puedes ver que pasó? Técnicamente había guardado la letra de la ley porque no tocó o lastimó físicamente a su hermano. No obstante, desobedeció completamente el espíritu de la petición al intimidar físicamente a su hermano aun sin tocarle.

Al estar señalando este legalismo a nuestros adolescentes y recordándoles del espíritu verdadero de los requerimientos de Dios, ellos verán su inhabilidad y comenzarán a tener un hambre por Cristo. De otra manera, tendrán la tendencia a ser como los fariseos que reducían la ley de Dios a estándares humanos. Cristo les dijo a sus seguidores que a menos que su justicia excediera a la de los escribas y fariseos no entrarían en el reino de los cielos. Al señalarle a nuestros adolescentes la grandeza del espíritu de la ley, ellos dirán, “No puedo hacer eso. No puedo amar. No puedo dar. No puedo servir”. Comenzarán, entonces, a buscar la ayuda que sólo Cristo puede dar.

Lo que está en juego aquí es muy importante. El legalismo humano nos lleva a la autojusticia humana. La autojusticia humana niega la necesidad de la gracia habilitadora y salvífica de Cristo. La justicia humana adopta la mentira más cruel de Satanás: que una persona puede ser justa por medio de guardar la ley. Si eso fuera verdad, no hubiera sido necesario que Cristo naciera, viviera, muriera y resucitara. Debemos ayudar a nuestros adolescentes a ver su legalismo, y no debemos caer en los debates interminables acerca de los límites, los cuáles disfrutaban los legalistas. Debemos ayudar a nuestros hijos a ver su rebelión de corazón, y llevarlos a Cristo, quien es la justicia.

Una tendencia a no ser sabios en la elección de sus acompañantes

En el libro de Proverbios hay una gran cantidad de material acerca de la amistad y la influencia que otros tienen sobre ti y tu comportamiento. A menudo los adolescentes son ingenuos y insensatos en su elección de amigos. Proverbios llega al punto de decir que cuando veas a ciertas personas debes cruzar a la otra acera. La amistad es muy importante. Una persona es conocida por el tipo de gente con la que anda. Es imposible no ser influido por los amigos de uno. No obstante, los adolescentes típicamente asumen que no serán influenciados y responderán a nuestra preocupación con un “yo puedo manejar la situación”.

Al estar pensando sobre este asunto, pensé en una experiencia de mi propia adolescencia. Al recordarlo me sentí tentado a llamar a mi madre y pedir su perdón. Alrededor de la época en la que comenzaba a notar al sexo opuesto, también había comenzado a ser un participante ávido en un ministerio juvenil local. Parecía que en este ministerio todos encontraban pareja. Yo encontré a alguien que me gustaba y la lleve a mi casa después de una de las actividades de fin de semana. Ahora me doy cuenta al mirar hacia atrás que era una de las muchachas más mezquina en la comunidad cristiana. ¡Estoy tan agradecido de que ella no fue la persona con quien me casé! Recuerdo la escena surrealista de

cuando llegamos a mi casa. Mi mamá tenía su clásica sonrisa afligida. Estaba tratando de ser amable mientras, al mismo tiempo, quería rescatarme del peligro moral. Recuerdo que mi mamá me preguntó más tarde aquella noche qué era lo que me atraía de esa muchacha en particular. (Me parecía muy obvio: era bonita, era divertida, y yo le gustaba). Puedo recordar cuánto estuve a la defensiva (aunque no lo hubiera admitido en aquella ocasión). Recuerdo que mi mamá me advirtió de la importancia de este tipo de decisiones. Y recuerdo que me ofendí y le dije que yo podía manejar la situación.

Necesitamos acercarnos a estas conversaciones con sensibilidad y amor paciente. Los adolescentes tienden a ser espinosos y protectores cuando se trata de discutir acerca de sus amigos. Es como si la regla operacional fuera esta: "Rechazar a mis amigos es rechazarme a mí". Como padres necesitamos ser muy cuidadosos acerca de la manera en la que tenemos estas conversaciones. Nunca recurras a las ofensas y al asesinato del carácter. Tu meta debe ser hacer que tu adolescente salga de la emoción y compromiso de la relación para darle una mirada honesta y bíblica. No harán esto sin tu ayuda. Pero también es cierto que no lo harán si en tu propio temor, has denigrado emocionalmente las relaciones que son de gran valor para ellos.

Este asunto debe ser puesto sobre la mesa. Los adolescentes necesitan aprender la habilidad de escoger sabiamente a sus amigos. Necesitan entender la influencia poderosa que la amistad tiene sobre ellos. Es muy importante que como padres evitemos socavar nuestra influencia sobre nuestros hijos al etiquetar insensatamente a sus amigos, al hacer acusaciones sin fundamento, al juzgar sus motivaciones, y al sostener suposiciones acerca de la naturaleza y nivel de influencia de la amistad. Necesitamos hacer buenas preguntas que ayuden al muchacho a examinar sus pensamientos, deseos, motivos, decisiones y comportamientos con respecto a sus amistades. Queremos dirigir a nuestros hijos a tener entendimiento del corazón que los llevará a tomar decisiones más sabias con respecto a las amistades. No logramos nada al nivel del corazón cuando juzgamos en miedo y decidimos cosas por ellos. Al hacerlo, nos perdemos de la oportunidad de ver en ellos cambios de corazón duraderos, no obstante, sólo esto conducirá a cambios básicos en su perspectiva de la amistad.

Una susceptibilidad a la tentación sexual

El padre en Proverbios tiene mucho que decir acerca de la tentación. Necesitamos tomar este tema seriamente, de manera particular en una cultura que tiene una perspectiva tan distorsionada de la sexualidad humana. Casi no hay otro lugar fuera de la comunidad cristiana que un adolescente tendrá algo cercano a una perspectiva precisa de esta área importante de la vida. Los años de la adolescencia son tiempos de despertamiento físico. Por primera vez, los muchachos se vuelven deseosos de tener relación con el sexo opuesto. La lujuria y la fantasía a menudo se convierten en los pecados privados de los adolescentes. No podemos evadir esta área o responder con vergüenza y ambivalencia. Debemos poner este asunto sobre la mesa desde el comienzo con nuestros hijos y mantenerlo allí como un tópico de discusión abierta.

Muchos padres parecen que temen tener esa primera charla acerca del sexo. Pasan semanas preparándose para ella. Dan un suspiro de alivio por

haberla concluido, y nunca más vuelven a discutir el asunto de nuevo. ¿Qué tal tú? ¿Sabes como le está yendo a tu hijo en esta área? ¿Sabes si está batallando con lujuria, fantasía o masturbación? ¿Sabes si tiene una perspectiva bíblica de la relación con el sexo opuesto? ¿Sabes cuántas de las mentiras sexuales del mundo ha aceptado? ¿Entiendes la situación, los lugares y las relaciones en los que está experimentando tentación? ¿Has hecho una lluvia de ideas con él acerca de las maneras de cómo huir de las “pasiones juveniles”? No puedes educar a tus hijos en esta área si has permitido que las puertas están cerradas.

Si vamos a ayudar a nuestros adolescentes con sus luchas para ser puros sexualmente, la clave está en comenzar desde temprano para que cuando el muchacho sea un adolescente, tanto el padre como el hijo hayan pasado cualquier estado de vergüenza o reticencia al hablar acerca del sexo. La primera vez que hablé de este tópico con mis dos hijos, uno tenía once años y el otro nueve. Los llevé a comer pizza. ¡Ni siquiera se imaginaban lo que les esperaba! Les hice preguntas para saber cuán realmente sabían. Comencé a explicar y dibujar diagramas en una servilleta. Mi hijo mayor comenzó a masticar su pizza y me dijo: “papá ¿vas a dibujar lo que estoy pensando?” Dije, “Escogí una mesa en la que nadie puede ver”, y comenzamos a hablar. Se dieron cuenta de que no estaba avergonzado por el tema, y comenzaron a abrirse con las preguntas que ya por un tiempo deseaban preguntar.

Al paso de los años, nos hemos esforzado para mantener la conversación abierta por las nuevas preguntas, las nuevas tentaciones, los nuevos asuntos, y las nuevas situaciones que surgen. El entendimiento del camino de Dios de la pureza sexual no es algo que pueda ser logrado en una conversación. El aprendizaje de cómo reconocer y huir de la tentación no es una habilidad que se domina después de una charla introductoria acerca de la sexualidad. Los padres necesitan comprometerse a realizar un proceso que inicia en los años previos a la adolescencia y continua consistentemente hasta que nuestros hijos están listos para salir del hogar.

¿Se sienten cómodos tus adolescentes al hablar contigo de este tópico? ¿Les has dado un mensaje mezclado, por un lado les dices que el sexo es un regalo maravilloso de Dios, y por otro lado les comunicas temor, reticencia y evasión? ¿Han acordado que este tema es un tabú? ¿Sabes qué saben tus hijos y cuál es su fuente de información? ¿Sabes dónde tus hijos batallan con tentaciones sexuales y cómo les está yendo en esa lucha? ¿Es capaz tu adolescente de adoptar una perspectiva distintivamente bíblica acerca de la sexualidad? ¿Es capaz de criticar las distorsiones de la cultura a su alrededor? ¿Tiene tu adolescente un corazón para la pureza sexual o está cerca al límite de la modestia y decoro cristianos? Si no tienes respuestas listas para estas preguntas, no has mantenido el tópico sobre la mesa como se necesita.

Existe una explosión de consciencia sexual y tentación sexual en los años de la adolescencia. Los adolescentes están comenzando a formar su estilo de vida sexual que se quedará con ellos por años. Es el tiempo cuando muchos adolescentes caen en pecado sexual que altera el curso de sus vidas, pautas secretas de pecado sexual que los dejan bajo esclavitud por años. Debemos estar comprometido a educación paterna abierta, positiva y consistente en esta área. Debemos estar comprometidos a buscar a nuestros hijos con preguntas honestas

y discusiones pacientes. Debemos poner sobre la mesa desde temprano el tema del sexo y mantenerlo allí para ser revisado varias veces hasta que el hijo se vaya de casa.

Una ausencia de una perspectiva escatológica

La escatología – un enfoque en la eternidad – no es el punto más fuerte de la teología funcional de un adolescente. No tienden a vivir estando conscientes de la eternidad. No piensan en términos de gratificación aplazada. Los adolescentes enfocados horriblemente en el presente. Viven como si el momento presente es el único momento de vida. No piensan en términos de inversiones. No piensan en el día de cosecha. Gálatas 6:7 dice, “Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre sembrare, eso también cosechará”. Este es un principio espiritual importante que raras veces en la perspectiva típica de los adolescentes.

Los adolescentes necesitan ser enseñados a pensar en términos de inversiones a largo plazo. Esta no es la manera típica en la que piensan acerca de sus vidas. Los adolescentes tienden a vivir para aquello que desean en ese momento y tienden a dejar sus responsabilidades para el último momento. Necesitamos enseñarles a examinar los tipos de semillas que están sembrando ahora y del tipo de cosecha que traerán dichas semillas. Debemos desafiar amorosamente su creencia de que el momento físico es todo lo que importa, que la felicidad presente y temporal es todo lo que existe. Necesitan entender que Dios está obrando en algo mayor que este momento, que él los está preparando para algo maravilloso que vendrá.

La cultura a nuestro alrededor refuerza la falsedad de que la vida se encuentra en el tesoro presente, terreno y físico, y que las personas exitosas son aquellas que acumulan más. Se les dice a nuestros adolescentes “Tú identidad depende de la ropa de marca que te pongas. Tú eres la dimensión de tu cuerpo. Tú eres tu inteligencia. Tú eres tu habilidad atlética. Tú eres el automóvil que conduces. Tú eres la casa en que vives. Tú eres el grado de popularidad que tienes”. Inclusive se les dice que son la marca de pasta de dental que usen.

¿Quiénes son los héroes de la cultura occidental? ¿Son las personas de carácter que vivieron con una mentalidad de cosecha, invirtiendo en cosas de importancia eterna? ¡No! Son las personas con voces buenas, ropa cara, carros deportivos, músculos grandes y cuentas grandes en el banco. Ellas son las personas que viven en el presente, personas que están buscando tesoros en la tierra. Típicamente, son personas que no tienen más consciencia de la eternidad que la mayoría de los adolescentes inmaduros. A los ojos de Dios, de hecho son antihéroes que llevan a nuestros hijos a creer mentiras y a vivir por lo pasajero.

Nuestros adolescentes necesitan ser enseñados a mirar la perspectiva completa de la vida desde el punto de vista de la eternidad. La vida se ve radicalmente diferente cuando se ve desde esa perspectiva. Necesitan ver que cada elección, cada acción es una inversión, y que es imposible vivir la vida sin sembrar semillas que serán las plantas de vida que algún día cosecharemos.

Falta de consciencia de su corazón

Justamente a la mitad de la instrucción del padre de Proverbios está esta advertencia: “Hijo mío, está atento a mis palabras; Inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; Guárdalas en medio de tu corazón; Porque son vida a

los que las hallan, Y medicina a todo su cuerpo” (Prov. 4:20-22). Él está diciendo, “Hijo, escucha con atención. Lo que tengo que decirte es muy importante. No deseches estas palabras”. Luego dice, “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida” (Prov. 4:23). En otras palabras, “Todo lo que he dicho, hijo, se enfoca en tu corazón. Conócelo. Protégelo. Guárdalo. Tu corazón es el centro de control de tu vida, hijo. Lo que rija tu corazón te regirá a ti.”

Como se dijo antes, no debemos simplemente ocuparnos de la conducta. No estamos solamente controlando decisiones y buscando asegurarnos que el muchacho va a donde queremos que vaya para hacer lo que queremos que haga. Dios nos ha llamado para cumplir un plan superior a esto. Queremos conocer el corazón de nuestro adolescente, ayudarlo a ver su corazón como es realmente, y ser usados por Dios para ayudar a producir un corazón regido nada más por Dios y su verdad.

¿Estás llevando a tu adolescente a conversaciones que vayan a mayor profundidad que la resolución de problemas con las circunstancias y las relaciones? ¿Le ayudas a ver los lugares en los que ha cambiado al Creador por algún aspecto de la creación, tal como la aceptación de sus compañeros, cierta posesión, o alguna posición codiciada? ¿Le has ayudado a ver los deseos que gobiernan su corazón? ¿Le has ayudado a confesar su verdadero tesoro? ¿Has tomado el tiempo para señalarle amorosamente en donde su pensamiento está fuera de conformidad con las verdades de la Escritura? ¿Has hecho preguntas que exponen los pensamientos y motivos del corazón? ¿Le has mostrado cómo su adoración verdadera es expresada en la manera en que responde a las situaciones y relaciones?

Siempre que hablamos acerca de conocer el corazón, tenemos que hablar acerca de la realidad de la ceguera espiritual. Todos batallamos con una falta de consciencia del corazón, es decir, con la ceguera espiritual. Pero parece como si los adolescentes particularmente batallan con eso porque tienden a pensar de la vida en términos conductuales, físicos y relativos al presente. No tienden a pasar mucho tiempo examinando sus corazones. No se hacen a sí mismos preguntas desafiantes y reveladoras. Tienden a estar enfocados en el momento presente y externo. Por esa razón, una de mis metas con mis adolescentes no sólo es enseñarles acerca de Dios y su voluntad, sino ayudarles a conocerse a ellos mismos. Quiero que sean conscientes de los temas de su propia batalla con el pecado, los temas de sus debilidades y de sus susceptibilidad a la tentación.

Puesto que quiero ayudar a mis adolescentes a crecer en la consciencia de sí mismos, no irrumpo en sus cuartos anunciando la regla que ha sido quebrantada y su consiguiente castigo. En los tiempos de corrección solemos hablar. Trato de hacer preguntas de sondeo que están diseñadas para penetrar a la falsedad del pecado y exponer el corazón. Y mientras más vivan mis hijos conscientes de ellos mismos, más apreciarán las cosas que tengo para decirles porque se dan cuenta que necesitan mi instrucción. Parte de la actitud defensiva típica de los adolescentes viene de una falta total de consciencia de ellos mismos, es decir, de su ceguera espiritual total. Incesantemente estoy obrando para ayudar a mis hijos a conocerse para que este conocimiento los dirija a tener un hambre por Dios. Yo creo que cada momento revela quienes somos en realidad.

Utilizo esta ilustración en la consejería, pero creo que es cierta con respecto a los adolescentes. Cuando un adolescente exhibe el “video” de su historia para que veas, a menudo él no aparece en el video. La versión de su vida se enfoca en la presión de momento o en lo que los demás le hicieron. Al relatar su historia lo hace de manera que hace responsable a algo o a alguien por las cosas que él hizo.

Mi hija llegó a casa proveniente de la escuela agitando un reporte de calificaciones de una de sus clases. Me dijo, “Papá, necesito hablar contigo acerca de mi calificación en la materia de Español”. Supe que ya estábamos en problemas. Continuo diciendo con orgullo, “¡Me saqué el `6´ más alto de mi salón!” Cuando terminó de hablar acerca de su calificación, pensé que debía poner ese “6” en la puerta del refrigerador. Después de todo, era el orgulloso padre de una hija que había salido bien a pesar de la presión educativa y la incompetencia docente. Me dijo que todos los estudiantes, aun los inteligentes, sacaron calificaciones bajas. Sólo hubieron un par de “7s” en el salón y ella sacó un “6” ascendente. Luego procedió a decirme el porqué. Me dijo, “Papá, es el maestro nuevo. Está aprendiendo cómo enseñar practicando con nosotros. Somos como sus conejillos de indias”. Mientras más escuchaba ¡más “orgulloso” me sentía! ¡Qué hija tan disciplinada tenía, que logró aprobar a pesar de la ineptitud del maestro nuevo!

En verdad, al escucharla aquella tarde, me llené de tristeza porque me di cuenta que no estaba bromeando. Le miré el rostro y me di cuenta que ella creía lo que me estaba diciendo. Realmente creía que no era su culpa. Realmente creía que el maestro era el culpable. En algún momento entre el instante en que recibió su reporte y llegó a la casa, había generado una interpretación de los eventos que le eximía de toda responsabilidad. Estaba ciega espiritualmente y no veía el asunto real del corazón que el reporte había revelado.

Cuando comenzar a corregirla ¿Qué es lo que iba yo a enfrentar? Ella iba a estar a la defensiva. Iba a sentirse acusada falsa y equivocadamente. Probablemente me acusaría de no entenderla y pensaría que soy incompasivo con ella. Se preguntaría por qué me puse a favor del maestro en su contra. Este es el tipo de situaciones que regularmente enfrentaremos cuando busquemos penetrar al corazón de nuestros adolescentes.

Como padre, mi meta no sólo es que mis hijos lleguen a conocer a Dios, sino que al hacerlo, también se conozcan a ellos mismos. Solamente cuando una persona conoce a Dios puede conocerse verdaderamente a sí misma, y conforme esto ocurre, su hambre por Dios se incrementa. Esta dinámica importante de la vida espiritual es lo que deseamos ver que se produzca en nuestros adolescentes, un profundo conocimiento personal de Dios y un conocimiento de si mismos siempre creciente.

Lo que necesitamos entender aquí es que ésta, no sólo es una lucha de “carne y sangre” en la que los padres tratan de abrir los ojos de sus adolescentes para mostrarle como son en realidad. Esta es una guerra espiritual. Existe un enemigo que es un mentiroso, un engañador y un embustero. Los adolescentes son susceptibles particularmente a sus mentiras acerca de uno mismo. Ellos creerán que el problema no son ellos, que ellos han sido señalados para ser criticados y corregidos injustamente. Necesitaremos mantenernos firmes y

pacientes, no ser arrastrados a esas batallas verbales debilitantes que no abren los ojos de los adolescentes, sino sólo los ponen más distantes y a la defensiva. Con amor y dependencia humilde en Cristo, necesitamos aprovechar cada oportunidad para exponer asuntos importantes del corazón (temor al hombre, materialismo, egoísmo, lujuria, codicia, envidia, incredulidad, enojo, autojusticia, amor al mundo, orgullo, rebelión, etc.), ayudando a nuestros adolescentes a mirarse a sí mismos en el perfecto espejo de la Escritura.

Puertas abiertas por todos lados

Los asuntos de sabiduría e insensatez, legalismo y verdadera piedad, amistad, sexualidad, eternidad y consciencia personal del corazón, son asuntos que están sobre la mesa durante los años de la adolescencia proveyendo puertas amplias de oportunidad. Dios usa las discusiones como estas para ayudar a tus adolescentes a llegar a conocerle y a interiorizar su verdad de tal manera que de dirección práctica a sus vidas.

Estas cosas también hacen que este sea un tiempo tenebroso para los padres. Estos son asuntos que pueden causar pánico en los padres y dan ocasión para su enojo. Estos son los asuntos respecto a los cuáles los padres dicen cosas que luego lamentan toda su vida. Estos asuntos pueden ser usados por Dios para formar un vínculo profundo entre padres e hijos, o ser la cosa que el enemigo usa para hacer mella profunda en la relación.

Si reaccionas debido a la ansiedad, irritación y temor tratarás de controlar mucho más a tu hijo. En vez de ver este tiempo como de preparación entrarás en una mentalidad de supervivencia. Tenderás a ver la vida como un campo minado, y esperarás si acaso lograr cruzar con tu adolescente con todos sus miembros intactos. En tu desesperación de dejas llevar por emociones violentas y harás insensateces, cosas improductivas que más adelante recordarás con vergüenza y remordimiento. Harás cosas como castigar a tu hijo por seis años o decirle que su hora de entrada será a las ¡tres en punto de la tarde! Le prometerás que nunca le darás una moneda más mientras vivas. Le arrebatarás su licencia de conducir y la despedazarás, o pisotearás los discos compactos que te están volviendo loco, tristemente mientras tanto evocarás el nombre del Señor y la verdad de su Palabra. En tu propia conmiseración por lo difícil de labor como padre y la paz que tu hijo te ha robado, recurrirás a golpearlo con palabras y a tratar de motivarlo con amenazas. Tratarás de controlarlo y manipularlo para que obedezca, e iniciarás luchas de poder improductivas. Todo esto mientras tu relación se desintegra en tanto que la rebelión de tu adolescente se incrementa. Por fin admitirás que ya no puedes hacer nada, y como un acto final de enojo renunciarás por completo a educar a tu hijo, diciéndote que hiciste todo lo que podías hacer.

Pero en cambio, si te acercas a tu adolescente con una fe confiada en el Redentor, cuya Palabra es verdadera y cuya soberana presencia fortalece tu débil y lánguido esfuerzo paternal, Dios te usará para comunicar amor, comprensión, gracia, esperanza y vida. Harás preguntas con tranquilidad pero que sondearán su corazón y causarán que tu adolescente examine las cosas que nunca examinaría por sí solo. Involucrarás a tu hijo en debates reflexivos sin nunca llegar a ser lastimeros y condenatorios. Corregirás en un espíritu de aceptación, perdón y esperanza. Sonreirás cuando tu hija llegue a la casa, y ella no se pondrá

tensa cuando entres a su cuarto. La verás yendo en tu búsqueda para hablar acerca de cosas que muchos adolescentes esconden o pasan por alto. A medida que la relación se profundiza la observarás progresivamente tomar el carácter de Cristo.

Capítulo 6 Metas, Gloria y Gracia

Había caminado hacia la habitación de mi hijo sintiéndome un poco abrumado. Estaba cansado físicamente aquella noche, pero también estaba cansado de ser padre. Estaba cansado de la constante necesidad de ministerio que mis hijos requerían. No quería tener de nuevo la misma conversación que ya había tenido con mi hijo miles de veces. Deseaba decirle a mi esposa, “Ve tú y hazlo. Yo ya lo he hecho; no quiero repetir esta conversación”. Resentía la inmadurez y pecado de mi hijo que demandaba tanto de mi atención y tiempo.

Había pasado un tiempo en oración antes de entrar a su cuarto. Me sentía mejor y pensé que estaba preparado para tener una conversación productiva. De todas maneras, estaba preocupado al entrar a la habitación. También él estaba cansado e inmediatamente respondió a la defensiva a lo que le dije. Me acusó de no ser amoroso, amable y comprensivo. Parecía estar discutiendo en cada punto que trataba de exponerle. Esta no era la manera como había pensado que serían las cosas. No sólo no estaba reaccionando positivamente sino que me estaba llegando a la coronilla.

Llegado cierto punto de la conversación perdí el control. En mi ira le dije palabras tan ofensivas como nunca antes había dicho. Salí de cuarto diciéndole que esperaba vivir lo suficiente para verle valorándome verdaderamente. Le dije, que no me iba a esperar de que esto sucediera. Cuando salí me miró con una combinación de enojo y dolor.

Me senté en mi cama en la oscuridad derrotado y desanimado como padre. El llamado de Dios para mí como padre me parecía irreal e imposible. Luché con el abismo entre lo que sabía y lo que había hecho. Me preguntaba si algún día lo lograría. Estaba atormentado entre la autocompasión y la convicción de pecado. Deseaba que mi hijo se sintiera lastimado como él me había lastimado, no obstante sabía que ese deseo estaba mal. Al estar sentado allí me di cuenta que ésta era una labor de la que no podía renunciar. No había escapatoria. Mañana despertaría con el mismo conjunto de requerimientos. Le calmé a Dios por ayuda y perdón. Le rogué para tener carácter y fortaleza. Oré por fe y perseverancia. Nunca estuve más consciente de mi necesidad del Señor momento a momento.

Quizá ya estás abrumado por lo que has leído en este libro. Quizá te has sentido con remordimiento. Quizá ha sido expuesto el pecado de tu corazón. Quizá te has sentido tentado a decir, “Paul, ¡Nunca seré capaz de hacer lo que has descrito!”. Quizá estás pensando, *Quizá esto funciona con tus hijos, pero nunca funcionará con los míos*”

Antes de considerar las metas de Dios para nosotros al educar a nuestros adolescentes, necesitamos reflexionar en quienes somos como hijos de Dios. Es importante que vamos que la gloria y la gracia de Dios son mucho más grandes que nuestro pecado y nuestra lucha como padres.

Quiero mostrarles tres pasajes que han sido mis amigos en momentos de desánimo y derrota. Dios ha usado estos pasajes para alterar radicalmente mi manera de pensar acerca de lo que él me ha llamado a hacer en la vida mis adolescentes.

Poder Imponente

Pocas cosas tienen en la vida la demanda las veinticuatro horas del día como la tiene la educación de los hijos. Pocas cosas en la vida tienen tal potencial para traer dificultades y dramas inesperados. He hablado con muchos padres de adolescentes quienes hablan de estar preocupados, que sienten que no tienen la fuerza para hacer lo que han sido llamados a hacer. En virtud de esto es vital que no olvidemos la fortaleza que es nuestra como hijos de Dios.

En Efesios 3:20-21 Pablo nos dirige hacia ese poder en una doxología muy conocida.

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.”

El Dios que es nuestro Padre es un Dios de Poder Imponente. A través de este poder él es capaz de hacer cosas que están más allá de cualquier cosa que podamos verbalizar o comprender con nuestra imaginación. Piensa en la cosa en tu vida que parezca ser lo más imposible de lograrse. ¡Dios es capaz de hacer más que eso! Piensa en la cosa que la Biblia diría que es lo que más se necesita en la vida de tu adolescente, no obstante parece ser nada realista lograrlo y parece estar fuera del alcance. ¡Dios es capaz de hacer más que eso!

Es importante que veamos nuestra tarea como padres desde el punto de vista del poder imponente de Dios – el poder por el cual creó el mundo, mantiene funcionando el universo, resucitó a Cristo de los muertos y derrotó al pecado. Nuestro Dios es un Dios de poder glorioso que va más allá de lo que puede concebir nuestra mente. No podemos ver nuestra responsabilidad paterna sólo desde la perspectiva de nuestra fatiga y debilidad. Debemos recordar que somos hijos del todopoderoso. ¡Él es Poder! Él es fortaleza.

Pero debemos decir todavía algo más. Quizá estás pensando, ¡Cómo me gustaría obtener algo de ese poder! Pero no sabes cómo obtenerlo. De hecho, muchos padres con los que he hablado se han sentido desanimados por pasajes como Efesios 3:20 porque parecen estar tan lejos de su propia experiencia.

Necesitamos considerar con cuidado las palabras de esta doxología. Dice que Dios es “poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (ahora pon atención a estas palabras) “según el poder que actúa *en nosotros*” ¿En dónde está su poder? ¿Está allí lejos en algún lugar de los cielos, estando disponible sólo para aquellos que han

descubierto el ritual correcto para ponerlo en acción? ¡No! Eso no es lo que Pablo dice. En vez de eso dice algo que es glorioso y radical, sin embargo es algo real. El poder imponente de Dios reside *dentro* de su pueblo y está activamente en funciones. Padres, este poder glorioso reside dentro de ustedes como hijos de Dios, por medio de su Espíritu Santo, de tal manera que pueden hacer las cosas a las que Dios les ha llamado que de otra manera sería imposible realizarlas.

Es en nuestros momentos de debilidad cuando nos rehusamos a darnos por vencidos que experimentamos las fuentes gloriosas de poder que reside dentro de nosotros por ser hijos del todopoderoso. Pablo nos dice en 2 Corintios 12:9 que el poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad. A menudo nos perdemos de experimentar su poder porque tendemos a renunciar cuando hemos golpeado la pared. Es cuando hemos agotado los recursos de nuestra propia fuerza y sabiduría que tendemos a sucumbir a las emociones del momento, diciendo y haciendo cosas que luego lamentamos toda la vida. Pero debido a la obra de Cristo, podemos hacer algo diferente; podemos ser padres con valor y esperanza. Es importante reconocer la fuerza que se nos ha dado como hijos de Dios.

El Regalo de Gloria

En Juan 17, Cristo está enfrentando la cruz, la resurrección y su ascensión al cielo. En los momentos finales antes de su captura, va al su Padre en oración por sus discípulos y por aquellos que habrían de creer por su ministerio. Ora por la relación que sus seguidores tendrían el uno con el otro; que sus hijos experimentarían la misma unidad que él tiene con el Padre y el Espíritu. ¡Imagínate una familia en la que reine tal unidad! ¡Imagínate el tipo de relación que tendrías con tu adolescente! Ciertamente, es una tentación mirar estos pasajes y decir, “Por favor ¡Pon tus pies sobre la tierra! ¡No puedes estar hablando en serio! ¡Realmente no piensas que esto es posible! ¿O sí?”

Antes de desechar estos pasajes por parecer totalmente idealistas y tan distantes de nuestra propia experiencia como para ser de ánimo o ayuda, necesitamos poner atención cuidadosa a sus palabras (Juan 17:20-23)

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

En su oración Cristo dice que ha hecho algo magnífico para su pueblo. Conociendo la imperfección del mundo y nuestros corazones pecaminosos, Cristo vio que era imposible que alguna vez experimentáramos por nuestra cuenta el amor y la unidad que son su plan para nosotros. En la tierra había visto la amargura, ira, celos, avaricia, engaño y venganza que produce el

pecado. Sabía que debía proveer ampliamente para su pueblo o nunca vivirían en unidad y amor. El hermano nunca amaría a la hermana, el esposo nunca amaría a su esposa, el amigo nunca amaría a su amigo, y el padre nunca amaría a su hijo sin su intervención divina. ¡Y eso es exactamente lo que proveyó!

Pon especial atención a las palabras de versículo 22: “La gloria que me diste, yo les he dado, *para que sean uno*, así como nosotros somos uno”. Escucha lo que está diciendo Cristo. Cuando Cristo vino a la tierra y se encarnó, la gloria del Dios todopoderoso fue puesta en él para que, a través de él, la gloria de Dios fuese vista por todos nosotros. Cristo luego dice que la gloria que fue puesta en él, la ha puesto en sus hijos para que *sean uno*. Necesitamos adoptar esta realidad de la redención. Lo que estaba muy por encima de nuestro alcance ha sido colocado pro Cristo dentro de nuestro alcance. Él ha puesto la gloria del Dios todopoderoso en nosotros con un propósito específico: que nuestras relaciones mutuas reflejen aquella que existe en la trinidad. Pablo lo dice así en Colosenses 2:9-10: “ Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él. . .”

Cuando tratas de hablar con tu adolescente, no sólo eres tu y él a solas en una habitación, con la esperanza de que de alguna manera, serán capaces de llevarse bien uno con el otro. La gloria de Dios te ha sido dada como un regalo para que puedas ser un instrumento humilde, amable, paciente y tolerante del amor y la unidad que Dios ha planeado para su pueblo. Su regalo de gloria es tu esperanza de unidad.

Notemos además que Cristo dice, “para que sean perfectos en unidad”. Es importante ver que Cristo no ora diciendo “para que ellos mismos lleguen a estar completamente unidos”. ¡No! Cristo está diciendo, “Padre, si tus hijos van a vivir en unidad y amor, tú tienes que hacerlo en ellos”. De nuevo, en aquellos momentos en la habitación, no sólo nosotros somos los que estamos obrando. Dios está obrando para producir lo que sólo él puede producir. Estos son sus momentos de gracia, sus momentos de redención y cambio.

Probablemente no hay otro momento en nuestras vidas en el que necesitemos más el regalo divino de gloria y su actividad momento a momento que en los años cuando estamos educando a nuestros adolescentes. En estos años somos confrontados con nuestras debilidades, pecados e inhabilidades. Es en estos años que el enemigo quiere llevarnos de las metas altas a las que Dios nos ha llamado a conformarnos a tener control humano y éxito en la situación. Necesitamos recordar que el regalo divino de gloria nos fue dado para hacer el puente entre nosotros y nuestros hijos para que su amor y unidad florezca entre nosotros.

Todo lo que Necesitamos

No existe otro pasaje que haya sido para mí como padre más reconfortante que 2 Pedro 1:3-9.

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia; vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados”.

Pedro dice que hay creyentes cuyas vidas no son efectivas ni productivas. Luego explica el porqué de esto. Esto es debido a que estos creyentes están faltos de las cualidades necesarias para una vida productiva. La Fe, bondad, conocimiento, dominio propio, perseverancia, piedad, amor fraternal y amor son cualidades de la efectividad de un cristiano. También son cualidades esenciales de una paternidad productiva, son las cualidades que necesitamos en aquellos momentos difíciles con nuestros adolescentes.

Pedro también dice por qué estas cualidades esenciales están ausentes: porque estas personas son cortas de vista y ciegas, olvidándose que han sido limpiados de sus pecados pasados. Es decir, se han olvidado de su *identidad*. Se han olvidado de quiénes son como hijos de Dios. Aquí está el argumento de Pedro: si olvidas quién eres como hijo de Dios, abandonarás la búsqueda de las cualidades que harán que tu vida sea efectiva y productiva.

Los primeros versículos del pasaje establecen las glorias de nuestra identidad como hijos de Dios que Pedro dice que no debemos olvidar. Dice que Dios nos ha dado *todo lo necesario* para la vida y la piedad. Dios nos ha dado todo lo que necesitamos, no sólo para la vida eterna, sino también para tener una vida que honre a Dios para lo cuál fuimos llamados hasta que el regrese. Notemos el tiempo en que está el verbo. Pedro dice que Dios nos *ha dado* todo lo que necesitamos. ¡Es algo que ya ocurrió! Esta una verdad fundamental del evangelio. Dios no nos llamará a hacer algo sin antes proveernos una manera para que sea hecho. Si nos llama a cruzar el Mar Rojo, nos capacitará para nadar, navegar, construir un puente o ¡partir las aguas!

Pedro dice, “No se olviden quiénes son. Son hijos de Dios que han heredado riquezas que van más allá de su imaginación. Se les ha dado todo lo que necesitan para hacer lo que Dios les está llamando a hacer. No se desanimen. No renuncien. No huyan de su llamamiento. No se conformen con un poquito de fe, bondad, conocimiento, dominio propio, perseverancia, amor fraternal y amor. Gocen de todo lo que es su herencia como hijos de Dios”.

Necesitamos entrar al cuarto de nuestros adolescentes diciéndonos, “Tengo todo lo que necesito para hacer lo que Dios me ha llamado a hacer”. En estos

momentos podemos experimentar un poco más de la herencia de carácter que Cristo nos ha provisto a través de su muerte.

El poder imponente de Dios habitando en nuestro interior, el regalo de gloria dado para que podamos ser agentes de amor y unidad, y todo lo que necesitamos para hacer lo que Dios nos ha llamado a hacer – todo esto es el evangelio. Esta es nuestra identidad como hijos de Dios. Estas son las verdades que pueden levantarnos de nuestra preocupación y desánimo para educar a nuestros adolescentes con fe, valor y esperanza. Nos llaman a permanecer firmes en las metas altas de Dios y a pelear en contra de la desesperanza que el enemigo desea que rijan nuestros corazones.

No se nos ha dejado solos. Dios nos ha dado magníficos recursos de gracia. Él está activo en nosotros y a través de nosotros para producir lo que nunca pudiéramos producir por nuestra cuenta. El evangelio dice que podemos ser padres con esperanza. Nos dice que podemos crecer, que podemos cambiar, que podemos hacer más y mejor. En esos momentos cuando estemos al final de nuestra fuerza, podemos experimentar su poder para amar, para tener dominio propio, para perseverar, para hacer lo que es bueno, y para hacer amables a pesar de la oposición de nuestros adolescentes.

Dios sabe que somos débiles. Está consciente de nuestro pecado. Y nos ha dado gloriosos regalos de gracia para que podamos ser sus instrumentos de cambio en la vida de nuestros hijos. No podemos entregarnos al desánimo y desesperanza. Cristo nos da razón para tener esperanza. Los regalos de gracia que nos da convierten a los pecadores débiles y fracasados en hijos de Dios efectivos y productivos. Podemos estar firmes en sus metas elevadas con esperanza al considerar la educación de los hijos a través de los lentes de su gracia y su gloria.

En la oscuridad aquella noche después de salir del cuarto de mi hijo, mi mente se dirigió a estos pasajes. Los recité una vez más para mí mismo. Confesé mi desobediencia e incredulidad, y oré por un corazón de fe. Las verdades de estos pasajes renovaron mi esperanza y mi valor. Me ayudaron a dirigirme hacia las metas de Dios. Al acostarme para dormir, ya estaba ansioso para que llegara la mañana. No podía esperar para hablar de nuevo con mi hijo, para expresarle mi amor y para pedir su perdón. Sabía que habría muchos momentos más de desafío y lucha, pero tenía esperanza. Era capaz de mirar todo esto desde el punto de vista de la gloria y la gracia de Dios.

Capítulo 7 **Hay una Guerra allí afuera**

Ocurrió inesperadamente, como suele pasar. Me dijo con indecisión que necesitaba hablar conmigo de algo. Me dijo que se trataba de la escuela, que estaba en problemas. Era obvio que estaba muy preocupada por lo que tenía que decirme. Mi corazón ya estaba latiendo a prisa inclusive cuando estaba introduciendo el tema. ¿Qué ha hecho? ¿Qué tan serio era? ¿Desde cuando había estado pasando? ¿Qué era lo que estaba a punto de escuchar? La invite a sentarse conmigo para platicar.

Con la cabeza inclinada como un intento de evitar el contacto visual, me entregó una hoja de papel arrugada. Me dijo, “Me descubrieron en la clase de Inglés dándole esta nota a Samanta”. “El maestro se enojó mucho cuando la leyó y nos envió de inmediato a la oficina de la señora Long, la directora de la escuela. La Sra. Long me dijo que tenía que enseñarte la nota hoy, luego quería verte mañana. Luego decidirá qué hará con nosotras”. No había leído la nota, pero mi mente de nuevo ya se había adelantado al tomarla entre mis manos. Se trataba de mi bebé. Nunca antes había estado en problemas. Nunca se había comportado faltando el respeto a la autoridad. Sentí que se hacía añicos mi mundo idílico y mi perspectiva idealizada de mi hija.

Desarrugué el papel y comencé a leer su contenido. Era descaradamente ofensivo. Era irrespetuoso de la autoridad. Usaba lenguaje que no podía creer que estuviera en la mente de mi pequeña; mucho menos que estuviera circulando en el salón de una escuela cristiana. Me sentí ruborizado con una combinación volátil de enojo, dolor y vergüenza.

Me sentía enojado de que ella se atreviera a ser tan descaradamente rebelde e insensible. Le habíamos enseñado fielmente en la verdad. ¿Estar era la manera como nos iba a pagar? ¿Cómo se había atrevido? Al mismo tiempo sentía dolor. Acababa de morir de pronto un mundo sencillo, dulce y sin complicaciones. Todo había acabado. Ya no era la niña inocente pequeña subiéndose a las piernas de papá suplicando que le lean un cuento. Ya no era la niña juguetona que se alejaba gritando al tratar de escapar por el pasillo de las cosquillas que le hacía papá. Deseaba de nuevo ese mundo. Deseaba tener el poder para regresar el reloj. No quería tener que educar a la persona que había escrito la nota. Quería que regresara mi pequeña.

No obstante, había una tercera cosa que sentía: vergüenza. Era muy conocido en la comunidad cristiana. Era pastor, maestro de seminario y consejero. Daba conferencias acerca de la familia cristiana y la educación de los hijos. ¿Qué pensaría la gente de mi ahora? ¡Qué experto! ¡Qué ejemplo! Estaba lleno de autocompasión. Me preguntaba qué había pensado la administración de la escuela cuando recibieron la nota. Me preguntaba qué habían pensado de mí.

Leía y releía la nota mientras ella estaba sentada allí. No podía llegar a creer que ella la había escrito. Le pregunté de nuevo si realmente ella la había escrito. Creo que tenía la esperanza que me dijera que no lo había hecho y que

estaba encubriendo a alguien más. Pero sí la había escrito. Sus palabras habían venido de su mente y fueron escritas por su pluma. Había escrito exactamente lo que deseaba decirle a su amiga. No había alguna confusión.

También me preguntaba si esto era la punta del iceberg. ¿En qué otras cosas estaba ella “metida” que yo no sabía? ¿Qué lenguaje usaba con sus amigas que ni se le ocurriría usar en la casa? ¿Con quién estaba andando en la escuela? ¿Qué tan malo era su grupo? ¿A dónde había ido? ¿Qué más había hecho que pronto nos enteraríamos que vendría a destrozar aun más la imagen de la niña que teníamos en nuestros corazones? Me sentí en un conflicto. Quería saberlo todo, no obstante tenía miedo de preguntar por temor a lo que podría escuchar.

No se cuantos minutos pasaron, pero mis pensamientos fueron interrumpidos cuando me dijo, “Papá ¿Te vas a sentar allí nada más mirando la nota? ¿No vas a decir algo?” Dije con emoción, “Ahora mismo no se qué decir”. Continué preguntándole si había algo más que debería saber.

Debido a este tipo de situaciones, lo impredecible que son los años de la adolescencia y las luchas de nuestro propio corazón al enfrentarlos, que los padres necesitan un conjunto de metas bíblicas que funcionen como barreras de contención para mantenernos en el camino que él quiere que andemos. Estas situaciones pueden ser recibidas como momentos de oportunidad dados soberanamente para pastorear los corazones que Dios ha expuesto en nuestros adolescentes. O pueden convertirse en momentos en los que se establezca una cuña de distancia y enojo aun más profunda entre nosotros y nuestros hijos adolescentes.

No podemos esperar para decidir qué hacer cuando estos momentos vengan de repente sobre nosotros. No podemos pensar que cuando el momento esté tenso y las emociones elevadas, seremos capaces de pensar clara, bíblica y concretamente. No podemos tener la expectativa de establecer metas a largo plazo cuando estemos lidiando con los sentimientos poderosos de tristeza y desánimo. Tenemos que entrar a estos momentos con compromiso preestablecido con un conjunto concreto de metas. El no hacerlo nos pondrá lejos de cumplir las cosas buenas que son posibles cuando Dios nos habilita para convertir una situación pecaminosa en una oportunidad de redención.

Quiero usar esta situación con mi hija como un contexto de la vida real para discutir cinco metas fundamentales para educar a los adolescentes. Pero permítanme primero señalar cuál *no* debe ser nuestra meta.

Regulando el Comportamiento

Me temo que la mayoría de los padres de adolescentes tienen como su meta más básica la regulación de comportamiento de sus hijos. Le temen a los tres grandes vicios de los años de la adolescencia: drogas y alcohol, sexo y deserción de la escuela. Quieren hacer cualquier cosa que evite que esto ocurra. Por lo tanto, buscan maneras de controlar el comportamiento de sus

adolescentes. Hacen lo que sea necesario para mantener el control de sus decisiones y actividades. Pasan mucho de su tiempo haciendo trabajo de detectives. Parecen más policías que padres.

Buscan motivar a través del sentimiento de culpa (“Después de lo que hemos hecho por ti, ¿así nos lo agradeces?” o “Qué piensas que siente el Señor cuando ve lo que haces?”), a través del miedo (“¿Sabes qué enfermedades puedes contraer allí?” o “Si haces eso ¿no se cómo voy a reaccionar!”), o a través de la manipulación (“Si tu _____, estaríamos mucho más dispuestos a darte el carro” o “Haremos un trato contigo: Si tu _____, nosotros _____ para ti”).

Como padres necesitamos confesar el temor que nos causa tratar de hacer la obra de Dios. En nuestra imposición de culpa, nuestro infundir el temor, y nuestro control por la manipulación, puede ser que estemos tratando de producir lo que sólo Dios puede producir al obrar para cambiar el corazón de nuestros adolescentes. Lo que necesitamos hacer es confiar en su obra al buscar ser, en fe sosegada, instrumentos de cambio en sus manos redentoras. En el mejor de los casos, controlar el comportamiento de un adolescente cuyo corazón no está sometido a Dios, es una victoria a corto plazo. Seguramente, en el momento en que esté fuera de nuestro sistema de control, comenzará a actuar de manera más consistente con los verdaderos pensamientos y motivos de su corazón. Ya no hará lo que es correcto, porque lo correcto que hacía, había sido forzado sobre él por el control externo paterno. Su corazón nunca había cambiado. Vemos esto ves tras ves cuando los adolescentes se van a la universidad y parecen tirar todo lo que “aprendieron” en sus hogares cristianos.

Colosenses 2:20-23 nos advierte en contra de esta estrategia de control del comportamiento:

“Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne”.

El acercamiento del tipo “reglas y regulaciones” que se enfoca en mantener al adolescente “fuera del problemas”, al final de cuentas falla porque no trabaja con el corazón. Como lo declara Pablo tan poderosamente, “no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne”. Lo que quiere decir es que no lidian con la fuente del mal comportamiento de una persona, es decir, los deseos pecaminosos del corazón. Pedro dice que la corrupción en el mundo es causada por los deseos malos (2 Pedro 1:4). Tenemos que trabajar al nivel de los deseos del corazón de nuestros adolescentes, o ganaremos muchas batallas pero, al final de cuentas, perderemos la guerra. No es suficiente ser detectives, carceleros y jueces. Debemos ser pastores del corazón de nuestros hijos con el tipo de cuidado fiel y atento que recibimos de nuestro Padre celestial.

Los padres que tienen un modelo pastoral de la paternidad harán mucho más que entregar una lista de regulaciones e imponer castigos cuando las regulaciones son quebrantadas. Los padres pastores serán amigables con sus adolescentes. Sondearán y examinarán. Involucrarán a sus adolescentes en discusiones provocativas. No estarán dispuestos a vivir con distanciamiento, con evasivas y silencio. No permitirán que los adolescentes establezcan la pauta para la relación. En tiempos de problemas, tendrán discusiones en vez de exámenes cruzados. No estarán allí simplemente para demostrar que el muchacho estaba equivocado y para anunciar el castigo. Buscarán exponer los verdaderos pensamientos y motivos del corazón de sus adolescentes al hacer preguntas que revelen el corazón. (“¿Qué estabas pensando y sintiendo en ese momento?” “¿Por qué era eso tan importante para ti?” “¿Qué querías lograr cuando hiciste eso?” “¿Qué fue la cosa más importante para ti en ese momento?” “¿Qué temías en esa situación?” “¿Qué era lo que tratabas de obtener?” “¿Por qué te enojaste tanto?” “Si pudieras regresar y hacer algo de manera diferente ¿qué cambiarías?” etc.) Ayudarán a su adolescente a mirarse en el espejo fiel de la Palabra que es capaz de exponer y juzgar el corazón. Y harán todo esto en un espíritu de amor paciente, amable, manso, perdonador, tolerante y paciente.

Al hacerlo así, encarnarán el amor de Cristo, quien es el Gran Pastor del alma de sus adolescentes. Colosenses 3:12-14 nos da una descripción maravillosa de las actitudes que necesitan moldear los encuentros de ministerio que tengamos con nuestros adolescentes:

“ Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.”

Los padres que se acercan a sus adolescentes con estas actitudes del corazón demostrarán la presencia de Aquel que verdaderamente está siempre presente y es ilimitado en su amor redentor. Él, el gran transformador de los corazones, entonces los usará como instrumentos en sus manos restauradoras. Cuán diferente es esto comparado con el enojo ansioso, control temeroso y manipulación desesperada que muchos padres ejercitan intentando hacer que sus adolescentes hagan lo que es correcto. Santiago dice que este enojo no obra la justicia de Dios (Santiago 1:20).

Los intentos de control, aunque aparenten estar bien, realmente estorban lo que el Señor está haciendo en la vida de tus adolescentes. Ezequiel declara el plan de Dios muy claramente, “para tomar a la casa de Israel por el corazón, ya que se han apartado de mí todos ellos por sus ídolos” (Ezequiel 14:5). Dios dice, “En esto estoy trabajando, en reconquistar los corazones de mi pueblo para que me sirvan a mí nada más”. ¿Podemos tener una meta menor que esta al estar educando a nuestros adolescentes? Debemos esforzarnos para ver los ídolos fundamentales del corazón que moldean nuestro comportamiento. Serán

expuestos cuando el Espíritu obre a través de nosotros para alumbrar la vida del adolescente con la luz de la Escritura.

Todo lo que hacemos con nuestros adolescentes, desde el encuentro casual hasta los momentos de crisis, debe ser forjado por un compromiso básico con el cambio de corazón. Este pastoreo paternal del corazón puede ser resumido en cinco metas fundamentales que ofrecen una guía práctica para todo lo que hacemos con nuestros adolescentes. Estas metas serán el tema de discusión de este y los próximos cuatro capítulos.

META 1 Enfocarse en la Lucha Espiritual

La vida de los adolescentes tiende a ser dominada por la preocupación por el mundo que puede ser visto, tocado y saboreado. Se inquietan hasta las lágrimas por cómo se ven. Anhelan ser aceptados por sus coetáneos. Guardan sus cosas celosamente. Hablan en términos dramáticos acerca de lo que les parece bello o es atractivo para ellos. Se desmoronan cuando alguien hace burla de su ropa. Se angustian con tan solo pensar en un posible rechazo. Los adolescentes tienden a ser intensamente materialistas, es decir, se enfocan en el mundo físico.

A menudo les parece irreal el mundo espiritual que es invisible y más importante. Los adolescentes tienden a creer dos mentiras mortales. La primera es que el mundo material es más real que el espiritual. No es de sorprenderse que la felicidad presente, física y personal parezca más importante que la bendición eterna. Segundo, tienden a creer en la permanencia del mundo físico. No les parece que es pasajero. Les parece que siempre está allí y les parece que está en dondequiera que van.

Qué diferente es esto de la perspectiva bíblica. Asaf, en el salmo 73, dice que la prosperidad del malo es como un sueño. ¡Qué análisis tan poderoso! Un sueño parece ser real, sin embargo no lo es. Termina en el momento en que el cuerpo despierta. Los bienes terrenales que una persona adquiere son pasajeros inclusive cuando se les está colectando. El mundo físico está destinado a perecer.

En 2 Corintios 4:16-18, Pablo lo dice de esta manera:

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

Pablo está interesado en lo que no se ve. Está enfocado en lo espiritual. No está invirtiéndose a si mismo en el mundo material y físico. ¿Por qué? Simplemente porque es temporal. Cristo dijo, “¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mat. 16:26). Juan nos advierte en su primera epístola a no amar al mundo ni nada que esté en el mundo (1 Juan 2:15). Este tema está por todas partes en la Escritura. El sabio vive por lo que no se puede ver. El necio vive para construir otro granero para almacenar lo que perece y es inútil en el mundo venidero. El sabio anhela la bendición espiritual, el necio desea la recompensa física. El sabio mira hacia la eternidad, el necio vive para el momento.

Los adolescentes, no sólo tienden a vivir con un enfoque en lo físico, minimizando o pasando por alto la importancia del mundo espiritual, sino también tienden a vivir con una mentalidad de tiempos de paz. En tiempos de paz, la gente se entrega a los lujos, diversión y placer. Se enfocan en sus deseos y anhelos. Sin embargo, en los tiempos de guerra, la gente vive con otro enfoque. La fábrica que produce sistemas de sonido de lujo se convierte para producir equipo electrónico para la batalla. La línea de ensamble que producía automóviles de lujo comienza a producir tanques de guerra. Los jóvenes van a un entrenamiento militar en vez de ir a la escuela. La guerra demanda que se enfoquen no sólo de los soldados profesionales, sino también de la sociedad entera.

Aquí está el punto. La Escritura dice que la *¡vida es una guerra!* Como le he dicho muchas veces a mis hijos, “Hay una guerra allí afuera. Se está peleando en el territorio de tu corazón. El motivo es el control de tu corazón. Cada situación que enfrentas hoy es una escaramuza en la guerra. Ten cuidado, se consciente de la guerra. No olvides que hay un enemigo astuto quien está afuera para engañar, dividir y destruir. Ve afuera sabiendo que para ganar debes luchar. No te debes relajar, no te debes olvidar de esto”. No es posible exagerar en decirle esto a nuestros adolescentes (o a nosotros mismos).

La gente sabia, madura y piadosa vive consciente de lo espiritual; lo ven en cada situación de la vida. Nunca ven la vida “debajo de sol” (ver Eclesiastés). Ven las implicaciones espirituales en todo lo que hacen, en cada situación en la que se encuentran. Esto es lo que debemos tener el propósito de producir en nuestros adolescentes. Para lograrlo nosotros mismos debemos tener una mentalidad espiritual. Debemos vivir conscientes de la guerra.

Hay dos cosas que evitan que enseñemos a nuestros hijos a enfrentar y pelear en la lucha espiritual. Primero, tenemos una tendencia a estar más preocupados por el mundo de lo que se ve que por lo que no se ve, especialmente cuando se trata de nuestros adolescentes. Nos enojamos más porque hayan perdido su trabajo y por cómo esto afectara su estudios futuros que por los asuntos espirituales internos que Dios está revelando en ese momento.

Nos preocupamos más por las calificaciones bajas en la boleta que por lo que esas calificaciones revelan de la condición espiritual de nuestro hijo. Nos enojamos porque el cuarto es un desorden caótico de ropa sucia, y no vemos el corazón que está detrás del desorden. Nos enojamos por la abolladura en el carro y nos alborotamos mucho más por el daño físico que por el daño espiritual que puede estar ocurriendo al mismo tiempo en la vida del adolescente. Le decimos que su ropa se ve ridícula, o nos quejamos de que haya tomado la última leche, y que su música nos vuelve locos, todo esto mientras pasamos por alto lo que realmente es de importancia eterna.

Debido a esto, no aprovechamos las oportunidades diarias para recordar a nuestros adolescentes acerca de la lucha espiritual presente en cada situación de este mundo caído. Si es que vamos a producir adolescentes que estén involucrados en la lucha espiritual, necesitamos comenzar preguntándonos qué es realmente importante para nosotros. Por las cosas que nos preocupan y la manera como resolvemos los problemas, ¿Estamos demostrando lo opuesto de lo que profesamos creer? ¿Son consistentes nuestras vidas con lo que decimos que queremos producir en nuestros adolescentes?

La segunda cosa que nos estorba al tratar de abrir los ojos de nuestros adolescentes a la lucha espiritual es un mal entendimiento cultural. Nuestra cultura cristiana ha tendido a mal entender la lucha espiritual. Tendemos a pensar en ella como el extremo más raro de las cosas espirituales. Siguiendo el pensamiento mayoritario de los cristianos, si la lucha espiritual se representara en una película, la película tendría que ser producida por Stephen Spielberg con un libreto escrito por Steven King. La lucha espiritual nos hace pensar en posesión demoniaca, demostraciones horribles de control satánico y exorcismos dramáticos. Pero la Escritura presenta la guerra espiritual no como el extremo violento y raro de la vida cristiana, sino como lo que la vida cristiana es en realidad.

Cuando Pablo presenta el tema de la guerra espiritual el final de su carta a los Efesios (6:10-18), no está cambiando el tema para hablar del lado oscuro de la espiritualidad. Está haciendo algo muy diferente. Está resumiendo todo lo que ha dicho hasta ese punto. ¿En dónde ocurre la guerra espiritual? En el cuerpo de Cristo, in la relación matrimonial, en la relación entre padres e hijos, entre los esclavos y los amos, y cada lugar de la cultura a nuestro alrededor. Nuestros adolescentes necesitan aprender a pelear la guerra y a usar el equipo de batalla que el Señor ha provisto. La descripción de Pablo necesita moldear la manera en la que pensamos acerca de cada día, de la lucha de cada situación.

“Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos”.

Si nuestros adolescentes van a permanecer firmes en la lucha espiritual, necesitan saber que *existe* un mundo espiritual en el que se lleva a cabo la guerra. Necesitan saber quién es el enemigo (y quién no es el enemigo). Necesitan conocer las armas de esta guerra y cómo usarlas, y necesitan saber cómo es la victoria en la vida diaria.

Esto es vital porque la guerra espiritual no sólo ocurre *donde* vivimos, sino es *lo que vivimos*. Por eso Pablo lo resume en su epístola a los Efesios de esta manera. No quiere que pensemos horizontalmente de todas estas situaciones y relaciones. Quiere que nos demos cuenta de que hay luchas dramáticas verticales ocurriendo en todas ellas. Así que nos dice que estemos alertas a las asechanzas del diablo, que permanezcamos firmes en el poder del Señor, que nos vistamos de toda la armadura de Dios y que oremos. Existe una guerra allí afuera. No es un aspecto de la vida cristiana, es la vida cristiana misma. Tristemente, la mayoría de los padres, debido a que han adoptado el mal entendimiento cultural, no les recuerdan constantemente a sus adolescentes acerca de la batalla ni los preparan para las victorias diarias que pueden ser experimentadas como hijos de Dios.

Nuestra meta es crecer hijos que vivan muy atentos del mundo espiritual. Deseamos ser usados por Dios para producir adultos jóvenes que entiendan las implicaciones espirituales de todo lo que hagan. Nuestra meta es producir hijos que existan en el mundo de lo que se ve, pero vivan por lo que no puede ser visto, tocado o saboreado.

Cualidades de un Guerrero Espiritual

¿Qué apariencia tiene un adolescente que entiende y participa en la lucha espiritual? Permítanme listar varias cualidades que serían parte de su vida:

1. Tendrá un temor de Dios genuino e interno. Este es el fundamento de una vida espiritual. El temor de Dios es el principio de una vida verdaderamente sabia (Prov. 1:7). El necio no tiene temor de Dios en su corazón, por lo tanto, vive por lo que pueda traer el momento y por lo que sus ojos pueden ver. ¿Qué es el temor de Dios? Es el motivador indiscutible de la persona espiritual. Dios, su presencia, su voluntad y su gloria son la razón para la persona espiritual para hacer lo que hace. Tiene una motivación única en su vida – vivir la vida para agradar a su Señor. No vive para su propio placer o el placer de otros. No vive por aquello que puede poseer. Hace lo que hace porque Dios existe y ha hablado. Este es el único sistema de guía en su existencia. No hace lo que hace porque alguien está observando, o por temor a las consecuencias, sino, al final de cuentas, por un amor y reverencia profunda y adoradora por Dios. El pensamiento de desobedecer a sabiendas y al propósito es impensable para esta personas.

Esto es lo único que mantendrá puros a nuestros adolescentes en los tiempos de tentación cuando no estemos cerca y la presión esté sobre ellos para salirse de los límites establecidos por Dios.

2. Además del Temor de Dios, pero que está directamente relacionado con él, tenemos la sumisión a la autoridad. Una de las cosas tristes que escucho decir a los padres es, “Paul, por favor, tienes que esperar que los adolescentes se rebelen. Sencillamente es parte del crecimiento”. No creo que alguna vez debamos esperar casualmente o aceptar la rebelión de alguien. ¡Siempre está mal y siempre es peligrosa!

Si una persona teme a Dios será sumisa a las autoridades que Dios ha puesto en su vida. Una persona que no hace caso a la autoridad, habla en contra de la autoridad o busca esquivar a las autoridades en su vida no está aprovechando la ayuda divina para pelear la batalla espiritual. Dios ha puesto a las autoridades en nuestras vidas para restringir el pecado. Una persona que tiene consciencia de su pecado y que desea vivir piadosamente no se irritará en contra de la autoridad. Sino la apreciará y se someterá a ella. Este es el espíritu que deseamos ver en nuestros adolescentes.

Algo no anda bien cuando un adolescente ve a la autoridad como algo negativo o punitivo. Nuestra meta es enseñar a nuestros adolescentes a admitir su necesidad de la autoridad ordenada por Dios y la importancia de su sumisión voluntaria a ella. Lo que queremos es que crezcan para ver a las figuras de autoridad en sus vidas como instrumentos de ayuda, dirección, protección y restricción amorosamente dados por un Dios que conoce sus corazones y la naturaleza de su lucha en este mundo caído. Al final de cuentas queremos que digan, “Mis autoridades son algo que necesito, deseo y por lo que estoy agradecido a Dios por haberlo puesto en mi vida”.

Esta meta puede parecer algo irreal por dos razones. Primero, muchos de nosotros nos hemos acostumbrado tanto a aceptar reacciones negativas por

parte de nuestros adolescentes que nos sorprende cuando responden con aceptación, respeto y obediencia voluntaria. En vez de esperar el respeto y estar angustiado en medio de la rebelión, hemos sucumbido ante la creencia cultural de que la rebelión es la norma aceptable en los años de la adolescencia.

Segundo, para muchos de nosotros esta meta suena como algo muy difícil de alcanzar porque no peleamos ni ganamos estas luchas esenciales de autoridad cuando nuestros hijos eran pequeños. Pasamos demasiado tiempo complaciendo sus demandas y permitiendo su mal comportamiento. Explicábamos su rebelión diciendo que estaban en la “dentición”, que estaban “muy cansados”, o que estaban tratando de “llamar la atención”. Ahora que nuestros hijos son adolescentes, no tienen un corazón de apreciación por nuestra autoridad. No ven la necesidad de someterse a ella. No entienden porqué no estamos excusando su rebelión como solíamos hacerlo, y porqué ahora les estorbamos el paso. Como adolescentes ahora se ponen demasiado voluntariosos cuando tratamos de ejercer nuestra autoridad paterna. Como padres necesitamos entender que la rebelión en contra de la autoridad paterna nunca está bien, a ninguna edad. El rechazo de la autoridad paterna es un rechazo de la autoridad de Dios. Y el rechazo de la autoridad de Dios, de hecho, es reclamar su autoridad como mía. Es un intento de *ser* Dios. Ya sea que tus adolescentes se den cuenta o no, lo que está en juego ¡no podría ser más serio!

3. La siguiente cualidad de una persona involucrada en la guerra espiritual se discute liberalmente en el libro de Proverbios. Es la separación de los malos. Permítanme decirlo en términos positivos. El adolescente que teme a Dios deseará estar con otros adolescentes que teman a Dios. ¡Es cierto que una persona se conoce por la compañía con la que anda! Si un adolescente está en serio en su deseo de participar en la guerra espiritual, si está seriamente buscando vivir una vida agradable al Señor, y si está viviendo en una sumisión voluntaria a las autoridades en su vida, entonces el deseará pasar su tiempo con gente que comparta sus valores. Los adolescentes rebeldes no le será atractivos. Los adolescentes que no tienen deseo por las cosas espirituales no le atraerán. En vez de eso, en dondequiera que esté, instintivamente buscará a aquellos que tienen un corazón para Dios. Se sentirá extrañamente fuera de lugar con muchachos que no tienen interés en las cosas que Dios dice que son las más importantes.

4. Es imposible participar en la batalla espiritual si no tienes la habilidad de pensar acerca de tu fe y aplicarla a las situaciones de la vida. Lo que un adolescente necesita, si es que va a vivir una vida que honre a Dios, es un conocimiento sólido de la Escritura que le permita aplicar sus mandamientos, principios y perspectivas a muchas situaciones distintas que surgen en la vida diaria. Necesita ser más que una persona que adquiera conocimiento bíblico; necesita ser una persona que sea capaz de acercarse a la vida con sabiduría bíblica.

Estoy convencido de que muchos adolescentes no están listos para la batalla espiritual porque nunca se les ha enseñado a pensar bíblicamente. Han estado en la Escuela Dominical, por lo tanto saben todas las historias bíblicas y han memorizado todos los pasajes favoritos de la Biblia, pero todo esto no son más que datos bíblicos aislados sin conexión para ellos. No han sido entretejidos en una perspectiva bíblica distintiva y consistente con respecto a la vida. La Biblia no forma parte de la manera de pensar de estos adolescentes. Para ellos es un libro de historias moralistas, es un libro de lo que “se debe” y “no se debe” hacer. El resultado es que, aunque tienen bastante conocimiento bíblico, tienen muy poca sabiduría bíblica. No tienen una perspectiva bíblica útil y funcional de la vida que evite que vivan neciamente.

Debemos disciplinar a nuestros hijos a pensar bíblicamente, a interpretar todos los eventos de la vida desde una perspectiva bíblica. Debemos enseñarles siempre a preguntar cómo puede la Biblia ayudarles a entender cualquier cosa que estén considerando.

Deben aprender a verse a sí mismos, la vida, las relaciones, las posesiones, la moralidad, el entretenimiento, el gobierno, aprendizaje, conocimiento, matrimonio, familia, el pasado, el futuro, el amor, odio, carácter, madurez, lo correcto e incorrecto, lo bueno y lo malo, el éxito y el fracaso, y todo lo demás que encuentren en la vida desde el punto de vista de la Escritura. La meta es que este punto de vista consistentemente bíblico les habilite a reconocer lo que es sabio pensar y hacer en cada situación. No lograremos esto por medio de gritarles órdenes. Esto requiere tiempo, paciencia y amor. También asume que hemos separado tiempo para pensar el asunto nosotros mismos. No podemos ser mentores de nuestros hijos en algo que ni hemos hecho nosotros.

5. La última pieza de esta meta de enfocarse en la batalla espiritual es la consciencia bíblica de uno mismo. Tal vez esto es obvio, pero los adolescentes no tienden a ser muy conscientes de sí mismos. Están muy conscientes de cómo responden los demás hacia ellos. Se enfocan en su apariencia y en sus sentimientos, pero tienden a carecer de lo esencial de la consciencia desde la perspectiva bíblica – una consciencia del corazón. Esto se demuestra poderosamente cuando un padre señala alguna actitud incorrecta en el adolescente. Muy a menudo, los adolescentes responden heridos, sintiendo que han sido acusados falsamente o que han sido señalados equivocadamente.

Queremos ser usados por Dios para producir adolescentes que puedan examinarse regularmente en el espejo perfecto de la Palabra de Dios y que pueden aceptar humildemente lo que se les revela allí. Un adolescente que tiene una visión exacta de sí mismo no sólo responderá bien a la ayuda de sus padres, sino que tendrá la iniciativa de buscarla. Estará consciente de su debilidad espiritual y recibirá con agrado los recursos que Dios le ha puesto en la vida. No buscará excusas, se defenderá, discutirá o echará la culpa a otro cuando le sea señalado su mal proceder. No tendrá más alto concepto de sí mismo que el que debe tener (Rom. 12:3). Puede sonar como algo increíble, pero esto es verdadero.

Muchos adolescentes no toman medidas protectoras en contra del pecado (“Huye de las pasiones de la juventud”) porque creen que son mucho más fuertes y más maduros de lo que son en realidad. En verdad creen que pueden jugar con fuego sin quemarse. Inclusive cuando se queman por sus decisiones y comportamiento, su perspectiva incorrecta de sí mismos les lleva a concluir que ocurrió por culpa de otros o por culpa de las circunstancias. Cuán importante es que aprovechemos cada oportunidad que Dios nos da para sostener el espejo de la Palabra en frente de nuestros adolescentes para que comiencen a verse como son en realidad. Muy a menudo en los momentos que sus corazones son revelados, nuestro propio enojo y frustración causa que los golpeemos con palabras y que repartamos castigos severos. Nos olvidamos de que funcionamos como los instrumentos de Dios, y en entonces, nuestra ira sólo deja a nuestros hijos más a la defensiva, más cerrados y más autoengañados.

¿Qué significa estar bíblicamente consciente de uno mismo? Significa que el adolescente vivirá con un conocimiento correcto de los temas personales de la debilidad, la tentación y el pecado. Todos pecamos, no obstante, no todos pecamos de las mismas maneras. Tienden a haber ciertos temas en nuestras luchas con el pecado. El adolescente alerta espiritualmente sabe en dónde es susceptible a la tentación y ese conocimiento le ayuda a tomar medidas protectoras en contra de ello.

Un domingo al estar yendo a la iglesia inadvertidamente pasé sobre un bache grande. Cuando el carro dejó de balancearse, mi esposa dijo que estaba confundida. Le pregunté el porqué. Dijo que no entendía cómo domingo tras domingo pasaba por el mismo bache. Todas las semanas estaba en el mismo lugar. El camino tenía otro carril. ¿Cómo era que no me anticipaba y evitaba ese bache?

Los adolescentes a menudo pasarán sobre el mismo bache espiritual vez tras vez debido a su ceguera en los temas de su corazón. Una de las cosas más útiles que espiritualmente podemos hacer por ellos es ayudarlos a ver con anticipación el camino de la vida, viendo dónde les puede golpear la tentación y enseñándoles cómo evitarla. A medida que hagamos esto, ellos crecerán en consciencia de sí mismos y en su apreciación por la misericordia y gracia del Señor que les ayuda en el tiempo de necesidad. También comenzarán a ver a sus padres no como jueces y carceleros, sino como los recursos provistos por Dios para ayudarles a pelear en las batallas más importantes de la vida.

En tiempos de lucha y fracaso, necesitamos hacer más que pronunciar juicios acerca de lo que está mal e imponer el castigo. Necesitamos hablar, discutir, preguntar, evaluar, involucrarnos, e interactuar con nuestros adolescentes, esperando que Dios usará estos momentos de oportunidad para abrir sus ojos un poco más con respecto a lo que en realidad son y a su constante necesidad de Cristo.

Aquella noche cuando agarré la nota horrible escrita por mi hija, era importante mantener en la mente esta primera meta. Esta era una oportunidad maravillosa,

ordenada por Dios, para hablar con ella acerca de la naturaleza de la batalla espiritual. Sin embargo, ese es el tipo de momentos cuando usualmente los padres le dicen a los adolescentes cuán abrumados están, cuán avergonzados están de ellos, cómo a ellos nunca se les hubiera ocurrido hacer semejantes cosas cuando eran jóvenes, cómo no pueden creer que así es como los adolescentes les pagan después de todo lo que han hecho por ellos. Muy a menudo los padres anuncian un castigo y salen del cuarto, perdiendo así una oportunidad dorada para realizar la obra del Señor.

La nota de mi hija se trataba de algo mayor que lenguaje malo e irrespetuoso. Mostraba la guerra espiritual que se libraba en su vida. Por la gracia de Dios, la guerra había salido a la superficie, no obstante, ella no se percataba. Ella estaba mucho más enfocada en el hecho de que ella en la escuela y la casa estaba “en problemas”, y se preguntaba que represalia tendría por su comportamiento. Necesitaba que sus padres la llevaran a un nivel más profundo de consideración y entendimiento respecto a la situación. ¿Qué la había motivado a escribir tal nota? Era el resultado de ¿qué tipo de deseo? ¿Cómo la situación entera revelaba lo que era importante para ella? ¿Qué revelaba la nota acerca de su relación con los coetáneos y su respuesta a la autoridad? ¿Qué podía aprender de esta situación acerca de su propia susceptibilidad personal a la tentación?

Al pensar en estas preguntas con ella, mi esposa y yo estábamos ayudándola a entender y participar en la lucha espiritual. Y esta discusión nos dio una oportunidad para hablar con ella acerca de los temas del temor a Dios, el sometimiento a la autoridad, la separación de los malos, la habilidad para pensar y aplicar la fe, y la autoconsciencia bíblica. Proveyó una oportunidad para ayudar a nuestra hija a conocerse con mayor precisión, a conocer a Dios más personalmente, y a ser más sabia en el entendimiento de las estrategias del enemigo. Aun en medio de un fracaso real, dio un paso más en convertirse en una participante activa de la lucha espiritual. Nunca hubiera podido dar estos pasos sin nuestra ayuda.

Capítulo 8

Convicciones y Sabiduría

Mi esposa y yo nos estábamos yendo a un congreso de fin de semana. Nuestro hijo nos preguntó si se podía quedar con una familia de nuestra iglesia que tenía hijos de su edad. Dimos el permiso, lo llevamos y seguimos nuestro camino. Todo parecía que sería un fin de semana indeterminado y sin incidentes. No sabíamos que Dios tenía algo planeado para nuestro hijo. Este iba a ser un fin de semana de tentación, de elección, de decisión y de un ejercicio costoso de fe.

Antes de que nuestro hijo llegara a la casa de nuestros amigos, los muchachos habían ido a rentar un par de películas. El gran evento de la noche del viernes iba a ser ver películas. Lo que ocurrió fue que esa noche los padres tenían que salir, y después que partieron, las películas salieron de su escondite. No pasó mucho tiempo antes de que nuestro hijo se diera cuenta que los videos contenían material que no debía estar viendo.

¿Qué debía hacer? Podía ver los videos; probablemente ni nosotros ni nuestros amigos nos hubiéramos enterado. Podía protestar y ver si convencía a los demás para no ver esas películas. Pensó en irse a otro lugar, pero realmente no tenía a donde ir.

Decidió tratar de convencer a los otros para no ver los videos. Ellos pensaron que sólo estaba “vacilando” y pusieron el primer video. Como adolescente joven, no sabiendo qué más hacer, pasó la noche en la cocina comiendo más botanas y tomando más refrescos que los que había tomado en toda su vida. Había tomado una decisión. Había ejercitado su convicción. Había soportado la presión por causa de su fe.

Cuando los padres llegaron a la casa y lo encontraron en la cocina, le preguntaron porqué no estaba con los demás. Cuando les explicó, tuvieron dos reacciones. Primero, se enojaron con sus hijos por su elección de videos y por su insensibilidad hacia su invitado. Segundo, se sorprendieron por la decisión que nuestro hijo había tomado para aplicar lo que él pensaba que era lo correcto.

Me temo que muchos de nosotros estamos tan ocupados tomando decisiones por nuestros hijos para mantenerlos seguros que no les enseñamos a desarrollar su propio conjunto de convicciones bíblicas internas. Una cosa es que un adolescente haga lo que es correcto bajo la supervisión de alguien o bajo la amenaza del castigo, pero otra cosa bastante distinta es ver el ejercicio

independiente, sin presión y sincero de una convicción personal. Cuando estemos preparando a nuestros hijos adolescentes para vivir una vida piadosa en este mundo oscuro y caído, es indispensable que pongamos como una de nuestras metas primarias el desarrollo de convicciones internas.

Meta 2 *Desarrollo de un Corazón de Convicción y Sabiduría*

Juntamente con el desarrollo de convicciones, también es necesario el desarrollo de sabiduría si queremos que nuestros adolescentes vivan vidas que agranden a Dios. Permítanme ilustrarlo con otra historia.

La llamada me llegó al trabajo a mitad de la jornada. Era mi hijo que me llamaba desde su trabajo de medio tiempo. Le habían pedido que hiciera algo que era peligroso y que no era parte de su descripción de trabajo. No se trataba de un asunto moral, no se trataba de un asunto claramente bueno o malo, pero se necesitaba tomar una decisión. Me habló y me preguntó si podía enviarme por fax su descripción de trabajo para que discutiéramos qué debía hacer. Hablamos acerca de la gente involucrada. ¿Quién era las personas en autoridad sobre él y por qué estaban haciendo esa petición? Hablamos acerca de la manera en la que debía tratar con aquellos que estaban sobre él. En cierta forma, él deseaba que yo tomara la decisión por él, pero yo no lo iba a hacer, porque pensé que esta situación era enviada por Dios para desarrollarle. Habían muchos asuntos de sabiduría involucrados aquí. Mi hijo estaba abierto, buscando, y pensando bien. Después de discutir la situación, le dije que oraría por él. Estaba confiado de que tenía lo que necesitaba para tomar una decisión sabia.

¿Qué pasó? ¡Lo despidieron! No podía creerlo. Había hecho todo lo correcto, no obstante había perdido el empleo. Estuve tentado a cuestionar a Dios. ¿Acaso no podía él animarlo cuando menos una vez? Pero inclusive en el despido había una oportunidad de hablar acerca de la vida en un mundo caído, la bendición de hacer las cosas a la manera de Dios, y qué es lo que significa encomendarte al cuidado de un Dios soberano. Después, en un par de meses lo volvieron a contratar. El gerente regional había estado muy enojado por la manera en que se manejó la situación y dio instrucciones a sus subordinados que le ofrecieran de nuevo el empleo a mi hijo.

Notemos que esta situación fue muy diferente del incidente del video aquel viernes por la noche, pero no por eso fue menos importante. La primera situación tuvo que ver con lo que llamo un asunto con límites claramente definidos. Estos son asuntos de los que Dios ha hablado claramente, en los que el bien y el mal se reconocen con facilidad. Lo que se necesita es ejercitar una convicción personal, bíblica e interna. La segunda situación tenía que ver con lo que llamo un asunto de sabiduría. Estos son asuntos para los que no hay un enunciado directo “Así dice el Señor”, sino que la Biblia habla de ellos en un millar de principios bíblicos balanceados para que podamos vivir sabiamente en este mundo caído. Lo que necesitamos aquí es sabiduría bíblica fácilmente aplicable.

Cuando tu adolescente encuentre un asunto con límites claramente definidos, no necesita orar pidiendo sabiduría. Por ejemplo, en una tienda departamental no necesita orar para que Dios le de sabiduría para saber si debe o no robar. Lo que un adolescente necesita en ese caso es un corazón que sea sumiso a la voluntad de Dios revelada en su Palabra. Necesita un corazón más controlado por el amor al Creador que por la cosa creada.

Pero cuando un adolescente encuentra asuntos de sabiduría, nunca los resolverá tratándolos como si fueran simples asuntos con límites definidos. Si trata de hacerlo, comenzará a perder confianza en la Escritura, pensando que no habla con claridad de los asuntos de su vida. Y luego, en su falta de confianza en la Escritura, se dirigirá hacia uno de dos extremos: legalismo, es decir, convirtiendo todo en un asunto de límites rígidos; o necedad, concluyendo que todo lo que no sea un asunto de límites claros no es importante y no se trata en la Escritura.

Me temo que muchos de nosotros realiza una labor deficiente al preparar a nuestros hijos para lidiar con los asuntos de sabiduría. Para algunos de nosotros, esto se debe a que vivimos con una dicotomía entre lo secular y lo espiritual. Muchos de nosotros pensamos en nuestras vidas como estando en dos mundos. Existe el mundo de lo espiritual que incluye nuestro devocional, la iglesia y la vida formal de adoración. También tiende a incluir asuntos para los cuales Dios nos ha dado mandamientos claros. La atención a estas cosas resume nuestra definición de lo que es espiritual.

El otro mundo de esta manera de pensar es el mundo secular. Es el mundo que está fuera de los mandamientos claros de Dios en la Escritura y la vida devocional, eclesial y de adoración. En este modo de pensar, la Escritura tiene poco, si no es que nada que decir acerca de la vida en este segundo mundo. Desafortunadamente, este mundo tiende a ser vastamente más largo que el mundo espiritual. Tiende a ser el mundo en el que vivimos cada día y pasamos la mayor parte de nuestro esfuerzo productivo. ¿Cómo podemos enseñar a nuestro adolescente a ejercitar la sabiduría bíblica allí si ni nosotros estamos acostumbrados a hacerlo? ¿Cómo podemos enseñar sabiduría cuando hemos fallado en reconocer que *todo* en la vida es espiritual y que la Escritura habla en alguna manera a *toda* situación de la experiencia humana?

Existe otra razón por la que los padres fallan al preparar bien a sus hijos para las decisiones de sabiduría que enfrentarán al salir de casa. Es triste que muchos padres simplemente no tienen un conocimiento de la Escritura que sea fluido, funcional y aplicable a las situaciones. Muchos de nosotros tenemos un poco más que conocimiento de Biblia aprendido en la Escuela Dominical. Sabemos historias populares, tenemos algo de comprensión de las doctrinas principales, y sabemos frases de los pasajes más citados, pero no hemos meditado o conocido a fondo la Palabra. No sabemos cómo usar su sabiduría para guiarnos en los asuntos de la vida cotidiana, y nuestra propia falta de conocimiento nos estorba para discipular a nuestros hijos para vivir en un camino bíblicamente sabio.

Como padre, no puedes dar lo que no tienes. Sólo podremos enseñar a nuestros hijos a ser obedientes prácticamente a la Palabra, a ejercitar decididamente la convicción bíblica, si nosotros estamos haciendo lo mismo. Sólo podremos enseñar a nuestros hijos a aplicar sabiamente los principios de la Palabra a asuntos de la vida si eso es lo que nosotros estamos tratando de hacer. Los estudiantes obedientes de la Palabra tienden a producir el mismo tipo de hijos.

Entendiendo los asuntos con límites claros

Permítanme definir aun más lo que quiero dar a entender cuando hablo de asuntos con límites claros versus asuntos de sabiduría. Los asuntos con límites claros son situaciones que involucran los mandamientos directos de la Escritura. Algunos ejemplos de éstos son el llamado a hablar la verdad, la honra a los padres y la prohibición del robo, el adulterio y la fornicación. Para vivir a la manera de Dios en estas situaciones un adolescente necesita dos cosas primarias. Primero, necesita conocer los mandamientos de la Escritura. Un adolescente no puede permanecer dentro de los límites de Dios si no conoce cuáles son. Segundo, necesita una convicción personal, es decir, un corazón comprometido en hacer la voluntad de Dios a pesar de las consecuencias.

Estoy persuadido que es muy importante definir el concepto de convicciones para que nuestros adolescentes lo entiendan. Muy a menudo, lo que nosotros llamamos convicciones son preferencias en realidad. Las convicciones verdaderas están basadas en la verdad revelada (es decir, la Escritura). Las preferencias están basadas en los deseos personales. Las convicciones son constantes; las preferencias cambian conforme cambia el deseo. Las convicciones demandan fe; las preferencias se apoyan en las emociones del momento. Nuestros adolescentes necesitan entender la diferencia entre una convicción y una preferencia.

Aquí hay seis características de las convicciones bíblicas:

1. *Una convicción bíblica siempre está basada en el estudio, sumisión y aplicación de la Escritura.* Es un conocimiento de la voluntad de Dios combinado con un corazón obediente que se lleva a las situaciones de la vida diaria.

2. *Una convicción bíblica siempre está predeterminada.* Nunca llegas a convicciones bíblicas al calor del momento o las circunstancias. Las convicciones bíblicas están predeterminadas por Dios en primer lugar. Él ya ha tomado la decisión por nosotros; nuestro trabajo es sencillo: obedecer a Dios. En segundo lugar, están predeterminadas por nosotros. Mucho antes de entrar en la situación, hemos decidido que viviremos de acuerdo con los mandamientos claros del mundo. Llevamos este compromiso sincero, hecho desde mucho tiempo antes, a cada situación nueva.

3. *Una convicción bíblica no cambiará con las circunstancias.* No reacciona a las presiones externas. Vemos esto demostrado poderosamente por Cristo, los apóstoles y los mártires de antaño. La convicción está basada en un compromiso interno, no en la presión externa de la gente o la presencia de consecuencias propias de la situación.

4. *Las convicciones bíblicas son inflexibles.* Las verdaderas convicciones tienen la cualidad de no ser negociables. No serán sacrificadas, negociadas o puestas en entredicho para obtener o lograr algo más.

5. *La convicción verdaderamente bíblica es valerosa.* Hay una seguridad básica en ellas porque están basadas en la palabra clara del Señor como se revela en la Escritura. Con respecto a las convicciones me doy cuenta de que Dios, que hizo el mundo y controla la situación, ha hablado: por lo tanto, no existe otro lugar más seguro que estar haciendo activamente Su voluntad. Las verdaderas convicciones no dudan ni son tímidas. Tienen como resultado actos valerosos de fe.

6. *La convicción verdaderamente bíblica siempre se practica.* La convicción que no se practica, que no rige mi vida diaria, realmente no es una convicción. Si mi corazón sabe, entiende, reconoce y se ha sometido a aquello que es correcto, entonces con claridad será evidente en las decisiones que tomo diariamente.

Lo que queremos es ser usados por Dios para desarrollar este tipo de corazón en nuestros adolescentes. Piensa de nuevo en el incidente con mi hija la nota que escribió en su salón de clases. Lo que le faltó fue una convicción personal, bíblica e interna. Una persona que no tiene convicciones bíblicas no tiene un sistema interno de restricción. Esta persona hará lo correcto cuando esté bajo supervisión, o cuando esté bajo presión externa. Sin embargo, cuando estos motivadores externos sean removidos, esta persona se comportará muy diferentemente. Su problema no es falta de conocimiento. Ni siquiera es falta de reconocimiento de que la norma de Dios es correcta. Lo que hace falta es un *compromiso* personal de obedecer a Dios sin importar cual sea el costo. Amorosamente, Dios le revela dramáticamente este abismo para que tenga un cambio de corazón.

Entendiendo los Asuntos de Sabiduría

A pesar de que la convicción es tan importante y a pesar de que los asuntos claramente definidos son tan importantes, un creyente pasa la mayor parte de su tiempo lidiando con asuntos de sabiduría. Puesto que un creyente ha decidido desde hace tiempo que vivirá en sumisión al señorío de Cristo, vive, pues, dentro de los límites. No vive tratando de probarlos. Vive, básicamente, una vida obediente, pero una vida en la que hay una miríada de situaciones que requieren sabiduría, es decir, necesita aplicar los principios, perspectivas y temas de la Escritura para que sus decisiones prácticas cotidianas expresen la voluntad de Dios para su vida. En estas situaciones necesita sabiduría porque no hay un claro “así dice el Señor”. Al mismo tiempo, sabe que la Escritura

habla de las circunstancias cotidianas de la vida. Lo que deseamos es ser usados por Dios para desarrollar adolescentes que puedan ir al mundo y vivir sabiamente.

Consideremos de nuevo el caso de mi hijo y la situación en su empleo y miremos la gran cantidad de principios de la Escritura que se aplican y que definen cómo es vivir sabiamente en tal circunstancia.

1. *Está el principio de autoridad.* Las autoridades en su vida (padres, jefes, oficiales gubernamentales) están presentes con claridad en la Escritura como ordenados y asignados por Dios. Se les presenta en la Escritura como siervos de Dios para el bien de mi hijo. En cualquier momento que apele o esté en desacuerdo con estas autoridades, debe hacerlo en un espíritu de honra, gratitud y sumisión.

2. *Está el principio de gracia.* Los proverbios dicen que “la blanda respuesta quita la ira, mas la palabra áspera hace subir el furor” (15:2). En este momento de desacuerdo y controversia, la manera en la que hablara era muy importante.

3. *Está el principio de verdad,* esto es, la verdad dicha en amor. Era importante que mi hijo evitara la tentación de retocar o adornar la verdad. Al mismo tiempo, era vital que no usara la verdad vengativamente como un arma. Debía decir la verdad como le hubiera gustado que se la dijeran a él.

4. *Está el principio del “plan superior”.* Como creyente, él está llamado a trabajar de tal manera que el “evangelio luzca atractivo”. Aun en el trabajo debemos funcionar como embajadores del Señor y viviendo como voceros de Su verdad.

5. *Está el principio del consejo sabio.* La Escritura me advierte acerca de las decisiones tomadas impulsiva e independientemente. Se nos dice que Dios dará sabiduría a quienes la pidan, sin acepción de personas. Y se nos dice que en la multitud de los consejeros está la sabiduría. Era importante que mi hijo no se apresurara a responder, sino que tomara su tiempo para recibir la sabiduría que Dios ha prometido.

6. *Está el principio de fidelidad o integridad.* Era importante para nuestro hijo que examinara su descripción de trabajo porque tenía que aceptar la obligación de hacer el trabajo que había prometido realizar a cambio de su salario. La Escritura nos llama a ser cuidadosos con las promesas que hacemos y a ser fieles a lo que hayamos prometido.

7. *Está el principio de la soberanía de Dios.* Era una tentación para nuestro hijo ver sus circunstancias como “mala suerte” que de alguna forma había caído sobre él. Necesitaba ver que este evento estaba bajo el control cuidadoso de Dios quien rige todas las cosas para nuestro bien. No necesitaba entrar en pánico o recobrar el control. Era libre para actuar sabiamente y encomendar el resultado a su Padre celestial, quien juzga todas las cosas con justicia.

8. *Está el principio de los valores.* En situaciones como esta, expresamos lo que es realmente importante para nosotros. Para nuestro hijo, fue tentador vivir

para las cosas que se ven. Cuando estás en la escuela, un empleo es muy importante. La Escritura encarga que no vivamos para los tesoros terrenales, o por lo que puede ser visto, tocado y cuantificado. En vez de eso, se nos llama a vivir por las cosas que tienen valor eterno. Inclusive en esta situación laboral, nuestro hijo era llamado a vivir para la gloria de Dios, a vivir manteniendo puro su propio corazón y a buscar el reino de Dios y su justicia. Esto quiere decir hacer lo que es correcto, confiando que Dios proveerá.

9. *Está el principio del corazón.* La Escritura, como hemos notado anteriormente, nos enseña que nuestra conducta proviene del corazón. Lo que hacemos expresa los pensamientos y deseos de nuestros corazones. Era importante que nuestro hijo estuviera consciente de su corazón en esta situación. ¿A qué tentaciones sería susceptible particularmente? ¿Sería tentado a temerle al hombre? ¿Sería tentado a la ira? ¿Estaría batallando con dudas con respecto a Dios? ¿Caería en desánimo? ¿Sucumbiría a la presión de sus coetáneos o a la presión de tomar una decisión apresurada? En esta situación, es muy importante que el adolescente funcione con una consciencia de su propio corazón para que se pueda proteger de las tentaciones hacia las cuales él sabe que es particularmente débil.

10. *Está el principio de la gloria de Dios.* Nuestro hijo era llamado a vivir para algo mayor que su propio bien, comodidad, éxito, afluencia y tranquilidad. La cosa más importante que debía hacer era reaccionar de una manera que agrade a Dios. Esto era más importante que resolver la situación, agradar a su jefe, agradarse a sí mismo o conservar el empleo. Nunca podría hacer lo correcto a nivel práctico y cotidiano, a menos que tuviera como meta suprema la gloria de Dios. Cuando desobedecemos a Dios es debido a que nuestra propia gloria o bien son más importantes para nosotros que la gloria de Dios.

Estos principios brindaron un enfoque a la situación laboral que nuestro hijo enfrentó. Cada uno le ayudó a saber con mayor claridad qué es lo que debía hacer, porqué debía hacerlo, y cómo y cuando debía hacerse. Existen muchos más principios que se aplican a esta situación, cada uno da luz al corazón y es una lámpara para los pies.

Las verdades de la Escritura son como una gran sinfonía orquestal. Realmente nunca entiendes o experimentas una sinfonía escuchando las notas separadas de un violín, un oboe o las percusiones. No experimentas su rica belleza escuchando un dueto de una trompeta y el violín bajo. Solamente cuando escuchas todos los instrumentos ejecutados al mismo tiempo realmente entiendes la majestad y belleza de una sinfonía. En una orquesta, cada instrumento se hace más hermoso por el sonido de los demás. Cada uno complementa y balancea a los demás. Similarmente, la Escritura nos da una sinfonía de la verdad. Muchas notas y no sólo una, contribuyen formar los tonos ricos y armoniosos de la verdad.

Como padres, necesitamos tener una mentalidad sinfónica al entrenar a nuestros hijos para vivir piadosamente. No podemos quedarnos tocando una sola nota. Debemos presentarles la totalidad de la sabiduría bíblica para que

puedan tomar decisiones sólidas bíblicamente. Para lograrlo, nosotros mismos debemos conocer dicha sinfonía, y debemos estar comprometidos a separar tiempo para hablar con nuestros hijos diariamente acerca de los principios que se aplican a sus situaciones cotidianas. Necesitamos alejarnos de simplemente decir el rápido y fácil “haz esto, no hagas esto”, que decimos de volada con poca o nula discusión o explicación. Necesitamos invitar a nuestros hijos a examinar y discutir, viendo la dificultad y los problemas como una oportunidad para ayudarlos a escuchar un poco más de la sinfonía divina de la verdad y a entender cómo estas notas dan sentido a la vida. Es de importancia monumental que no pensemos *por* nuestros hijos, sino que les *enseñemos* cómo pensar acerca de la vida, empleando la sinfonía de perspectivas que Dios nos ha dado en su Palabra.

Estrategias para Desarrollar un Corazón Sabio

Si lo que deseamos es educar hijos con convicción y sabiduría, necesitamos una estrategia para lograrlo. Permítanme listar algunas cosas que puedes hacer para ayudar a desarrollar una consciencia sensible y un corazón sabio.

1. *Considera las situaciones difíciles, importunas y problemáticas de la vida como oportunidades dadas por Dios para desarrollar una mentalidad bíblica en tu adolescente.* Este es el tema de este libro: los problemas están allí porque Dios, quien nos ama y está en control, está cumpliendo su propósito maravilloso en ellos.

Hace varios años, una madre descorazonada me dijo que había encontrado pornografía en el cuarto de su hijo. Ella estaba agobiada y su esposo estaba enojado. Como me lo describió, estaban preparándose para “perseguir” a su hijo cuando decidieron llamarme primero. Estuve agradecido que lo hayan hecho. Necesitaban ver el asunto en perspectiva. Por supuesto, compartía su tristeza, pero yo vi que ocurría algo más que era maravilloso. Vi la mano rescatadora de Dios. Su hijo pudo salirse con la suya e internarse un poco más cerca del mundo secreto y esclavizante del pecado sexual, pero Dios, en su gloria y bondad, tenía un plan distinto. Le dije a la madre, “¿Acaso no ves que la obra divina del rescate de tu hijo ya ha comenzado? Agradécele por su amor asombroso, y sé parte de lo que Él está haciendo. No vayas tras tu hijo con balazos. Dile a tu hijo cuán amado es por Dios y que hoy ese amor está siendo demostrado en la manera en la que Dios ordenó que la pornografía fuera encontrada. Luego, ayúdalo a entender los pensamientos y motivos de su corazón que lo llevaron a este pecado”.

Si ves estas situaciones como irritadores que estropean tus planes de la mañana, tarde o noche; si respondes a ellos impulsivamente con impaciencia, irritación y ofensas verbales; si no reflejas una mentalidad bíblica (No me interesa lo que hagas cuando estás fuera de aquí, pero una cosa te digo, si vuelves a hacer esto te vas a la calle), tu adolescente crecerá para hacer lo

mismo. En vez de eso, detente, agradece a Dios por tu alto llamado como padre, y ten una conversación paciente y dirigida al corazón con él o ella.

2. Resiste la tentación de tomar decisiones por tus adolescentes.

Recuerda, necesitamos tener una meta más fundamental que mantener a nuestros adolescentes seguros por medio de regular su comportamiento. Separa el tiempo para enseñar a tus adolescentes a tomar decisiones sabias. Enséñales el contenido bíblico que se aplica a cada situación y enséñales el proceso bíblico de la toma de decisiones. Nuestra meta debe ser poner más y más decisiones en manos de nuestros hijos a medida que van madurando. Para hacer esto, tendrás que lidiar con tu propio temor, tu propio deseo de control, y tu propia vacilación en poner tu vida y la vida de tu adolescente en las manos competentes de Dios.

También necesitarás ser paciente y perseverante al enfrentar la resistencia. Efesios 4:2 nos provee un modelo. Dice, “con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”. Soportar en amor significa ser paciente a pesar de las provocaciones. Los adolescentes dirán cosas desatinadas. Darán excusas débiles y ofrecerán argumentos ilógicos. Declararán cosas extremosas (“Nunca nadie . . .”, “Tú y mamá siempre, siempre . . .”, “Esto me pasa siempre . . .”. Te acusarán de no entenderlos. Te compararán con los padres de sus amigos. Harán todo esto porque los adolescentes no tienden a estar hambrientos de sabiduría. No tienden a pensar que necesitan ayuda. Tienden a ver tu intervención e instrucción amorosa como una interferencia inoportuna. Tu trabajo es ganarlos para el camino del Señor. Eres llamado a ser un instrumento de sabiduría en la vida de tu adolescente. Para hacer esto, debes ser gentil, humilde, paciente y perseverante.

3. Haz que salga a relucir el corazón de tu adolescente (Prov. 20:5). Haz preguntas abiertas que le ayuden a comunicar lo que realmente piensa y lo que realmente desea. Al hacer esto, no reprendas al adolescente por su honestidad. No necesitas sermonear duramente a alguien que está siendo abierto, comunicativo y educable. Pregúntale a tu adolescente qué quiere hacer y por qué quiere hacerlo. Pregúntale qué es importante en la situación y porqué. Pregúntale a qué le teme más cuando piensa en lo que pudiera ocurrir. Pídele que describa lo que le haría realmente feliz en la situación. Pregúntale qué piensa que Dios opina de la circunstancia.

La meta es lograr que tu adolescente se mire a sí mismo. Necesitarás hacer buenas preguntas que no puedan ser contestadas sin examinar su propio corazón. Evita hacer pronunciamientos acerca de lo que hizo el muchacho, porqué lo hizo y qué es lo que sacara de ello. Evita convertir una discusión sobre elecciones y decisiones en otro sermón, en el que predicas apuntándole con el dedo, con el rostro enrojecido y una voz fuerte mientras él permanece silenciosamente sentado, esperando que te vayas. Si constantemente manejamos las cosas de esta manera, no tardará mucho antes de que nuestros adolescentes determinen evitar estas “pláticas” a cualquier costo y sientan una especie de temor cuando nos acerquemos a sus recámaras. Algunas veces

nosotros mismos hemos llevado a nuestros adolescentes al silencio que decimos odiar tanto.

4. *Se persistente.* No te conformes con gruñidos, gemidos, inexistencia de contacto visual, silencios, y un "sí" o "no" que se den sin explicación. Se positivo, amigable y alentador, pero se persistente. Unos cuantos adolescentes te cerrarán la puerta. A menudo los adolescentes tienen muchas preguntas y mucho qué decir, pero no dirán nada a menos que se les de la oportunidad de hablar con alguien que realmente muestre interés en escuchar. Busca a tus adolescentes y con paciencia involúcralos en una conversación. No tomes a pecho su resistencia, pero reafirmarles tu amor y compromiso. Asegúrate de que entiendan que la conversación que están teniendo no se trata de atraparlos haciendo lo malo y asignando el castigo, sino acerca de ayudarlos a identificar y a hacer lo que es correcto.

5. *Ayuda a tu adolescente a determinar si está tratando con un asunto de límites claros o con un asunto de sabiduría.* Discute la diferencia entre los dos tipos de asuntos. Si estás tratando con un asunto de límites claros, discute con él la naturaleza de la verdadera convicción bíblica personal. Asegúrate de que esta conversación no se quede en lo abstracto, sino en el contexto de las circunstancias particulares en las que se encuentra. Si juntos determinan que están lidiando con un asunto de sabiduría, entonces hagan una lluvia de ideas acerca de los pasajes, principios y perspectivas que se podrían aplicar. Comparte ejemplos de tu propia vida de cómo buscaste ejercer sabiduría bíblica al tomar decisiones.

6. *No trates de decirle a tu adolescente en una conversación todo lo que has aprendido.* Al hablar, se sensible a cómo estás siendo recibido. ¿Está tu adolescente participando con disposición y activamente? ¿O está tratando de terminar la conversación para salirse de cuarto? ¿Has hablado demasiado de tal manera que has perdido su atención? Recuerda, vives con tus hijos y tendrás otra oportunidad para hablar de esto nuevamente. Sé sabio, habla con unas cuantas palabras bien pensadas y estratégicamente ordenadas. Recuerda, tu meta no es demostrar que eres muy sabio, sino enseñar a tu hijo a pensar y a vivir sabiamente. Esta oportunidad presente no será la última. Aprovecha el momento, pero date cuenta de que tendrás muchos más.

Capítulo 9 **La Vida en el Mundo Real**

Lo puedes notar en el estilo de los zapatos tenis. Lo puedes escuchar en los sonidos de la música. Lo encuentras cuando tu adolescente te habla en un Español que a penas puedes comprender. Lo puedes ver en cómo se tratan los adolescentes entre sí y cómo se relacionan contigo. Destella hacia el interior de tu hogar a través de la televisión, la radio, y el internet, a través de la Videocasetera y el estéreo, a través de periódicos y revistas. Nos dice cómo pensar, qué desear y qué hacer. Le da forma a las relaciones y define lo que es importante.

Es ineludible y muy poderosa, a menudo pasa inadvertida pero se le puede ver por todas partes, siempre es nueva pero su influencia es ancestral, a menudo se reconoce su poder para moldear nuestras acciones, pero es más importante en su habilidad para moldear nuestros pensamientos. Es algo que hemos creado, no obstante, todos los días nos da forma. Se trata de la cultura humana. Dondequiera que hayan personas habrá cultura. Dondequiera que hayan personas caídas, habrá una cultura caída. De esto se trata la vida en el mundo real.

Una de las habilidades más importantes que deben desarrollar los adolescentes es un entendimiento de la cultura. Al decir esto no me refiero a una apreciación de la música clásica o de la ópera, sino a tener un entendimiento de la manera en la que la lucha espiritual ocurre en la cultura en la que viven. Para hacer esto, necesitamos un entendimiento práctico de la naturaleza de la lucha del creyente con la cultura.

La Familia Smith y la Familia Jones: Dos reacciones típicas a la cultura

En una cena de la Iglesia un sábado por la noche, la familia Smith y Jones se encuentran juntos recibiendo su comida en la fila que se ha formado. Ambas familias tienen la esperanza de no tener que sentarse juntos para la cena, pero de pronto, tienen que compartir la única mesa disponible. No existe ningún problema real entre estas dos familias - ¡Sencillamente no se entienden para nada!

Miremos alrededor de la mesa. Los hijos de la familia Smith están vestidos de una manera muy conservadora y su conversación es acerca de un libro que están leyendo juntos como familia. Sus hijos tienen poco contacto con gente no cristiana por la mala influencia que podrían traer a sus vidas. No se escucha en su hogar música moderna, y la familia Smith no va al cine. Poseen una televisión, pero los hijos sólo ven la programación educativa.

El señor y la señora Smith se desenvuelven dentro de un círculo pequeño de personas. El Sr. Smith trabaja con otros dos hombres cristianos, y los contactos de la Sra. Smith con otras mujeres ocurren en grupos pequeños de amigas cristianas. A simple vista, los hijos de los Smith parecen distintos y

actúan de manera diferente a sus coetáneos. El modelo que los Smith siguen para relacionarse con el mundo exterior es “Sálganse de ellos y vivan separados de ellos”.

No tardas mucho en notar que la familia Jones ha tenido una reacción diferente hacia su cultura. Sus hijos están vestidos muy diferentemente a los hijos de la familia Smith. Para empezar, tienen en su cuerpo más joyas y aretes – ¡y esto incluye a los varones! La hija de los Jones tiene unos audífonos alrededor de su cuello, aunque no los usa durante la cena. Los hijos de los Jones participan en muchas actividades públicas de la escuela. Todos tienen estéreos en sus cuartos y ven mucha televisión. El hijo mayor toca en un grupo cristiano de rock alternativo. A simple vista, los hijos de los Jones se ven y actúan de manera semejante a sus coetáneos no cristianos. El modelo que sigue la familia Jones para relacionarse con el mundo exterior es “Estén en el mundo, pero no sean del mundo”.

Rechazo y Asimilación

La familia Smith ilustra una reacción de rechazo – aislamiento hacia la cultura. La filosofía básica es esta: *La maldad está en la cosa, por lo tanto evita la cosa*. Esta estrategia usualmente incluye una lista de actividades culturales que deben ser evitadas (cine, música, baile, etc.). Ser distinto es interpretado como queriendo decir que la familia cristiana debe evitar la participación en el mundo secular siempre que sea posible. A simple vista esta reacción puede no parecer tan mala, no obstante lleva inherentemente ciertos peligros y deficiencias.

Primero, existe en esta reacción una negación sutil de la doctrina de la creación, la cual declara que todo lo que Dios hizo era bueno (Gen. 1:31; Sal. 139:14). Esto no quiere decir que Dios creó la música de rock pesado. No obstante, sí creó la estructuras melódicas y rítmicas que se emplean en ella. La maldad no es alguna presencia orgánica dentro de ciertas cosas, sino es el resultado de la manera en la que las cosas son usadas para expresar los pensamientos y gratificar los deseos del hombre pecador. Necesitamos tener precisión bíblica cuando pensamos acerca de estos asuntos. Por ejemplo, la música moderna no es mala en sí misma, en el sentido de que lo malo fuera una substancia presente dentro de ella. La música moderna se vuelve problemática porque es un medio poderoso para comunicar la cosmovisión de individuos que están viviendo en rebelión en contra de Dios. Debido a que esto es cierto, es importante enseñar a nuestros hijos a resistir la manera en la que ésta apela a sus corazones pecaminosos, sin hacerles pensar que pueden ganar la batalla en contra del pecado simplemente evitando el contacto con ciertas cosas.

Segundo, esta reacción tiende a pasar por alto el asunto principal de la lucha humana en contra del mal. El meollo de nuestra lucha no es en contra del mal externo a nosotros, sino en contra del mal interno. Existe una guerra que se realiza: es la guerra interna, la cual se pelea en el terreno del corazón. Pedro

dice que Dios le ha dado a sus hijos todo lo que necesitan para escapar de la corrupción que hay en el mundo a causa de los malos deseos (2 Pedro 1:4). Como padres necesitamos enseñar a nuestros hijos que no resolvemos la lucha en contra del mal simplemente evitando ciertas cosas, aunque hay ocasiones en las que huir de ciertas situaciones, lugares y relaciones es el medio principal de evitar la esclavitud al pecado. Sin embargo, Pablo dice que tales restricciones “no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (ver Col. 2:16-23). Sólo evitar las tentaciones externas no puede restringir el pecado porque esto no atiende el pecado que ya existe en el corazón. Lo que deseamos es enseñar a nuestros hijos que la evasión no es la cura, aunque puede ser usada por Dios para limitar el daño del pecado en nuestras vidas.

Tercero, la reacción del aislamiento tiende a promover un autojusticia peligrosa. La rectitud se equipara con un cumplimiento de “la lista” de requisitos. Las personas que cumplen la lista son considerados rectos y maduros, en tanto que las personas que no lo hace son considerados carnales e inmaduros. Cristo despedazó este punto de vista acerca de la rectitud cuando atacó el orgullo espiritual de los fariseos (ver Mat. 5:20; Mat. 23; Luc. 18:9-14; Is. 29:13). Es posible cumplir la lista estrictamente al mismo tiempo que se tiene un corazón que está lejos de Dios y totalmente confiado en el yo. Es claro que debe existir una manera mejor de enseñar a nuestros adolescentes a responder a la cultura que la practicada en el aislamiento evangélico y conservador moderno.

La familia Jones diría que ha encontrado una mejor manera, siendo ésta, la asimilación. La filosofía de la asimilación es esta: *Las cosas son neutrales, por lo que no hay peligro al participar en la cosa*. Este enfoque también tiene defectos.

La Escritura nos enseña que las cosas nunca son neutrales. En este mundo, las cosas siempre llevan algún tipo de peso moral. Cristo lo dijo directamente: “El que no está conmigo, contra mí es” (Mat. 12:30). Por ejemplo, podrías argüir que el lenguaje en sí mismo es neutral. Las letras individuales, las palabras individuales y los sonidos que producen son neutrales, pero nunca las encontramos de esa manera. El lenguaje siempre es usado para expresar algún tipo de significado. Cuando el lenguaje se usa deja de ser algo neutral.

Por lo tanto hay ciertas cosas que debemos reconocer cuando reflexionamos acerca de las instituciones, relaciones, medios de comunicación y productos de la cultura que nos rodea:

- Todas las cosas que Dios creó son buenas.
- Todas las cosas que encontramos han sido colocados o usadas de tal manera que llevan un significado.
- Cada cosa puede ser usada para el bien o para el mal.
- Cada cosa en la cultura expresa las perspectivas del que la creó y/o la usa.
- Nunca encontramos las cosas en la cultura que nos rodea en un contexto o situación neutral.

Tal y como la reacción de rechazo y aislamiento hacia la cultura tiene sus debilidades, también las tiene la respuesta de asimilación que es común en la iglesia evangélica. Nuestros hijos necesitan una tercera manera de responder a la cultura que les rodea, una que sea el resultado de una buena reflexión cristiana. Necesitan entender qué es la cultura y la naturaleza de su poder e influencia, y formar un plan bíblico para vivir dentro de ella.

¿Qué es la Cultura?

En el principio, Dios creó a la gente con la capacidad de interactuar con su mundo, y les dio la responsabilidad de hacerlo de tal manera que fueran un reflejo de Él. Dios nunca tuvo la intención que la gente tuviera una relación pasiva con el mundo que había creado. Hizo a la gente a su imagen con habilidades creativas que no le fueron dadas a ninguna otra criatura, y les ordenó que las usaran (ver Gen. 1:26-31; 2:15-20). Por lo tanto, desde la creación, la gente siempre ha tenido sus manos sobre el mundo. Nunca lo ha dejado en paz. Nunca lo encontramos en su estado original. La gente siempre están interactuando con el mundo de una manera natural. Siempre está organizando y reorganizando, interpretando y reinterpretando, creando y recreando, y construyendo y reconstruyendo. La presencia de la cultura es constante y siempre está cambiando.

Dios colocó a la gente en el ambiente primario del mundo que creó, pero nunca nos quedamos viviendo sólo en ese ambiente. Siempre estamos viviendo también dentro del ambiente secundario – la cultura creada por la humanidad. Así que, la lucha con la cultura es inevitable.

¿Cómo entonces definimos lo que es la cultura? La cultura es lo que ocurre cuando la gente hecha a la imagen de Dios interactúa con el mundo que Dios creó. En dondequiera que halla gente, hay cultura. Si una familia se aísla de la cultura alrededor, no habrán escapado de la lucha cultura, porque como personas hechas a la imagen de Dios, formarán una cultura familiar. Y si un individuo pretende aislarse tanto de la cultura circundante como de la familia, todavía no habrá escapado de la lucha cultural, porque creará una cultura individual. No existe manera alguna de escapar de las relaciones, costumbres, instituciones, estructuras, medios de comunicación, productos y las creencias que conforman la cultura. Siempre vivimos todas nuestras vidas en este ambiente secundario.

Algo más es necesario decir: la Caída es la razón por la que existe la lucha cultural. Antes de la Caída, Adán y Eva interactuaban con el mundo que Dios había hecho. Expresaban su creatividad a semejanza de Dios, pero no había problema porque todo lo que hacían y decían, todo lo que revestían y creaban, y todas sus costumbres y maneras de relacionarse estaban basadas en las palabras de Dios. Trágicamente, otra voz, la de la serpiente, entró en la escena para dar otra interpretación de lo que Dios había hecho y dicho. Al seguir esa voz, Adán y Eva crearon la lucha cultural. Desde la Caída, la gente edifica la cultura sobre la base de muchas autoridades variadas y que compiten entre sí.

Se han ido los días de Génesis 1 y 2. Ahora el lienzo cultural está manchado con el pecado y hasta la eternidad, la cultura humana nunca reflejará perfectamente la voluntad de Dios otra vez. Por esto es tan importante responder a la cultura. Es una de nuestras luchas morales primarias. Los adolescentes necesitan crecer entendiendo esto y estando preparados para ello.

La lucha con la cultura es inevitable y siempre es moral. La gente siempre interactúa con el mundo en un espíritu de sumisión a Dios y su Palabra, o en rebelión y dependencia en sus propias mentes. La lucha cultural siempre se trata de lo correcto y lo incorrecto, la verdad y la mentira, lo bueno y lo malo, la fe y la incredulidad, y del deseo humano o la voluntad de Dios. El aislamiento es imposible. La asimilación realmente es una capitulación con la cultura. Como se dijo anteriormente, necesitamos una manera mejor de tratar con esto.

La Necesidad de Protección

Puedes ver la influencia en la manera en la que nos vestimos. Muy pocos de nosotros usamos chaquetas y pantalones acampanados (¡No me estoy quejando!). De hecho, muy pocos de nosotros usa el mismo estilo de ropa que usaba hace diez años o inclusive hace cinco años. El largo de las faldas sube y baja, y el ancho de las corbatas aumenta y disminuye, y vuelve a aumentar. ¿Por qué? ¿Quién nos dice que ya es tiempo de cambiar? ¿Por qué la ropa que en otro tiempo pensamos que era atractiva se ve rara e inclusive es motivo de vergüenza? ¿Has visto alguna vez un álbum fotográfico familiar y has dicho: “¡No puedo creer que me ponía eso!”? La moda es un ejemplo agudo de la influencia de la cultura. No sólo le da forma a lo que hacemos, sino también a la manera en la que pensamos y vemos.

El aire es el ejemplo que he usado con mis adolescentes para describir la influencia insidiosa de la cultura circundante sobre ellos (y nosotros). Como el aire que constantemente respiramos, la cultura es el aire espiritual que nuestro corazón absorbe constantemente. Muchos de los contaminantes del aire físico no se pueden ver. Lo mismo es cierto respecto a la cultura. Pienso que nosotros los padres hemos cometido un grande error al enfatizar lo obvio (sexo, drogas, violencia, aborto, etc.) y descuidar los contaminantes invisibles más engañosos del aire cultura a nuestro alrededor. El resultado es que aunque nuestros hijos tal vez no participan de las cosas “grandes”, terminan sirviendo a los ídolos de la cultura circundante. (Ver la figura 1 para considerar ejemplos de estos ídolos, su impacto en nuestros adolescentes, y la alternativa bíblica). Con toda seguridad, a estos ídolos se les debe temer más porque se infiltran inadvertidamente en nosotros, con la apariencia de ser inofensivos y atractivos (ver Col. 2:1-8, especialmente v.8). También apelan poderosamente a los deseos de la naturaleza pecaminosa, es decir, que alimentan exactamente aquello que Dios, por su Espíritu, tiene la intención de destruir.

Otro error que hemos tendido a cometer como padres es culpar al vehículo en vez de enfocarnos en los ídolos que estos vehículos promueven. Una

variedad de vehículos – gobierno, música, cine, revistas, educación, televisión y la conversación ociosa de la gente en la calle – todos transmiten y promueven la filosofía de la cultura. Ninguno de estos vehículos son peligrosos o malos en sí mismos. El peligro radica en la manera en que se usan para promover las cosas que promueven. E inclusive en un mundo caído, serán usados tanto para el bien como para el mal. No se trata de matar al mensajero. Debemos ser conscientes del poder de los medios para transmitir las ideas de la cultura, pero son las ideas las que son peligrosas y deben ser el enfoque de nuestra atención. Por ejemplo, muchos padres cristianos no permiten que sus hijos vean películas censuradas, pero permiten que vean horas de comedia televisiva, la cual introduce a nuestros hogares las perspectivas, las relaciones y los valores de la cultura circundante.

Aquí es donde nos ayuda la metáfora de la contaminación. Cuando hay veneno en el aire físico, la gente usa equipo de protección que filtra el aire. En la misma manera, nuestros adolescentes necesitan filtros en contra de los venenos invisibles del aire cultural. Nuestros hijos necesitan la protección de una cosmovisión bíblica, y como padres debemos comenzar a enseñárselas desde los momentos más tempranos de sus vidas. También debemos tener ojos de fe para ver que cada situación, relación, y problema en sus vidas es una oportunidad para pensar de nuevo y aplicar con cuidado una perspectiva bíblica de la vida a las situaciones concretas.

Hablando con tu adolescente acerca de la Cultura

A la luz de esto, no vaciles en hablar, hablar, hablar con tu adolescente. Este no puede ser un tiempo en el que nuestra relación sea distante. Necesitan de nuestra dirección tanto como antes, por lo tanto debemos buscarles. Permítanme sugerir algunas estrategias para estos tiempos de plática.

- *No esperes a que tu adolescente pida hablar contigo.* Búscalo de una manera cálida, amigable, y confortante. Los adolescentes que estén a la defensiva no hablarán con libertad y tampoco serán buenos oyentes.
- *No te conformes con respuestas cortas.* Dale seguimiento a los “sí” y “no” monosilábicos. Haz preguntas que no pueda contestar con un sí o no, sino que requieran que él revele sus pensamientos, sentimientos y acciones.
- *Sé positivo.* No seas como un detective en busca de lo que está mal. El propósito de estas pláticas no es “atrapar” infraganti al adolescente, sino ayudarlo a entender, desear y hacer lo que es correcto. Muchas de las pláticas que ocurren entre los adolescentes y sus padres son negativas y desalentadoras para el adolescente.
- *Trata de exponer amorosamente las fallas en el pensamiento del adolescente sin hacerlo sentir ignorante o tonto.* Enséñale de una manera positiva para mostrarle en dónde ha inhalado los contaminantes de su cultura.
- *Conviértete en un compañero de batalla de tu adolescente por medio de compartir tu propia lucha por vivir una vida piadosa en una cultura impía.*

Reconoce los lugares donde has sido influenciado. Pide a tu adolescente que ore por ti al mismo tiempo que tú prometes orar por él en su lucha.

- *Dirige siempre a tu adolescente hacia Cristo*, quien diariamente nos da su misericordia y gracia en nuestros momentos de necesidad y pacientemente continúa su obra en nosotros hasta que esté terminada.
- *Ten presente siempre que no puedes proteger a tus hijos de la cultura*. La única estrategia efectiva es prepararlos para lidiar con la cultura de una manera bíblica. Esto llevará años de compromiso amoroso de tu parte.
- *Finalmente, sé un modelo del carácter de Cristo*. No seas arrastrado por luchas verbales de poder negativas. Responde al enojo, la negatividad y las acusaciones con una blanda respuesta firme. No golpees a tu adolescente con palabras, sino gánale con amor semejante al de Cristo.

¿Cuál es la influencia de la Cultura?

¿Te has asustado alguna vez por la ropa que usa tu adolescente? ¿Te has quejado del paso rápido y frenético de tu vida? ¿Te parece como si tu adolescente estuviera hablando cierto dialecto desconocido? ¿Alguien en tu casa tiene un trabajo de cuarenta horas y cinco días a la semana? ¿Has considerado jubilarte a los sesenta años? ¿Has cuestionado si es sensato hacer que un muchacho de dieciocho años tome decisiones costosas y cruciales con respecto a su carrera? ¿Has sucumbido a la tentación de comprar el aparato de ejercicio más reciente sólo para tenerlo empolvado en algún cuarto de tu hogar? ¿Tiene un walkman tu adolescente? ¿Son los dieciocho años una edad mágica porque es la edad en la que un adolescente puede obtener su licencia para conducir? Todas estas cosas describen la influencia distintiva de la cultura moderna sobre la manera en la que cada una de nuestras familias piensa y vive.

Si comprendemos las maneras en la que somos influenciados por la cultura, podremos enseñar a nuestros adolescentes a vivir sabia, atenta y redentoramente. Lo sabio se refiere a la habilidad de aplicar los principios de la Escritura a la toma de decisiones prácticas en el contexto de su cultura. Estar atento significa vivir consciente de la filosofía “hueca y engañosa” de la cultura circundante y no entregarse a la tentación de servir a sus ídolos. *Redentoramente* significa no estar satisfecho con el aislamiento o vivir a la defensiva, sino seguir el mandamiento de Cristo de ser “sal y luz” en un mundo corrupto y oscuro.

Permíteme pedirte con ahínco que no mires a tu adolescente y te conformes con sobrevivir. Da gracias a Dios cuando son inactivos sexualmente y están libres de drogas, pero plantéate un propósito más alto que éste. La voluntad de Dios es que lleguen a ser “participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Ped.1:4) y que sean “luminares en el mundo . . . en medio de una generación maligna y perversa” (Fil. 2:15).

La influencia de la cultura circundante es mucho más penetrante que las imágenes ofensivas evidentes encontradas en la televisión y en el cine, las revistas y la música. No obstante, somos tentados a hacer de éstas los puntos focales de nuestros debates y escaramuzas con nuestros adolescentes. Inclusive, algunas veces reaccionamos negativamente a cosas de la cultura que nuestros adolescentes traen a casa (música, moda) no debido a que están corrompidas moralmente, sino porque son diferentes a la cultura de nuestra propia juventud. Decimos, “¡No vamos a estar escuchando ese ruido aquí!” (lo cual expresa el sentimiento exacto que tuvieron nuestros padres hacia nuestra música). Pero ¿está moralmente mal que mi hijo o hija disfrute música que yo encuentro imposible de escuchar? En otras ocasiones decimos, “¡De ninguna manera vas a ponerte eso!” (lo cual expresa la perplejidad que sintieron nuestros padres por la ropa que nosotros pensábamos que se veía bien). Pero ¿será *moralmente* malo que mi hijo use pantalones que son tan anchos que podría dar tres pasos antes de que la pierna de su pantalón se mueva?

Cuando reaccionamos a los asuntos de preferencias personales de la misma manera como reaccionamos a los asuntos morales, abaratamos toda la discusión sobre la cultura y debilitamos la influencia positiva que podemos tener con nuestros adolescentes. Necesitamos aceptar que en muchas maneras ellos serán diferentes a nosotros. El asunto no es si están participando en cosas que nosotros disfrutamos, sino si ellos están participando en cosas que son agradables a Dios. Esto requiere una consciencia de las influencias sutiles y penetrantes de la cultura en la que viven.

La influencia poderosa de la cultura puede resumirse en cuatro áreas. Estas áreas, cuando se consideran juntas, son un resumen de toda la vida. La cultura circundante influenciará cada área de tu vida de alguna manera. Por esto debemos vivir vigilantemente y enseñar a nuestros adolescentes a hacer lo mismo.

1. La cultura establecerá el ritmo de vida. ¿Te has quejado alguna vez de cuán ocupado estás o qué acelerado es tu ritmo de vida? ¿Cuánto tiempo tienes para la meditación tranquila o la reflexión personal? ¿Cuántos momentos de actividad familiar tienes cuando todos los miembros de la familia están presentes? ¿Tienen por lo menos una comida al día en la que todos comen juntos? ¿Una vez a la semana? ¿Una vez al mes? ¿Te preguntas cómo tú y tus hijos pueden participar en todas las actividades de la iglesia, escuela, deporte y clases de música? ¿Te has preguntado quién te dijo que vivieras así? ¿Alguna vez has querido detener el mundo y bajarte de él? El ritmo de vida en nuestra cultura está directamente relacionado con lo que la cultura considera importante. Es el resultado directo de una cultura que tiene como valores elevados la adquisición y el logro.

La cultura influye no sólo en el horario diario de nuestras vidas sino también en el orden de los eventos en nuestras vidas. Existe un orden silencioso aunque obligatorio en la vida en la cultura occidental. El orden se dirige hacia el gran sueño, la jubilación y el éxito total personal: la jubilación prematura. El orden es Preparatoria, universidad, matrimonio, casa, profesión,

ascensos, casa grande, jubilación. Ciertamente, existen variaciones, pero hay una similitud notoria en el orden de los eventos en la vida de la mayoría de la gente.

¿Quién nos dio este orden? ¿Cuáles son sus fortalezas y sus debilidades? ¿Cómo estorba el plan revelado de Dios para nosotros? ¿En qué aspectos tiende a esclavizarnos en vez de ser un servicio para nosotros? ¿En qué aspectos nos vemos nosotros y nuestros hijos siguiéndolo ciegamente?

Una de las cosas que disfruto hacer es escuchar las conversaciones a mi alrededor en la línea de la caja del supermercado. Encuentro estas conversaciones informativas e iluminadoras aun si me quedo con dolor de cuello por tratar de escuchar sin llamar la atención. Hace algunos meses escuché la conversación de dos hombres mayores. Uno dijo, “Hola Joe, no te había visto desde hace tiempo”. Joe respondió, “Me jubilé el año pasado”. El amigo respondió, “Debe ser agradable”. Joe dijo, “No se porque lo hice. Parecía ser lo que debía hacer, pero lo odio – ¡me está volviendo loco! Ya he comenzado a buscar un trabajo”. El amigo le contestó mientras salían del lugar, “¡Oye Joe me estás desanimando!” Tal es la influencia de la cultura. Nos dicta los pasajes convencionales de la vida, y a menudo los seguimos sin saber siquiera porque hemos tomado las decisiones que tomamos.

2. La Cultura establecerá la agenda para la vida. Una agenda es un plan. Se trata de lo que estamos haciendo y porqué lo hacemos. Una agenda siempre expresa las prioridades y valores. Un plan de vida se forma determinando lo que es valioso y diseñando un plan para adquirirlo. La agenda de la vida de una persona en cualquier cultura expresará lo que es importante para esa cultura. Si tuvieras que hacer una lista de prioridades de nuestra cultura, ¿Cuáles escribirías? ¿Cuán diferentes son éstas de tus propias prioridades? ¿Cuán diferentes son de las prioridades bíblicas?

Nuestra cultura siempre expresa su perspectiva sobre lo que es importante, lo que es valioso y los que es “verdadero”. Por ejemplo, cuando tu adolescente puede ver una semana de comedias, dramas, noticias, entrevistas televisivas y espectáculos televisivos y nunca escuchan que Dios sea mencionado o se incluya la Biblia en el debate, la cultura les está diciendo poderosamente lo que es importante y lo que no lo es. Imagina la influencia de la televisión sobre un adolescente que ve estos programas tres horas cada noche, veintiún horas a la semana. Eso alcanza como 7700 horas durante sus años de adolescencia. Durante estas horas de bombardeo cultural, usualmente está relajado y no está pensando críticamente. Está inhalando el aire cultural con muy poco pensamiento de protección. La perspectiva de la vida que se le presenta influenciará su punto de vista de la vida y su plan, si inhala la cultura indiscriminadamente y acepta sus prioridades.

¿Cuántas familias cristianas están tan comprometidas con la enseñanza, relaciones, compañerismo y ministerio de su iglesia local que rechazarían un ascenso u oferta de trabajo que los alejaría del cuerpo de Cristo en el cual están comprometidos? La mayoría de las familias cristianas se aventarían al

trabajo con la esperanza de encontrar una “buena iglesia” a donde van. Una de las debilidades de la iglesia occidental es que es muy transitoria, es difícil que se desarrollen las relaciones y se reconozcan los dones para que el pueblo de Dios puede hacer lo que él les llama a hacer. ¿Está mal mudarse? ¡No! Pero debemos tomar esta decisión desde el punto de vista de los valores bíblicos y no seguir ciegamente la cultura circundante. No le enseñaremos a nuestros adolescentes a vivir con sus ojos abiertos si nosotros tampoco lo hacemos.

3. La cultura definirá y dará forma a nuestras relaciones. Tales cosas como nuestra perspectiva de la autoridad y el gobierno, nuestra perspectiva sobre el hombre y la mujer y sus papeles, nuestra perspectiva de los niños y su lugar en la sociedad, nuestra perspectiva de las relaciones entre el hombre y la mujer, nuestra perspectiva de la sexualidad, y nuestra perspectiva de los ancianos, son ejemplos de las maneras en las que la cultura le da forma a nuestras relaciones.

Un ejemplo de la influencia poderosa de la cultura sobre nuestras relaciones es la redefinición radical de la familia que ha ocurrido recientemente. El término “familia” solía describir a un esposo (hombre) y una esposa (mujer) que estaban casados (entre ellos), y a sus hijos. Ahora tiene una variedad sin fin y confusa de significados. Tenemos la tentación de pensar que esta redefinición de la familia nunca nos influenciará, pero no necesitamos ver mucho más allá del vasto número de divorcios y familias con sólo un padre en la iglesia para que humildemente recordemos que estamos siendo influenciados.

Para los adolescentes, la influencia de la cultura no es menos poderosa. Hay una presión en nuestra cultura para que los muchachas y los muchachos formen parejas (“voy a salir con . . .”). Existe un fuerte énfasis físico en estas relaciones, que es evidente en la razón por la que una persona es considerada como atractiva (“Es un mango” o “Es una muñeca”) y en el énfasis en la expresión sexual. (La canción dice, “Tengo sed de tus caricias”) Ser “sexí” tiende a recibir más votos que ser “maduro”. Y en una cultura enfocada en lo físico, decir que alguien tiene una personalidad agradable (lo cual significa que son amables, educados, generoso, pacientes, etc) es el beso de la muerte.

Otra evidencia de la influencia cultural sobre las relaciones es la manera en la que los varones adolescentes tienden a relacionarse entre ellos. Es decir, la imagen machista, arrogante y burlona que tratan de proyectar. Este lenguaje podrido, la torcedura de las reglas y la fanfarronada que dice “lo haré como me de la gana” son alimentados por un torrente sin fin de eventos deportivos y comerciales, que presentan a héroes arrogantes que no respetan a nadie y promueven la filosofía de que si usas los zapatos correctos, tienes suficientes músculos, crees en ti mismo y te aseguras que nadie te estorbe, puedes ser y hacer lo que te de la gana. Por sobre todas las cosas, nunca debes dar la apariencia de timidez o mostrar o reconocer tu debilidad. Este estilo temerario de relaciones masculinas no sólo se ha deslizado a las ligas deportivas de nuestra cultura, sino ha establecido el tono de las relaciones en las calles y pasillos de la vida. No podría ser más atrayente para la naturaleza pecaminosa

su materialismo, independencia, arrogancia egocéntrica y poder ostensible. Observa cómo se relaciona tu adolescente con sus coetáneos, hermanos, contigo y otras personas en autoridad. ¿Puedes observar la influencia de la cultura circundante en su estilo de relacionarse?

Nuestra tarea es asegurarnos de que el estilo y las reglas para las relaciones que promovemos con nuestros hijos, por palabra y ejemplo, llenen los estándares bíblicos para las relaciones (Ver Ef. 4; Rom. 12; Col. 2:12-14; y Mat. 5-7, el Sermón del Monte).

4. La Cultura influenciará poderosamente nuestra vida espiritual. La cultura siempre ejercerá su influencia sobre la vida religiosa o espiritual de una persona. No hay término medio en este asunto. La vida espiritual de una persona forja su forma de pensar y responder a su cultura, o la religión o vida espiritual de una persona es asimilada por la cultura.

De nuevo, comienza por estar consciente de donde está parada nuestra cultura en estas cosas. Primero, la religión ha sido excluida virtualmente del debate cultural. Aquellos que representan a instituciones religiosas raras veces son bienvenidos a la discusión de asuntos culturales importantes. Segundo, la religión es presentada sutilmente como algo negativo por los medios de comunicación populares. Tercero, la psicología ha tomado su lugar como la “religión” dominante de nuestra cultura. Ella define quién es el hombre. Define el significado y propósito de nuestra existencia. Define lo que es y lo que no es normal. Define porqué la gente hace lo que hace y cómo puede darse el cambio. Estoy siendo moderado cuando digo que estas cosas han influenciado a la iglesia y nuestra vida espiritual personal.

Nuestros adolescentes necesitan entender que no viven en un vacío. Viven en una cultura que ejercerá su influencia sobre cada área de sus vidas. Es importante que aprendan a protegerse de los contaminantes de la cultura, pero también que aprendan cómo influenciar su cultura con la verdad de Jesucristo. Al estar intentando prepararlos, necesitamos ser humildemente honestos acerca de los lugares en los que nuestro propio estilo de vida ha sido moldeado más por las normas culturales que por los principios bíblicos. No podemos discipular a nuestros adolescentes en un estilo de vida consistentemente bíblico sin estar dispuestos a evaluar los lugares en los que nuestras propias vidas son inconsistentes.

Respondiendo a la Cultura: Un Plan para nuestros adolescentes

¿Recuerdas a las familias Smith y Jones? Cada familia ha escogido una estrategia radicalmente diferente para lidiar con la cultura. La familia Smith está convencida que el *aislamiento* es la estrategia correcta. Fallan al no darse cuenta que es imposible escapar de la lucha con la cultura porque donde hay gente, hay cultura. Fallan al no darse cuenta de que la cultura comienza con el corazón. Las instituciones, los medios de comunicación, las relaciones y los productos de una cultura son el fruto de lo que sociedad desea y sirve. La lucha cultural realmente es una lucha con los deseos malvados del corazón y

aunque la separación a veces es la opción correcta, un hijo no estará seguro sólo porque una familia evita físicamente los lugares, situaciones, relaciones e instituciones de la cultura circundante. Además la familia Smith no ha preparado a sus hijos para obedecer el llamado de Cristo a ser sal y luz en un mundo corrupto y oscuro.

La familia Jones, al considerar a la familia Smith, se convence que ha encontrado una mejor manera de responder a la cultura. La *asimilación* parece ser lo más sensato para ellos. Ven la mayoría de las cosas en su cultura como algo neutral y no ven el daño en permitir que sus hijos sean participantes activos de la cultura. Esta perspectiva equivocada de la neutralidad les conduce a involucrarse en su cultura sin análisis ni evaluación. Al igual que la familia Smith, la familia Jones no ha enseñado a sus hijos a funcionar como sal y luz.

Los padres necesitan una tercera manera de guiar a sus hijos que no caiga en las debilidades del aislamiento o la asimilación. Yo llamo a esta tercera manera, interacción redentora.

Meta 3. Enseñar al adolescente a entender e interactuar redentoramente con su cultura.

El propósito de esta meta es crecer hijos que sean totalmente capaces de interactuar con su cultura sin llegar a ser esclavizados por los ídolos de la misma. Y el propósito de la interacción no es el placer y la satisfacción personal, sino la redención de su cultura para Cristo. Mateo 5:13-16 nos da las bases bíblicas para esta estrategia.

“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

En su asimilación, la familia Jones ha olvidado su calidad de sal, y en su aislamiento, la familia Smith ha escondido su luz. Lo que queremos es enseñar a nuestros hijos a no hacer ninguna de estas dos cosas, sino a moverse hacia delante, estar involucrados, protegidos por la verdad y listos para redimir. La estrategia de interacción redentora tiene dos objetivos fundamentales. Primero, queremos que nuestros adolescentes conozcan y entiendan a fondo la verdad de Dios como una protección para no ser absorbidos por la cultura. Segundo, queremos enseñarles qué significa vivir la verdad en la vida diaria y práctica, de tal modo que su vida apunte hacia su Padre celestial.

Estos dos objetivos nos dan la cara interna, externa y ascendente de la vida cristiana en un mundo caído. La cara interna es un compromiso personal con la verdad que protegerá a nuestros adolescentes de las falsedades e ídolos

engañosos y sutiles de la cultura a nuestro alrededor. La cara externa es vivir de tal modo que inclusive cuando no estén interactuando verbalmente con la cultura, ellos sean un testimonio de la realidad de Jesucristo por la manera en que viven. Y la cara ascendente es que todo esto se hace para que la gente de gloria debida a Dios el Padre. No debemos tener miedo de establecer metas elevadas, y no debemos permitir que el plan sea establecido por la reticencia de nuestros adolescentes. Estos objetivos no se lograrán en un solo evento, pero se pueden lograr a medida que el Espíritu Santo fortalece tu compromiso fiel y cotidiano de usar las oportunidades que Dios te da para preparar a tus adolescentes para ser pueblo de Dios.

Permíteme sugerir cinco estrategias para preparar a tus adolescentes para interactuar redentoramente con su cultura.

1. Prepararse. El primer paso es establecer en nuestros adolescentes una perspectiva bíblica de la vida. Muchas familias cristianas tienen años de practicar devociones familiares sin enfoque. Lo que los hijos reciben durante estos momentos no es del todo sin mérito, pero podría ser mucho mejor si los padres tuvieran como meta el establecimiento de una cosmovisión bíblica. Sin esto, los hijos terminan familiarizados con todas las historias cristianas populares y con conocimiento doctrinal al azar, pero nada de esto se ensambla en un sistema útil de verdad que refleje el pensamiento de Dios acerca de la vida. El propósito de toda instrucción bíblica familiar debe ser que nuestros hijos estén “enteramente preparados para toda buena obra” (2 Tim. 3:17). Todo lo que aprendemos de la Escritura debe ser adherido a un sistema bíblico de pensamiento. Esto puede lograrse haciendo varias preguntas cada vez:

- ¿Qué enseña este pasaje acerca de Dios, su carácter, y su plan?
- ¿Qué aprendemos acerca de nosotros mismos, nuestra naturaleza, nuestra lucha y el propósito de nuestras vidas?
- ¿Qué es lo que este pasaje nos enseña acerca de lo que está bien y mal, de lo que es bueno y malo, y lo verdadero y falso?
- ¿Qué instrucción hay aquí acerca de las relaciones, acerca del amor, la autoridad, etc.?
- ¿Qué enseña este pasaje acerca de la vida, su significado y propósito?
- ¿Qué enseña este pasaje acerca del hombre interior, del corazón y de cómo funciona?
- ¿Qué hemos aprendido de este pasaje que nos dirige en cuanto a cómo vivimos y tomamos decisiones?
- ¿Cómo este pasaje nos ayuda a entender y criticar nuestra cultura?

Al enseñar a nuestro hijos a formular y responder estas preguntas, les estaremos mostrando cómo usar las cosas que leen en la Biblia para pensar acerca de sus propias situaciones prácticas de la vida. El conocimiento de la verdad les ayudará a aprender a estar en el mundo, pero no ser del mundo (Ver la oración de Cristo en Juan 17:15-18)

2. Probar. En este paso le enseñamos a nuestros adolescentes a criticar, evaluar, interpretar y analizar la cultura circundante desde una perspectiva

bíblica. Por esta razón primeramente deben estar bien fundamentados en el conocimiento de la verdad bíblica.

Es aquí donde muchos padres cristianos toman una decisión que parece ser correcta superficialmente, pero creo que está mal si es que tienen la esperanza de preparar a sus adolescentes para ser una influencia redentora en la lucha cultural. Como la familia Smith, muchos padres cristianos tratan, en la medida de lo posible, de mantener fuera de sus hogares la cultura circundante (cassettes, discos compactos y videos). Al hacer esto, están perdiendo una oportunidad maravillosa y particular de enseñar a sus hijos cómo usar la perspectiva bíblica de la vida para entender y criticar su cultura.

Es importante que no siempre digas “no” a las peticiones de tus hijos, sino invita a tus adolescentes a traer el artículo a la casa, a sentarte con él a escuchar y ver, a involucrarse en una discusión acerca del contenido y luego compartir con él tu evaluación. Ayuda a tu adolescente a entender qué es lo que le atrae hacia ese artículo (el artista, el mensaje, la música, las imágenes, la acción, la presión de grupo, etc.). Luego, la manera más fácil de criticar el artículo es aplicar el mismo conjunto de preguntas que has estado usando para estudiar la Biblia en tus tiempos devocionales familiares.

Es una gran tentación para los padres el reaccionar exageradamente a asuntos de preferencias que realmente no son el enfoque de tu crítica. Por ejemplo, evita entrar en una discusión acerca de por qué ésta no es música verdadera, o por lo menos, no le gusta la música de tu juventud. No inicies debates sobre ropa, cabello y joyas. Lo que quieres es llegar al corazón del asunto, es decir, ¿cuál es la perspectiva de la vida que promueven estos artículos? (ver las preguntas mencionadas anteriormente). Todas estas cosas externas son expresiones del corazón del artista, director o productor. Debes ocupar tu tiempo considerando ese punto.

Cuando aprovechas la oportunidad para ir al cine y conciertos con tus adolescentes, escuchar música con ellos en la casa, o rentar y ver videos juntos, estás aprovechando al máximo una tremenda oportunidad para crecer adolescentes que puedan aprender a pensar con claridad bíblica y cultural. También, la televisión provee grandes oportunidades. Las comedias televisivas que aparentemente son inofensivas, promueven sutilmente los ídolos de la cultura circundante. Debes sacar a la luz estos temas básicos para que tus hijos los noten. Nuestra meta es sensibilizarlos para que estén alertas y en guardia. Deseamos que piensen y sean sabios, por lo que debemos buscar oportunidades que produzcan estos resultados. Lo que queremos es más que protegerlos; queremos que influyan en la cultura redentoramente y al hacer esto, glorifiquen a Dios.

3. Identificarse. Aquí le enseñamos a nuestros hijos a reconocer el terreno que tienen en común con los demás. Las luchas de la vida en este mundo caído son la experiencia universal de todas las personas. Los clamores del cantante de rock airado son también nuestros clamores. La diferencia estriba en cómo interpretamos y reaccionamos a estas luchas. En la música rock

moderna, escuchamos los gritos de enojo, miedo, decepción y soledad. Escuchamos desilusión y desconfianza. Escuchamos de la búsqueda del amor verdadero, la ruptura de la confianza, el fracaso de la amistad, la familia y el gobierno. Escuchamos de la codicia y la avaricia, del egoísmo y la hipocresía. Compartimos un terreno en común inclusive con el cantante que más nos ofende, aquel que representa precisamente las cosas de las que queremos proteger a nuestros hijos. Nuestras familias han fallado, nuestras promesas han sido rotas, hemos actuado por avaricia, hemos visto que el gobierno y la iglesia fallen. Nuestras creencias han sido desafiadas y nuestras esperanzas aplastadas. Nosotros y el mundo hemos sido quebrantados por el pecado, y todos hemos sentido el dolor. De hecho, esta es una de las razones por las que este material es atractivo para nuestros hijos. Ya sea que nos sintamos cómodos al admitirlo o no, estos cantantes, escritores y directores dan una voz a los clamores de nuestros propios hijos, quienes también han experimentado las realidades crudas de la vida en el mundo caído.

Esto es importante. Muchos cristianos caen en la mentira de pensar que no tienen nada en común con su cultura. No obstante, si consideramos nuestro propio pecado y nuestra propia experiencia de ser víctimas del pecado de otros, reconoceríamos humildemente la experiencia en común y el dolor en común que tenemos con los demás. El reconocimiento de este terreno en común es lo que nos mueve hacia el ministerio a la cultura. Y a este terreno en común se nos llama para traer el mensaje del evangelio.

Así que deseamos crecer adolescentes que hayan aprendido a identificarse con la cultura – no aceptando sus interpretaciones y respuestas, sino identificándose con sus luchas, y reconociendo humildemente porque razón estas respuestas parecen lógicas para alguien que no conoce a Cristo ni su Palabra. (“¡El mundo está arruinado, así que enójate!” “El mundo está arruinado, así que ¡goza, goza, goza!” “Ocúpate en ti mismo y obtén todo lo que puedas”) Identificarse implica reconocer el terreno en común que se tiene con los demás. Al enseñar a nuestros adolescentes a reconocer humildemente sus propias luchas para vivir en este mundo caído, ellos construirán plataformas de ministerio para su cultura.

4. Decidir. Lo que queremos es enseñar a nuestros adolescentes cómo saber cuando pueden ser participantes redentores de su cultura y cuando deben separarse de ella. La Escritura nos enseña a hacer ambas cosas, no obstante también nos muestra cómo el pueblo de Dios ha batallado con estos asuntos relacionados con la participación o separación (ver 1 Cor. 8, 10; 2 Cor. 6:14-18; Rom. 14).

Como padres cristianos tienen muchas maneras de ayudar sus hijos a pensar acerca de estos asuntos. No se conformen con sólo decir un “no” a secas. No recurran a decir: “¡Porque yo lo digo!” No te metas a discusiones ruidosas por las actividades propuestas para el viernes por la noche. Con calma, ayuda a tus adolescentes a aprender cómo pensar para tomar estas decisiones. Requiere que ellos participen en el proceso de discusión y pensamiento. Muchos padres no sólo protegen a sus adolescentes del mundo,

sino también los sacan del proceso de la toma de decisiones. Al hacer esto, no permiten que se preparen para los millares de decisiones que tendrán que tomar cuando sean adultos. Estos momentos son oportunidades para preparar a tus adolescentes a responder con sabiduría bíblica a las muchas opciones a las que se enfrentan.

5. *Redimir*. Aquí es cuando le enseñamos a nuestros adolescentes a recuperar el territorio ganado por el mundo siendo testimonio de las buenas noticias de Jesucristo. Dios ordena que nuestra voz en la cultura no sea sólo negativa, no sólo estar hablando siempre en *contra* de algo. La meta es declarar positivamente lo que Dios tenía en mente cuando diseñó las cosas en el principio; es decir, ser parte de la reconstrucción de la cultura a la manera de Dios, y proclamar que esta reconstrucción sólo puede ser hecha por la gente que vive en una relación apropiada con Dios a través de Jesucristo.

La Iglesia de Jesucristo, la familia cristiana, nunca fue establecida para existir como un gueto aislado en medio de una cultura arruinada y oscurecida. Somos llamados por Cristo a ser participantes en el mundo como sus agentes de redención.

Por lo tanto, necesitamos preparar a nuestros adolescentes. Necesitamos entrenarlos en la verdad y enseñarles habilidades de evaluación y análisis. Necesitamos ser modelos de cómo pensar e interpretar la vida bíblicamente. Necesitamos involucrarlos en el proceso de la toma de decisiones. Necesitamos enseñarles a reconocer el terreno en común y a dirigirse a los clamores de la cultura en un lenguaje que sea entendible por la misma. Necesitamos enseñarles a reconocer los ídolos que están en la esencia de lo que produce la cultura. Necesitamos enseñarles a participar en el debate cultural, a ser personas de influencia y a ser reconstructores. Y necesitamos enseñarles a hacer todo esto sin dar lugar al aislamiento arrogante o la asimilación transigente.

Es emocionante que podemos hacer esto sin temor. Dios nos ha dado su Palabra, nos ha llenado con su Espíritu, y nos ha rodeado con los recursos del Cuerpo de Cristo. Nos dará oportunidades a diario de involucrar a nuestros hijos en conversaciones fructíferas y edificantes acerca de la naturaleza y las luchas del mundo, y la naturaleza de sus propias luchas del corazón. Gracias a Dios, no estamos solos. Él está con nosotros, dándonos todo lo que necesitamos para producir adolescentes que se acerquen al mundo con algo más que una simple lista de lo que se debe o no se debe hacer.

Con esperanza podremos perseverar hasta alcanzar nuestra meta de crecer adolescentes que puedan pensar bíblicamente, entender su cultura y lidiar con los productos de la misma, con una perspectiva bíblica. Estos adolescentes serán adultos que sabrán cuando separarse y cuando participar. Sabrán cuando destruir y cuando reconstruir. Serán personas de influencia. Serán sal y luz.

Preguntas.

1. Describe las reacciones hacia la cultura de rechazo / aislamiento y las de asimilación
2. ¿Cómo define el autor “Cultura”?
3. ¿Por qué dice el autor que los padres comente un error al sólo enfatizar las cosas malas obvias de la cultura?
4. Explica este pensamiento: “Otro error de los padres es culpar al vehículo en vez de enfocarnos en los ídolos que éstos promueven”.
5. Menciona los ídolos de la cultura señalados en la figura 1
6. ¿Cuáles son algunas estrategias para los tiempos de plática con tu adolescente?
7. ¿Cuáles son las cuatro áreas en las que influye poderosamente la cultura?
8. ¿Cuál es la meta # 3 propuesta por el autor?
9. ¿Cuáles son los dos objetivos de la estrategia de interacción redentora?
10. ¿Cuáles son las cinco estrategias para preparar a tu adolescente para interactuar con su cultura?

Capítulo 10

Un Corazón para Dios

Desde antes que vinieran a este mundo, ya teníamos sueños para ellos. Antes de casarnos ya hablábamos acerca de tener hijos, cuántos queríamos, cómo los creceríamos, y qué deseábamos de ellos. Puedo recordar la emoción que sentí cuando me enteré que había un bebé creciendo dentro de mi esposa. Recuerdo cómo ponía mi mano sobre su estómago porque la única conexión que podía tener con mi bebé era cuando podía sentir su movimiento con mi mano.

Recuerdo cómo conducía hacia el trabajo y pensaba en él. ¿Quién llegaría a ser ella o él? ¿Qué apariencia tendría este pequeño? ¿Estaría normal físicamente? ¿Sería un erudito, un predicador, un atleta o un mecánico? ¿Tendría una buena profesión, iría al campo misionero, encontraría una pareja decente – cuál sería su travesía? Recuerdo el momento cuando nació nuestro primer hijo y cuando lo cargué por primera vez. Hubo en mi interior una colisión estrepitosa de gozo absoluto y temor poderoso. Allí estaba, saludable, vivo y cálido. ¡Teníamos un hijo! No obstante, en esos momentos fui confrontado con el alcance, la importancia y lo asombroso de la tarea. ¡Ya era un padre! Nadie más estaría en la posición que teníamos su madre y yo. Dios nos había escogido para ser sus agentes primarios de amor, cuidado, instrucción y entrenamiento.

En esos años incipientes de su vida, tuvimos anhelos, discutimos, compramos libros y oramos. Con él, amamos, arrullamos, alimentamos, instruimos, jugamos, disciplinamos y oramos. Hemos trabajado duro y fuerte por años. Hemos tenido miles de conversaciones acerca de lo que ocurrió durante el día. Ha habido miles de momentos de instrucción. Ha habido miles de momentos de consuelo y ánimo. Ha habido un torrente de Navidades y vacaciones que vinieron y se fueron.

Ha habido miríadas de “primeras veces” y “últimas veces”. Ha habido muchas, muchas conversaciones trasnochadas entre él y nosotros antes de ir a la cama. Hemos orado por él y con él. Le hemos instruido diariamente en la Palabra y le hemos llevado a lugares donde los demás harían lo mismo. No obstante todo esto, no hemos alcanzado la medida del tipo de padres que esperábamos ser. Ha habido miradas irritadas, palabras nada amables y silencios impacientes. Hemos hecho muchas cosas, pero ninguna de manera perfecta. En todo esto, hemos sido confrontados con nuestra debilidad y los recursos de la fortaleza divina siempre presentes.

Hemos dicho un incontable número de “sí” y “no”. Hemos comprado ropa, patinetas, libros y mobiliario. Lo hemos inscrito en escuelas y lo hemos retirado de otras. Nos hemos sentado vez tras vez con él en su cuarto y hemos tenido conversaciones acerca de las cosas que realmente importan. Hemos conocido y acogido a sus amigos en nuestra casa. Hemos saludado a sus amigas y escuchado las historias acerca de patrones difíciles. Hemos pasado por proyectos de la materia de ciencias y por exámenes de aprovechamiento.

Hemos trabajado, trabajado y trabajado. Hemos orado y orado, muchas noches yendo a su cuarto mientras estaba dormido, poniendo una mano sobre él y entregándolo de nuevo al Señor. Y hemos hecho todas estas cosas otra vez con cada uno de nuestros hijos.

¿Qué es lo que estábamos haciendo? ¿Acaso estábamos caminando simplemente por los episodios de la vida familiar? ¿Cuál era nuestro enfoque? ¿Qué queríamos producir?

Nuestra Meta Suprema

Todos deseamos cosas para nuestros hijos. Queremos una buena educación, un trabajo apropiado y satisfactorio, un matrimonio amoroso, hijos sanos, una buena casa y una vida que no sea despedazada por la tragedia. Pero ¿cuál es el deseo central que le da enfoque a todas las labores y sueños? Si pudiéramos desear una cosa para nuestros hijos ¿Qué sería esto? Más allá de casas, carros, trabajos y cónyuges, más fundamental que lugares y situaciones, ¿qué tipo de persona estamos tratando de producir al trabajar tan duro? Más allá de donde están y lo que harán, ¿Qué queremos que sean?

David captura lo que debe ser el enfoque supremo de todos nuestros esfuerzos con nuestros hijos al describir sus propios deseos:

“Una cosa he pedido a Jehová; ésta buscaré: que more yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (Salmo 27:4)

“¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los Ejércitos! Mi alma anhela y aun desea ardientemente los atrios de Jehová. Mi corazón y mi carne cantan con gozo al Dios vivo. Hasta el pajarito halla una casa, y la golondrina un nido para sí, donde poner sus polluelos cerca de tus altares, oh Jehová de los Ejércitos, ¡Rey mío y Dios mío! ¡Bienaventurados los que habitan en tu casa! Continuamente te alabarán.

Porque mejor es un día en tus atrios, que mil fuera de ellos. Prefiero estar en el umbral de la casa de mi Dios, que habitar en moradas de impiedad”. (Salmo 84:1-4, 10)

Lo que expresa David en el lenguaje florido del Antiguo Testamento es un *corazón para Dios*. Sobre todas las cosas, esta es la meta de los esfuerzos con nuestros hijos. Esta es *la* característica que deseamos ver en nuestros adolescentes al estarse preparando para salir del hogar. Esta cualidad dará una orientación hacia Dios a todas sus demás características de carácter y también a sus vidas. No podemos permitirnos elevar cualquier otra

característica sobre ésta. No podemos estar demasiado ocupados como para no invertir tiempo para ver este desarrollo. No podemos seguir las normas culturales que elevan la educación y la profesión por encima de cualquier otra cosa; la Biblia diría que alguien que ha vivido sólo para ser exitoso en estas cosas ha sido un necio. Esta meta de un corazón para Dios refleja el propósito de nuestra creación como seres humanos. El catecismo menor de Westminster lo dice bien, que el fin principal del hombre es el de “glorificar a Dios y gozar de él para siempre”.

Quizá para muchos de nosotros, esta meta parezca irrealmente alta. Nos hemos acostumbrado a sentirnos bien porque nuestro adolescente está dispuesto a ir a la iglesia sin oposición, o casi es respetuoso al estar en la casa. No obstante, esta es la meta de Dios para cada uno de nosotros, ¿Podemos conformarnos con algo menor para nuestros hijos? Quizá nos parece algo irreal para nuestro adolescente porque no la hemos tenido para nosotros mismos. Carecemos de la fe para buscar esto para ellos porque no lo hemos considerado como una posibilidad para nosotros mismos.

Meta 4 Desarrollar en tu adolescente un Corazón para Dios

Es una triste realidad que muchos hijos de hogares cristianos salen de casa sin tener un corazón para Dios. Puede ser que profesen ser cristianos, y con seguridad no son ateos filosóficos, pero son mundanos en la manera en la que se acercan a la vida. Existe muy poca evidencia de un hambre por Dios en su vivir diario. Estos muchachos no niegan a Dios conscientemente, pero otras cosas han reemplazado su reinado funcional en sus vidas. El amor a Dios ha sido reemplazado por el amor a otras cosas. Aunque no son rebeldes abiertamente, al nivel del corazón existe un amor mayor hacia el “mundo” que hacia el “Padre” (1 Juan 2:15). Han adorado y servido las cosas creadas en vez del Creador (Rom 1:25).

¿Qué falló?

¿Por qué es tan común esta situación? Si el Señor es el enfoque central de nuestras vidas, ¿por qué este valor no se transfiere a nuestros hijos? Esta pregunta persigue a muchos padres cristianos acongojados, pero creo que es una pregunta que todos deberíamos hacernos. Cada uno de nosotros debería examinar su corazón y examinar nuestra vida familiar al hacernos esta pregunta. Permíteme sugerir algunas respuestas posibles a la pregunta.

1. La primera respuesta es la *familiaridad*. El dicho antiguo reza, “la familiaridad engendra desprecio”. Como seres humanos caídos, tendemos a dar por sentado las cosas que han sido parte regular de nuestras vidas. En el ámbito físico no vivimos con una actitud de aprecio por la abundancia de comida, ropa, habitación y salud que gozamos en la cultura occidental. Somos increíblemente ricos en comparación con la norma en el resto del mundo, no obstante no vivimos con una actitud de sentirnos privilegiados. De hecho, a menudo

gruñimos y nos quejamos porque pensamos que no tenemos suficiente. Alguno de nuestros adolescentes abre la puerta del refrigerador que está repleto de comida y gime que no hay nada para comer. Debido a los viajes que he hecho por países del Tercer Mundo he recobrado el sentimiento de ser privilegiado y la gratitud consecuente de este hecho.

Esta dinámica también está presente con seguridad en el ambiente espiritual. De alguna manera necesitamos romper lo ordinario que es el cristianismo para nuestros adolescentes. Necesitamos ayudarles sentir aprecio por el privilegio de haber nacido en una familia de fe. Necesitamos ayudarles a ver que la “normalidad” de su hogar cristiano, no es algo común en este mundo. En vez de eso, es un acto soberano y amoroso de Dios, quien ha ordenado las fuerzas de la naturaleza y el curso de la historia humana con el fin de que le conozcamos a él y a su verdad. Además, nuestros adolescentes necesitan ver que él continúa estando presente, trabajando a diario para que no nos alejemos, y para que vivamos con su gloria como nuestra meta suprema. Necesitamos señalar fielmente hacia su existencia y poder y evidencias de su mano en acción. No podemos permitir que nosotros o nuestros adolescentes olvidemos el único hecho más glorioso de nuestra existencia: que Dios realmente existe, que es glorioso en poder y bondad, y que nos ha hecho sus hijos. Nunca habrá algo más importante o maravilloso que esto.

Le habremos fallado a nuestros hijos si no hacemos todo lo posible para que salgan de nuestros hogares con un sentido de asombro por Dios y las glorias de su gracia. No podemos relajarnos si nuestros adolescentes no tienen aprecio por Dios, por ser amados por él, y ser escogidos para vivir para su gloria. Necesitamos reconocer humildemente que una razón por la que no hemos transmitido esto a ellos es porque tal vez no es una realidad en nosotros. Muchos de nosotros hemos llegado a ser “miopes y ciegos” habiendo olvidado que hemos sido limpiados de nuestros pecados pasados (2 Pedro 1:9). Nuestros adolescentes no entenderán que la redención es un regalo y un privilegio, si nosotros mismos no la consideramos así.

Muchos de nosotros necesitan oír estas palabras no sólo con un corazón humilde y arrepentido, sino también con un corazón que encuentra consuelo en el perdón que Cristo ha comprado. Nuestro Redentor no sólo trae convicción de pecado, sino también perdona. No sólo perdona, sino también libera. No sólo libera, sino también restaura. Todo esto es para ti como padre cristiano. La obra de Cristo significa que no tenemos que vivir paralizados por el remordimiento. Confesamos nuestros pecados; él perdona y libera. Cuando damos pasos hacia delante con fe, él hace mucho más de lo que podríamos pedir o imaginar por el poder de su Espíritu que está en nosotros. El Evangelio nos permite mirar hacia atrás en descanso y mirar hacia delante con esperanza.

2. La segunda respuesta está relacionada con el *estilo de vida*. Deuteronomio 6 nos muestra un estilo de vida como padres en el que estamos *con* nuestros hijos. (Hablarás de ellas estando en tu casa y en el camino, al acostarte y al levantarte v.7). En la cultura agraria antigua, la familia estaba junta todo el tiempo. Los padres eran mentores de sus hijos en las habilidades

prácticas, en los puntos de vista acerca de la vida, y en los asuntos de la fe. El hogar familiar y la propiedad eran el enfoque de la vida y las actividades familiares. En la industria familiar o la granja familiar, cuando había una necesidad o crisis en la familia, el trabajo daba lugar a la necesidad personal apremiante. Los miembros de la familia estaban presentes físicamente unos con otros la mayor parte del tiempo. Los padres en esa cultura podían hablar con sus hijos literalmente desde el momento de despertar al momento de irse a dormir.

Es importante reconocer cuán radicalmente diferente es el estilo de vida familiar típico de hoy en día en comparación con la vida familiar que era la norma cuando se escribió Deuteronomio. Con la revolución industrial y el surgimiento de la educación moderna, el hogar y propiedad familiar ya no son el punto focal de la vida de los miembros de la familia. De hecho, los miembros de la familia en raras ocasiones pasan tiempo juntos. Nuestros hogares tienden a ser más parecidos a moteles a los que llegamos por la noche a dormir, para que a la mañana siguiente cada uno tome de nuevo su propio camino. Ve a un centro comercial y nota cuan pocas familias veras juntas. Mira alrededor durante el culto en tu iglesia y nota cuan pocas familias se sientan juntas. El punto no es que demandemos que nuestros adolescentes estén con nosotros cada momento o que deseemos haber sido padres hace 150 años. En vez de eso, debemos reconocer simplemente que la palabra que captura el estilo de vida familiar moderno no es unidad, sino separación.

El grado significativo en el que la mayoría de las familias modernas viven vidas separadas ciertamente afecta nuestra habilidad para comunicar el asombro redentor a nuestros hijos. A partir de los cinco o seis años en adelante, la mayoría de nuestros hijos pasarán la mayoría de su tiempo fuera del hogar. Al madurar y comenzar a desarrollar amistades, participar en actividades y buscar empleo, el tiempo que pasarán fuera del hogar (y alejados de la influencia de los padres) se incrementará. En nuestra cultura casi se considera como algo extraño el que un adolescente pase tiempo con sus padres. Cuando ves familias juntas, usualmente se trata de niños pequeños. Y en la cultura norteamericana, a los dieciocho años (difícilmente la edad en la que la mayoría de los muchachos alcanzan la madurez total) la mayoría de los adolescentes salen del hogar para ir a una universidad lejana, y nunca más vuelven a vivir con mamá y papá.

Permítanme decir de nuevo que no estoy sugiriendo que todos deberíamos tener una escuela en nuestra casa y prohibir a nuestros hijos que busquen un empleo, participen en actividades fuera de casa o se vayan a una universidad lejana. Simplemente necesitamos reconocer cómo el estilo de vida de separación afecta nuestra habilidad de cultivar a nuestros adolescentes como Dios nos ha llamado a hacerlo. Si es que vamos a preparar a nuestros hijos para la vida adulta, necesitamos ser enfocados y disciplinados. Necesitamos manufacturar oportunidades para hablar de manera relajada acerca de cosas importantes con nuestros adolescentes. Necesitamos evaluar las elecciones que tomamos para nuestras familias y el grado de actividad que permitimos que

sea la norma. Sencillamente, no puedes ser el mentor, pastor, discipulador de tu hijos, ni puedes desarrollarlos si casi no los ves.

Para algunos de nosotros esto significará apagar la televisión. Para otros, significará compartir mucho más de nuestras vidas y corazones personales con nuestros hijos. Para algunos esto significará tener que hacer una simplificación de nuestros estilos de vida, y para algunos esto significará hacer un esfuerzo mayor para hablar diariamente con cada hijo, ir al cuarto de nuestro adolescente, mostrar interés en su vida, y compartir la nuestra. Para algunos de nosotros implicará menos viajes y menos enfoque en el desarrollo profesional. Para algunos significará confesar nuestro propio egoísmo, al vivir vidas cerradas y aisladas poniendo como pretexto nuestro horario saturado. Para todos significa preguntarnos si hemos transferido a nuestros adolescentes un amor por Dios y un compromiso de vivir para su gloria. Si esto no ha ocurrido, significa que debemos preguntarnos si la vida ocupada y la separación han sido parte del porqué.

3. La tercera respuesta a la pregunta del porqué no hemos transferido a nuestros hijos un aprecio por Dios, es una respuesta difícil de enfrentar, pero debe ser considerada. Ésta es la *hipocresía*. Los hijos cuyos padres han vocalizado un compromiso fuerte con su fe pero no viven correspondientemente con ella, tenderán a despreciar dicha fe. La vida consistente con la fe de uno no significa que vivas perfectamente, sino que vivas de tal manera que se revela que Dios y su Palabra son las cosas más importantes para ti. Tal padre inclusive puede honrar a Dios en sus fracasos, con su confesión humilde y su determinación de cambio (arrepentimiento).

Los padres que hablan acerca del pecado, pero viven como si fueran mejores que los demás (“En mi época . . .” “Me levanto y voy al trabajo cada día, y no ves quejándome”) están negando funcionalmente el Evangelio. Los padres que hablan acerca del amor sacrificial de Cristo pero viven egoístamente (“¿Quién agarró mi periódico?” “¡Apaga ese bullicio! ¡Me está volviendo loco!”) están negando funcionalmente el evangelio. Los padres que hablan acerca de la gracia de Cristo, pero condenan verbalmente al disciplinar a sus hijos (“Nunca serás nadie en la vida” “¿Qué estás tratando de hacer? ¿Mira cuantas tonterías puedes hacer en un día?”) niegan funcionalmente el Evangelio.

Los padres que hablan del perdón de Cristo, pero viven con un espíritu airado y no perdonador hacia sus hijos (“¡Aléjate de mi vista! ¡Ahora no soporto verte!” “La próxima vez que quieras algo de mí, recuerda cómo me trataste hoy”) niegan funcionalmente el Evangelio. Los padres que hablan de buscar el reino de Dios, pero son arrastrados por el materialismo de la cultura occidental (vivir para tener mejor ropa, una casa, carro y vacaciones mejores y más grandiosas) niegan funcionalmente el Evangelio. El llamamiento de Dios es para que vivamos vidas que sean dignas del Evangelio que hemos recibido (Efesios 4:1). Si no hacemos esto como padres, nuestros adolescentes tenderán a desechar, e inclusive, a despreciar el mismo Evangelio que decimos es de importancia suprema. Tenderán a rechazar al Dios que hemos

representado tan mal, y también ellos, terminarán sirviendo los ídolos de la cultura circundante (ver Jueces 2:6-15).

Examina tu Corazón

¿Cómo reaccionas a lo que estoy diciendo? ¿Estás a la defensiva? ¿Estás avergonzado? ¿Desanimado? ¡No lo estés! También eso es negar funcionalmente el Evangelio. Si ves tus pecados y fallas, no tienes que justificarte delante de mí, de tus hijos o de Dios. No tienes que vivir con la carga pesada del remordimiento o sentirte tentado a claudicar. El Evangelio no sólo te da esperanza respecto a tus hijos, también te da esperanza respecto a ti mismo. Cristo, amorosamente, te invita a arrepentirte y a permitir que él realice una nueva obra en tu vida.

Como padres, necesitamos estar dispuestos a examinar nuestros corazones y examinar nuestras vidas. Necesitamos estar dispuestos a confesar y a arrepentirnos de las maneras en las que nuestras vidas han contradicho nuestras palabras acerca de la cosa más importante en nuestras vidas. Y necesitamos confesar nuestros pecados, no con sentimientos amargos de derrota y fracaso, sino con el reconocimiento gozoso de que hay perdón y liberación en Cristo. Aquel que nos perdona también nos dará la fortaleza para vivir de una manera nueva.

Si te ves a ti mismo y dices, “Sí, la vida que he vivido ante mi adolescente en varias maneras es una contradicción del Evangelio”, no caigas en el error de pensar que ya no hay esperanza. Acércate a tu adolescente y confiesa. Di, “Sabes hijo (hija) la manera en la que he vivido y reaccionado hacia ti a menudo ha sido una contradicción de cómo te he enseñado a vivir y cómo Dios ha actuado hacia mí. Sé que esto a menudo te ha desalentado y te ha enfadado. Sé que he sido hipócrita, desamorado, condenador, y no perdonador, y estoy aquí para pedir tu perdón. Me he dado cuenta que como padre, no he representado a Dios muy bien. Te pide que ores por mí, y te invito a que te acerques a mí cuando pienses que he reaccionado de una manera hipócrita y desamorada. Me he comprometido con Dios a vivir de una manera que hagan que él y su palabra sean atractivos para ti y tus hermanos y hermanas. Por favor ora por mí”.

Estoy convencido que estas son palabras de sanidad que Dios puede usar para alterar fundamentalmente el aprecio que tu adolescente tiene de Dios. Nunca es demasiado tarde para confesarse y arrepentirse. No te entregues al fatalismo. Reconoce que Dios es capaz de restaurar lo que la langosta se ha comido (Joel 2:25). Él es el Dios de la restauración, el Creador que es capaz de derribar y recrear. Humildemente sé parte de su obra de rescate y restauración.

Señales de un Corazón para Dios

¿Qué apariencia tiene un corazón para Dios en la vida diaria de un adolescente? La característica central de un corazón para Dios es su sincera y profunda hambre de conocer y honrar a Dios. Esto necesita ser contrastado con un mero cumplimiento farisaico y externo de los deberes cristianos, o vivir por sus beneficios temporales. Dios, usando las palabras más fuertes, comunicó su rechazo de la obediencia que no salía del corazón de los israelitas. El dijo:

"¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y del sebo de animales engordados. No deseo la sangre de toros, de corderos y de machos cabríos. Cuando venís a ver mi rostro, ¿quién pide esto de vuestras manos, para que pisoteéis mis atrios? No traigáis más ofrendas vanas. El incienso me es una abominación; también las lunas nuevas, los sábados y el convocar asambleas. ¡No puedo soportar iniquidad con asamblea festiva! Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras festividades. Me son una carga; estoy cansado de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos. Aunque multipliquéis las oraciones, yo no escucharé. ¡Vuestras manos están llenas de sangre!

Lavaos, limpiaos, quitad la maldad de vuestras acciones de delante de mis ojos. Dejad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien, buscad el derecho, reprimed al opresor, defended al huérfano, amparad a la viuda". (Is. 1:11-17)

"Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca con su boca y me honra sólo con sus labios; pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí está basado en mandamientos de hombres" (Is. 29:13)

Cristo tuvo el mismo tipo de reacción al cumplimiento sin corazón y de autojusticia de los fariseos.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de afuera del vaso o del plato, pero por dentro están llenos de robo y de desenfreno. ¡Fariseo ciego! ¡Limpia primero el interior del vaso para que también el exterior se haga limpio! "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados que, a la verdad, se muestran hermosos por fuera; pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda impureza. Así también vosotros, a la verdad, por fuera os mostráis justos a los hombres; pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. (Mat. 23:25-28)

"Porque os digo que a menos que vuestra justicia sea mayor que la de los escribas y de los fariseos, jamás entraréis en el reino de los cielos". (Mat. 5:20)

Las advertencias de estos pasajes pueden ayudarnos a mirar honestamente a nuestros adolescentes y a nosotros mismos. La vida piadosa se define como algo más que una lista de comportamientos (la lista aceptada de "haz" y "no hagas" que tiene cada comunidad cristiana, la cual típicamente combina los mandatos y prohibiciones bíblicas con muchas normas de conducta puestas por el hombre). La verdadera vida piadosa fluye del corazón y produce una cosecha de buen fruto en la vida de la persona. Esto es lo que estamos buscando para nuestros adolescentes.

Lo que verás en un adolescente que tiene un corazón para Dios es un catálogo de comportamientos, actitudes, relaciones y actividades que reflejan una *búsqueda personal de Dios*. No se trata de un cumplimiento envidioso del deber. No es motivado por las amenazas, la culpa, los ultimátums y la manipulación por parte de los padres. Tal intervención paterna es un intento de producir lo que sólo Dios puede producir. No producirán una cosecha duradera de vida piadosa, sino sólo fruto que decae tan pronto como la presión se retira (como, por ejemplo, cuando el adolescente se va a una universidad lejana y deja todas las acciones cristianas que tenía que hacer por presión cuando estaba en casa).

Notemos los términos que he usado. Deseamos que Dios nos use para desarrollar en nuestros adolescentes una *búsqueda personal* de Dios, una seriedad en cuanto a la relación con Él que es motivada internamente. Este adolescente tendrá iniciativa espiritual. No necesitará ser coercionado ni manipulado. Se involucrará en las cosas espirituales porque genuinamente lo desea, porque son importantes para él.

Notemos además que lo que estamos describiendo es una *búsqueda personal* de Dios. La búsqueda tiene que ver con estar en pos de algo. Este adolescente es un buscador. Está hambriento. Está buscando situaciones, lugares y relaciones que le ayudarán a hacer lo que es más importante para él – conocer a Dios. Encontrará tiempo. Irá más allá de lo común. Actuará con decisión e intencionalidad en cuanto a su fe. Estará abierto y será moldeable. No estará buscando excusas para no asistir a un culto o a un estudio bíblico. Leerá, estudiará, meditará y memorizará. Por voluntad propia, de manera independiente irá en pos de Dios.

Tercero, lo que estamos tratando de desarrollar es una *búsqueda personal de Dios*. No es lo mismo que estar en el cuerpo de Cristo porque allí están las relaciones “buena onda”. No se trata de apaciguar a los padres participando en las actividades de la Iglesia. En vez de eso, este es un adolescente que ha llegado a conocer y a amar a Dios, y que quiere conocerlo mejor. Existe en su corazón un deseo real de un compañerismo con Dios, un deseo verdadero de que su vida sea agradable a él. Este es un joven que realmente ama a Dios, y que su estilo de vida revela ese amor.

Como dije antes, esta *búsqueda personal de Dios* se revelará a sí misma en los comportamientos, actividades, y relaciones de la vida del adolescente. Si tu adolescente tiene un corazón para Dios, verás estas cosas.

Señales de una búsqueda de Dios

1. *Existirá una vida independiente de adoración y devoción personal.* Este adolescente pasará tiempo personal con el Señor. Deseará leer la Biblia y pasar tiempo en oración. ¡No! probablemente no se levantará a las 5:00 AM para leer y orar por dos horas, pero tendrá una vida en desarrollo de devoción personal.

Recuerdo que no hace mucho tiempo entré al cuarto de mi hijo adolescente buscando el teléfono inalámbrico y me observé un Nuevo Testamento bastante usado junto a su cama. Había estado leyendo diariamente en él. No había sido dramático o verbal respecto a su vida devocional, pero tenía un hambre por Dios, que lo había hecho encontrar tiempo en su horario, generalmente caótico, para estudiar la Escritura.

2. Tendrá el deseo de participar en la adoración e instrucción corporativa. Un adolescente que con gusto va a los cultos, que no tiene que ser amenazado para asistir, estará allí por dos razones primarias. Primero, porque disfruta la adoración. Para él, la adoración expresa su amor y gratitud sinceros por Dios y su obra. Para él, la adoración expresa la base de su esperanza. Y encontrará el gozo en estar con gente que comparte su deseo de alabar a Dios. Estará allí porque la adoración corporativa le ayuda a enfocarse en la cosa más importante de la vida, la existencia de Dios y su gloria. Quizá no sea capaz de verbalizar todas estas cosas, pero estará allí porque *desea* estar allí.

Ocurrió el domingo después de que había yo regresado de un viaje largo al extranjero. Como familia, íbamos a estar muy ocupados la siguiente semana. Había decidido que hibernaríamos el fin de semana, incluyendo el Domingo. Tendríamos un culto familiar y luego saldríamos a comer. Mi hijo mayor vino y me dijo que quería ir al culto diurno de adoración de nuestra Iglesia. Me preguntó si me ofendería si él se iba en tren a la Iglesia y luego se reuniría con nosotros para comer. ¿Me ofendería? ¡Al contrario, estaba encantado! (Su deseo de adorar también causó que reexaminara la decisión que había tomado). No quería hacer algo que pudiera apagar su deseo de participar en las reuniones corporativas de la Iglesia.

Esto indica otra señal positiva en el deseo de un adolescente de participar en las reuniones del cuerpo de Cristo: tiene un espíritu *hambriento y moldeable*. Frecuentemente, los adolescentes no reconocen su necesidad de instrucción. Pueden ponerse a la defensiva cuando procuras darles un consejo o enseñarles. A menudo piensan que saben mucho más de lo que realmente saben. Asumen que están mucho más preparados de lo que realmente están.

Es una señal de la gracia de Dios obrando cuando un adolescente busca ser instruido. Es una señal de hambre espiritual cuando un adolescente tiene un espíritu moldeable. Los adolescentes que tienen un corazón para Dios no evitarán los tiempos de enseñanza y predicación; al contrario, los procurarán. Y no estarán en la última fila de la Iglesia, casi recostados en la banca, mirando como si apenas pueden soportar el aburrimiento. ¡No! de algún modo, de alguna manera demostrarán un hambre por aprender más acerca de Dios, su voluntad y su camino. Tendrán aprecio por los maestros que Dios ha puesto en el cuerpo de Cristo, y desearán estar donde se ofrezca instrucción bíblica.

3. Un adolescente que tiene un corazón para Dios también buscará compañerismo con el cuerpo de Cristo. Deseará pasar tiempo con otros que tienen la misma mentalidad. Buscará compañeros que compartan su fe y su deseo de estar involucrados en la comunidad cristiana. Este es el adolescente

que llega a la universidad e inmediatamente comienza a considerar los compañerismos estudiantiles cristianos que estén disponibles en el área. Este es el adolescente que encontrará compañeros cristianos en su preparatoria. Cuando está lejos de casa, estará emocionado de poder reunirse con compañeros cristianos. También valorará la ayuda, oraciones, ánimo, experiencias, consejos y sabiduría de los miembros mayores del cuerpo de Cristo.

Recuerdo a un adolescente que se sentó en mi oficina y se reclinó sobre la silla con esa postura que comunica “¡Muy bien, haga algo que me impresione!” Obviamente, él no quería estar allí. Estaba esforzándome al máximo para penetrar sus defensas y en medio de mis esfuerzos dijo, “¡Tengo que salir de aquí! ¡Esto me está volviendo loco! No es suficiente con que ella [su madre] haya metido a Dios en cada discusión que tenemos. Ahora me hace venir a la fuerza para que usted cierre la puerta y haga más de lo mismo. Sólo dígame qué quiere que haga y lo haré para que pueda salir de aquí!” Palabras tristes, habladas por un joven enojado que no tenía tiempo para las cosas del Señor. Tristemente, también, su reacción mostraba la manera equivocada en la que la Palabra había sido usada en su hogar. (Discutiremos esto más adelante).

4. El adolescente que tiene un corazón para Dios estará relajado y abierto a las discusiones sobre las cosas espirituales. No deberíamos esperar o aceptar que nuestro adolescente esté cerrado y a la defensiva, indispuesto a escuchar la Palabra de Dios. Estamos tratando de producir adultos jóvenes que amen al Señor y a su Palabra, que entiendan que ella habla de alguna manera de cada situación de la vida, y que estén hambrientos por ser guiados y corregidos por ella. No sólo no queremos producir adolescentes que estén a la defensiva en lo espiritual, sino que queremos producir adolescentes que sean abiertos y humildes, que sepan que necesitan la ayuda de Dios y la busquen.

Evalúa a tu adolescente. ¿Cómo reacciona cuando se menciona en la conversación la Biblia o la voluntad del Señor? ¿Habla de alguna manera de las verdades de la Palabra? ¿Habla alguna vez de la oración o de buscar la dirección espiritual para una decisión? ¿Buscan tu ayuda con una conversación matutina, con una llamada breve al medio día para ver qué piensas acerca de un asunto, con una de esas profundas discusiones nocturnas trasnochadas, o con la petición de que ores por ellos por algo que ocurrirá pronto? ¿Son consumidores devotos de las cosas del Señor, hambrientos, necesitados y buscando? ¿Se sienten relajados y cómodos con la verdad de Dios y con la gente que la sostiene?

Mi hija estaba en una situación difícil con un grupo de amigos muy competitivo y a menudo chismoso. Existía una tentación real de entregarse al enojo, la amargura, el chisme y a devolver mal por mal. Una noche durante la cena compartió algunas de las cosas que estaban pasando con este grupo de amigos. Luego dijo, “He pensado mucho acerca de esto y sé qué es lo correcto”. Quizá no te parece una declaración notable, pero fue muy alentadora para mí. Estaba diciendo que no había seguido la corriente del grupo, que

había dado un paso atrás para mirar las cosas, y que había determinado hacer lo que era correcto pensar, decir y hacer.

5. Los adolescentes que tienen un corazón para Dios se acercarán a la toma de decisiones desde una perspectiva bíblica. Tendrán un corazón para lo que es correcto. Lo que nos animó es que nuestra hija quería hacer lo que estaba correcto, y que había tomado el tiempo para considerar la voluntad de Dios. No podemos conformarnos con adolescentes cuyas decisiones son impulsivas, egoístas y dirigidas por la emoción. Debemos mantener una norma superior ante ellos. Deseamos ser usados por Dios para desarrollar una referencia divina constante en todo lo que hagan, es decir, crecer jóvenes que realmente vivan para la gloria de Dios. Queremos que ellos realmente crean que la pregunta más importante en cada situación es, “¿Qué quiere Dios que piense, desee, diga y haga?” Y queremos que vean a la Biblia como su herramienta más importante al tomar las decisiones más críticas y prácticas de la vida.

Nuestra meta suprema es que nuestros adolescentes tengan un corazón para Dios. Esta es la raíz que producirá todos los otros frutos de la vida piadosa en sus vidas. Por lo tanto, busquemos evidencia de una vida devocional personal, de un deseo por la adoración e instrucción corporativa, de una amistad y compañerismo con el cuerpo de Cristo, de una apertura relajada hacia las cosas del Señor, y de toma de decisiones desde una perspectiva bíblica. No buscamos estas cosas de una manera legalista, sino como señales naturales de un corazón que realmente ama a Dios, que realmente desea conocerlo y vivir para traerle gloria. Y no queremos caer en el pensamiento de que es imposible para nuestros adolescentes. El Evangelio es para los adolescentes y el Espíritu Santo puede obrar la piedad en el corazón de un adolescente como en el de cualquier otra persona. Si creemos estas cosas, trataremos de funcionar como los instrumentos de la piedad en su vidas.

Estrategias para impulsar un corazón para Dios

Si la meta suprema para nuestros adolescentes es un corazón para Dios, entonces necesitamos preguntarnos qué cosas prácticas podemos hacer para esto en ellos. Como en todo lo demás, si es que vamos a ser exitosos, necesitamos saber a donde estamos yendo y cómo llegar allí. Permíteme sugerir varias cosas que puedes hacer para alentar un hambre por Dios en tus adolescentes. Ten en cuenta que todas estas cosas también se pueden aplicar a niños menores, pero son de importancia particular durante los años de la adolescencia.

1. Haz que el culto familiar sea una prioridad y hazlo atractivo. Esto implica, primero que nada, que captes la atención de tus hijos. Implica atraerlo e involucrarlo. También significa atraerlo y ganarlo hacia la voluntad y el camino de Dios. Para lograr esto, nuestros tiempos de culto familia necesitan ser agradables, relevantes, desafiantes e interactivos. El culto familiar no necesita ser una faena monótona y aburrida para nuestros hijos; puede ser un tiempo

familiar agradable que está centrado en la Escritura. Permíteme mencionar algunas cosas que hemos hecho para involucrar a nuestros adolescentes.

Hemos tratado de mantenerlos interesados y desafiados usando buenos libros cristianos como la base de nuestra instrucción y discusión. He encontrado que mucha de la literatura cristiana devocional orientada a los adolescentes es demasiado superficial y muchas veces, basado en demasía en la psicología. (Por ejemplo, mucho de esta literatura trata de la autoestima, una categoría que no se encuentra desarrollada fuertemente en la Escritura). Nuestra familia ha buscado libros buenos, prácticos y divertidos que están orientados a los adultos y los leemos a nuestros hijos. Unos buenos ejemplos de éstos son las obras de Steve Brown y Max Lucado.

Me anticipo en la lectura del libro y adapto el vocabulario al nivel de los niños menores que participarán en el devocional. El propósito es hacer que el libro sea entendible para los menores y, sin embargo, sea desafiante conceptualmente para los mayores. He recomendado a Steve Brown y a Max Lucado porque son excelentes contando historias y constantemente construyen puentes entre la verdad de Dios y la vida diaria.

Al estar desafiando a tus adolescentes en el culto familiar, haz que estos tiempos sean momentos de conversación. Haz que hablen para ver si entendieron, para ver si tienen dudas o confusión, y para ver si pueden conectar las cosas discutidas con lo que está pasando en sus propias vidas.

Hemos encontrado que pasar tiempo en Proverbios y los Evangelios es muy útil para mantener interesados a nuestros adolescentes. No podrás encontrar otra porción de la Escritura más práctica que el libro de Proverbios. Literalmente, es imposible leer un capítulo que no hable directamente de las cosas que enfrenta cada uno de nosotros. Los proverbios a menudo inician buenas discusiones.

Los Evangelios también tocan la vida real. Dios ha venido en carne, y camina entre la gente, involucrándolos en una consideración de las verdades del reino de Dios. Cristo, el experto en preguntas, el experto en relatar historias, el experto en ilustrar, puede captar la atención de tus adolescentes cuando los estés ayudando a entender los asuntos importantes de los que habló.

Hemos encontrado que es importante no entrar al tiempo del culto familiar con una expectativa rígida y un plan rígido. Deseamos una atmósfera de libertad, en la que los adolescentes se sientan libres de hacer preguntas, expresar dudas, expresar confusión, debatir aplicaciones y tratar de sacar inferencias e implicaciones, todo esto sin miedo a ser callados, regañados o ridiculizados. Lo que queremos es que conecten la verdad con sus vidas, se convenzan y sean capturados por ella, por lo tanto, no tenemos prisa. Queremos darles tiempo para entender y para que el Espíritu Santo obre. Este tiempo es para ellos. No tenemos expectativas acerca de la cantidad de material que se cubrirá y nuestra meta no es que nuestros adolescentes

concuerdan con nosotros. La meta es estimular en ellos un hambre por Dios, por lo mismo debemos estar relajados, ser pacientes y creativos.

2. *Busca oportunidades para dirigir a tu adolescente hacia Dios.* No permitas que vivan en un ateísmo funcional, un punto de vista práctico de la vida en el que Dios está ausente. Busca la manera que con naturalidad señalen hacia la presencia, poder y provisión del Señor. Sabemos que él está allí, sabemos que siempre está activo, y sabemos que todo lo que hace es bueno. Debe haber muchas oportunidades para señalarles esto a nuestros adolescentes. Tenemos que proteger a nuestros adolescentes de una teología equivocada en la que Dios es pasivo y distante. Muchos adolescentes creen en un Dios que sencillamente no hace ninguna diferencia, por lo que su fe y sus vidas existen en dos niveles completamente diferentes.

Señala las respuestas directas a la oración. Habla de las situaciones en las que ha dado fortaleza y sabiduría. Ayuda a tus adolescentes a reconocer ejemplos de la protección y provisión del Señor. Apunta los lugares donde la Escritura preparó a tu adolescente para algo que estaba enfrentado. Discute esas situaciones en las que la Escritura dio dirección y rumbo en el tiempo de decisión. Señala los “dones buenos” que Dios provee amorosamente. No permitas que tu adolescente viva en un mundo funcional en el que no existe Dios.

3. *Sé positivo y cristocéntrico en tu uso de la Escritura.* Hay muchos adolescentes que desarrollan una actitud negativa hacia la Escritura por la manera en la que fue usada por sus padres. No uses la Escritura como una vara para infligir culpa, para humillar a tus adolescentes o para condenar. No avergüences a tus adolescentes usando la Escritura. No los golpees con la Biblia. Recuerda que la verdad siempre debe ser dicha en amor. El propósito de la Palabra en la vida de tus adolescentes no es golpearlos hasta el suelo y desanimarlos, sino prepararlos para estar “enteramente preparados para toda buena obra” (2 Tim. 3:17).

Tu uso de la Escritura con tu adolescente debe estar empapada de esperanza porque la Escritura siempre va del fracaso y pecado humano hacia el perdón y la liberación en Cristo. No uses la Biblia de una manera que cause que tu adolescente corra y se esconda de Dios. Úsala de tal manera que lo anime a correr hacia Jesús para recibir la ayuda que sólo Él puede dar.

4. *Debemos estar dispuestos a ser usados como ejemplo del perdón, habilitación y liberación de la gracia de Cristo.* Nuestra historia como padres es la historia de la obra de Dios; es muy importante que no nos llevemos el crédito. Abstente de los típicas conversaciones del tipo “En mi época . . .” o “Cuando tenía tu edad . . .” No debemos vernos como cuadros que nuestros hijos deben mirar, sino como ventanas a través de las cuáles nuestros hijos puedan ver la gloria de Cristo. Los dirigimos poderosamente hacia Cristo cuando admitimos humildemente ante nuestros adolescentes que éramos y somos personas en necesidad de la ayuda de Dios.

5. *Debemos estar dispuestos a pedir perdón, que se nos pidan cuentas y que se ore por nosotros.* Inclusive tu fracaso paternal puede ser usado por Dios para suavizar el corazón de tu adolescente. ¡Qué esperanza hay en el Evangelio! No permitas que esos momentos de egoísmo, irritación, palabras ásperas, impaciencia y enojo sencillamente se desvanezcan. Acércate a tu adolescente y confiesa tus faltas. Pide que ore por ti, invítale a que se acerque a ti cada vez que sea lastimado por las cosas que hayas dicho o hecho. Sé un ejemplo de humildad, dependencia en Cristo y de esperanza.

Vi el reporte de calificaciones de mi hijo al final del día. Miré sus calificaciones e inmediatamente me enojé. Aunque las calificaciones no estaban terribles, sabía que él pudo haber salido mejor. Como con un látigo, le dije cuán duro trabajábamos para pagar sus estudios (culpa). Le dije que a veces me preguntaba si alguna vez se compondría (condenación). Y le dije que cuando tenía su edad, tomaba muy en serio la escuela (autojusticia). Estaba sentado enfrente de mí con la cabeza hacia abajo. No dijo nada. Y cuando terminé, se levantó y se fue a su cuarto.

Inmediatamente, sentí convicción de pecado por la manera como me había comportado. Oré y pedí al Señor que me perdonara. Más tarde esa noche, le pedí a mi hijo que se sentara otra vez conmigo. Le dije que me había dado cuenta que él no era el único pecador en la casa. El sonrió. Le pedí su perdón. Confesé que necesitaba la ayuda de Dios y de sus oraciones. Le dije que yo era su padre, pero también quería ser un amigo fiel. Le dije que yo deseaba dejarlo con esperanza aun en los momentos de corrección. Me agradeció por hablar con él, y se fue a la cama. La tarde siguiente, cuando regresó de la escuela, tomó mi brazo y me dijo, “Yo también deseo ser tu amigo”. Palabras preciosas. Representaban el reblandecimiento de su corazón, y representaban la obra redentora de Dios a través de mi fracaso. Recuerda, no son tus debilidades las que estorbarán la obra de Dios a través de ti, sino tus ilusiones de fortaleza. ¡Su fortaleza se perfecciona en nuestra debilidad! Señala su fortaleza estando dispuesto a admitir tus debilidades.

6. *Sé un modelo de la oración sin cesar.* Haz de la oración una parte regular e importante de la vida familiar. Ora constantemente con tu adolescente. Si te comentan que presentarán un examen difícil, no prometas que orarás por ellos; hazlo inmediatamente allí. Si te comparten que están luchando con una relación, no les digas simplemente como manejar la situación; ora con ellos. Cuando estén saliendo en un viaje familiar o de vacaciones, reúne a la familia y ora. Cuando tu adolescente esté batallando con llevarse bien con sus hermanos, no te entregues a los gritos constantes; siéntate y ora con él. Pregunta a tu adolescente en donde está luchando con dudas, temores, enojos, desánimos y otras tentaciones, y ora con él. Regresa más adelante y dile que has continuado orando y pregúntale cómo van las cosas. Ora, ora, ora, ora. En la vida familiar, hay un millar de oportunidades naturales para orar con y por tu adolescente.

7. *Sé un ejemplo de un hambre de Dios.* Permite que tu adolescente vea tu compromiso con el estudio bíblico personal y familiar, con estar regularmente

bajo enseñanza de la Palabra de Dios y con estar en un compañerismo y ministerio robusto con el cuerpo de Cristo. Pregúntate, “¿Tengo hambre de Dios y lo pueden ver mis adolescentes?” ¿Eres un modelo de lo que estás tratando de establecer en tus adolescentes?

Mi padre fue muy fiel en reunirnos todos los días para tener el culto familiar. No era maestro, pero nos leía un pasaje y luego todos orábamos. Recuerdo un período en el que mi hermano mayor Tedd estaba trabajando el primer turno en una fábrica. Tenía que estar allí entre las 6:00 y las 6:30 AM. Papá hacía que el resto de nosotros nos levantásemos a las 5:00 AM para que leyéramos y oráramos juntos. Luego la familia regresaba a la cama y Tedd se iba al trabajo. No recuerdo mucho de lo que leíamos, pero recuerdo cómo me impresionó el compromiso inalterable con el culto familiar. Recuerdo que pensaba que tenía que ser muy importante porque nada se interponía en el camino de nuestro tiempo familiar de lectura bíblica y oración.

Mis padres hicieron lo mismo con la adoración dominical. Era una parte no negociable del horario familiar. La única cosa que hacíamos los domingos por la mañana era asistir al culto de adoración de la Iglesia. Inclusive cuando estábamos de vacaciones, mis padres encontraban un lugar para que fuéramos a adorar el domingo. Demostraron un compromiso que reflejaba la importancia de estas prioridades espirituales. Necesitamos hacer lo mismo.

¡Dios nos ha escogido para ser sus hijos! Ha abierto nuestros ojos a su verdad. Nos ha perdonado, adoptado como sus hijos, y nos ha dado el poder por medio de su Espíritu. A pesar de nuestra desobediencia e incredulidad, ha respondido con corrección paciente y amorosa. Hemos experimentado su gracia admirable. Aunque no logremos nada más, lo que sí queremos es que nuestros hijos le conozcan, valoren su amor, se maravillen por su gracia y vivan para su gloria. Queremos que experimenten su amor redentor y entreguen sus corazones a él. Por lo tanto, serán nuestra prioridad la adoración y enseñanza pública, el estudio bíblico personal, el compañerismo, y el culto y ministerio familiar. Nos esforzaremos por ser padres que diariamente demuestran con su vida lo que significa “buscar primeramente el reino de Dios”, haciendo que sea nuestra prioridad la búsqueda de Cristo. Al hacer esto, permitimos que Dios obre a través de nosotros para establecer un hambre por él en los corazones de nuestros adolescentes.

Preguntas

1. Cuál es la cuarta meta propuesta por el autor?
2. ¿Cuáles son las razones por las que no transmitimos a nuestros hijos un corazón para Dios?
3. ¿Qué apariencia tiene un corazón para Dios en la vida diaria de tu adolescente?

4. ¿Cuáles son las señales de una búsqueda de Dios?
5. ¿Cuáles son las estrategias para impulsar un corazón para Dios?

Capítulo 11 Saliendo del Hogar

Ella estaba en el pórtico mirándolo estrujar dentro del carro otra caja de “cosas”. Intentó al máximo ocultar sus lágrimas y ver a un joven bien preparado, pero cada vez que miraba, su mente se llenaba de imágenes del niño de pantalones vaqueros sucios, ostentando un bigote de leche, y pidiendo sólo una galleta más de chocolate. Se preguntaba cómo le iría. Él iba a vivir a miles de kilómetros de distancia en una universidad importante. Ya habían estado allí juntos y todos los arreglos necesarios se habían hecho, pero esta vez él iría solo. Así lo había pedido él, así que ella acordó visitarlo más adelante. Sí, se preguntaba cómo le iría, pero sabía que *ella* no estaba lista para esto.

Deseaba repetirlo todo de nuevo. Deseaba haberlo hecho mejor. Deseaba tomar a su hijo y pedirle perdón por todos esos momentos en los que debió haber estado allí y no estuvo. Quería expresarle cuanto lamentaba todos los momentos que respondió con irritación cuando le pedía ayuda. Quería retractarse de todas las palabras que dijo airada. Deseaba otra oportunidad en el proyecto de ciencia que resultó en tal desastre y causó tanto conflicto entre ellos. Deseaba regresar a todos los partidos deportivos que parecían ser sin importancia y esta vez, sí asistir a todos ellos.

Deseaba haber sido más fiel en hablar acerca de las cosas del Señor. Deseaba haber sermoneado menos y orado con él más. Quería retroceder el tiempo y ser más amable con sus amigos. Deseaba haber ido con mayor frecuencia a su cuarto, sólo para preguntarle como había estado su día, simplemente para encontrar otra excusa para expresarle su amor. Tenía un temor silencioso de que él se descarriaría en la universidad como tantos otros hijos de familias cristianas. Estaba parada allí y se puso a orar, sin percatarse que había finalizado el proceso de acomodo de las cosas, y que él estaba parado en el pórtico, juntamente con su esposo al lado de ella.

Sus pensamientos acelerados y sus oraciones silenciosas fueron interrumpidas con su voz. “Mamá, ya terminé de subir mis cosas y ya me debo ir. No puedo expresarte cuán agradecido estoy por todo lo que tú y papá hicieron por mí. No se preocupen por mí, ustedes hicieron un buen trabajo. Sé lo que está bien y está mal. Estaré bien”. Al decir estas últimas palabras, se abrazaron. Las lágrimas corrieron por el rostro de ella. Ella no lo notó, pero él también lloró. El padre dijo, “Antes que te vayas, vamos a orar”. Y con esa oración y un abrazo final, dio un salto fuera del pórtico y luego, al interior de su automóvil.

Ella permaneció en el pórtico abrazada de su esposo mucho tiempo después de haberse alejado el automóvil. No estaba segura porqué permaneció allí o qué estaba mirando. Sencillamente, le parecía una manera de asirse a su hijo un rato más. Luego, su esposo irrumpió en sus pensamientos llorosos y dijo, “Querida, para este momento hemos estado

trabajando todos estos años. Es un buen chico y está listo. Conoce al Señor. Estará bien. Además, regresará para Navidad en unos cuantos meses”.

Al dirigirse al interior de la casa agregó, “Sé que vamos a extrañarlo, pero debemos estar realmente alegres. Podemos ver el fruto de todos nuestros esfuerzos. Ha valido la pena. Tenemos mucho para estar agradecidos”. Ella no respondió. Era difícil para ella no imaginarse en el carro con su hijo, dándole unos cuantos consejos más de última hora. Y era difícil para su mente no recorrer una miríada de “que tal si...”. Sabía que su esposo estaba en lo cierto. Nuestra meta como padres es esforzarnos para completar la obra y quedarnos sin trabajo. La meta de los padres es enviar adultos jóvenes al mundo que estén preparados para vivir como hijos de Dios, y como sal y luz en un mundo corrupto y en ruinas. Estaba consciente que su hijo no era su posesión, que pertenecía a Dios, y tanto ella como su esposo eran instrumentos en las manos de Dios. Sabía que este era un momento bueno, una emancipación, pero era difícil estar feliz y difícil no desear tenerlo para darle un poco más de instrucción. No obstante, sabía que había concluido esta fase de su obra en la vida de su hijo, y que debía confiarlo en las manos de un mejor Padre.

Meta 5 Preparar a los adolescentes para salir del hogar

Miles y miles de padres han vivido esta escena, todos sabiendo que era inminente, no obstante, estando un poco desprevenidos cuando llega el mero día. Esta es la meta final que necesita lograrse. Como padres, necesitamos ver la emancipación del hogar como una meta importante y piadosa. Para esto nos llama Dios, para preparar a nuestros hijos para ser contribuyentes importantes de la obra del Reino de Dios. Por lo mismo, pasamos años preparándolos, y luego los enviamos al mundo. ¡No! no nos pertenecen; nunca fueron nuestros. Siempre han pertenecido a Dios, quien nos eligió como sus agentes de crecimiento, madurez y preparación. No debemos desear que sean dependientes y muy atados a nosotros. Debemos desear que sean capaces de permanecer firmes y contribuir mucho. Debemos desear ser capaces de decir con alegría: “¡Sé libre!” sabiendo que tienen todo lo que necesitan para hacer lo que Dios los ha llamado a realizar. Esta es la meta de todos esos años de trabajo paternal.

Saliendo del Hogar demasiado pronto

No tienes que ver mucho a tu alrededor para darte cuenta que muchos adolescentes en nuestra cultura y en nuestras iglesias están saliendo del hogar demasiado pronto y muy poco preparados. Su partida no es parecida a la escena cálida familiar que describí anteriormente. Estos son muchachos que desde la edad de trece, catorce o quince comienzan a decirse a sí mismos que se irán de casa lo antes posible. Anhelan llegar a los dieciocho años, cuando se hayan graduado de la preparatoria y puedan realizar, de hecho, su propia liberación. Cuando estos muchachos se van, no dan un “gracias” con calidez.

Se van con palabras airadas o sin palabras porque la relación con sus padres desde hace mucho se rompió.

Al haber aconsejado a muchos adolescentes y a sus padres, ha sido muy claro para mí que son pocos los adolescentes que se van por causa de las *reglas*. ¡No! Ellos se van por causa de la *relación*. Se van porque la relación con sus padres se ha puesto tan mal, tan airada, con tanta confrontación, tan adversativa que ya no soportan vivir bajo el mismo techo con ellos. Tristemente, esto pasa con frecuencia en los hogares de creyentes. Esto no quiere decir que estos adolescentes no sean rebeldes. Usualmente lo son, pero es la ruptura en la relación lo que, al final de cuentas, los ahuyenta de la casa, sin preparación para vivir vidas piadosas y productivas en un mundo caído.

Lo que ocurre es que los padres, en su deseo de lograr que su adolescente haga lo que es correcto, permiten que su propio enojo, amargura y espíritu implacable corrompan y distorsionen todo el proceso. Antes que se den cuenta, casi son incapaces de tener una conversación con su hijo o hija que no esté teñida con su enojo. Sus palabras cada vez más se vuelven denigrantes, juiciosas y condenatorias. Se permiten ser sorbidos en batallas de palabras, usando el arma del fracaso del otro, para ganar la guerra del poder. Al hacer esto, se olvidan de su propia experiencia del amor paternal de Cristo. Cuando aún eran pecadores, él murió por ellos. Es su bondad la que los dirige hacia el arrepentimiento. Es su gracia la que sobrepasa la profundidad y la anchura de su pecado. Su gracia nunca es transigente con respecto a lo que es correcto, nunca dice que está bien el pecado, pero trae poderosamente un amor perseverante a aquel que nunca podría ganarlo por su propia justicia.

Los padres que siguen el ejemplo de Cristo no corrigen sin el evangelio de gracia como parte del mensaje. No amonestan sin señalar hacia la realidad del amor de Cristo. Consideran cada caso de problema, fracaso y pecado como otra oportunidad para enseñar al adolescente a entregarse a Cristo. Nunca dicen que lo malo está bien, pero siempre tratan lo malo de tal manera que se describan las realidades gloriosas del Evangelio. Y nunca tratan de hacer con el poder de sus palabras o la seriedad de su disciplina lo que sólo Cristo puede hacer al entrar en el corazón del adolescente por su gracia. El tema preeminente en sus hogares no será su desilusión y su enojo por los fracasos de su adolescente. El tema preeminente será Cristo. Él dominará los tiempos de fracaso como Perdonador y Liberador, y dominará los tiempos de obediencia como el Guía y Fortaleza. En cada experiencia se acudirá a él, y se le dará gloria. Los adolescentes que viven en hogares como éstos, con regularidad se sorprenderán por el amor de sus padres y la gracia de Cristo quien los ha escogido para vivir en una familia donde el amor redentor de Cristo reina supremamente.

Cuatro Verbos para los Padres

Permítanme sugerir cuatro verbos que pueden establecer el plan para los padres que desean modelar a Cristo ante sus adolescentes.

El primer verbo es *aceptar*. Debemos saludar el pecado de nuestros adolescentes con la gracia aceptadora de Cristo. No una aceptación que es transigente con los altos estándares de Dios o su llamado a la confesión y el arrepentimiento, sino una aceptación que conduzca hacia el cambio. Esta aceptación mantiene en alto el estándar de Dios, pero en el contexto de la esperanza encontrada en la cruz de Cristo. Nuestro trabajo como padres no es condenar, juzgar, rechazar o romper la relación. Nuestro trabajo es funcionar como los instrumentos de Dios para el cambio, y la herramienta más poderosa que tenemos es nuestra relación con nuestros adolescentes. Lo que queremos es conducir esta relación de tal manera que su obra florezca en medio de ella.

El siguiente verbo es *encarnar*. Así como Cristo fue llamado a revelar a Dios en la carne, nosotros somos llamados a revelar a Cristo. Como padres, somos llamados a encarnar el amor de Cristo en todas nuestras interacciones con nuestros adolescentes. Revelamos su amor, paciencia, gentileza, amabilidad y perdón cuando reaccionamos de este modo hacia nuestros hijos (ver Col. 3:12-14). Esta debe ser una de nuestras metas más altas – que Cristo, su carácter y su obra del evangelio sea evidente en la manera como nos relacionamos con nuestros adolescentes.

El tercer verbo es *identificar*. Hebreos 2:10 dice que Cristo no se avergüenza de llamarnos “hermanos” porque sufrió las mismas cosas que nosotros sufrimos. El es capaz de identificarse totalmente con nuestras duras realidades y tentaciones de la vida en este mundo caído. El pasó por el proceso que estamos ahora soportando. Si Cristo puede identificarse con nosotros, ¡Cuánto más nosotros debemos ser capaces de identificarnos con nuestros adolescentes! A menudo los padres de adolescentes comunican que no son como sus hijos, y de hecho, tienen verdadera dificultad para entender sus luchas. Sin embargo, somos iguales. No existe alguna lucha que nuestro adolescente pueda tener que no hayamos tenido o estemos teniendo. Hay momentos que deseamos dejar a un lado nuestras responsabilidades y olvidar las cosas que no nos gustan hacer. Hay momentos cuando somos voluntariosos, queriendo salirnos con la nuestra. Hay momentos cuando estamos a la defensiva e inaccesibles. Hay momentos cuando pensamos que sabemos más de lo que en realidad sabemos.

Compartimos una naturaleza caída con nuestros adolescentes, y compartimos con ellos un crecimiento progresivo hacia la santidad. No debemos actuar como si fuéramos personas de una clase diferente o como si fuéramos justos por nuestros propios méritos. Debemos andar hombro a hombro con ellos, como el hermano o hermana mayor, señalándoles el único lugar de esperanza: Cristo. Debemos comunicarles que todas las respuestas que les damos, también nosotros las necesitamos.

El último verbo es *entrar*. Tal y como Cristo entró a nuestro mundo y pasó treinta y tres años conociendo nuestras experiencias, también nosotros debemos separar el tiempo para entrar al mundo de nuestro adolescente (ver Heb. 4.14ss). Esto implica pasar igual cantidad de tiempo haciendo buenas preguntas como escuchándolos hablar. De hecho, la plática con nuestros

adolescentes sería mucho más amorosa e iluminadora, si tomásemos el tiempo para conocer a las personas, las presiones, las responsabilidades, las oportunidades y las tentaciones que están enfrentando cada día. Una de las cosas trágicas que ocurren a los padres y a los adolescentes es que dejan de hablar honestamente, significativamente y personalmente. Toda la corrección, instrucción, discusión, debate y disciplina se hace sobre una plataforma de ignorancia.

Separa el tiempo para entrar al mundo de tu adolescente. Entérate de las cosas que enfrenta a diario, conoce cómo está lidiando emocional y espiritualmente con esas experiencias, conoce en dónde está siendo tentado y en qué ha sucumbido. Entiende cómo ve sus mundos del hogar, escuela, trabajo y entretenimiento. Permítele saber que su mundo y la manera en que lo experimenta es algo importante para ti. Encuentra maneras de dejarle saber que estás en sintonía, que lo entiendes y que tienes interés en él. Cuando te diga que no lo entiendes, dile que lo amas y que quieres entenderlo. Pídele que te explique lo que necesita ser explicada para que tú puedas entender. Pídele que no se frustre cuando piense que no lo entiendes, sino que te ayude para que puedas entender.

Los adolescentes cuyos padres los han aceptado con la gracia de Cristo, que han encarnado el amor de Cristo, que se han identificado con ellos como Cristo lo hizo, y que han entrado en su mundo adolescente siguiendo el ejemplo de Cristo, no estarán tratando de salirse del hogar tan pronto como puedan. En lugar de eso, serán atraídos por el amor y la gracia poderosos que han sido su experiencia diaria. Tenderán a atesorar la única relación humana en la que han sido consistentemente amados cuando no lo merecían. Esto les dará a sus padres la libertad y el tiempo para prepararlos un poco más para su entrada al mundo donde estarán con Dios por su propia cuenta.

¿Cómo es la Madurez?

Antes de definir el término madurez, es importante notar que la Biblia presenta la madurez como una meta de toda una vida. Dios todavía está obrando en nosotros como padres, llevándonos hacia la madurez en Cristo. Tus adolescentes no saldrán de la casa como productos concluidos. Entonces, ¿Qué estamos buscando aquí? Conforme nuestros hijos se preparan para salir del hogar, queremos ver las *semillas* de madurez en sus vidas. Si las semillas están allí, sabemos que continuarán creciendo cuando hayan salido de nuestro cuidado paternal. No te desanimes mientras examinamos estas metas. Nuestro trabajo no consiste en completar la cosecha final, sino en plantar semillas de madurez en nuestros hijos. Dios los regará y hará crecer.

Muchos padres me han preguntado cómo pueden saber si sus hijos están listos para salir del hogar. Es una buena pregunta, misma que necesita ser preguntada durante toda la vida del hijo para que el estar listo se convierta en una meta hacia la cual trabajemos. Necesitamos definir en términos prácticos

lo que es estar listo para que se vuelva nuestra meta funcional. No puedes producir algo que no entiendes.

Lo que estamos preguntando realmente es cómo es la madurez bíblica. Pablo nos da un resumen maravilloso en Colosenses 1:9-14:

“Por esta razón también nosotros, desde el día en que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros y de rogar que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y plena comprensión espiritual; para que andéis como es digno del Señor, a fin de agradarle en todo; de manera que produzcaís fruto en toda buena obra y que crezcáis en el conocimiento de Dios; y que seáis fortalecidos con todo poder, conforme a su gloriosa potencia, para toda perseverancia y paciencia. Con gozo damos gracias al Padre que os hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz. El nos ha librado de la autoridad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, en quien tenemos redención, el perdón de los pecados”.

Seis características forman la oración de Pablo por la madurez de la Iglesia en Colosas. Esto se convierte en una definición funcional maravillosa para nosotros al estar evaluando a nuestros adolescentes y su inminente emancipación de nuestros hogares. Recuerda que estas son metas para toda la vida. Al considerarlas recuerda que se trata de inicios, no de productos consumados en la vida de tus hijos.

1. Sensibilidad a la voluntad revelada de Dios. Es difícil pensar en algo que sea más importante para nuestros adolescentes que una sabiduría que les provea un conocimiento de la voluntad de Dios en las situaciones variadas de la vida. Los adolescentes tienden a vivir con una burbuja alrededor de su cabeza – todo lo que parecen experimentar es lo que piensan y lo que desean. Cuán importante es que obtengan una visión de algo más grande que su propia felicidad; es decir, vivir para la gloria de Dios, aunado a un deseo de conocer cómo se aplican los principios de la Escritura a la vida diaria.

2. Vida piadosa funcional. Pablo ora para que vivan “como es digno del Señor, a fin de agradarle en todo; de manera que produzcaís fruto en toda buena obra” ¡Qué meta para nuestros adolescentes (y para nosotros)! No es que estén de acuerdo en ir a la iglesia con nosotros, no es que no consuman drogas o alcohol, no es que tengan un empleo y les vaya bien en la escuela. Estas metas no son lo suficientemente altas para Pablo, y tampoco lo deberían ser para nosotros. Necesitamos creer que Dios, por su Espíritu, puede producir en nuestros adolescentes un deseo de agradar al Señor en *todo* lo que hagan. No debemos estar satisfechos con algo menor que esto.

3. Crecimiento espiritual progresivo. Deseamos ver a nuestros adolescentes crecer diariamente en el conocimiento del Señor. Debemos querer mostrarles que cada situación en la vida es una oportunidad para conocer mejor a Dios y su Palabra. Necesitamos preguntar, “¿Son moldeables, están buscando, son humildes, están aprendiendo sus lecciones espirituales?” Si es así, veremos el fruto del crecimiento en sus vidas. Veremos como la fortaleza reemplaza la debilidad, veremos la sabiduría reemplazando a la necedad, veremos el valor

que da la fe reemplazando la duda y temor, veremos la gratitud reemplazando el egoísmo y descontento, y veremos el temor del Señor reemplazando la esclavitud a las opiniones y aceptación de los coetáneos.

4. *Perseverancia.* ¡Cuán importante es esta señal de madurez y cuán importante meta es para los padres de adolescentes! Lo que deseamos es crecer adolescentes que han reconocido su debilidad, pero que han llegado a ver que la fortaleza de Dios se perfecciona en su debilidad. Al apoyarse en Su fortaleza y a medida en que Dios los ayuda, no se dan por vencidos, no huyen o renuncian ante los problemas. Soportan con paciencia las cosas que en otro tiempo les hubieran llevado a tirar la toalla. Ya no sucumben ante la presión de los coetáneos, sino permanecen firmes, cerrados a la posibilidad de transigir en sus convicciones. No renuncian cuando sus responsabilidades se ponen duras, y no culpan a otros por sus propias faltas. Permanecen en una conversación dura contigo aunque se sientan tentados a retirarse en ira, autocompasión o a la defensiva. Están aprendiendo lo que significa fortalecerse en el Señor y en el poder de su fuerza.

5. *Un aprecio por la gracia de Dios.* ¡Cuántos adolescentes parecen tener poca o nula consciencia del gran privilegio que tienen de haber nacido en una familia de fe! ¡Cuántos adolescentes dan por sentado la herencia que les ha sido legada! ¡Cuántos fallan al no reconocer el valor de los ejemplos de piedad que les han rodeado durante su desarrollo! Muchos adolescentes no sólo no reconocen la gracia de Dios en estas experiencias, sino que a menudo desean haber crecido en familias donde tuvieran más “libertad”.

Pablo dice, en efecto, “¿Te das cuenta de lo que Dios ha hecho? ¡Te ha incluido en su herencia! ¡Eres parte de su familia! ¡Eres heredero de las riquezas de su gracia! Pablo no deseaba que los cristianos colosenses pasaran por alto el hecho más fenomenal de sus vidas. También nosotros debemos esforzarnos para que nuestros adolescentes tampoco lo pasen por alto. La madurez significa no dar por sentado lo que merece ser altamente apreciado.

6. *Consciencia del Reino de Dios.* Pablo termina su descripción de la madurez con un principio importante. Cristo no nos libera del reino de las tinieblas para que vivamos para nosotros mismos, como si fuéramos los reyes. Él nos trae del reino de las tinieblas a su reino. Pasamos de ser esclavos del pecado a esclavos de Cristo. Nuestras vidas nunca nos pertenecen, sino son de él. Su voluntad es nuestro deber. Su gloria debe ser nuestra meta. Sus propósitos son el programa de nuestra vida. Vivimos a través de él y para él. En todo lo que hacemos existe un plan superior – su reino y su justicia.

Para los adolescentes, que tienden a enfocarse en ellos mismos, a ser cortos de vista y a ser impulsados por las emociones, cuán importante es tener un enfoque más amplio, un plan superior. Imagina cuán diferente sería la vida de un adolescente promedio si viviera con una consciencia de Dios y la obra de su reino. Imagina cuánto cambiaría la vida de un adolescente si más que satisfacer sus propios deseos y sueños, deseara ser parte de lo que Dios está haciendo en la tierra. (¡Imagina cómo cambiarían nuestras propias vidas!)

Necesitamos mantener el reino de Dios delante de nuestros hijos, para que lleguen a verse ellos mismos como ciudadanos del reino, obreros del reino, edificadores del reino. Nuestra meta es que este enfoque llegue a dar forma a cada área de sus vidas – amistad, trabajo, escuela, hogar, entretenimiento, pensamientos y posesiones.

¿Parecen ser inalcanzables estos estándares? Son altos, y todavía tengo que crecer mucho en ellos para alcanzarlos. Pero deseo animarte a establecer estándares altos. No aceptes ninguna perspectiva de la educación de los hijos que trate de convencerte que las promesas y metas del evangelio están más allá del alcance de tu adolescente. Cree que Dios es capaz de hacer más de lo que puedes pensar o pedir, a través de ti y en ellos. Aprovecha cada oportunidad para animar a tus adolescentes hacia estas metas. Ten una visión bíblica de la madurez que guíe todo lo que hagas al preparar a tu adolescente para su emancipación venidera de tu hogar.

El fruto diario de la Madurez

Ella dijo, “Mamá, ¿puedo preguntarte algo?” Era bastante temprano en la mañana, y cada uno estaba apurado por salir de la casa. Aunque en verdad no tenía tiempo, la mamá dijo, “Por supuesto, ¿Qué quieres?” Vacilantemente dijo, “Bueno, ¿te acuerdas del fin de semana de campamento al que te pedí permiso para ir? Lo más probable es que vayan varones también. No quería que pensaras que estaba escondiéndote cosas a tus espaldas, y quería saber qué piensas que debo hacer. Realmente quiero ir, pero no, si no es lo correcto”. La mamá sonrió en su interior por la madurez que estaba viendo en esta breve conversación matutina.

Si tu adolescente está creciendo en una sensibilidad a la voluntad revelada de Dios, si está creciendo en cuanto a la vida piadosa, si lo ves perseverante, agradecido y con una consciencia del reino de Dios, entonces esta madurez creciente traerá fruto en la manera en la que responda a los deberes, decisiones, relaciones y tentaciones de la vida diaria. Necesitas saber qué apariencia tiene el fruto de la madurez para que puedas evaluar si tu hijo o hija está listo para separarse del hogar. Consideremos los frutos prácticos de la madurez bíblica.

1. Aceptación de la responsabilidad personal. Un adolescente maduro se empezará alejar de la perspectiva de la vida que dice “Se supone que la vida debe ser divertida y entretenida todo el tiempo” o “por favor entreténganme o me aburriré”. (Recuerda que el aburrimiento tiende a ser uno de los temores diarios de los adolescentes). A medida que madura, crecerá en la aceptación e inclusive encontrará satisfacción en sus responsabilidades ordenadas por Dios. No tendrá que ser amenazado, manipulado o coaccionado para hacer lo que ha sido llamado a hacer. No pondrá como excusa de su irresponsabilidad los consabidos, “Lo siento, se me olvidó”, “No sabía que tenía que . . .” o “Creo que no entendí bien lo que dijiste”. No necesitará que se le esté observando o

checando. Comenzará a desarrollar una buena reputación por ser confiable y digno de confianza fuera el hogar.

Existen varias áreas donde verás un crecimiento en la aceptación de la responsabilidad personal. Tu adolescente tomará la responsabilidad de mantener una comunión diaria con el Señor. En los primeros años de la vida de un niño, los padres cristianos están casi en control total de la exposición que tenga el niño a las cosas del Señor. En cierto punto el niño debe internalizar estos valores y tomar responsabilidad por su propia relación con Dios. Debe tener un deseo por el Señor que causará que busque compañerismo, enseñanza bíblica, adoración personal y ministerio.

También asumirá la responsabilidad de mantener una relación saludable, productiva y que glorifique a Dios con las personas en su vida. Esto incluye a los padres, hermanos, amigos, vecinos y otras figuras de autoridad fuera del hogar. Los niños pequeños constantemente requieren la intervención de los adultos para mantener las relaciones unos con otros. Tienden a no entender cómo crean los problemas en sus relaciones, y tienden a no saber cómo resolver los problemas que han creado. Debes estar atento para ver si tu adolescente está desarrollando relaciones saludables y duraderas que no requieren de la intervención constante de otros para ser sostenidas.

También debes ver a tu adolescente creciendo en una actitud responsable hacia el trabajo y la productividad. En nuestra sociedad materialista y orientada al placer, el trabajo se considera un mal necesario y una interrupción, algo que tenemos que hacer para poder pagar los placeres de la vida. No obstante, la cultura también tiende a ver al trabajo como un estorbo en la búsqueda de esos placeres. Muchos adolescentes en los hogares cristianos (y quizá también los padres) han aceptado la cosmovisión hedonista de nuestra cultura. El resultado es un desdén por el trabajo y una tentación de evitarlo cuando sea posible.

La perspectiva bíblica del trabajo es radicalmente diferente. El llamado a laborar de una manera significativa, necesaria, productiva y creativa parte del corazón de nuestra identidad como criaturas hechas a la imagen de Dios. El trabajo fue parte del mandato original de Dios para Adán y Eva. Fue parte de la vida perfecta en un mundo perfecto. La caída del hombre en pecado no fue lo que ocasionó el trabajo; sino que lo complicó dramáticamente. De todas maneras, permanece el hecho de que al trabajar reflejamos a Dios. Nos sometemos al hecho de que somos criaturas en su mundo. Al trabajar encontramos gozo y significado viviendo cómo él quiso que viviéramos. Nos convertimos en las herramientas por las cuales mantiene su mundo y provee para sus criaturas.

Al estar evaluando a nuestros adolescentes, buscamos una actitud positiva y responsable hacia el trabajo dentro y fuera del hogar. Escuchamos para ver si hay un espíritu quejumbroso, descontento o evasivo con respecto al trabajo. Y buscamos los resultados de una vida laboral disciplinada en nuestros adolescentes (la alabanza de los patrones, la gratitud del líder juvenil por la ayuda del adolescente, una disposición a participar en el trabajo en casa, etc.).

2. Aplicación de convicciones bíblicas. Como hemos discutido anteriormente, el adolescente que está madurando erigirá sus propios límites morales. No necesitará un “sermón” para hacer lo que es correcto con la amenaza del castigo como su motivación. Un deseo de hacer lo que es correcto delante de Dios producirá el fruto de la prudencia en su vida. No sentirás que vives con alguien que siempre está acercándose a la orilla del acantilado, o alguien que constantemente está tratando de poner algo encima de ti.

Los adolescentes que viven con convicción demuestran que se puede confiar en ellos. Toman decisiones firmes aun cuando sus padres no están presentes y nunca se enterarán. Tienden a rodearse de otros que hacen lo mismo. Estos adolescentes puede ser que tomen decisiones que sean diferentes a las que tu tomarías, pero no están fuera de los límites puestos por Dios. Después de todo, la meta no es que tus hijos concuerden contigo en cada decisión, sino que sus vidas sean una descripción práctica de sumisión a Dios.

Finalmente, los adolescentes que están viviendo dentro de los límites de Dios no tienden a ser de los que se esconden. No hay razón para esconderse. Lo que desean, deciden y hacen puede hacerse al descubierto porque es consistente con la voluntad de Dios. Les he hecho esta pregunta a mis adolescentes muchas veces: “¿Estás haciendo algo allá afuera de lo que estarías temeroso o avergonzado de hacerlo enfrente de mí?” Esta pregunta puede ser una manera práctica de hacerlos pensar acerca de si están viviendo dentro de los límites establecidos por Dios.

3. Un espíritu accesible, moldeable y atento. Los adolescentes que están madurando y preparándose para salir del hogar reconocerán la tarea asombrosa que tienen por delante. Desearán toda la ayuda y preparación que puedan obtener. No se mostrarán intolerantes respecto a conversaciones acerca de lo que están haciendo. No se pondrán a la defensiva cuando sus elecciones sean cuestionadas. No se alejarán sin decir palabra ni serán impacientes y contenciosos cuando se les lleve a una discusión. Y no convertirán una discusión amistosa en un debate hostil tan pronto como el tema se trate de su comportamiento y elecciones. Por supuesto, esto es asumiendo que nuestras actitudes e interacciones son las que Dios quiere que sean al relacionarnos con ellos.

Si nos relacionamos con nuestros adolescentes de una manera piadosa, algo estará mal si constantemente sentimos como si estuviéramos caminando por la cuerda floja cuando estén a nuestro alrededor. Los adolescentes maduros son accesibles. Son capaces de recibir instrucción sin pelear. Puedes entrar a su habitación sin sentirte como un intruso inoportuno. Puedes desafiar amorosamente sus pensamientos, decisiones, y acciones, y las discutirán contigo sin enojarse. No sólo permitirán que te acerques, sino que te buscarán para encontrar consejo y sabiduría.

4. Autoevaluación precisa. Los adolescentes que están madurando tendrán una perspectiva de sí mismos cada vez más precisa. Tendrán un sentido de sus fortalezas y debilidades que guiará sus elecciones en las relaciones y

responsabilidades. Tendrán un sentido creciente de cuando son susceptibles particularmente a la tentación. No se sorprenderán cuando les señales amorosamente una debilidad que necesita ser atendida. No tendrán una de esas reacciones del tipo “¿De qué estás hablando? ¡Nunca hago eso!”. Recibirán tu ayuda porque ya reconocen su debilidad y su necesidad de ayuda.

Una noche me dirigí a la habitación de mi hijo porque había algo de lo que necesitábamos hablar. Toqué a la puerta y el abrió. Le pregunté, “¿Tienes un momento?” Me dijo, “¡Claro que sí! No estaba haciendo nada importante”. Le dije, “Quiero que hablemos de nuestra relación. Ya hace algún tiempo que estoy preocupado con algo y pensé que ya es el tiempo de hablar de ello. Me parece que has estado muy a la defensiva últimamente. Pareces impacientarte cada vez que tratamos de hablar contigo acerca de tus decisiones. No estamos buscando maneras de fastidiarte ni de arruinar tu vida. Te amamos y sólo queremos ser todo lo que Dios quiere que tu seas”.

Esperé su respuesta. Me dijo, “Creo que tienes razón. Creo que hay momentos que es un tanto difícil hablar conmigo. Sólo siento que ya debo tener mi propia vida y tomar mis propias decisiones. Algunas veces me parece que ustedes se olvidan cuántos años ya tengo. Pero se que todavía necesito tu ayuda, e inclusive cuando no la deseo, debo aceptarla”. Lo siento, se que les he hecho la vida más difícil últimamente”. Le dije, “Te perdono. No queremos tomar las decisiones por ti, y no queremos tratarte como un niño; pero sí sentimos que hay maneras en las que todavía nos necesitas, y estamos comprometidos a proporcionarte la ayuda que Dios nos ha llamado a darte. No podríamos amarte y hacer algo menor que esto. Te amo”. Me respondió, “Yo también te amo” y salí de cuarto.

Esto es lo que estás buscando. No estás buscando adolescentes perfectos, que hagan todo en el momento correcto y en la manera correcta. ¡No! Estás buscando que tu adolescente sea lo suficientemente maduro como para darse cuenta que todavía no es un producto terminado, y debido a su perspectiva precisa acerca de sí mismo, sea capaz de recibir la ayuda que le ofreces.

5. *Una perspectiva apropiada de las cosas.* Ya hemos mencionado que vivimos en una cultura intensamente materialista que en verdad adora y sirve a las cosas creadas en vez del Creador. “El ganador es el que tenga más juguetes”, con esta frase alguien capturó la cultura materialista del occidente. Tendemos a definir el éxito en términos del tamaño de la casa de la persona y el modelo y lujo de su carro. Las etiquetas que solían estar cosidas en el interior de la ropa, ahora aparecen por fuera y con letras gigantes, anunciando nuestro buen gusto y afluencia. Sería ingenuo pensar que nuestros adolescentes pueden respirar el aire de esta cultura materialista sin absorber sus valores.

Como padres debemos buscar señales de una preocupación desordenada por las cosas materiales. Estas preguntas te ayudarán a reconocer las señales. ¿Tiene tu adolescente una mentalidad del tipo “tengo que tener . . .”? ¿Tiene un corto período de contentamiento, moviéndose con rapidez al siguiente deseo? ¿Tiende a evaluar a las personas en términos de su apariencia y ropa,

asociándose sólo con los que cumplen sus estándares de apariencia? ¿Tiende a describir sus metas futuras en términos materialistas y monetarios? ¿Tiende a sentirse feliz contigo y su vidas cuando está rodeado de las cosas que desea? ¿Tiende a adoptar todos los caprichos culturales actuales? ¿Cómo usa el dinero que le das y el dinero que gana? ¿Tiene un espíritu dadivoso, usando su dinero para servir a otros y al Señor?

Un adolescente que está madurando será agradecido por las cosas que tiene, pero también estará aprendiendo que la vida no consiste en la abundancia de sus posesiones. Al mismo tiempo, será un buen mayordomo de las cosas que Dios le ha dado, y será alguien a quien se puedan confiar las posesiones de otros. Tendrá un sentido de la manera apropiada de usar y pensar acerca de las cosas que Dios ha provisto.

Sólo es cuestión de tiempo

Tarde o temprano, cada uno de nosotros que tenemos adolescentes seremos como los padres que vimos en el pórtico. Tal vez le estaremos suplicando a un adolescente enojado que no se vaya, o quizá estaremos dando una despedida con lágrimas a un hijo o hija que está listo. Todos sabemos que nuestros adolescentes no vivirán con nosotros para siempre. Sabemos que la meta de Dios para nuestra labor como padres es que trabajemos hasta que ya no se necesite más nuestra labor. Su plan es que seamos sus instrumentos para producir hijos que sean maduros bíblicamente, listos para enfrentar la vida en el mundo caído, listos para ser sal y luz, listos para ser contribuyentes en la obra de su reino, que ya no necesiten la dirección diaria que por tantos años les proveímos.

Puesto que hacia allí nos dirigimos, necesitamos una definición clara de la madurez y un claro sentido de la apariencia del fruto de la madurez en la vida diaria de nuestro adolescente. ¡Es difícil llegar a un lugar si no sabes dónde está!

Finalmente, necesitamos enfrentar de nuevo el hecho de que no podemos dar a nuestro adolescente lo que no tenemos nosotros mismos. Ser padre cristiano no garantiza que seamos bíblicamente maduros. También nosotros necesitamos mirar intencionalmente en el espejo de la Palabra de Dios. ¿Cumplimos el estándar bíblico de la madurez? ¿En qué necesitamos crecer? ¿Somos modelos de una vida piadosa madura y encantadora delante de nuestros adolescentes? ¿Estamos viviendo responsablemente? ¿Somos accesibles y moldeables? ¿Vivimos con límites morales que dan forma a nuestras decisiones y acciones? ¿Tenemos un sentido preciso de nuestras debilidades y fortalezas, y estamos abiertos a la ayuda de los demás? ¿Tenemos un balance apropiado respecto a las cosas físicas o somos padres que trabajamos demasiado y debemos demasiado porque hemos seguido los valores culturales?

Necesitamos estar ante Dios y preguntarle si estamos queriendo que nuestros hijos cumplan estándares que nosotros no cumplimos (Nota las palabras de

Cristo a los Fariseos en Mat. 23:1-4). ¿Nuestras vidas contradicen nuestro mensaje? ¿Es posible que la razón por la que nuestros hijos nos rechazan y rechazan a Dios no sea por nuestros estándares, sino por nuestra propia hipocresía? ¿Comunicamos humildemente a nuestro adolescente que también nosotros somos personas que están en un proceso? ¿Les comunicamos que hoy necesitamos la gracia de Dios tanto como la necesitábamos el día que creímos? ¿Les decimos que reconocemos la propensión de nuestros corazones a alejarse del Creador, sólo para deificar las cosas creadas? ¿Les decimos que necesitamos la ayuda de Dios para permanecer fieles y creciendo tanto como ellos la necesitan? ¿Estamos dispuestos a acercarnos a ellos en los momentos de fracaso para pedir su perdón y comunicarles un reposo vibrante en la misericordia perdonadora y liberadora de Cristo?

¿Respetan nuestros adolescentes el tipo de vida que llevamos? ¿Consideran el ser como nosotros parte de su definición de lo que es una vida de éxito? ¿Se dicen para sí mismos “vivo en un mundo en el que mucho está mal y mucho es falso, pero mis padres son genuinos. No siempre me gusta lo que me dicen o lo que me piden, pero quiero ser como ellos”? ¿Cuándo los adolescentes nos ven encuentran verdad, amor, gracia, fidelidad y esperanza? ¿Ven hacia nosotros y ven a Cristo?

Nuestra labor exitosa como padres implica que admitamos que todavía somos hijos en necesidad de la ayuda de nuestro Padre. Significa ir a él y decir, “No podemos ser lo que tu nos llamas a ser sin los recursos abundantes de tu gracia. Hemos creído, pero ayúdanos en nuestra incredulidad. Hemos obedecido, pero fortalécenos donde nos sentimos tentados a desobedecer. Hemos amado, pero ayúdanos cuando nos mueve más el amor a uno mismo que el amor por ti. Obra en nosotros, Señor, para que obres a través de nosotros para capturar la vida de nuestros adolescentes por tu gracia. Te pedimos esto para que sus vidas y las nuestras sean vividas como himnos para tu gloria”.

Preguntas

1. ¿Cuál es la quinta meta propuesta por el autor?
2. Explica la oración: “Muy pocos adolescentes se van por causa de las reglas. ¡No! Ellos se van por causa de la relación”.
3. ¿Cuáles son los cuatro verbos para los padres que desean modelar a Cristo ante sus adolescentes?
 - a.

b.

c.

d.

4. ¿Cuáles son las seis características de la madurez bíblica?

1.

2.

3.

4.

5.

6.

5. ¿Cuáles son los cinco frutos prácticos de la madurez bíblica?

1.

2.

3.

4.

5.

Capítulo 12

Tres Estrategias para Educar a los adolescentes

Bill y Jean se sentaron en mi oficina visiblemente agotados y desanimados. Su anhelo había sido tener una familia y lo habían disfrutado en sus primeros años como padres. Me contaban acerca de las vacaciones grandiosas y días festivos maravillosos que pasaron como familia. Recordaban esos momentos dulces cuando le leían a sus hijos para que se durmieran, cuando los sorprendían llevándoles el desayuno a la cama, y cuando les traían a casa, después de una jornada de trabajo, aquel juguete ocasional e inesperado. Pero en algún punto, de algún modo, perdieron de vista lo que estaban haciendo y porqué lo hacían. Todavía interactuaban con sus hijos, pero todo parecía carecer de continuidad y propósito.

Habían leído la mayoría de los libros cristianos sobre educación de los hijos, e inclusive habían ido a un seminario de fin de semana, no obstante notaban que la relación con su adolescente, en particular, se hacía más y más distante. Sentían que la mayor parte del tiempo lo corregían debido al enojo en vez de por un propósito bíblico. Sentían como si todo el proceso se escapaba de sus manos como arena entre los dedos.

Jean dijo, “Mucha gente nos ha dicho qué hacer, pero no sabemos cómo hacerlo. Nos emocionamos de nuevo cuando leemos un libro o escuchamos a un conferencista, pero las cosas simplemente no funcionan como las describen y no resultan de la manera como esperamos”. Bill interpuso, “Creo que lo que ella está diciendo es que necesitamos un sentido de enfoque o propósito. Estamos aquí porque queremos tener el mismo sentido de dirección con nuestros hijos que tuvimos cuando eran menores. Tenemos un adolescente y dos más que están en camino de serlo. No queremos perderlos ahora”. Jean dijo, “Además, estamos cansados y pensamos que es porque tal parece que complicamos los problemas en vez de resolverlos. Siempre hay un desastre que estamos corrigiendo”.

Más tarde ese día, me preguntaba cuántas parejas comparten la experiencia de Bill y Jean. Ven con nostalgia sus años dorados como padres. Los días cuando tus hijos no podía esperar a que llegaras a casa del trabajo, cuando llevaban un libro por toda la casa suplicándote que se los leas. Los días cuando podías satisfacerlos con un poco de lucha libre en el piso. ¿Cuántos padres, secretamente, desean regresar a esos primeros años? Saben que la relación con su adolescente no es lo que solía ser cuando eran menores, pero en vez de hacer cambios en el presente, se dedican a lamentar el pasado perdido.

Como padres, todos necesitamos traer dos cosas a cada etapa de la educación de nuestros hijos: metas bíblicas y estrategias bíblicas para lograr dichas metas. En los últimos capítulos hemos establecido cinco metas fundamentales para educar a los adolescentes. Ahora debemos considerar las estrategias para lograr esas metas. Quiero sugerir que hagas tres cosas si quieres desarrollar adolescentes piadosos que estén preparados para vivir

como sal y luz en un mundo caído. Estas estrategias traerán un sentido de propósito y enfoque en la vida de tu adolescente.

En todo esto, existe una verdad básica que necesitamos recordar: lo que observamos en nuestro adolescente se aplica también a nosotros. Todo los entendimientos, principios y estrategias bíblicas se aplican a nuestros adolescentes porque se aplican a la gente en general. Esto expone la verdad central de este libro. Nuestros adolescentes son más semejantes a nosotros que diferentes a nosotros. Enfrentan diferentes presiones, tentaciones y oportunidades, pero las tratan de maneras que son un reflejo nuestro. Y como nosotros, todavía no son productos terminados.

Todas las necesidades espirituales que reconocemos en nuestros adolescentes son identificables en nosotros de algún modo. Así que, cada una de estas estrategias debe ser aplicada con una disposición humilde de identificarse con las luchas de los adolescentes, un reconocimiento humilde de que Dios todavía está obrando para cambiarnos, y una prontitud humilde para ofrecer a nuestros adolescentes la misma gracia que Dios nos ha dado.

Estrategia #1: Tener un Proyecto en la educación de nuestros hijos

Muchos padres cometen el error de educar a sus hijos sin un “proyecto” que guíe los encuentros cotidianos con sus adolescentes. Tratan de advertir, amonestar, enseñar y corregir, pero nada parece estar funcionando. No ven el fruto del cambio en la vida de su adolescente. La frase “tener un proyecto en la educación de nuestros hijos” implica estar enfocados, tener propósito, estar orientado hacia una meta en nuestros encuentros diarios con nuestros adolescentes. Cuando eduquemos con este sentido de estar en un proyecto, sabremos porqué estamos buscando lo que buscamos. La educación sin tener este proyecto es como ir a una tienda, reunir madera, pegamento, ferretería y herramientas, después comenzar a trabajar con la esperanza que al medir, serruchar, clavar y pegar, todos estos elementos se convertirán en algo. Nadie de nosotros ha hecho esto anteriormente porque sabemos que no funcionaría. Necesitamos saber qué es lo que queremos construir, los materiales que se requieren y los procesos de construcción.

Necesitamos el mismo sentido de tener un proyecto con nuestros adolescentes. ¿En qué debemos trabajar con este hijo en particular en este momento particular de su vida? ¿Cómo debemos hacerlo? De nuevo, proyectar la educación significa estar enfocados, tener propósito, estar orientado hacia una meta en nuestros encuentros diarios con nuestros adolescentes y enfatizar ciertos temas. Implica que hayamos discutido cómo buscar estos asuntos con nuestros hijos. Significa que seremos padres con *espontaneidad preparada*; llegaremos a esos momentos inesperados y espontáneos de la paternidad estando preparados y teniendo un propósito.

Tener un proyecto en la educación significa que no sólo estaremos pensando a la ligera. Nos habremos preguntado en qué es débil nuestro adolescente, en dónde es susceptible a la tentación, en qué área está luchando

regularmente, y dónde vemos rebelión y resistencia. Estas cosas se convierten en nuestros proyectos. No intentaremos hacer todo a la vez, sino examinaremos a nuestros hijos, oraremos y consideraremos nuestro enfoque. Nos daremos cuenta que Dios, en su soberanía, nos dará las oportunidades diarias para lidiar con esos asuntos. Tendremos un sentido de lo que es importante en cada momento de la vida de nuestro adolescente, y estaremos buscando oportunidades para lidiar con ello.

Un Modelo Bíblico

El Salmo 36:1-4 provee un modelo maravilloso para los proyectos de educación de nuestros hijos.

“La transgresión habla al impío dentro de su corazón; no hay temor de Dios delante de sus ojos. Por eso se lisonjea en sus propios ojos, hasta que su iniquidad sea aborrecimiento. Las palabras de su boca son maldad y engaño; ha dejado de ser sensato y de hacer el bien. Sobre su cama piensa iniquidad; está en un camino que no es bueno y no desprecia el mal”.

Al describir la “transgresión del impío”, David nos provee un modelo para entender las luchas de nuestros adolescentes y la obra de Dios que debemos hacer en medio de ellas.

David nos señala dos deficiencias en el corazón del “impío”. Estas deficiencias pecaminosas existen en el corazón de muchos de nuestros adolescentes (y también en el nuestro). Primero, hace la observación de que no hay “temor de Dios delante de sus ojos”. Carece de una consciencia de la existencia y gloria de Dios, y no ha sometido su vida a lo que es absolutamente evidente. Temer a Dios significa que mi vida está estructurada por un sentido de asombro, adoración y obediencia que fluye del reconocimiento de él y su gloria. Él se vuelve el único punto de referencia más importante de todo lo que deseo, pienso, hago y digo. Dios es mi motivo y Dios es mi meta. El temor de Dios debe ser la fuerza central que organice mi vida.

La mayoría de los adolescentes no viven con el “temor de Dios delante de sus ojos”. Su universo privado tiende a ser dominado por las cosas de las que están convencidos que necesitan, o por asuntos de temor al hombre (deseo de ser aceptado por sus coetáneos o temor al rechazo de sus coetáneos). O por asuntos de identidad (¿soy feo? ¿Tengo cara de ratón de biblioteca? ¿Soy atractivo? ¿Las partes de mi cuerpo concuerdan unas con otras?) Dios, no sólo no domina la escena, sino ni siquiera está en ella. Él no es su razón ni su meta. No importa cuál sea su fe profesada, Dios no existe en el mundo funcional en el que viven a diario.

David también señala una segunda deficiencia: “Se lisonjea en sus propios ojos”. De nuevo, esto describe a muchos adolescentes. Los adolescentes no tienden a vivir con una perspectiva apropiada acerca de sí mismos. Piensan que saben más de lo que en realidad saben. Piensan que son más maduros de lo que en realidad son. Tienden a creer que son más fuertes y sabios

espiritualmente. Están convencidos de que han superado ya su necesidad de la dirección paterna mucho antes de lo que es en realidad. Cuando se ven a sí mismos, no usan el espejo perfecto de la Palabra de Dios, sino el espejo carnavalesco de la opinión de sus coetáneos, la evaluación personal y la norma de la cultura. En esos espejos, en realidad te ves a ti mismo, pero lo que ves está distorsionado, de tal manera que tus piernas se ven gordas y cortas, o tu cuello parece tener 30 centímetros de longitud. La introspección típica del adolescente está distorsionada de igual manera. No se ve a sí mismo con claridad o precisión. Tiende a tener “más alto concepto de sí mismo que el que debe tener” (Rom 12:13).

Estas dos deficiencias deben permanecer en nuestras mentas al estar tratando de educar a nuestros adolescentes. Debemos tratar no sólo de corregir el mal del momento, sino avanzar un poco más. Lo que queremos es ver a nuestros hijos crecer en su consciencia de Dios y sumisión a Él, y en un conocimiento apropiado de ellos mismos. Debemos ver cada situación, cada discusión, cada problema, cada encuentro, cada intercambio como una oportunidad para trabajar en estas deficiencias fundamentales. Y necesitamos recordar que estas luchas están presentes en nuestras vidas también. Son evidentes en los adolescentes porque son evidentes en las personas en general.

El Salmo 36 nos ha dado dirección y propósito, pero todavía necesitamos enfocarnos más, con un sentido de proyecto con cada uno de nuestros adolescentes. ¿Cómo nos ayuda este Salmo para hacer esto? Considerémoslo juntos.

Comencemos con la *meta*. David nos provee uno de los mejores resúmenes de la meta de Dios para nosotros y nuestros adolescentes. David la declara negativamente, pero de todas maneras es clara. Dice que debido a que el “impío” carece del temor a Dios y de un concepto adecuado de sí mismo, ha dejado de sensato y de hacer el bien. Estas cualidades son la meta suprema de todo lo que hacemos como padres. Lo que queremos es ayudar a nuestros hijos a ser *sabios y que hagan el bien*.

¿Quién es una persona sabia? Es la persona que teme al Señor, cuya vida está organizada por la existencia de Dios y su voluntad revelada. Traerá a la vida diaria el tipo de sabiduría que sólo puede venir de arriba. ¿Quién es la persona que hace el bien? ¿No es acaso la persona que se ha comprometido a hacer todo de una manera que agrade al Señor y que es consistente con los mandamientos y principios de la Escritura? El que hace el bien pone atención a los límites que Dios establece y trata de nunca rebasarlos. La persona sabia trata de traer esa sabiduría a cada circunstancia, cada decisión, y cada relación. Siempre se está preguntado, “¿Qué decisión, actitud o acción expresará de mejor manera la voluntad de Dios en esta situación particular?” En pocas palabras, nuestra meta es la vida piadosa práctica y funcional.

La educación de los hijos siguiendo un proyecto significa tener metas claras en mente, pero también necesitamos ayudar a nuestros adolescentes a vivir con un sentido de la situación. Dios, en su plan soberano, los ha colocado en una

situación particular, en un contexto particular de la vida. Éste será diferente para cada uno de nuestros adolescentes. El adolescente que va a una escuela pública está en una situación diferente al que va a una escuela cristiana. El adolescente que va a una escuela rural pequeña tiene una situación muy diferente al que va a una escuela urbana enorme. Quizá tu familia no es afluente, pero tu adolescente va a una escuela privada en la que la mayoría de los muchachos vienen de familias muy ricas. Esta diferencia será una fuente cotidiana de lucha y tentación para tu adolescente.

Necesitamos conocer lo que Dios ha puesto en la situación de mi adolescente para que podamos enseñarle a vivir con los ojos abiertos a las presiones, oportunidades, responsabilidades y tentaciones particulares que enfrenta. ¿Con qué relaciones importantes tiene que lidiar? ¿Quiénes son las voces de influencia y qué están diciendo? ¿Qué valores se promueven en su mundo? ¿Dónde están los lugares de la lucha diaria? ¿Quiénes son las figuras de autoridad con quienes se debe relacionar? Necesitamos hacer estas preguntas para obtener una idea apropiada de la situación particular de nuestros adolescente debido a que la vida piadosa nunca es algo general. La vida piadosa siempre es algo específico. Siempre se vive en los detalles de las situaciones y relaciones. Ser piadoso significa *ser sabios* y *hacer el bien* en la situación particular en la que Dios me pone. Nuestros adolescentes no sólo necesitan metas enfocadas, también necesitan un *entendimiento adecuado de su situación*.

Ahora consideremos el tercer enfoque de la educación con un proyecto. Si es que tu adolescente llegará a ser piadoso (Meta #1: ser sabio y hacer el bien), y si van a vivir piadosamente en su mundo (Meta #2: Conoce su situación), entonces necesitan estar preparados (Meta #3: Entendimiento bíblico personal). Necesitan entrar a su situación con un concepto apropiado de ellos mismos y un entendimiento claro de la lucha interna. Si nuestros adolescentes carecen de este entendimiento personal, tenderán a tener una falta de dominio propio. El dominio propio es un sistema interno de restricción del corazón, es la consciencia respondiendo al conocimiento de uno mismo y al conocimiento del bien que Dios nos ha dado. Es el corazón respondiendo al ministerio del Espíritu Santo para hacernos humildes y obedientes.

Las palabras de David en el Salmo 36 señalan dos partes importantes del entendimiento personal. Primeramente, tu adolescente debe detectar su propio pecado. Ya hemos dicho que los adolescentes (al igual que nosotros) no son buenos para esto. Tienden a tener una perspectiva ensoberbecida de sí mismos. Necesitamos preguntar, “¿Qué cosas no puede ver mi adolescente acerca de sí mismo que Dios quiere que vea?” ¿Qué debilidades, fallas, pecados, actitudes, valores, deseos, ídolos, pensamientos o motivos necesita ver y no los está viendo? ¿Y cómo podemos usar las situaciones normales en su vida para ayudarlo a detectar estos problemas?

El segundo elemento en el entendimiento personal es igualmente importante. No es suficiente con que nuestros adolescentes *detecten* su pecado; también deben llegar a *odiarlo*. Uno de los trucos favoritos de Satanás es presentar el

pecado como algo no tan malo. Ésta ha sido una de sus maquinaciones principales desde el Edén, y los adolescentes son muy susceptibles a ella (Y nosotros también). Aun en los momentos en los que reconocen lo malo, tenderán a describirlo como algo menor de lo que en realidad es. Cuando no cumplan una promesa, nos dirán que se les olvidó. Cuando desobedezcan, nos dirán que no entendieron. Cuando hablemos con ellos acerca de una falla, se referirán a esa misma falla en uno de sus hermanos. No tenderán a ver su pecado como rebelión arrogante en contra de Dios, como algo peligroso, destructivo y que los dirige a la muerte. No tenderán a verlo como algo repulsivo. De hecho, algunas veces parecerá algo atractivo y atrayente. Y recuerda que todos estos entendimientos también se aplican a nosotros.

Si nuestros adolescentes no odian su pecado, no se alejarán de él. Nuestra labor es trabajar con ellos en las circunstancias cotidianas de la vida para ayudarles a ver su pecado desde la perspectiva de Dios. Al hacerlo, nuestra oración y meta es que odien su pecado y se refugien en Cristo diciendo, “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!” (Rom. 7:24-25).

El entendimiento bíblico personal siempre tiene estos dos factores presentes: la detección del pecado y el odio al pecado. Cuando nuestros adolescentes obtengan este tipo de entendimiento personal, sabrán en qué están débiles y reconocerán la naturaleza de su propia lucha con el pecado. Serán sensibles hacia la tentación. Vivirán vigilantes, y debido a que lo harán, en vez de caer y caer en el mismo pecado, responderán con dominio propio, y con la ayuda de Dios, vivirán sabiamente y harán el bien.

Lo que queremos es que nuestros hijos vivan con una mentalidad de tiempos de guerra en vez de tiempos de paz. Hay una guerra batiéndose – una guerra espiritual peleándose en el terreno de su corazón en medio de sus situaciones diarias. Nuestros hijos deben entrar a la guerra preparados si es que van a ser y hacer el llamamiento de Dios.

Recapitulando, aquí están las tres metas de educar con un proyecto. Nuestras metas son para enfocar todos nuestros esfuerzos de educación en ser usados por Dios (1) para producir adolescentes que sean sabios y hagan el bien; (2) para ayudarlos a mantener un conocimiento adecuado acerca de sus situación presente; y (3) para prepararlos a buscar la vida piadosa ayudándolos a detectar y odiar su propio pecado. Todo esto debe hacerse en un espíritu de humildad, reconociendo que estas cosas también deben ser metas de nuestras vidas. No debemos acercarnos como jueces que han resuelto todos sus problemas, sino como aquellos que reconocen su propio pecado y nuestra necesidad continua de Cristo.

Mi esposa y yo hemos tratado de hacer esto al sentarnos dos veces al año para considerar con calma la vida de cada uno de nuestros hijos. Así es como comenzamos usualmente el año escolar. Buscamos reconocer cuáles deben ser nuestros “proyectos” con cada hijo en el tiempo particular. Nos preguntamos, “¿Qué luchas importantes están presentes en su vida que

necesitamos atender?” Nos preguntamos cómo ve nuestro hijo estas áreas en el presente. Lo que queremos es saber dónde está encontrando tentaciones en su situación diaria. Buscamos discernir las maneras en las que tiende a minimizar o racionalizar estas cosas. Buscamos reconocer los lugares donde podemos exponer su lucha con el pecado y animarle con la ayuda siempre presente de Cristo. Finalmente, esto nos da la oportunidad de ser honestos con nuestras propias luchas con el pecado al lidiar con ceguera, racionalización y resistencia de nuestros hijos.

El punto es que no vamos a trabajar en todos los aspectos al mismo tiempo. No estamos esperando que de algún modo o manera la educación que damos a nuestros hijos será beneficiosa. Estamos trabajando con propósito, enfoque y prioridades. Mi esposa y yo hemos visto los beneficios en nuestros hijos de la educación con un proyecto, y hemos visto los beneficios en nosotros también. La educación con un proyecto nos mantiene enfocados en las prioridades de Dios en vez de las irritaciones y diferencias personales que causan tanto conflicto entre padres y adolescentes.

Estrategia # 2: Conversación Constante

Por años ha sido mi hábito “visitar” a cada uno de mis cuatro hijos cuando llego a casa en la noche. Recuerdo la noche cuando bajé al cuarto de mi hijo para platicar. Le pregunté cómo estaba y cómo había estado su día. Me dijo “Bien”, pero no se escuchaba convencido. Le dije, “No parece estar bien. ¿Qué pasa?” Me dijo, “Nada, sólo lo de siempre”. Le repliqué “Debe haber algo en mente; te vez desanimado”. Murmuró, “Es difícil explicarlo, ya sabes, así es la vida . . . es un problema”. Le dije, “Sí, puede ser difícil a veces”. “Pero todavía no sé de qué estamos hablando”. Me preguntó con un poco de impaciencia, “¿Tenemos que hablar de esto ahora mismo?”. Le dije, “Mira, tú sabes que te amo. Vengo a tu cuarto todos los días porque me interesas. No estoy tratando de hostigarte. Si no quieres hablar ahora de esto, está bien”.

Dijo, “A veces parece que las cosas son imposibles. Parece que a veces las cosas nunca salen bien . . . parece que nunca tienes el crédito por lo que haces. Si haces algo bueno, nadie lo nota, pero siempre hay alguien para atraparte cuando *metes la pata*. ¡Ahorita lo que deseo es olvidarme de mi escuela y mi trabajo! Estoy cansado de los altercados. Algunas veces me parece como si tuviera puesta una playera que dice, *soy un molesto, por favor, alterca conmigo*. Me pregunto si vale la pena, para qué someterme a tal tortura. Pienso que no puedo seguir haciendo esto. . . Algo tiene que cambiar”.

Como padres de adolescentes, es importante estar conscientes que estas conversaciones no ocurren así nomás. Tú haces que ocurran al estar buscando diariamente a tu hijo. Esta búsqueda diaria no tiene que ser negativa, algo a lo que tu adolescente teme antes de que ocurra y a penas tolera una vez iniciada. En vez de eso, estos momentos pueden ser amorosos y de ánimo, un hábito de la relación con tu adolescente que tanto tú como él lleguen a valorar.

¿Por qué necesitan nuestros adolescentes conversación constante (diariamente)? ¿Por qué es peligroso dejar pasar días, semanas, e inclusive meses entre las conversaciones personales y reveladoras con él? Hebreos 3:12-13 responde esta pregunta para nosotros y nos provee un modelo para nuestros intercambios cotidianos con nuestros adolescentes.

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.”

Este pasaje nos da una razón para la conversación constante con nuestros adolescentes. La razón viene en forma de advertencia en contra de alejarse de Dios. Notemos que el alejamiento se refiere a un alejamiento del corazón. El corazón se aparta antes que los ojos, la boca, los oídos, las manos y los pies.

Hay muchos adolescentes que viven en hogares cristianos que asisten a los cultos de adoración, participan en los devocionales familiares, y son activos en su grupo juvenil de la Iglesia, pero su corazón ya se ha apartado del Dios vivo desde hace mucho tiempo. Cuando estos adolescentes van a la universidad y se apartan de la fe, no está ocurriendo algo nuevo y radical. Sino es el fruto del alejamiento de Dios que ocurrió en sus corazones meses antes, e inclusive, años antes.

Este pasaje describe este alejamiento en cuatro maneras. Cada aspecto nos ayuda a entender la naturaleza de la advertencia. Primero, se nos advierte en contra de un corazón *malo* – un corazón que ya no desea agradar al Señor y ya no quiere someterse a la Escritura. Seguidamente, el pasaje nos advierte en contra de un corazón *incrédulo*. Esto se refiere a la pérdida de la fe, seguridad, aprecio y confianza en Dios y su Palabra. En tercer lugar, el pasaje habla de la caída como un *apartarse* del Dios vivo. Caer no sólo es quebrantar la ley moral; es el abandono personal de la comunión y compañerismo con Dios mismo. Finalmente, la caída es caracterizada como un corazón *endurecido*. Esto tiene que ver con la cauterización de la consciencia, haciéndola insensible al ministerio de convicción del Espíritu Santo. Al corazón ya no le molestan las cosas que en otro tiempo le causaban tanta preocupación y culpa.

Como padres lo que queremos es hacer todo lo posible para proteger a nuestros adolescentes de caer. Queremos protegerlos de la rebelión, incredulidad, rechazo de Dios y el endurecimiento de sus corazones. Para hacer esto, el escritor de Hebreos nos dice que necesitamos *conversación constante*, es decir, necesitamos animarlos diariamente. Nuestros adolescentes (como todos nosotros) necesitan contacto y ayuda a diario. Necesitan ánimo y exhortación a diario. Necesitan súplicas a diario. Necesitan conversación constante.

Notemos que el pasaje nos dice el porqué necesitan esta ministerio a diario. Es debido al engaño del pecado. El pecado es engañoso, ¿Y adivina a quién engaña primero? Tu adolescente con facilidad verá el pecado de otros a su alrededor, pero a menudo estará sorprendido cuando le señalen los suyos.

Con lo que estamos tratando es con la ceguera espiritual. Es un problema universal. En tanto queden residuos de pecado en el interior, habrá cierto grado de ceguera espiritual en *todos nosotros*.

Cuando pienses en las necesidades de tu adolescente, pon el asunto de la ceguera espiritual en primer lugar. Con toda seguridad es uno de los resultados más importantes de la Caída. Recuerda, la gente ciega físicamente saben que están ciegos y estructuran su vida correspondientemente. Pero la gente ciega espiritualmente no saben que están ciegos; piensan que ven, y que ven bien. Ciertamente, esto explica porqué nuestro adolescente a menudo se siente lastimado y acusado falsamente, y se pone a la defensiva cuando les señalamos áreas en las que han fallado.

Es muy importante entender la dinámica espiritual que está operando aquí. Se nos urge a tener contacto diario *no* porque hayamos descubierto a la persona en pecado y debemos confrontarla. Este pasaje no tiene el enfoque de la *confrontación y restauración*, sino el de la *prevención*. Se nos urge a tener contacto a diario porque mientras haya pecado interno en tu adolescente, habrá cierto grado de ceguera espiritual. Y puesto que los ciegos espirituales no tienden a saber que lo son, no buscan ayuda ordinariamente. Tu adolescente no tendera a buscar ayuda porque no piensa que la necesita. Por esto necesitas comprometerte con este modelo de conversación preventiva constante. Lo que buscas es tener un ambiente familiar donde siempre se conversa, donde los hijos no pueden musitar saludos, sentarse a la mesa en silencio y permanecer el resto del tiempo en sus cuartos a solas. Tienes que estar determinado a hablarles y a hacer que ellos te hablen, preferentemente todos los días. Al hacer esto, necesitamos enfrentar nuestra propia ceguera espiritual. No somos inmunes a nada de lo que hemos hablado aquí. En esas conversaciones con nuestros adolescentes, Dios está obrando para abrir no sólo sus ojos, sino también los nuestros.

La ceguera espiritual tiende a distorsionar la perspectiva de nosotros mismos, de Dios, de otros, del pasado, del presente y futuro, y de dónde y cómo se necesita que ocurra el cambio. Si estas cosas son vistas con distorsión o no son vistas para nada, no hay oportunidad de que el adolescente responda a los asuntos de su vida de una manera bíblica y que honre a Dios.

El modelo de la conversación constante implica estar dispuestos a buscar a tu adolescente. Implica no vivir con la distancia que él ha introducido a la relación. Implica mantenerte allí en esos momentos incómodos cuando no eres aceptado ni apreciado, y abandonar una relación negativa en la que sólo tienes conversaciones importantes con tu adolescente cuando ha hecho algo malo.

Comprométete con la prevención. No te conformes con su silencio. Haz buenas preguntas que no puedan ser respondidas sin que tu adolescente revele su corazón (pensamientos, motivos, propósitos, metas, deseos, creencias, valores, etc.). Finalmente, siempre trae el Evangelio a cada una de esas conversaciones. Hay un Redentor. Él ha conquistado al pecado y a la muerte. Está presente como mi ayuda en todo mi problema. ¡Hay esperanza! ¡Los

“Goliats” sí mueren! ¡El cambio – cambios radicales de corazón y vida – sí es posible!

Un padre que tiene su esperanza en el Evangelio buscará a su adolescente y no se detendrá mientras permanezca en el hogar. No esperaremos a que vengan en busca de ayuda. No discutiremos con ellos si necesitan o no ayuda. El llamado de la Palabra es claro. Con los corazones llenos de la esperanza del Evangelio, haremos preguntas y probaremos, escucharemos y consideraremos, suplicaremos y animaremos, amonestaremos y advertiremos, e instruiremos y oraremos. Despertaremos cada día con un sentido de misión, sabiendo que Dios nos ha dado un llamamiento supremo. Somos muros de protección que Dios ha colocado amorosamente alrededor de nuestros adolescentes. Somos ojos que Dios les ha dado para que vean. Por lo tanto, conversamos, conversamos y conversamos.

Estrategia #3: Llevar a tu adolescente al Arrepentimiento

Secretamente (y algunas veces no tan secretamente) muchos padres de adolescentes desean algunos medios de control. Desean poder ejercer algún poder sobre sus adolescentes para hagan lo que se les pida. La pérdida del poder, es lo que muchos padres lamentan cuando sus hijos entran a la adolescencia. Así que por medio de palabras ásperas, castigos dramáticos, vergüenza y culpa, tratan de controlar los pensamientos y el comportamiento de su hijo o hija. Lo que ocurre en realidad es que se encuentran en una guerra progresiva de poder y control con sus adolescentes. Mientras más los persiguen, más se esconden. Mientras más los golpean con palabras, más responden correspondientemente. Mientras más los castigan, más se esfuerzan por ir más allá de los límites establecidos. Mientras más los inquietan, menos hablan. Mientras más subrayan lo que quieren, más hace lo opuesto el adolescente. Cada parte, padres y adolescente, están determinados a quebrar la resolución del otro. Se convierte en una manera tensa, negativa, debilitante y destructiva de vivir, en la que el enojo crece y el único cambio que ocurre es para empeorar.

Con toda seguridad, esta no es el plan de Dios para preparar a nuestros adolescentes para una vida productiva y que le glorifique. En vez de querer que los adolescentes estén bajo nuestro control, debemos querer ser usados por Dios para que ellos se sometan gozosamente a Él. En vez de vernos como agentes de control, necesitamos vernos como embajadores de reconciliación. Nuestro deseo debe ser guiar a nuestros hijos hacia el Señor con corazones arrepentidos. Pablo lo explica bien en 2 Corintios 5:17-21.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo,

como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Como padres, Dios nos ha reconciliado consigo mismo para que seamos sus embajadores de reconciliación. Es como si Dios hiciera su llamamiento personal a nuestro adolescente a través de nosotros. Así que buscamos dirigir a nuestro adolescente hacia el Señor con palabras de confesión, con un compromiso con el arrepentimiento y con la esperanza en la obra efectiva de Cristo en la cruz. No los dirigiremos al Señor sólo una vez, sino vez, tras vez, tras vez, para recibir Su perdón y ayuda.

Hay cuatro pasos para este proceso de arrepentimiento y reconciliación que dejan bien claro nuestro trabajo como embajadores de Dios.

1. El primer paso es la consideración. Como agentes de Dios, necesitamos preguntarnos, “¿Qué quiere Dios que mi adolescente vea acerca de sí mismo que no está viendo? ¿Cómo puedo ayudarlo a ver estas cosas?” Esto se relaciona con el asunto que discutimos respecto a la ceguera espiritual. Pero muchos padres se van por un camino equivocado en este punto. En vez de involucrar a sus adolescentes en una conversación que los lleve a considerar las cosas que no considerarían por sí mismos, los padres *declaran* lo que está mal y lo que resultará de ello. En el encuentro total, el corazón del adolescente permanece pasivo o a la defensiva. Sus ojos no han sido abiertos para nada. Las interpretaciones y conclusiones son hechas por el padre. Este tipo de encuentro no produce un giro en el corazón del adolescente.

Contrasta esto con la manera en la que Natán confrontó a David acerca de su adulterio y asesinato. Natán no entró impetuoso ante el trono de David (como los padres de adolescentes son tentados a entrar) y le dijo, “¡Tú, David, eres un asesino y adultero, y ya verás!” En vez de eso, Natán le relata una historia a David con la que se podía relacionar. Su propósito era lograr que David considerara lo que había hecho, para estimular su consciencia, y abrir sus ojos.

Cuando estoy tratando que mis adolescentes vean cosas acerca de sí mismos, trato de enfocarme en situaciones concretas, y regularmente hago cinco preguntas:

- ¿Qué estaba pasando? (Dime acerca de la situación)
- ¿Qué estabas pensando y sintiendo? (Respuestas del corazón a la situación)
- ¿Qué hiciste? (Respuestas activas de conducta a la situación)
- ¿Por qué lo hiciste? (Motivos, metas, deseos que forjaron la respuesta activa)
- ¿Cuál fue el resultado? (Cómo afectó su respuesta a la situación)

Estas preguntas cambian el enfoque que se tiene en las otras personas y los detalles de la situación en un enfoque en mi hijo. Estas preguntas han sido muy útiles al ayudar a mis adolescentes a considerar lo que Dios quiere vean.

2. El segundo paso es la confesión. Estoy convencido que uno de los grandes errores que cometemos cuando confrontamos a nuestros adolescentes es que tendemos a hacer sus confesiones por ellos. Irrumpimos en sus cuartos,

diciéndoles lo que han hecho y porqué lo han hecho. Cuando hacemos esto, no estamos llevando a nuestros adolescentes a la confesión, lo estamos haciendo en su lugar. De hecho, es peor. Puesto que no hemos intentado abrir sus ojos, en su ceguera espiritual ellos piensan que estamos equivocados. Sienten como si hubieran sido acusados falsamente, y están molestos con nosotros en vez de estar contristados por su propio pecado. En vez de romper la ceguera espiritual, el encuentro tiende a promoverla. Y en vez de que su consciencia sea suavizada, de hecho, se vuelve más dura.

Necesitamos entrar a sus cuartos reconociendo que, en nuestra propia ceguera espiritual, nuestras evaluaciones y actitudes hacia nuestros adolescentes pueden estar equivocadas. Queremos estar dispuestos a permitir que Dios nos corrija cuando estamos buscando corregirlos.

Las palabras inflamadas y duras que somos tentados a usar durante estos tiempos no llevarán al arrepentimiento a nuestros adolescentes, sino producirán lo opuesto. Alejarán con enojo a nuestro adolescente de nosotros y de Dios. Recuerda, ¡Dios está buscando hacer su llamamiento a nuestros adolescentes a través de nosotros! ¿Estamos actuando de una manera que avanza su obra o que se interpone en su camino? Nuestra meta debe ser llevar a nuestros adolescentes a decir declaraciones de confesión.

3. El tercer paso al dirigir a nuestro adolescente al arrepentimiento es el compromiso. Este paso no debe ser omitido ni dado por sentado. Involucra la promesa del adolescente de vivir, actuar, y responder de una manera nueva. Este compromiso debe ser con Dios y con la gente apropiada. Debe involucrar un giro del corazón como también de la conducta. Este es el corazón de arrepentimiento – una determinación de girar e ir en la dirección opuesta. Necesitamos discutir qué apariencia tendría un nuevo compromiso en la relación y situación particular que el adolescente enfrentará cada día. También, necesitamos ayudarlo a anticipar cuándo será tentado a abandonar su compromiso y a regresar a Egipto.

4. El paso final del proceso del arrepentimiento es el cambio. El verdadero arrepentimiento siempre resultará en los cambios concretos en la vida del adolescente. De nuevo, necesitamos ser específicos. Necesitamos ayudar a nuestros adolescentes a pensar acerca de las situaciones y relaciones particulares, y cómo harán cosas antiguas de una manera nueva y que glorifique a Dios. Necesitamos recordarles que en Cristo tienen todo lo que necesitan para hacer lo que Dios les llama a hacer. El proveerá una manera para hacer todo lo que pide.

Nuestra labor como padres no es establecer nuestro control, sino llevar a nuestros hijos e hijas a una sumisión sincera al control del Señor. Así que nos esforzamos diariamente para involucrarlos en la consideración, confesión, compromiso y cambio. ¡Dios ha escogido usarnos para hacer su llamamiento a nuestros adolescentes! Como padres, nos sometemos a Su señorío al servir con un espíritu de embajadores en las cocinas, cuartos familiares, dormitorio y pasillos de la vida.

En este capítulo hemos considerado tres estrategias fundamentales para educar a los adolescentes: Tener un proyecto de educación (enfocarse en lo que necesitamos para trabajar en el momento); conversación constante (contacto y ánimo a diario debido a la ceguera espiritual); y llevar al arrepentimiento a tu hijo (produciendo consideración, confesión, compromiso y cambio). Ninguna de estas estrategias puede estar sola. Cada una complementa a las demás. Juntas dan un enfoque y dirección a las interacciones diarias con tu adolescente. Te dan un sentido cotidiano de que sabes *qué* es lo que estás haciendo, *porqué* lo estás haciendo y *cómo* necesita ser hecho. Estas estrategias también serán usadas por Dios para restringir tus propios pecados al tratar con tu hijo o hija. Expondrán en tu corazón los lugares en los que el enojo, la impaciencia y la frustración estorban la obra que Dios te ha llamado a realizar.

Recuerda, el Dios que nos ha llamado nos está educando. Está con nosotros en cada situación y relación. Nuestro Padre nos guiará, dirigirá, protegerá, perdonará, liberará y amará. Nunca nos dejará solos. Cuando estemos trabajados y cansados, él nos hará descansar. Su fortaleza obrando en nosotros logrará más que todo lo que pudiéramos pedir o imaginar. Nuestro trabajo como padres no es liberar a nuestros hijos del pecado, sino ser agentes del único que sí puede hacerlo. ¿No es maravilloso que al educar a los hijos que ha puesto bajo nuestro cuidado, nosotros podemos descansar bajo el suyo?

Preguntas

1. ¿Cuál es la primera estrategia propuesta por el autor?
2. Basándose en el Salmo 36:1-4 ¿Cuáles son las dos deficiencias en el corazón del impío que se aplican a nuestro adolescente (y a nosotros)? ¿Qué dos partes del entendimiento personal señala este Salmo?
3. ¿Cuáles son las tres metas de educar con un proyecto?
4. ¿Cuál es la segunda estrategia? ¿Por qué necesitan conversación constante nuestros adolescentes?

5. ¿Cómo describe Hebreos 3:12-13 el alejamiento de nuestros corazones de Dios?
6. ¿Qué sugerencias da el autor para combatir la ceguera espiritual?
7. ¿Cuál es la tercera estrategia?
8. ¿Cuáles son los cuatro pasos del proceso de arrepentimiento y reconciliación?
9. ¿Qué preguntas pueden ayudar a tu adolescente a ver cosas acerca de sí mismo?

Capítulo 12

Tres Estrategias para Educar a los adolescentes

Bill y Jean se sentaron en mi oficina visiblemente agotados y desanimados. Su anhelo había sido tener una familia y lo habían disfrutado en sus primeros años como padres. Me contaban acerca de las vacaciones grandiosas y días festivos maravillosos que pasaron como familia. Recordaban esos momentos dulces cuando le leían a sus hijos para que se durmieran, cuando los sorprendían llevándoles el desayuno a la cama, y cuando les traían a casa, después de una jornada de trabajo, aquel juguete ocasional e inesperado. Pero en algún punto, de algún modo, perdieron de vista lo que estaban haciendo y porqué lo hacían. Todavía interactuaban con sus hijos, pero todo parecía carecer de continuidad y propósito.

Habían leído la mayoría de los libros cristianos sobre educación de los hijos, e inclusive habían ido a un seminario de fin de semana, no obstante notaban que la relación con su adolescente, en particular, se hacía más y más distante. Sentían que la mayor parte del tiempo lo corregían debido al enojo en vez de por un propósito bíblico. Sentían como si todo el proceso se escapaba de sus manos como arena entre los dedos.

Jean dijo, “Mucha gente nos ha dicho qué hacer, pero no sabemos cómo hacerlo. Nos emocionamos de nuevo cuando leemos un libro o escuchamos a un conferencista, pero las cosas simplemente no funcionan como las describen y no resultan de la manera como esperamos”. Bill interpuso, “Creo que lo que ella está diciendo es que necesitamos un sentido de enfoque o propósito. Estamos aquí porque queremos tener el mismo sentido de dirección con nuestros hijos que tuvimos cuando eran menores. Tenemos un adolescente y dos más que están en camino de serlo. No queremos perderlos ahora”. Jean dijo, “Además, estamos cansados y pensamos que es porque tal parece que complicamos los problemas en vez de resolverlos. Siempre hay un desastre que estamos corrigiendo”.

Más tarde ese día, me preguntaba cuántas parejas comparten la experiencia de Bill y Jean. Ven con nostalgia sus años dorados como padres. Los días cuando tus hijos no podía esperar a que llegaras a casa del trabajo, cuando llevaban un libro por toda la casa suplicándote que se los leas. Los días cuando podías satisfacerlos con un poco de lucha libre en el piso. ¿Cuántos padres, secretamente, desean regresar a esos primeros años? Saben que la relación con su adolescente no es lo que solía ser cuando eran menores, pero en vez de hacer cambios en el presente, se dedican a lamentar el pasado perdido.

Como padres, todos necesitamos traer dos cosas a cada etapa de la educación de nuestros hijos: metas bíblicas y estrategias bíblicas para lograr dichas metas. En los últimos capítulos hemos establecido cinco metas

fundamentales para educar a los adolescentes. Ahora debemos considerar las estrategias para lograr esas metas. Quiero sugerir que hagas tres cosas si quieres desarrollar adolescentes piadosos que estén preparados para vivir como sal y luz en un mundo caído. Estas estrategias traerán un sentido de propósito y enfoque en la vida de tu adolescente.

En todo esto, existe una verdad básica que necesitamos recordar: lo que observamos en nuestro adolescente se aplica también a nosotros. Todo los entendimientos, principios y estrategias bíblicas se aplican a nuestros adolescentes porque se aplican a la gente en general. Esto expone la verdad central de este libro. Nuestros adolescentes son más semejantes a nosotros que diferentes a nosotros. Enfrentan diferentes presiones, tentaciones y oportunidades, pero las tratan de maneras que son un reflejo nuestro. Y como nosotros, todavía no son productos terminados.

Todas las necesidades espirituales que reconocemos en nuestros adolescentes son identificables en nosotros de algún modo. Así que, cada una de estas estrategias debe ser aplicada con una disposición humilde de identificarse con las luchas de los adolescentes, un reconocimiento humilde de que Dios todavía está obrando para cambiarnos, y una prontitud humilde para ofrecer a nuestros adolescentes la misma gracia que Dios nos ha dado.

Estrategia #1: Tener un Proyecto en la educación de nuestros hijos

Muchos padres cometen el error de educar a sus hijos sin un “proyecto” que guíe los encuentros cotidianos con sus adolescentes. Tratan de advertir, amonestar, enseñar y corregir, pero nada parece estar funcionando. No ven el fruto del cambio en la vida de su adolescente. La frase “tener un proyecto en la educación de nuestros hijos” implica estar enfocados, tener propósito, estar orientado hacia una meta en nuestros encuentros diarios con nuestros adolescentes. Cuando eduquemos con este sentido de estar en un proyecto, sabremos porqué estamos buscando lo que buscamos. La educación sin tener este proyecto es como ir a una tienda, reunir madera, pegamento, ferretería y herramientas, después comenzar a trabajar con la esperanza que al medir, serruchar, clavar y pegar, todos estos elementos se convertirán en algo. Nadie de nosotros ha hecho esto anteriormente porque sabemos que no funcionaría. Necesitamos saber qué es lo que queremos construir, los materiales que se requieren y los procesos de construcción.

Necesitamos el mismo sentido de tener un proyecto con nuestros adolescentes. ¿En qué debemos trabajar con este hijo en particular en este momento particular de su vida? ¿Cómo debemos hacerlo? De nuevo, proyectar la educación significa estar enfocados, tener propósito, estar orientado hacia una meta en nuestros encuentros diarios con nuestros adolescentes y enfatizar ciertos temas. Implica que hayamos discutido cómo buscar estos asuntos con nuestros hijos. Significa que seremos padres con *espontaneidad preparada*; llegaremos a esos momentos inesperados y espontáneos de la paternidad estando preparados y teniendo un propósito.

Tener un proyecto en la educación significa que no sólo estaremos pensando a la ligera. Nos habremos preguntado en qué es débil nuestro adolescente, en dónde es susceptible a la tentación, en qué área está luchando regularmente, y dónde vemos rebelión y resistencia. Estas cosas se convierten en nuestros proyectos. No intentaremos hacer todo a la vez, sino examinaremos a nuestros hijo, oraremos y consideraremos nuestro enfoque. Nos daremos cuenta que Dios, en su soberanía, nos dará las oportunidades diarias para lidiar con esos asuntos. Tendremos un sentido de lo que es importante en cada momento de la vida de nuestro adolescente, y estaremos buscando oportunidades para lidiar con ello.

Un Modelo Bíblico

El Salmo 36:1-4 provee un modelo maravilloso para los proyectos de educación de nuestros hijos.

“La transgresión habla al impío dentro de su corazón; no hay temor de Dios delante de sus ojos. Por eso se lisonjea en sus propios ojos, hasta que su iniquidad sea aborrecimiento. Las palabras de su boca son maldad y engaño; ha dejado de ser sensato y de hacer el bien. Sobre su cama piensa iniquidad; está en un camino que no es bueno y no desprecia el mal”.

Al describir la “transgresión del impío”, David nos provee un modelo para entender las luchas de nuestros adolescentes y la obra de Dios que debemos hacer en medio de ellas.

David nos señala dos deficiencias en el corazón del “impío”. Estas deficiencias pecaminosas existen en el corazón de muchos de nuestros adolescentes (y también en el nuestro). Primero, hace la observación de que no hay “temor de Dios delante de sus ojos”. Carece de una consciencia de la existencia y gloria de Dios, y no ha sometido su vida a lo que es absolutamente evidente. Temer a Dios significa que mi vida está estructurada por un sentido de asombro, adoración y obediencia que fluye del reconocimiento de él y su gloria. Él se vuelve el único punto de referencia más importante de todo lo que deseo, pienso, hago y digo. Dios es mi motivo y Dios es mi meta. El temor de Dios debe ser la fuerza central que organice mi vida.

La mayoría de los adolescentes no viven con el “temor de Dios delante de sus ojos”. Su universo privado tiende a ser dominado por las cosas de las que están convencidos que necesitan, o por asuntos de temor al hombre (deseo de ser aceptado por sus coetáneos o temor al rechazo de sus coetáneos). O por asuntos de identidad (¿soy feo? ¿Tengo cara de ratón de biblioteca? ¿Soy atractivo? ¿Las partes de mi cuerpo concuerdan unas con otras?) Dios, no sólo no domina la escena, sino ni siquiera está en ella. Él no es su razón ni su meta. No importa cuál sea su fe profesada, Dios no existe en el mundo funcional en el que viven a diario.

David también señala una segunda deficiencia: “Se lisonjea en sus propios ojos”. De nuevo, esto describe a muchos adolescentes. Los adolescentes no

tienden a vivir con una perspectiva apropiada acerca de sí mismos. Piensan que saben más de lo que en realidad saben. Piensan que son más maduros de lo que en realidad son. Tienden a creer que son más fuertes y sabios espiritualmente. Están convencidos de que han superado ya su necesidad de la dirección paterna mucho antes de lo que es en realidad. Cuando se ven a sí mismos, no usan el espejo perfecto de la Palabra de Dios, sino el espejo carnavalesco de la opinión de sus coetáneos, la evaluación personal y la norma de la cultura. En esos espejos, en realidad te ves a ti mismo, pero lo que ves está distorsionado, de tal manera que tus piernas se ven gordas y cortas, o tu cuello parece tener 30 centímetros de longitud. La introspección típica del adolescente está distorsionada de igual manera. No se ve a sí mismo con claridad o precisión. Tiende a tener “más alto concepto de sí mismo que el que debe tener” (Rom 12:13).

Estas dos deficiencias deben permanecer en nuestras mentas al estar tratando de educar a nuestros adolescentes. Debemos tratar no sólo de corregir el mal del momento, sino avanzar un poco más. Lo que queremos es ver a nuestros hijos crecer en su consciencia de Dios y sumisión a Él, y en un conocimiento apropiado de ellos mismos. Debemos ver cada situación, cada discusión, cada problema, cada encuentro, cada intercambio como una oportunidad para trabajar en estas deficiencias fundamentales. Y necesitamos recordar que estas luchas están presentes en nuestras vidas también. Son evidentes en los adolescentes porque son evidentes en las personas en general.

El Salmo 36 nos ha dado dirección y propósito, pero todavía necesitamos enfocarnos más, con un sentido de proyecto con cada uno de nuestros adolescentes. ¿Cómo nos ayuda este Salmo para hacer esto? Considerémoslo juntos.

Comencemos con la *meta*. David nos provee uno de los mejores resúmenes de la meta de Dios para nosotros y nuestros adolescentes. David la declara negativamente, pero de todas maneras es clara. Dice que debido a que el “impío” carece del temor a Dios y de un concepto adecuado de sí mismo, ha dejado de sensato y de hacer el bien. Estas cualidades son la meta suprema de todo lo que hacemos como padres. Lo que queremos es ayudar a nuestros hijos a ser *sabios y que hagan el bien*.

¿Quién es una persona sabia? Es la persona que teme al Señor, cuya vida está organizada por la existencia de Dios y su voluntad revelada. Traerá a la vida diaria el tipo de sabiduría que sólo puede venir de arriba. ¿Quién es la persona que hace el bien? ¿No es acaso la persona que se ha comprometido a hacer todo de una manera que agrade al Señor y que es consistente con los mandamientos y principios de la Escritura? El que hace el bien pone atención a los límites que Dios establece y trata de nunca rebasarlos. La persona sabia trata de traer esa sabiduría a cada circunstancia, cada decisión, y cada relación. Siempre se está preguntado, “¿Qué decisión, actitud o acción expresará de mejor manera la voluntad de Dios en esta situación particular?” En pocas palabras, nuestra meta es la vida piadosa práctica y funcional.

La educación de los hijos siguiendo un proyecto significa tener metas claras en mente, pero también necesitamos ayudar a nuestros adolescentes a vivir con un sentido de la situación. Dios, en su plan soberano, los ha colocado en una situación particular, en un contexto particular de la vida. Éste será diferente para cada uno de nuestros adolescentes. El adolescente que va a una escuela pública está en una situación diferente al que va a una escuela cristiana. El adolescente que va a una escuela rural pequeña tiene una situación muy diferente al que va a una escuela urbana enorme. Quizá tu familia no es afluente, pero tu adolescente va a una escuela privada en la que la mayoría de los muchachos vienen de familias muy ricas. Esta diferencia será una fuente cotidiana de lucha y tentación para tu adolescente.

Necesitamos conocer lo que Dios ha puesto en la situación de mi adolescente para que podamos enseñarle a vivir con los ojos abiertos a las presiones, oportunidades, responsabilidades y tentaciones particulares que enfrenta. ¿Con qué relaciones importantes tiene que lidiar? ¿Quiénes son las voces de influencia y qué están diciendo? ¿Qué valores se promueven en su mundo? ¿Dónde están los lugares de la lucha diaria? ¿Quiénes son las figuras de autoridad con quienes se debe relacionar? Necesitamos hacer estas preguntas para obtener una idea apropiada de la situación particular de nuestro adolescente debido a que la vida piadosa nunca es algo general. La vida piadosa siempre es algo específico. Siempre se vive en los detalles de las situaciones y relaciones. Ser piadoso significa *ser sabios* y *hacer el bien* en la situación particular en la que Dios me pone. Nuestros adolescentes no sólo necesitan metas enfocadas, también necesitan un *entendimiento adecuado de su situación*.

Ahora consideremos el tercer enfoque de la educación con un proyecto. Si es que tu adolescente llegará a ser piadoso (Meta #1: ser sabio y hacer el bien), y si van a vivir piadosamente en su mundo (Meta #2: Conoce su situación), entonces necesitan estar preparados (Meta #3: Entendimiento bíblico personal). Necesitan entrar a su situación con un concepto apropiado de ellos mismos y un entendimiento claro de la lucha interna. Si nuestros adolescentes carecen de este entendimiento personal, tenderán a tener una falta de dominio propio. El dominio propio es un sistema interno de restricción del corazón, es la consciencia respondiendo al conocimiento de uno mismo y al conocimiento del bien que Dios nos ha dado. Es el corazón respondiendo al ministerio del Espíritu Santo para hacernos humildes y obedientes.

Las palabras de David en el Salmo 36 señalan dos partes importantes del entendimiento personal. Primeramente, tu adolescente debe detectar su propio pecado. Ya hemos dicho que los adolescentes (al igual que nosotros) no son buenos para esto. Tienden a tener una perspectiva ensoberbecida de sí mismos. Necesitamos preguntar, “¿Qué cosas no puede ver mi adolescente acerca de sí mismo que Dios quiere que vea?” ¿Qué debilidades, fallas, pecados, actitudes, valores, deseos, ídolos, pensamientos o motivos necesita ver y no los está viendo? ¿Y cómo podemos usar las situaciones normales en su vida para ayudarle a detectar estos problemas?

El segundo elemento en el entendimiento personal es igualmente importante. No es suficiente con que nuestros adolescentes *detecten* su pecado; también deben llegar a *odiarlo*. Uno de los trucos favoritos de Satanás es presentar el pecado como algo no tan malo. Ésta ha sido una de sus maquinaciones principales desde el Edén, y los adolescentes son muy susceptibles a ella (Y nosotros también). Aun en los momentos en los que reconocen lo malo, tenderán a describirlo como algo menor de lo que en realidad es. Cuando no cumplan una promesa, nos dirán que se les olvidó. Cuando desobedezcan, nos dirán que no entendieron. Cuando hablemos con ellos acerca de una falla, se referirán a esa misma falla en uno de sus hermanos. No tenderán a ver su pecado como rebelión arrogante en contra de Dios, como algo peligroso, destructivo y que los dirige a la muerte. No tenderán a verlo como algo repulsivo. De hecho, algunas veces parecerá algo atractivo y atrayente. Y recuerda que todos estos entendimientos también se aplican a nosotros.

Si nuestros adolescentes no odian su pecado, no se alejarán de él. Nuestra labor es trabajar con ellos en las circunstancias cotidianas de la vida para ayudarles a ver su pecado desde la perspectiva de Dios. Al hacerlo, nuestra oración y meta es que odien su pecado y se refugien en Cristo diciendo, “¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor!” (Rom. 7:24-25).

El entendimiento bíblico personal siempre tiene estos dos factores presentes: la detección del pecado y el odio al pecado. Cuando nuestros adolescentes obtengan este tipo de entendimiento personal, sabrán en qué están débiles y reconocerán la naturaleza de su propia lucha con el pecado. Serán sensibles hacia la tentación. Vivirán vigilantes, y debido a que lo harán, en vez de caer y caer en el mismo pecado, responderán con dominio propio, y con la ayuda de Dios, vivirán sabiamente y harán el bien.

Lo que queremos es que nuestros hijos vivan con una mentalidad de tiempos de guerra en vez de tiempos de paz. Hay una guerra batiéndose – una guerra espiritual peleándose en el terreno de su corazón en medio de sus situaciones diarias. Nuestros hijos deben entrar a la guerra preparados si es que van a ser y hacer el llamamiento de Dios.

Recapitulando, aquí están las tres metas de educar con un proyecto. Nuestras metas son para enfocar todos nuestros esfuerzos de educación en ser usados por Dios (1) para producir adolescentes que sean sabios y hagan el bien; (2) para ayudarlos a mantener un conocimiento adecuado acerca de sus situación presente; y (3) para prepararlos a buscar la vida piadosa ayudándolos a detectar y odiar su propio pecado. Todo esto debe hacerse en un espíritu de humildad, reconociendo que estas cosas también deben ser metas de nuestras vidas. No debemos acercarnos como jueces que han resuelto todos sus problemas, sino como aquellos que reconocen su propio pecado y nuestra necesidad continua de Cristo.

Mi esposa y yo hemos tratado de hacer esto al sentarnos dos veces al año para considerar con calma la vida de cada uno de nuestros hijos. Así es como

comenzamos usualmente el año escolar. Buscamos reconocer cuáles deben ser nuestros “proyectos” con cada hijo en el tiempo particular. Nos preguntamos, “¿Qué luchas importantes están presentes en su vida que necesitamos atender?” Nos preguntamos cómo ve nuestro hijo estas áreas en el presente. Lo que queremos es saber dónde está encontrando tentaciones en su situación diaria. Buscamos discernir las maneras en las que tiende a minimizar o racionalizar estas cosas. Buscamos reconocer los lugares donde podemos exponer su lucha con el pecado y animarle con la ayuda siempre presente de Cristo. Finalmente, esto nos da la oportunidad de ser honestos con nuestras propias luchas con el pecado al lidiar con ceguera, racionalización y resistencia de nuestros hijos.

El punto es que no vamos a trabajar en todos los aspectos al mismo tiempo. No estamos esperando que de algún modo o manera la educación que damos a nuestros hijos será beneficiosa. Estamos trabajando con propósito, enfoque y prioridades. Mi esposa y yo hemos visto los beneficios en nuestros hijos de la educación con un proyecto, y hemos visto los beneficios en nosotros también. La educación con un proyecto nos mantiene enfocados en las prioridades de Dios en vez de las irritaciones y diferencias personales que causan tanto conflicto entre padres y adolescentes.

Estrategia # 2: Conversación Constante

Por años ha sido mi hábito “visitar” a cada uno de mis cuatro hijos cuando llego a casa en la noche. Recuerdo la noche cuando bajé al cuarto de mi hijo para platicar. Le pregunté cómo estaba y cómo había estado su día. Me dijo “Bien”, pero no se escuchaba convencido. Le dije, “No parece estar bien. ¿Qué pasa?” Me dijo, “Nada, sólo lo de siempre”. Le repliqué “Debe haber algo en mente; te vez desanimado”. Murmuró, “Es difícil explicarlo, ya sabes, así es la vida . . . es un problema”. Le dije, “Sí, puede ser difícil a veces”. “Pero todavía no sé de qué estamos hablando”. Me preguntó con un poco de impaciencia, “¿Tenemos que hablar de esto ahora mismo?”. Le dije, “Mira, tú sabes que te amo. Vengo a tu cuarto todos los días porque me interesas. No estoy tratando de hostigarte. Si no quieres hablar ahora de esto, está bien”.

Dijo, “A veces parece que las cosas son imposibles. Parece que a veces las cosas nunca salen bien . . . parece que nunca tienes el crédito por lo que haces. Si haces algo bueno, nadie lo nota, pero siempre hay alguien para atraparte cuando *metes la pata*. ¡Ahorita lo que deseo es olvidarme de mi escuela y mi trabajo! Estoy cansado de los altercados. Algunas veces me parece como si tuviera puesta una playera que dice, *soy un molesto, por favor, alterca conmigo*. Me pregunto si vale la pena, para qué someterme a tal tortura. Pienso que no puedo seguir haciendo esto. . . Algo tiene que cambiar”.

Como padres de adolescentes, es importante estar conscientes que estas conversaciones no ocurren así nomás. Tú haces que ocurran al estar buscando diariamente a tu hijo. Esta búsqueda diaria no tiene que ser negativa, algo a lo que tu adolescente teme antes de que ocurra y a penas tolera una vez iniciada.

En vez de eso, estos momentos pueden ser amorosos y de ánimo, un hábito de la relación con tu adolescente que tanto tú como él lleguen a valorar.

¿Por qué necesitan nuestros adolescentes conversación constante (diariamente)? ¿Por qué es peligroso dejar pasar días, semanas, e inclusive meses entre las conversaciones personales y reveladoras con él? Hebreos 3:12-13 responde esta pregunta para nosotros y nos provee un modelo para nuestros intercambios cotidianos con nuestros adolescentes.

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.”

Este pasaje nos da una razón para la conversación constante con nuestros adolescentes. La razón viene en forma de advertencia en contra de alejarse de Dios. Notemos que el alejamiento se refiere a un alejamiento del corazón. El corazón se aparta antes que los ojos, la boca, los oídos, las manos y los pies.

Hay muchos adolescentes que viven en hogares cristianos que asisten a los cultos de adoración, participan en los devocionales familiares, y son activos en su grupo juvenil de la Iglesia, pero su corazón ya se ha apartado del Dios vivo desde hace mucho tiempo. Cuando estos adolescentes van a la universidad y se apartan de la fe, no está ocurriendo algo nuevo y radical. Sino es el fruto del alejamiento de Dios que ocurrió en sus corazones meses antes, e inclusive, años antes.

Este pasaje describe este alejamiento en cuatro maneras. Cada aspecto nos ayuda a entender la naturaleza de la advertencia. Primero, se nos advierte en contra de un corazón *malo* – un corazón que ya no desea agradar al Señor y ya no quiere someterse a la Escritura. Seguidamente, el pasaje nos advierte en contra de un corazón *incrédulo*. Esto se refiere a la pérdida de la fe, seguridad, aprecio y confianza en Dios y su Palabra. En tercer lugar, el pasaje habla de la caída como un *apartarse* del Dios vivo. Caer no sólo es quebrantar la ley moral; es el abandono personal de la comunión y compañerismo con Dios mismo. Finalmente, la caída es caracterizada como un corazón *endurecido*. Esto tiene que ver con la cauterización de la consciencia, haciéndola insensible al ministerio de convicción del Espíritu Santo. Al corazón ya no le molestan las cosas que en otro tiempo le causaban tanta preocupación y culpa.

Como padres lo que queremos es hacer todo lo posible para proteger a nuestros adolescentes de caer. Queremos protegerlos de la rebelión, incredulidad, rechazo de Dios y el endurecimiento de sus corazones. Para hacer esto, el escritor de Hebreos nos dice que necesitamos *conversación constante*, es decir, necesitamos animarlos diariamente. Nuestros adolescentes (como todos nosotros) necesitan contacto y ayuda a diario. Necesitan ánimo y exhortación a diario. Necesitan súplicas a diario. Necesitan conversación constante.

Notemos que el pasaje nos dice el porqué necesitan esta ministerio a diario. Es debido al engaño del pecado. El pecado es engañoso, ¿Y adivina a quién

engaña primero? Tu adolescente con facilidad verá el pecado de otros a su alrededor, pero a menudo estará sorprendido cuando le señalen los suyos. Con lo que estamos tratando es con la ceguera espiritual. Es un problema universal. En tanto queden residuos de pecado en el interior, habrá cierto grado de ceguera espiritual en *todos nosotros*.

Cuando pienses en las necesidades de tu adolescente, pon el asunto de la ceguera espiritual en primer lugar. Con toda seguridad es uno de los resultados más importantes de la Caída. Recuerda, la gente ciega físicamente saben que están ciegos y estructuran su vida correspondientemente. Pero la gente ciega espiritualmente no saben que están ciegos; piensan que ven, y que ven bien. Ciertamente, esto explica porqué nuestro adolescente a menudo se siente lastimado y acusado falsamente, y se pone a la defensiva cuando les señalamos áreas en las que han fallado.

Es muy importante entender la dinámica espiritual que está operando aquí. Se nos urge a tener contacto diario *no* porque hayamos descubierto a la persona en pecado y debemos confrontarla. Este pasaje no tiene el enfoque de la *confrontación y restauración*, sino el de la *prevención*. Se nos urge a tener contacto a diario porque mientras haya pecado interno en tu adolescente, habrá cierto grado de ceguera espiritual. Y puesto que los ciegos espirituales no tienden a saber que lo son, no buscan ayuda ordinariamente. Tu adolescente no tenderá a buscar ayuda porque no piensa que la necesita. Por esto necesitas comprometerte con este modelo de conversación preventiva constante. Lo que buscas es tener un ambiente familiar donde siempre se conversa, donde los hijos no pueden musitar saludos, sentarse a la mesa en silencio y permanecer el resto del tiempo en sus cuartos a solas. Tienes que estar determinado a hablarles y a hacer que ellos te hablen, preferentemente todos los días. Al hacer esto, necesitamos enfrentar nuestra propia ceguera espiritual. No somos inmunes a nada de lo que hemos hablado aquí. En esas conversaciones con nuestros adolescentes, Dios está obrando para abrir no sólo sus ojos, sino también los nuestros.

La ceguera espiritual tiende a distorsionar la perspectiva de nosotros mismos, de Dios, de otros, del pasado, del presente y futuro, y de dónde y cómo se necesita que ocurra el cambio. Si estas cosas son vistas con distorsión o no son vistas para nada, no hay oportunidad de que el adolescente responda a los asuntos de su vida de una manera bíblica y que honre a Dios.

El modelo de la conversación constante implica estar dispuestos a buscar a tu adolescente. Implica no vivir con la distancia que él ha introducido a la relación. Implica mantenerte allí en esos momentos incómodos cuando no eres aceptado ni apreciado, y abandonar una relación negativa en la que sólo tienes conversaciones importantes con tu adolescente cuando ha hecho algo malo.

Comprométete con la prevención. No te conformes con su silencio. Haz buenas preguntas que no puedan ser respondidas sin que tu adolescente revele su corazón (pensamientos, motivos, propósitos, metas, deseos, creencias, valores, etc.). Finalmente, siempre trae el Evangelio a cada una de esas

conversaciones. Hay un Redentor. Él ha conquistado al pecado y a la muerte. Está presente como mi ayuda en todo mi problema. ¡Hay esperanza! ¡Los “Goliats” sí mueren! ¡El cambio – cambios radicales de corazón y vida – sí es posible!

Un padre que tiene su esperanza en el Evangelio buscará a su adolescente y no se detendrá mientras permanezca en el hogar. No esperaremos a que vengan en busca de ayuda. No discutiremos con ellos si necesitan o no ayuda. El llamado de la Palabra es claro. Con los corazones llenos de la esperanza del Evangelio, haremos preguntas y probaremos, escucharemos y consideraremos, suplicaremos y animaremos, amonestaremos y advertiremos, e instruiremos y oraremos. Despertaremos cada día con un sentido de misión, sabiendo que Dios nos ha dado un llamamiento supremo. Somos muros de protección que Dios ha colocado amorosamente alrededor de nuestros adolescentes. Somos ojos que Dios les ha dado para que vean. Por lo tanto, conversamos, conversamos y conversamos.

Estrategia #3: Llevar a tu adolescente al Arrepentimiento

Secretamente (y algunas veces no tan secretamente) muchos padres de adolescentes desean algunos medios de control. Desean poder ejercer algún poder sobre sus adolescentes para hagan lo que se les pida. La pérdida del poder, es lo que muchos padres lamentan cuando sus hijos entran a la adolescencia. Así que por medio de palabras ásperas, castigos dramáticos, vergüenza y culpa, tratan de controlar los pensamientos y el comportamiento de su hijo o hija. Lo que ocurre en realidad es que se encuentran en una guerra progresiva de poder y control con sus adolescentes. Mientras más los persiguen, más se esconden. Mientras más los golpean con palabras, más responden correspondientemente. Mientras más los castigan, más se esfuerzan por ir más allá de los límites establecidos. Mientras más los inquietan, menos hablan. Mientras más subrayan lo que quieren, más hace lo opuesto el adolescente. Cada parte, padres y adolescente, están determinados a quebrar la resolución del otro. Se convierte en una manera tensa, negativa, debilitante y destructiva de vivir, en la que el enojo crece y el único cambio que ocurre es para empeorar.

Con toda seguridad, esta no es el plan de Dios para preparar a nuestros adolescentes para una vida productiva y que le glorifique. En vez de querer que los adolescentes estén bajo nuestro control, debemos querer ser usados por Dios para que ellos se sometan gozosamente a Él. En vez de vernos como agentes de control, necesitamos vernos como embajadores de reconciliación. Nuestro deseo debe ser guiar a nuestros hijos hacia el Señor con corazones arrepentidos. Pablo lo explica bien en 2 Corintios 5:17-21.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no

tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Como padres, Dios nos ha reconciliado consigo mismo para que seamos sus embajadores de reconciliación. Es como si Dios hiciera su llamamiento personal a nuestro adolescente a través de nosotros. Así que buscamos dirigir a nuestro adolescente hacia el Señor con palabras de confesión, con un compromiso con el arrepentimiento y con la esperanza en la obra efectiva de Cristo en la cruz. No los dirigiremos al Señor sólo una vez, sino vez, tras vez, tras vez, para recibir Su perdón y ayuda.

Hay cuatro pasos para este proceso de arrepentimiento y reconciliación que dejan bien claro nuestro trabajo como embajadores de Dios.

1. *El primer paso es la consideración.* Como agentes de Dios, necesitamos preguntarnos, “¿Qué quiere Dios que mi adolescente vea acerca de sí mismo que no está viendo? ¿Cómo puedo ayudarlo a ver estas cosas?” Esto se relaciona con el asunto que discutimos respecto a la ceguera espiritual. Pero muchos padres se van por un camino equivocado en este punto. En vez de involucrar a sus adolescentes en una conversación que los lleve a considerar las cosas que no considerarían por sí mismos, los padres *declaran* lo que está mal y lo que resultará de ello. En el encuentro total, el corazón del adolescente permanece pasivo o a la defensiva. Sus ojos no han sido abiertos para nada. Las interpretaciones y conclusiones son hechas por el padre. Este tipo de encuentro no produce un giro en el corazón del adolescente.

Contrasta esto con la manera en la que Natán confrontó a David acerca de su adulterio y asesinato. Natán no entró impetuoso ante el trono de David (como los padres de adolescentes son tentados a entrar) y le dijo, “¡Tú, David, eres un asesino y adultero, y ya verás!” En vez de eso, Natán le relata una historia a David con la que se podía relacionar. Su propósito era lograr que David considerara lo que había hecho, para estimular su consciencia, y abrir sus ojos.

Cuando estoy tratando que mis adolescentes vean cosas acerca de sí mismos, trato de enfocarme en situaciones concretas, y regularmente hago cinco preguntas:

- ¿Qué estaba pasando? (Dime acerca de la situación)
- ¿Qué estabas pensando y sintiendo? (Respuestas del corazón a la situación)
- ¿Qué hiciste? (Respuestas activas de conducta a la situación)
- ¿Por qué lo hiciste? (Motivos, metas, deseos que forjaron la respuesta activa)
- ¿Cuál fue el resultado? (Cómo afectó su respuesta a la situación)

Estas preguntas cambian el enfoque que se tiene en las otras personas y los detalles de la situación en un enfoque en mi hijo. Estas preguntas han sido muy útiles al ayudar a mis adolescentes a considerar lo que Dios quiere vean.

2. *El segundo paso es la confesión.* Estoy convencido que uno de los grandes errores que cometemos cuando confrontamos a nuestros adolescentes es que tendemos a hacer sus confesiones por ellos. Irrumpimos en sus cuartos, diciéndoles lo que han hecho y porqué lo han hecho. Cuando hacemos esto, no estamos llevando a nuestros adolescentes a la confesión, lo estamos haciendo en su lugar. De hecho, es peor. Puesto que no hemos intentado abrir sus ojos, en su ceguera espiritual ellos piensan que estamos equivocados. Sienten como si hubieran sido acusados falsamente, y están molestos con nosotros en vez de estar contristados por su propio pecado. En vez de romper la ceguera espiritual, el encuentro tiende a promoverla. Y en vez de que su consciencia sea suavizada, de hecho, se vuelve más dura.

Necesitamos entrar a sus cuartos reconociendo que, en nuestra propia ceguera espiritual, nuestras evaluaciones y actitudes hacia nuestros adolescentes pueden estar equivocadas. Queremos estar dispuestos a permitir que Dios nos corrija cuando estamos buscando corregirlos.

Las palabras inflamadas y duras que somos tentados a usar durante estos tiempos no llevarán al arrepentimiento a nuestros adolescentes, sino producirán lo opuesto. Alejarán con enojo a nuestro adolescente de nosotros y de Dios. Recuerda, ¡Dios está buscando hacer su llamamiento a nuestros adolescentes a través de nosotros! ¿Estamos actuando de una manera que avanza su obra o que se interpone en su camino? Nuestra meta debe ser llevar a nuestros adolescentes a decir declaraciones de confesión.

3. *El tercer paso al dirigir a nuestro adolescente al arrepentimiento es el compromiso.* Este paso no debe ser omitido ni dado por sentado. Involucra la promesa del adolescente de vivir, actuar, y responder de una manera nueva. Este compromiso debe ser con Dios y con la gente apropiada. Debe involucrar un giro del corazón como también de la conducta. Este es el corazón de arrepentimiento – una determinación de girar e ir en la dirección opuesta. Necesitamos discutir qué apariencia tendría un nuevo compromiso en la relación y situación particular que el adolescente enfrentará cada día. También, necesitamos ayudarlo a anticipar cuándo será tentado a abandonar su compromiso y a regresar a Egipto.

4. *El paso final del proceso del arrepentimiento es el cambio.* El verdadero arrepentimiento siempre resultará en los cambios concretos en la vida del adolescente. De nuevo, necesitamos ser específicos. Necesitamos ayudar a nuestros adolescentes a pensar acerca de las situaciones y relaciones particulares, y cómo harán cosas antiguas de una manera nueva y que glorifique a Dios. Necesitamos recordarles que en Cristo tienen todo lo que necesitan para hacer lo que Dios les llama a hacer. El proveerá una manera para hacer todo lo que pide.

Nuestra labor como padres no es establecer nuestro control, sino llevar a nuestros hijos e hijas a una sumisión sincera al control del Señor. Así que nos esforzamos diariamente para involucrarlos en la consideración, confesión, compromiso y cambio. ¡Dios ha escogido usarnos para hacer su llamamiento a

nuestros adolescentes! Como padres, nos sometemos a Su señorío al servir con un espíritu de embajadores en las cocinas, cuartos familiares, dormitorio y pasillos de la vida.

En este capítulo hemos considerado tres estrategias fundamentales para educar a los adolescentes: Tener un proyecto de educación (enfocarse en lo que necesitamos para trabajar en el momento); conversación constante (contacto y ánimo a diario debido a la ceguera espiritual); y llevar al arrepentimiento a tu hijo (produciendo consideración, confesión, compromiso y cambio). Ninguna de estas estrategias puede estar sola. Cada una complementa a las demás. Juntas dan un enfoque y dirección a las interacciones diarias con tu adolescente. Te dan un sentido cotidiano de que sabes *qué* es lo que estás haciendo, *porqué* lo estás haciendo y *cómo* necesita ser hecho. Estas estrategias también serán usadas por Dios para restringir tus propios pecados al tratar con tu hijo o hija. Expondrán en tu corazón los lugares en los que el enojo, la impaciencia y la frustración estorban la obra que Dios te ha llamado a realizar.

Recuerda, el Dios que nos ha llamado nos está educando. Está con nosotros en cada situación y relación. Nuestro Padre nos guiará, dirigirá, protegerá, perdonará, liberará y amará. Nunca nos dejará solos. Cuando estemos trabajados y cansados, él nos hará descansar. Su fortaleza obrando en nosotros logrará más que todo lo que pudiéramos pedir o imaginar. Nuestro trabajo como padres no es liberar a nuestros hijos del pecado, sino ser agentes del único que sí puede hacerlo. ¿No es maravilloso que al educar a los hijos que ha puesto bajo nuestro cuidado, nosotros podemos descansar bajo el suyo?

Preguntas

1. ¿Cuál es la primera estrategia propuesta por el autor?
2. Basándose en el Salmo 36:1-4 ¿Cuáles son las dos deficiencias en el corazón del impío que se aplican a nuestro adolescente (y a nosotros)? ¿Qué dos partes del entendimiento personal señala este Salmo?
3. ¿Cuáles son las tres metas de educar con un proyecto?
4. ¿Cuál es la segunda estrategia? ¿Por qué necesitan conversación constante nuestros adolescentes?

5. ¿Cómo describe Hebreos 3:12-13 el alejamiento de nuestros corazones de Dios?
6. ¿Qué sugerencias da el autor para combatir la ceguera espiritual?
7. ¿Cuál es la tercera estrategia?
8. ¿Cuáles son los cuatro pasos del proceso de arrepentimiento y reconciliación?
9. ¿Qué preguntas pueden ayudar a tu adolescente a ver cosas acerca de sí mismo?